

LA TIENDA DE JUGUETES

ELENA PEÑA BILBAO

La tienda de juguetes

Elena Peña Bilbao

Para mi aita*.*
Para mi hija, Begotxu,
con todos sus juguetes y sueños

Siempre he pensado que la verdadera amistad es como la fosforescencia, resplandece mejor cuando todo se ha oscurecido.

Nubosidad variable,
CARMEN MARTÍN GAITE

Volver con la frente marchita,
las nieves del tiempo platearon mi sien.
Sentir que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada,
que febril la mirada, errante en las sombras,
te busca y te nombra.
Vivir con el alma aferrada
a un dulce recuerdo
que lloro otra vez.

«Volver», CARLOS GARDEL

Si recordar es pasar otra vez por el corazón, siempre lo he recordado.

El olvido que seremos,
HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

Prólogo

Inés corrió entre la gente, esquivó a los transeúntes, convertidos en meros obstáculos, para llegar a su objetivo, y sonrió cuando la tienda de juguetes apareció ante sus ojos negros, tan profundos como todas sus fantasías infantiles. Casi sin aliento alcanzó el escaparate con una sonrisa que hablaba de anhelos y sueños. Se colocó frente al cristal impoluto, elevó hasta él las manos abiertas como dos pequeñas estrellas de mar aferradas a la roca y rozó la superficie. La acarició con cuidado, porque se trataba de un tesoro, la lámpara de Aladino y los tres deseos inalcanzables. Su propia respiración entrecortada creó un círculo de vaho frente a ella. Sonrió mientras paseaba la mirada por todos y cada uno de los juguetes que reposaban en el interior y que ella no podía tener.

La tienda de juguetes de Gran Vía era sin duda el referente del sector en Madrid tanto para niños como para adultos.

Inés observó desde el exterior cómo, tras el tintineo de la campanilla que anunciaba la llegada de un nuevo cliente, se escondían juguetes que nadie había visto antes, una nueva fantasía que despertaba la ilusión en los más pequeños y hacía recordar a los mayores que esa infancia llena de proyectos y deseos no estaba tan lejos si se sabía cerrar los ojos. Un gran escaparate repleto de juegos de mesa, un techo salpicado de pequeñas estrellas de papel

plateado suspendidas de un hilo dorado, un tren en funcionamiento que recorría cada rincón del local con su traqueteo y decenas de muñecas y soldaditos de plomo convertían la tienda en mitad de la bulliciosa calle en un refugio donde todo era posible, donde solo había que traspasar el umbral y un universo de imaginación se volvía tangible.

Al menos para los que tenían la suerte de acceder al interior. Inés, desde fuera, evocaba una caja llena de yoyós, otra de preciosas peonzas aún enrolladas, aquel muñeco Pipe con sus ojos azules, la muñeca Guendalina, El palé, el juego de la oca, el parchís…, pero sobre todo Inés soñaba con una Mariquita Pérez, preciosa y nueva, que poder vestir a su antojo.

—Lo vas a manchar…, vamos —le dijo Isabel, su madre, al conseguir alcanzarla por fin, mientras retiraba su mano y la aferraba entre las suyas.

Ahí estaba otra vez la separación que la pequeña tanto odiaba, la de entrar en el local o quedarse a este lado del escaparate, la de tener una Mariquita Pérez o solo soñar con ella, la de ser Candela, la pequeña de la familia González de la Fuente, dueños de la tienda de juguetes, o ser Inés, la hija del portero.

PRIMERA PARTE

MADRID

Octubre de 1962

1

Inés, a regañadientes, ayudaba a su madre a recoger la mesa después de comer mientras su padre fumaba un cigarro antes de volver a sus quehaceres en la portería y luchaba con una modorra que le hacía cerrar los ojos a cada rato. Ambas mujeres depositaban los platos que habían usado en la pila y se aseguraban de que todo quedara impoluto.

Pero la cotidianeidad que se respiraba aquella tarde en casa de Inés se vio quebrada en un segundo por el inesperado sonido del timbre. José, extrañado, se levantó con el cigarro entre los labios y se acercó a abrir la puerta.

Marcela, la madre de los González de la Fuente, apareció en el umbral. Vivían en el piso de arriba y no solían dirigirse a ninguno de ellos, y mucho menos presentarse en su casa.

—Señora, ¿qué desea? —preguntó el padre de Inés con cierta pleitesía en su tono.

—José, necesito que me hagas un favor —respondió sin traspasar el umbral, entre incómoda por estar allí y necesitada de los servicios del portero—. Emilio, mi suegro, don Emilio —se corrigió a sí misma inmediatamente para marcar distancia— se ha olvidado la cartera en casa cuando ha salido hacia la juguetería después de comer y yo tengo que ir a misa. ¿Serías tan amable de…?

—Por supuesto, señora —asintió José, solícito, sin tan siquiera permitir que formulara por completo la petición—, se la llevaremos inmediatamente.

—Muchas gracias, es una suerte contar contigo —sentenció Marcela mientras le entregaba la cartera.

Después, la mujer saludó con un leve gesto de la cabeza a Isabel y a Inés, que la observaban desde el interior de la vivienda en silencio, y desapareció escaleras arriba al compás de sus tacones y su ropa elegante, ropa de domingo para ellos, quizá nada del otro mundo para ella. Pronto volvería a bajar con su rosario, su misal y su velo negro para acudir a la iglesia como hacía casi cada tarde.

En cuanto José cerró la puerta y le pidió a su mujer que hiciera el recado, Inés apenas tardó unos segundos en sumarse a aquel paseo desde el edificio donde vivían, en Cardenal Cisneros, treinta y cuatro, hasta el lugar de sus sueños, la juguetería que regentaba la familia González de la Fuente en plena Gran Vía de Madrid, en el número cincuenta.

Por una vez, pudo acompañar a su madre con la esperanza de no quedarse solo ante el escaparate.

Caminaron de la mano hasta el local, no muy lejos de su casa, en silencio. Inés, con el estómago encogido por la ilusión y los nervios, por la posibilidad de entrar en la tienda finalmente.

Cuando llegaron allí se detuvo un segundo a observar el escaparate junto a Isabel, que la miraba con el ceño fruncido. Dentro, una batería de cocina de aluminio, varios rompecabezas de piezas en forma de cubo, algún tebeo de *El capitán Trueno* y un triciclo hacían las delicias de quienes pasaban por delante. Y junto a todo esto, una Mariquita Pérez, con su vestidito azul, como la

canción popular, un sombrerito de paja y una expresión dulce. La preferida de Inés. La miraba, estaba segura de que esa muñeca le pedía por favor que la cogiera, que la abrazara y se la llevara a casa, su verdadero hogar.

Pero era imposible, su familia no podía ni quería permitirse gastos así, bastante tenía con los libros del colegio, la ropa y el día a día en una ciudad cada vez más moderna pero también cada vez más cara para quienes venían de lejos. Su padre, nacido en Bilbao, igual que su madre, siempre repetía que los gastos superfluos como esos solo estropearían el carácter de la niña. Durante su infancia, él únicamente había contado con su imaginación a la hora de jugar y eso le había valido. Inés asentía respetuosa a su padre y convertía, resignada, piedras y pañuelos en bebés que mecer en su regazo, pero en secreto soñaba con la muñeca, la real, la Mariquita Pérez, y con arroparla en la cama a su lado.

—Vamos, hija, tenemos que entregar la cartera —dijo su madre tirando de ella.

—¿No vamos a entrar? —preguntó Inés mientras señalaba la puerta acristalada.

—Por aquí no —contestó Isabel.

Juntas avanzaron hasta un lateral del edificio de la calle Silva, donde se encontraba la entrada del almacén, el lugar que les correspondía a ellas, pensó la niña, como siempre le dejaban bien claro los adultos.

—Me aburro, me aburro, me aburro —repetía Candela mientras acompañaba su voz con el vaivén de una bicicleta sobre la que se

había sentado y que estaba a la venta dentro de la juguetería.

—¡Bájate de ahí, que vas a estropearla! —le pidió su abuelo, el dueño de la tienda, a la vez que colocaba un tren de madera sobre una repisa junto a otros iguales.

—Es que me aburro… —se quejó la niña de nuevo.

Se metió su quinto Sugus en la boca y lo masticó haciendo mucho ruido sin apartar la vista de don Emilio. Sabía cuánto le molestaba esa actitud y Candela, precisamente por eso, lo hacía, para divertirse, para fastidiar. El hombre la miró con gesto reprobador, lo que provocó que la pequeña soltara a su vez una sonora carcajada llena de satisfacción.

—Haz caso a tu abuelo, baja de ahí y vete al almacén a por el albarán, así haces algo útil —le pidió Manuel, su padre e hijo de don Emilio, que colocaba una muñeca Chinela en lo alto de una estantería, con el tono menos severo, aunque también firme.

El hombre le guiñó un ojo y ella sonrió. Manuel le arrebató la bolsa de Sugus y se llevó uno a la boca. Candela protestó sin entusiasmo porque en el fondo le encantaba que su padre se comportara con ella de aquella manera. Manuel después terminó de colocar un par de cajas de puzles para que se vieran bien al pasar por los pasillos mientras degustaba el dulce.

La niña obedeció porque solo obedecía a su padre. Atravesó la zona de la juguetería abierta al público, cruzó una pequeña puerta detrás del mostrador disimulada con el mismo color de la pared y accedió al almacén, donde recibían y guardaban los pedidos de juguetes. Las dos estancias contrastaban en luminosidad y elegancia. La juguetería era un espacio amplio, la luz del exterior entraba desde el majestuoso escaparate, el interior estaba

profusamente iluminado. Los juguetes se situaban en un aparente desorden buscado que daba familiaridad y un estilo informal a la tienda. Por otro lado, el almacén era frío, oscuro, repleto de cajas de cartón apiladas, juguetes desordenados y una carretilla para poder mover los artículos más pesados.

Candela encendió la pequeña bombilla de la trastienda y buscó entre las cajas una tabla de madera donde estaba enganchada con un pasador metálico una hoja amarilla, la que sabía que le pedía su padre. La encontró y, cuando estaba a punto de volver, vio un papel en el suelo. Se agachó para cogerlo y leyó: «Fuerza a los mineros de Asturias». Había un montón de letras más que no se molestó en descifrar. Con pericia comenzó a doblarlo para formar un avión de papel tal y como le había enseñado Bruno, su hermano de catorce años, cuando aún jugaba con ella, cuando aún le caía bien. Al terminar, salió a la tienda con la carpeta y el avión en la mano.

El abuelo de Candela, don Emilio para casi todo el mundo, parecía alterado de repente. Rebuscaba en sus bolsillos, miraba detrás del gran mostrador de madera y cristal desde el que atendía la juguetería y negaba con la cabeza, nervioso. Sin decir nada, subió al despacho situado en un pequeño piso auxiliar elevado sobre la tienda, una diminuta habitación con vistas solo al local.

Por su parte Candela le entregó el albarán a su padre y comenzó a jugar con el avión de papel. Minutos después su abuelo bajó de nuevo con cara de frustración.

—O me han robado o he perdido la cartera —le dijo a Manuel mientras se volvía a meter las manos en los bolsillos de su traje impoluto como si no lo acabara de hacer un minuto antes.

—¿No te la habrás dejado en casa? —le preguntó con el ceño fruncido su hijo.

—No lo sé.

Manuel le devolvió la bolsa de Sugus a Candela, que miró dentro con cara de pocos amigos:

—Solo quedan los azules —se lamentó.

—¿Por qué no te los comes? Si saben todos igual… —le preguntó su abuelo, distraído.

—No es verdad, el azul no me gusta —dijo con cara de asco.

—Anda, trae, más para mí.

Cogió de nuevo Manuel la bolsa de cartón.

—Me aburro —volvió la niña con la cantinela mientras lanzaba el avión por la tienda—. ¿Juegas conmigo? —le preguntó a su padre sin mucha esperanza.

—Eres la primera niña de la historia que está en una juguetería y se aburre —le revolvió el pelo su abuelo al pasar a su lado mientras revisaba el suelo por si se le había caído la cartera al entrar.

—Es que tú no me dejas jugar con los juguetes… —se quejó Candela.

—Porque los ensucias de caramelo y luego no los puedo vender.

—Pero entonces qué más da dónde esté.

Abuelo y nieta se miraron retándose divertidos en aquella confrontación que tenían por prácticamente todas las cosas. Si Candela adoraba a su padre porque era cariñoso, tierno y le dejaba hacer lo que quería, con su abuelo la relación era más tirante, siempre buscándose las cosquillas, pero igualmente cercana.

El timbre de la puerta del almacén interrumpió la conversación.

—¡Yo voy! —gritó Candela mientras recogía el avión del suelo y corría adelantándose a todos, contenta de tener una novedad con la que distraer aquella aburrida tarde de sábado.

Accedió de nuevo al almacén, atravesó la estancia y se acercó a la puerta que la separaba de la calle. Abrió sin preguntar y se encontró con la mujer del portero y su hija Inés, de su misma edad, que la miraban sorprendidas de encontrarla allí.

Ocho años las dos, ocho años opuestos, ocho años tan diferentes como podían ser. Candela sonrió. Inés se escondió detrás de su madre.

—¿Está tu abuelo? —preguntó Isabel al mismo tiempo que se agachaba levemente para dirigirse a la pequeña.

—Estoy —se escuchó decir a don Emilio desde el interior.

Mientras se acercaba a ellas, Candela e Inés no apartaban los ojos la una de la otra. Candela con curiosidad e Inés con nerviosismo. Se conocían, pero jamás habían tenido la oportunidad de hablar, inmersas en existencias muy alejadas entre sí, separadas por una escalera que representaba un abismo en muchas ocasiones. Eran completamente distintas hasta en su aspecto, la primera rubia de ojos claros, herencia de la abuela, a la que no conoció porque falleció en un bombardeo en Madrid durante la guerra; la segunda, morena de ojos oscuros, con el pelo liso como una estaca frente a los caracoles de Shirley Temple que lucía la nieta de don Emilio. Sin embargo, se miraban con intensidad, y ambas sentían que algo las unía, una intuición de futuro, quizá la curiosidad por lo distinto o puede que solo fuera la soledad compartida.

Tanto Inés como Candela veían transcurrir las horas alrededor del trabajo de sus padres. Tenían poco contacto con otros niños más allá

del colegio porque de alguna manera ninguna de las dos había encontrado su lugar entre ellos, demasiado acostumbradas a vivir rodeadas de adultos.

—Se ha dejado la cartera en casa, su nuera me ha pedido que se la trajera —le dijo Isabel a don Emilio.

—¡Muchísimas gracias! ¡Qué alivio! —contestó mientras la cogía y la guardaba en el bolsillo—. Creí que la había perdido… Gracias por haber venido hasta aquí —dijo incluyendo a Inés en la conversación con una mirada.

Ella se escondió aún más tras su madre.

—No pasa nada, no se tarda mucho y era importante.

Isabel tenía razón, apenas eran veinte minutos a pie desde el edificio de Cardenal Cisneros hasta allí y así de paso salían de la portería, pensaron madre e hija al mismo tiempo, sin saberlo.

—¿Quieres entrar en la juguetería? —le preguntó don Emilio con amabilidad a la pequeña niña.

Inés abrió mucho los ojos, esperanzada, y miró a su madre esperando su aprobación.

—No podemos, tenemos que volver a casa —sentenció Isabel, imponiendo la realidad de la que la pequeña sabía que era imposible escapar.

—Está bien, seguro que hay otra ocasión —destensó el momento don Emilio sin perder la sonrisa.

Isabel asintió y se despidió con amabilidad de quienes en realidad eran sus jefes, por mucho que Candela tuviera ocho años.

Cuando se marchaban, Inés se giró para ver a la familia González de la Fuente desaparecer tras la puerta del almacén. Entonces se dio

cuenta de que quedaba una rendija abierta por la que se asomaba la pequeña Candela. Ambas se observaron desde la distancia.

—¿Por qué yo no puedo tener una muñeca? —preguntó Inés por enésima vez mientras se dejaba arrastrar por su madre de vuelta a casa.

—Porque cuestan mucho dinero —contestó Isabel con tono cansado.

—Ya, pero… —se quejó Inés sin mucho afán, conocía de sobra todas las respuestas a sus inútiles protestas, pero aun así no parecía por la labor de rendirse, al fin y al cabo, con ocho años aún se está dispuesto a soñar.

Su madre se detuvo en la acera para volverse hacia ella y mirarla con severidad algo fingida, porque Isabel no era así, no era dura, era comprensiva y cariñosa, pero estaba cansada de discutir con su marido sobre el mismo tema. Inés sabía que no debía insistir, que lo único que conseguiría sería enfadarla y no soportaba enfrentarse con ella o verla disgustada. Adoraba a su madre, era su cómplice y su apoyo en todas las dificultades. La pequeña agachó la cabeza y miró al suelo mientras se afanaba por controlar un puchero que pugnaba por brotar de sus labios.

Isabel, al verla de aquella manera, sintió lástima. Ella tampoco soportaba discutir con su hija, se sentía muy unida a la pequeña, y aunque no podía ceder en aquel tema, tampoco quería seguir con el conflicto. Qué más le habría gustado que poder regalarle todo lo que pedía: muñecas, ropa, una casa grande…, pero la vida no siempre resultaba como uno esperaba y prefería darle estudios y libros que le sirvieran para el futuro que una muñeca que estaba segura de que quería solo porque estaba de moda.

Se agachó para colocarse a su altura y mirarla a los ojos. La agarró por la cintura con cariño.

—Estudia mucho, esfuérzate en el colegio y algún día tendrás una vida diferente a la que tienes ahora.

Inés la miró con sus ojos negros tan brillantes, tan esperanzados, tan confusos.

—Mamá, ¿tú estudiaste?

Isabel pensó en su vida, en la guerra cortando su niñez, en su padre fusilado, profesor durante la república, en su madre que se dejó morir de pena, en su hermana mayor que entró a servir a los quince años mientras ella comenzaba a trabajar en la cocina de una casa de huéspedes de Bilbao, propiedad de la familia de José, el que después se convirtió en su marido, propiedad de Marisa en realidad, su madre, su futura suegra.

No, ella no estudió y se arrepentiría toda la vida.

—No, hija —le dijo algo avergonzada—, pero tú sí lo harás y así lograrás todo lo que te propongas.

—Seré profesora, como *aitite* —dijo con una pequeña sonrisa de complicidad y orgullo que enterneció a su madre.

Isabel besó a su hija en la frente embebida de ternura y de la mano se encaminaron a casa, cada una en un silencio algo amargo.

—A la cama, señorita —le dijo Marcela a su hija, que aún jugaba en el salón con aquel dichoso avión de papel que se había traído de la juguetería y que estaba consiguiendo sacar de quicio a toda la familia.

—Pero no tengo sueño —se quejó la niña mientras lo lanzaba de nuevo.

—Haz caso a tu madre —le pidió su abuelo, sentado en el sofá junto a la lámpara de pie, con un libro entre las manos, como cada noche.

Candela le tiró el avión, que cayó justo en su regazo.

—¡Bien! —exclamó la niña, satisfecha por su puntería.

—Esto me lo quedo yo, se acabó el jueguecito —le dijo don Emilio mientras deshacía el avión ante las quejas de su nieta—. A la cama.

El hombre agachó la mirada y observó unas letras en el papel aún doblado que no consiguió identificar. Extendió el panfleto por completo y abrió mucho los ojos, apurado al ver lo que contenía. Cerró el libro inmediatamente, alarmado.

—¿Dónde has cogido esto? —preguntó a su nieta antes de que saliera, que se asustó por el cambio de tono.

—Estaba en el almacén, tirado en el suelo.

A su abuelo el enfado se le notaba en la barbilla, que se le ponía tensa y en la que le salía un pequeño hoyuelo en la mitad. Candela, sorprendida, agarró la mano de su madre por puro instinto. Marcela se sintió extraña, como si aquella muestra de cariño fuera ajena a ella, como si no le correspondiera. Con disimulo, soltó los pequeños deditos entrelazados con los suyos y colocó sus manos sobre los hombros de la niña, un gesto con el que sí se identificaba, mucho más distante y serio.

—Id a la cama y, por favor, dile a mi hijo que venga —le pidió a su nuera.

Marcela obedeció mientras don Emilio leía aquel papel con rabia. Sabía perfectamente de dónde provenía el panfleto. Hacía unos

meses, en Asturias, aunque después se extendió por muchas zonas del país, los mineros de la zona habían comenzado una huelga que tuvo mucha repercusión. Desde Madrid, a pesar de la distancia, en numerosos sectores, sobre todo en la clandestinidad, se apoyó aquel movimiento, con panfletos como esos. Don Emilio sabía de las ideas comunistas de su hijo, incluso de su afiliación al partido desde sus años de universidad y sus cuestionables compañías, y no es que no estuviera de acuerdo con las reivindicaciones de aquellos mineros, parecían pedir mejoras lógicas…, pero en su juguetería no. Manuel se empeñaba en arriesgarse, en ponerles en peligro por unas ideas irreales y peligrosas, y él no estaba dispuesto a permitirlo.

Su hijo apareció en el salón ya en pijama y con el rostro preocupado.

—¿Qué ocurre?

Su padre le tendió el papel.

—Es el avión con el que ha estado jugando tu hija todo el día.

Manuel lo reconoció enseguida. Había sido su forma de contribuir a una causa que creía justa, de luchar contra un régimen que no les dejaba pensar ni hablar, de intentar ofrecerles un futuro mejor a sus hijos. Cuando era más joven y estudiaba en la facultad de Económicas, su hasta entonces cerrado mundo se abrió a nuevas ideas y pensamientos que no venían precisamente de los profesores oficiales, sino de compañeros y reuniones clandestinas. Comenzó a relacionarse con un pequeño sector de izquierdas que en el más estricto secreto distribuía textos de Marx y otros autores prohibidos. Ese fue el germen que se sembró en Manuel y que poco a poco se convirtió en una necesidad de justicia y reparación y también en cierta culpabilidad por saberse precisamente un privilegiado. Por eso

luchaba, por eso se arriesgaba, por devolver al mundo parte de lo que él mismo había recibido. La causa de los mineros asturianos fue la última en la que él, y muchos otros, se habían implicado. Desde luego no era lo habitual, pero en aquella ocasión utilizó el almacén de la tienda de juguetes para guardar la propaganda que le había pedido el partido hasta que vinieron a por ella.

—¿De verdad tenemos que volver a tener esta conversación? —se quejó don Emilio.

—No —contestó su hijo, arrugando el papel entre sus dedos.

—Si lo hubiera encontrado cualquier otra persona…

Se lo arrebató con cierta brusquedad.

—Pero no lo ha hecho.

Don Emilio lo observó mientras con su mechero —le gustaba fumar un puro de vez en cuando, pero solo cuando todos se habían acostado y él se sumergía en la soledad— quemaba el panfleto y dejaba que se consumiera en el gran cenicero de cristal que había sobre la mesa.

—Me prometiste que no volverías a utilizar la juguetería.

—No lo he vuelto a hacer. Se debió de caer entonces, solo fue un descuido.

—¡Un descuido que podría traernos la ruina!

Don Emilio golpeó la mesa lleno de rabia. Manuel miró a su padre sorprendido por su reacción, pero el rencor insufló fuerza en sus ojos y en las palabras que le dedicó:

—No sé cómo puedes vivir sin hacer algo, sin intentarlo al menos.

—Porque sé lo que podríamos perder.

—¿Y qué hay de lo que podríamos ganar?

—Por favor, vais a asustar a los niños —les dijo Marcela asomándose a la estancia y pidiendo silencio.

Padre e hijo habían tenido aquella misma discusión una y otra vez durante años. Don Emilio quería mantenerse al margen y sobre todo mantener al margen su negocio, porque había vivido una guerra, había luchado en el bando de los que su hijo odiaba y no estaba dispuesto a perder nada de lo que había conseguido, el sueño que tenía desde niño de crear en el local de su padre una tienda de juguetes. Por su parte, Manuel no soportaba la tibieza de su progenitor y de toda su generación, se sentía culpable por ser quien era, por sus privilegios heredados, y utilizaba lo único que podía utilizar, un almacén que a nadie se le ocurriría registrar, y únicamente en ocasiones muy excepcionales. Ambos se reprochaban su egoísmo en cada oportunidad.

En aquel momento respiraron con la intención de tranquilizarse. Intercambiaron una mirada cansada, llena de incomprensión, y Manuel simplemente salió del salón con las mismas ideas férreas a pesar de lo que dijera su padre, a pesar de lo que pensaran todos.

—Pídele a Pepa que limpie esto cuando pueda —le dijo don Emilio a Marcela, refiriéndose al papel ya consumido por completo dentro del cenicero.

Esta asintió y le dejó solo en el salón enorme.

El cabeza de familia se sentó de nuevo en el sofá, cansado, triste y preocupado.

En el piso inferior, en casa de José e Isabel, Inés dormía en la cama de sus padres, entre los dos, a pierna suelta. Su madre le acariciaba

el pelo mientras intercambiaba una mirada de complicidad con su marido.

—Ya están de nuevo discutiendo —dijo refiriéndose a los González de la Fuente, a quienes se les podía escuchar con claridad desde allí abajo.

José asintió.

—La guerra terminó hace mucho —comentó el portero mientras se recolocaba en el diminuto lado de la cama que su hija le dejaba—, algunos deberían pasar página.

—La guerra nunca va a terminar mientras los que perdimos no podamos dejar de escondernos, tú mejor que nadie deberías saberlo, ¿dónde han quedado aquellas ideas que defendías en Bilbao? Cambiamos toda nuestra vida por eso, por tus compañías en Altos Hornos —le reprochó su mujer con el ceño fruncido—, al fin y al cabo, estamos aquí por ti.

—Eso fue hace mucho tiempo y gracias a don Emilio pude dejarlo atrás y haceros caso a mi madre y a ti, que me pedíais cambiar de vida. No puedes reprochármelo ahora —contestó él, incómodo.

Isabel observó a su marido con la sensación de que había cambiado mucho, no sabía si demasiado. Recordó sus primeros encuentros en aquella casa de huéspedes en Bilbao. Los besos furtivos en la cocina, las miradas, la boda sencilla, y después los problemas, su trabajo en Altos Hornos, sus compañías, su detención, la huida necesaria, gracias a Marisa, su suegra, y su amistad con don Emilio… José parecía haber olvidado todo por lo que habían pasado, como si al abrazar aquella nueva vida de alguna manera hubiese aceptado también una nueva personalidad, más pacífica en esencia, pero quizá también más conformista. Sin embargo, tenía

razón, no podía reprochárselo cuando había sido ella misma quien se lo había pedido.

—Venga, Isabel, duérmete —le pidió con el tono algo más cariñoso al ver su ceño fruncido y su mirada perdida en recuerdos—, si es que esta hija tuya nos deja… —se quejó mientras buscaba sitio en la cama con dificultad.

La mujer miró a su pequeña familia y sonrió enternecida tras un suspiro. Alargó la mano y apagó la luz de la mesilla.

Noviembre avanzaba y con él llegaron los días fríos, los cielos azules y esa luz de Madrid que ciega y reconforta al mismo tiempo. Candela e Inés habían seguido con su juego de miradas esquivas, igual que aquel día en el almacén de la tienda de juguetes, con sus sonrisas desde la distancia y con las habituales ganas de conocerse, que hacían que se rondaran sin que ninguna de las dos se atreviera a dar el primer paso. Y mucho menos desde que Candela lucía una inesperada acompañante, una Mariquita Pérez nueva y reluciente que su abuelo le había regalado hacía pocos días. Inés la observaba desde lejos, llena de envidia, y Candela la mostraba sabiéndose el foco de sus anhelos y encantada con ello.

Y así transcurrían los días entre los deseos y miedos de ambas niñas.

Pero aquel domingo de noviembre todo cambió para las pequeñas.

—¡La niña no está!

Marcela recorría la casa presa de los nervios. Pepa, la criada, la seguía en silencio mientras pensaba que todo ese desorden lo iba a tener que solucionar ella después. Porque la señora, a su paso por

cada habitación, desordenaba cojines, mantas, armarios y cajones como si precisamente alguien fuera a recogerlos tras ella. Y esa era Pepa, la mujer de edad indefinida que llevaba trabajando para los González de la Fuente desde siempre.

—Esta niña… —repetía Marcela una y otra vez mientras negaba con la cabeza y el corazón le latía cada vez más fuerte.

Todo había comenzado horas antes. Era domingo y los hombres de la familia, don Emilio, Manuel y Bruno, se preparaban para acudir al partido de fútbol que ese día el Real Madrid disputaba en el Santiago Bernabéu.

—¡Quiero ir yo también! —se quejó la niña, colocándose en la puerta con los brazos abiertos para impedirles el paso.

—No digas tonterías, el fútbol no es cosa de chicas —le recriminó su madre mientras intentaba apartarla de la entrada a la fuerza.

—¡No podéis impedirme que vaya! —los había retado—. ¡Me escaparé de casa!

Padre e hijo se miraron con complicidad y una sonrisa mal disimulada a la vez que se colocaban las chaquetas para salir, sin plantearse en ningún momento llevarla con ellos, una idea ridícula.

—Venga, Candela, a tu cuarto. Deja de molestar —le había reprendido de nuevo su madre sin saber cómo detener a aquella niña siempre rebelde, siempre contestona y que en nada se parecía a ella.

—¡No puede, Candela siempre molesta! —se burló su hermano entre carcajadas.

La pequeña le sacó la lengua, lo que provocó que su hermano se riera aún más fuerte, sobre todo porque él se sabía un privilegiado que sí iba al fútbol con su padre y su abuelo.

—Otro día hacemos algo contigo, ¿de acuerdo? —intentó calmar los ánimos Manuel antes de salir, pero Candela rechazó su acercamiento muy enfadada.

Con dificultad, pero con decisión, apartaron a la pequeña de la puerta y salieron de casa.

En la escalera se toparon con José, que intentaba sintonizar una emisora de radio.

—¿Buscando el partido del Atlético de Bilbao? —le preguntó don Emilio.

José asintió y reprimió contestarle que su equipo era el Athletic Club, por mucho que Franco se hubiera empeñado en castellanizarlo.

—¡Por fin! —dijo cuando encontró una que lo retransmitía.

—Que gane el mejor —le dijo Manuel mientras los tres abandonaban el edificio.

—Que gane el Athletic, por si acaso —le corrigió el portero en un susurro cuando se quedó solo.

José cogió la radio y la escalera de mano y subió para arreglar una bombilla en el tercero mientras escuchaba el partido.

De nuevo en casa de los González de la Fuente, Candela, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, se había llevado a su Mariquita Pérez a la habitación mientras le susurraba:

—No te preocupes, ellos son malos, pero yo no te trataré así, porque yo soy buena y nunca te prohibiré nada porque seas una chica.

Ya en su habitación colocó la muñeca en una mecedora de juguete y comenzó a agitarla con demasiada fuerza, pero su mente

buscaba algo con lo que mostrar a su familia lo enfadada que estaba porque no le habían dejado ir. Aquella injusticia se merecía una venganza, solo tenía que idear cuál.

—Me da igual —se dijo—, son unos tontos con un balón.

Pero sabía que detrás había algo más, era el quedarse aparte, el que le prohibieran algo por no ser un chico, el que nunca pudiera hacer lo que quisiera y tuviera que comportarse como una señorita.

—Tú y yo nos vamos de aquí —dijo de repente.

Cogió la muñeca y la apretó contra su pecho.

La casa se había quedado en silencio. Su madre fingía leer en el sofá del salón la revista *¡Hola!*, aunque estaba dormida, y Pepa recogía la cocina con la radio puesta muy bajita y el «Soy minero» de Antonio Molina acompañando el choque de los cacharros en el fregadero.

Candela estaba dispuesta a abandonar a su familia, a salir a la calle y desaparecer con tal de demostrarle a Marcela, a su padre, a su abuelo y a su hermano lo enfadada que estaba. Caminó de puntillas por el pasillo de la vivienda, siempre por los laterales, porque sabía que la madera en la zona junto a la pared crujía menos. Alcanzó la puerta de la calle y abrió con cuidado. Se sobresaltó al escuchar la radio del portero, cuyo sonido venía de los pisos superiores, pero prosiguió su camino cuando comprobó que el hombre estaba entretenido escuchando el fútbol. Llegó al portal y abrió la puerta de la calle. Cuando pisó la acera y sintió el frío de aquel noviembre sobre la piel, la invadió el miedo y se volvió hacia el interior. Durante unos segundos se quedó quieta sin saber qué hacer. Su madre se daría cuenta de su ausencia enseguida, saldría en cualquier momento a buscarla y no quería que la viera allí, quería

hacerla sufrir un poco más. Miró a su alrededor con la intención de encontrar un lugar para esconderse.

Inés, desde el interior de su casa, no entendía qué hacía su vecina inmóvil en el portal, pero la observaba muy atenta por la mirilla de la puerta subida a una banqueta. Su padre arreglaba algo en el tercer piso mientras escuchaba el partido de fútbol y su madre había salido a ver a una conocida que acababa de tener un bebé. Se había quedado sola en casa con la condición de que ni abriera a nadie ni saliera del apartamento.

De repente Candela le dirigió la mirada, como hacía siempre, como si de verdad pudiera verla a través de la puerta. Llevaban semanas jugando a aquel extraño juego de observarse en la distancia. Se buscaban, se miraban, se espiaban incluso, bueno, eso más Inés, se dijo, porque no perdía vez cuando la oía en la escalera. Aproximaba el taburete a la puerta, se subía y la contemplaba llena de curiosidad.

Pero aquel día Candela se acercó a la vivienda del portero y golpeó bajito la madera, algo insólito hasta el momento.

—Abre, por favor —susurró—, necesito un escondite.

Inés tardó unos segundos en reaccionar, se le aceleró el corazón y a punto estuvo de caerse del taburete, pero la niña de fuera enseguida insistió:

—¡Por favor! Y si quieres te dejo mi Mariquita Pérez —le dijo y alzó la muñeca para que Inés pudiera verla desde la mirilla.

La hija del portero no necesitó más. Al tener la posibilidad de jugar, aunque fuera un momento, con la muñeca con la que soñaba,

se convenció y abrió la puerta. Ambas por fin se miraron cara a cara, sin disimulos. Candela sonrió.

—Gracias.

En aquel momento, la puerta de la casa de los González de la Fuente comenzó a abrirse, sorprendiéndolas. Candela empujó a Inés al interior de su propia casa y cerró con cuidado para que no las escucharan.

Inés no dejaba de mirar la muñeca de Candela. Sin duda prefería la Mariquita Pérez del vestido azul, pero no le habría hecho ascos a aquella con vestido rojo que la miraba desde los brazos de su dueña.

Escucharon pasos que descendían las escaleras y la voz de Marcela, que la llamaba:

—¡Candela!

Esta abrió mucho los ojos, asustada porque la descubrieran en su huida, pero Inés la cogió de la mano muy segura de lo que hacía. Tenía que esconderla mejor y conocía el lugar perfecto para ello. Al fondo de la diminuta cocina del apartamento había una despensa empotrada en la pared y dentro de esta un compartimento para dejar la escoba y el recogedor, oculto tras la bata de su madre de estar en casa. Inés sacó los útiles de limpieza, los colocó detrás de la puerta de la cocina y le señaló a Candela el hueco que había dejado, suficiente para que las dos se sentaran juntas en el suelo. La pequeña asintió convencida y entró. Inés fue tras ella. Se acurrucaron y la hija del portero entornó la puerta desde dentro para que pareciera que estaba cerrada, solo un hilo de luz dejaba ver sus siluetas en el interior y los ojos grandes de ambas, que se miraban sorprendidas por la ayuda, la complicidad y por simplemente estar allí, juntas.

Minutos más tarde, mientras escuchaban las urgentes voces en la escalera que llamaban a la pequeña como un eco lejano, Candela e Inés se relajaron cada vez más en aquel cubículo. Pies contra pies y brazos que se aferraban a sus propias rodillas, aún sin atreverse a rozar del todo a la otra.

—¿Te has escapado de casa? —le preguntó Inés en un susurro.

Candela asintió muy seria para después dar explicaciones con un tono enfadado pero bajito.

—No me dejan hacer nada. No me gusta que haya cosas de chicos y de chicas, yo quería ir al fútbol y me obligaron a quedarme.

—¿Para qué querías ir al fútbol? —preguntó Inés sin entenderlo—. Si es un rollo…

—Me da igual, no quiero que me dejen en casa y ellos se vayan por ahí a hacer cosas.

Eso sí que lo podía entender la hija del portero. A ella tampoco le gustaba que la mantuvieran al margen, que la trataran como a una niña pequeña o que no le explicaran lo que ocurría en ese mundo de adultos que a veces era tan extraño. Pero el fútbol… Ella no se escaparía de casa por eso.

—¿Y dónde vas a vivir? —le preguntó intrigada mientras se la imaginaba dentro de un portal muerta de frío, con las cerillas que se apagaban lentamente, como en aquel cuento que le contaron en el colegio y que tanta pena le había dado.

Candela frunció levemente los labios para darse unos segundos antes de responder.

—No sé, seré actriz, como Marisol. Viviré muy lejos, en Londres o en Benidorm…

Inés pensó que Candela era la persona más valiente que había conocido en toda su vida. Ella jamás podría hacer algo así, aún sentía miedo en su propia cama algunas noches y se encaramaba a la de su madre en busca de su abrazo. Su padre siempre se levantaba refunfuñando para ocupar el sofá cama que Inés había dejado vacío. Quizá podría dejar a su padre y su empeño por trabajar, limpiar y ser ordenado, pero no, no podría abandonar a Isabel.

—¿No echarás de menos a tu familia?

La pequeña fugitiva bajó la mirada apesadumbrada porque solo pensar en no ver a su padre cada día, o incluso a la pesada de su madre o al idiota de su hermano, o a su abuelo… No añadió nada más porque la barbilla comenzó a temblarle, estaba a punto de echarse a llorar.

—Me gusta tu Mariquita Pérez —la animó Inés al darse cuenta de que se había puesto triste.

—Podemos compartirla un rato, si quieres.

Se la tendió Candela mientras se secaba con disimulo una lágrima que había asomado a su mejilla.

—¿De verdad? —preguntó la hija del portero, levantando la voz sin darse cuenta.

Candela le pidió con un siseo que bajara el tono y después le ofreció la Mariquita Pérez, aunque no le quitó los ojos de encima cuando la otra niña la cogió con avidez. Inés la tocó como si se tratara de un tesoro. Deslizó sus manos por la superficie fría y lisa, acarició el cabello y tocó las pestañas que enmarcaban aquellos ojitos.

—Un día podríamos jugar juntas… —sugirió Candela.

Inés la miró con los ojos muy abiertos y negó con la cabeza:

—No sé si me dejará mi padre. Él dice que no puedo molestaros porque sois los jefes y nosotros trabajamos para vosotros, y que cada uno está mejor en el sitio donde le ha tocado estar. Así que me tengo que quedar aquí, en la portería.

—Pero no me estarías molestando, solo jugaríamos, no es lo mismo —le explicó Candela, muy segura de sí misma.

Inés pensó que aquella niña quizá tenía razón, mientras no la molestara y solo jugaran juntas… en realidad no le estaría llevando la contraria a su padre…

—Vale —le dijo por fin.

Candela sonrió muy contenta y sus dientes blancos se iluminaron en la oscuridad de aquella despensa. Inés le devolvió la muñeca, agradecida.

—Podemos ser amigas… —sugirió la fugitiva.

Inés asintió algo nerviosa.

—Dame tu mano —le pidió Candela, y la otra pequeña obedeció.

Con suavidad dibujó una «A» mayúscula en la palma, lo que hizo sonreír a Inés.

—«A» de «amigas», ahora ya está escrito —sentenció Candela.

—Pero ¡¿qué hacéis ahí?! —preguntó enfadada Isabel al abrir la puerta y verlas escondidas—. ¿Es que no sabes que tu madre te está buscando por todas partes? ¡Si hasta ha llamado a la policía! ¡Salid ahora mismo!

Candela e Inés no tuvieron más remedio que obedecer, con la cabeza gacha y muy calladas.

—¡José! —llamó Isabel a su marido.

El hombre apareció por la puerta sin aliento:

—¿Qué estáis haciendo ahí? —preguntó enfadado al verlas salir de la despensa.

Una vez fuera, Inés sintió que estaba a punto de echarse a llorar por la mirada de sus padres sobre ella, porque la idea había sido suya y porque sin duda eso sí era molestar a los González de la Fuente. Pero entonces la pequeña Candela se le acercó y le estrechó la mano con fuerza. La hija del portero la observó de reojo, sorprendida, pero su vecina le devolvió la mirada, cómplice. Inés apretó sus deditos entrelazados para demostrarle que estaban juntas en esto.

Los padres de Inés se dieron cuenta de todo e intercambiaron un gesto preocupado al verlas unidas en la humilde cocina. Pero no había tiempo que perder, porque aquella situación se les había ido de las manos. José salió a buscar a Marcela mientras Isabel se colocaba detrás de las dos niñas y las conducía por los hombros hasta el portal.

Las pequeñas seguían aferradas la una a la otra, fuertemente asidas de la mano, poderosas en su unión, pero con miedo de lo que pudieran decirles.

—¡Hija! —se acercó Marcela hasta ella.

El primer ademán de la madre fue abrazarla y a Candela le sorprendió tanto la muestra de afecto que no solía recibir de ella que se puso rígida, lo que provocó que Marcela no terminara de darle el abrazo y se creara una situación extraña y algo incómoda. Inés, sin embargo, sintió la mano de Isabel sobre su pelo en una leve caricia, natural y tierna.

—No vuelvas a hacer algo así, ¿me oyes? —le reprendió ahora muy seria la madre de Candela, con el rostro tenso y crispado—. Vas

a estar castigada todas las tardes durante un mes sin salir de casa.

—Señora, ya he llamado a la policía para avisar de que todo se ha solucionado —interrumpió José la escena.

—Gracias —asintió Marcela y agarró a su hija con fuerza para volver a casa.

Pero Candela seguía aferrada a Inés y esta la observó con temor, como si fuera a perderla en el mismo instante en que sus manos se soltaran. La fugitiva se recompuso y sonrió abiertamente mientras la miraba a los ojos, e Inés supo con ese gesto que estarían unidas siempre, aunque sus dedos no estuvieran entrelazados.

Muchos años después, ambas coincidirían en fijar en aquella sonrisa el principio de su amistad.

2

Desde aquel día la frase que más se escuchó tanto en casa del portero como en la de los González de la Fuente fue:

—¿Puede venir a jugar?

Candela aprovechaba cualquier mínima ocasión para buscar a su vecina, porque sentía que, por primera vez, tenía una amiga de verdad que no se parecía a las niñas cursis del colegio privado al que iba y con quienes no tenía nada en común, más allá del dinero de su familia que, con ocho años, nada significaba para ella. El castigo se olvidó poco a poco y para cuando había transcurrido una semana la pequeña ya salía de casa con total normalidad.

En un primer momento sus encuentros se limitaron a reunirse en la escalera mientras merendaban, Candela bizcocho recién hecho por Pepa, Inés galletas María untadas con mantequilla preparadas por su madre. Pero enseguida intercambiaban sus respectivos manjares para buscar lo distinto, lo que se alejaba de su menú habitual. Inés no entendía por qué Candela disfrutaba tanto con sus galletas unidas de dos en dos teniendo ese bizcocho de chocolate jugoso y dulce que se deshacía en la boca. Pero a la nieta de los González de la Fuente aquella merienda le encantaba y se deleitaba en ella con los ojos cerrados.

—Está tan rico… —decía mientras sentía crujir la galleta entre sus dientes y la mantequilla se escapaba por los laterales.

Después la chupaba con la lengua para no derramar ni un poco y sonreía encantada.

Aquella reciente amistad se veía con preocupación en casa de José e Isabel. Muchas veces se convertía en el tema de conversación cuando la niña no estaba delante, igual que aquella tarde de lunes, fría y lluviosa, en la que José intentaba demorar el momento de volver a su trabajo después de comer.

—No deberían hacerse amigas —dijo el hombre preocupado mientras se remangaba la camisa del uniforme y se encendía un cigarro en la mesa del salón, comedor y dormitorio de Inés.

Isabel colocó una taza de café frente a él y se apoyó en el respaldo de la silla que había a su lado, pero sin sentarse.

—Tranquilo, la vida terminará por separarlas, es inevitable.

—Pero no quiero que Inés se confunda. Ellos están allí —señaló el techo— y nosotros aquí —añadió mirando su pequeño apartamento —, y además es gracias a los González de la Fuente, porque sin don Emilio no tendríamos esta vida. No quiero verme en la situación de tener que intervenir en una riña infantil que nos lleve a un problema con él o que Inés se acostumbre a un tipo de vida que ni podemos darle ni probablemente tenga nunca.

—No creo que eso ocurra, tu hija es muy prudente, sabe cuál es su lugar.

—Sí, pero la tuya es muy soñadora —le reprendió José con una media sonrisa provocadora que su mujer decidió ignorar.

—Tampoco es nada malo soñar… —insistió Isabel, que se resistía a que su pequeña niña se conformara con una vida que no había

elegido y que la ataba a aquellas cuatro paredes; quería algo mejor para su futuro.

—Los sueños solo traen frustración, uno nace donde nace y eso no se puede obviar.

—Yo creo que te equivocas, los tiempos están cambiando y… —se quejó Isabel.

—En este país, mientras gobierne quien gobierna, nada va a ser diferente.

Marido y mujer se miraron con cierta tensión, pero también con complicidad. José suspiró para relajar el ambiente y la atrajo hacia él agarrándola por la cintura hasta que quedó sentada sobre su regazo. Su mujer lo abrazó por el cuello.

—¿Por qué nunca te sientas conmigo a tomar un café después de comer? —preguntó meloso.

—Porque alguien tiene que fregar los platos, ordenar la cocina… —le dijo con una sonrisa mientras se dejaba besar en el cuello con deleite.

—Si tienes razón y los tiempos cambian, algún día tendremos criada —contestó José, abrazado a Isabel.

Ella soltó una carcajada coqueta y fingió escabullirse al escuchar un ruido proveniente de la escalera.

—Anda, déjame, que la niña puede entrar en cualquier momento.

Su marido no le soltó la mano y la miró a los ojos como hacía siempre, sin palabras, porque no era hombre de grandes discursos, pero sí de intensas miradas. Con ellas conseguía decirle unos «te quiero» que, a pesar de los años transcurridos, aún la hacían temblar.

—Yo también —le contestó Isabel al silencio.

Todavía recordaba cuando se conocieron en la casa de huéspedes de su madre. Cómo se encontraba al hijo de la dueña, a José, en cada esquina, como si la observara, como si la buscase continuamente. Solo tiempo después, tras darle el que fue su primer beso bajo la escalera una noche de diciembre, le confesó que ningún encuentro había sido fortuito, que no podía dejar de pensar en ella.

—Sé mi mujer —le había susurrado en la oscuridad.

—Sí —le había contestado.

Nunca volvieron a separarse.

—¡Papá! ¿Puedo ir a jugar a casa de Candela? —interrumpió Inés, entrando en el apartamento a toda velocidad.

José finalmente claudicó, impotente, pues tampoco quería rechazar una invitación de quien les daba de comer.

—Está bien, pero no molestes y pórtate muy bien.

—Te lo prometo.

Padre e hija se observaron desde esa distancia tierna que los unía y los separaba al mismo tiempo. José no se atrevió a hacer una caricia a su hija en el rostro e Inés tampoco tuvo el valor de seguir su impulso de besarle en la mejilla. Pasó el momento y cada uno siguió por su lado, tal y como les ocurriría durante toda su vida, cercanos pero distantes.

Cuando Inés entró en casa de los González de la Fuente por primera vez se quedó impresionada. Se sentía como Cenicienta cuando llegó al palacio del príncipe después de vivir entre harapos. Los suelos estaban cubiertos de alfombras de intrincados dibujos con tonos granates, la cocina quedaba oculta a la vista, igual que Pepa, que

solo aparecía cuando la llamaban, como un fantasma necesario pero invisible. Había cuadros por todas partes, lámparas con pequeños cristalitos en el techo, una estantería con más libros que los que tenían en la biblioteca de su humilde colegio y una mesa de comedor que ocupaba tanto como todo el dormitorio de sus padres.

La casa de los Herrera Aguirre, la casa de Inés, solo disponía de un dormitorio, el de Isabel y José, y ella dormía en el salón, en el sofá que se convertía en cama. Tenían una mesa de madera cuadrada justo delante y una cocina en la que apenas entraba una persona. El cuarto de baño era diminuto, pero había una bañera, cosa que Inés agradecía, porque algunas compañeras de clase le habían contado que se bañaban en barreños. Ella al menos no tenía que hacer eso. Pero de poco más podía alegrarse. Desde luego, nada de grandes lámparas con reflejos de arcoíris, nada de estanterías con figuritas de cristal o una biblioteca, nada de cuatro habitaciones y mucho menos dos cuartos de baño, y nada de salas escondidas, la parte más humilde, donde vivía Pepa y que nadie le mostró.

—Quiero enseñarte mi cuarto —le dijo Candela mientras la cogía de la mano.

Inés se dejó llevar porque lo único que quería era ver de nuevo a la Mariquita Pérez y tener la oportunidad de jugar con ella. Atesoraba las contadas ocasiones en las que su reciente amiga le había dejado jugar con la muñeca y no pensaba desaprovechar ninguna de las que se le presentaran en el futuro.

Entraron en el dormitorio de la niña e Inés se quedó con la boca abierta. Habían forrado las paredes de un papel repleto de pequeñas florecitas rosas, el más bonito que había visto nunca, la cama en

mitad de la estancia estaba decorada por un dosel de tul blanco y la colcha era tan rosa y brillante que Inés pensó que sin duda aquel era el dormitorio de una princesa. La Mariquita Pérez descansaba en una pequeña mecedora de madera, a su lado había un caballito del mismo material, un disfraz rosa de princesa colgaba de la puerta de un armario y una casa de muñecas en el suelo junto a la ventana permanecía levemente abierta y dejaba entrever una mansión con pequeños muebles con todos los detalles imaginables. A su alrededor, se desperdigaban vestidos de la muñeca, unos recortables, revistas con la cara de Marisol y pinturas de colores.

—¿Te gusta? —preguntó Candela al mismo tiempo orgullosa y preocupada porque Inés se había quedado levemente pálida desde que habían entrado.

La niña asintió y la anfitriona volvió a sonreír.

—¿Puedo coger otra vez a la Mariquita Pérez? —preguntó Inés con valentía.

Candela arrugó la nariz en una mueca de disgusto.

—No sé, es que la vas a manchar, acabas de comer. ¿Te has lavado las manos?

Inés se miró las manos limpias y asintió. La hija de los González de la Fuente no parecía muy convencida.

—Pero puedes mover la mecedora, si quieres —le dijo la propietaria con la esperanza de que eso fuera suficiente.

Inés no quiso, ya no se encontraba a gusto, ya no quería estar allí, porque se sentía como el ogro de un cuento que entra y llena de barro el castillo de la protagonista.

—Tengo que irme.

Se dio la vuelta y salió corriendo del cuarto con el corazón encogido y una rabia que no sabía de dónde venía. Candela no supo retenerla ni tampoco entendió por qué desaparecía de aquella manera.

—¿Todo bien? —preguntó Marcela tras asomarse al cuarto y ver a la niña del portero escapar de allí como una exhalación. Miró a su hija y se cruzó de brazos con el ceño fruncido—. ¿Qué le has hecho?

—Nada, mamá, de verdad… —contestó Candela con su mirada más atónita.

La mujer no sabía si creerla, su hija podía ser cruel y caprichosa y aquella incipiente amistad tan dispar, tan inconveniente y tan a destiempo no podía traer nada bueno, a la vista estaba.

—¿Por qué no invitas a casa a alguna amiguita de clase? —preguntó su madre, con la esperanza de que Candela quisiera juntarse con niñas más apropiadas.

—No me gustan.

—Alguna habrá que… —insistió Marcela.

Su hija le clavó la mirada en un gesto serio y los labios fruncidos y dijo rotunda:

—¡No!

Sabía que era mejor no insistirle, así que miró a su alrededor y añadió para reafirmar de alguna manera quién mandaba allí:

—Venga, recoge tu cuarto, que lo tienes todo patas arriba.

La niña resopló con disgusto.

Pero nada fue comparable para Inés con la primera vez que atravesó la puerta de cristal de la tienda de juguetes de Gran Vía. Hasta aquel

momento su lugar siempre había estado a este lado del escaparate, siempre fuera, observadora pasiva del mundo de fantasía que se desarrollaba en el interior. Pero esa tarde todo cambió, por fin tuvo la oportunidad de traspasar el umbral y sumergirse en un sueño entre juegos. Sentía el corazón a punto de salir de su pecho y volar alrededor de las estrellas del local, las manos temblorosas, el cuerpo encogido por miedo a estropear algo, a romper la perfección de aquel sitio en el que los juguetes no eran más que el principio.

Candela había insistido mucho para que la acompañara aquella tarde de sábado. Las semanas de las dos chicas parecían desarrollarse de sábado en sábado, porque a diario apenas podían verse más que un rato durante la merienda debido a los deberes del colegio y a las tareas que José imponía a Inés.

—¿Has terminado de leer lo que te ha mandado la profesora? —le preguntaba su padre siempre con una bayeta en la mano, un manojo de cartas que había que repartir entre los vecinos o una bolsa con la compra que debía llevar a la viuda del tercero.

José siempre parecía impaciente porque acabara sus tareas y le ayudara con el trabajo de verdad, como solía decir. Isabel, sin embargo, intentaba sustituirla en sus cometidos para que la pequeña pudiera seguir estudiando o dejara volar su imaginación entre las páginas de un libro.

Inés invariablemente contestaba que sí a su padre y, antes de que la palabra terminara de precipitarse por sus labios, ya tenía un paño en la mano para limpiar el polvo de algún recoveco de la escalera.

—Aquí contribuimos todos —se justificaba José ante la mirada de reproche de su esposa.

—Es solo una niña —le recordaba ella una y otra vez sin mucho éxito.

—Yo a su edad ya estaba en medio de una guerra y me encargaba de la casa de huéspedes tanto como mi madre.

—Precisamente por eso deberías permitirle vivir una infancia diferente. Ser niña, estudiar… —insistía Isabel, pero José en este tema era muy estricto y no quería que Inés se convirtiera en una vaga, ese era su mayor miedo.

Sí, en el colegio le enseñaban cosas importantes, no lo dudaba, pero él, como su padre, podía transmitirle el valor del trabajo, del esfuerzo y de la responsabilidad. Y para aprender valores tan importantes nunca se es demasiado joven.

—Venga, no exageres, Isabel, que tampoco la voy a llevar a la mina, solo quiero que haga algo útil después del colegio.

Así terminaban casi todas las conversaciones sobre este tema que se desarrollaban en la familia Herrera Aguirre e Inés odiaba ser el centro de la mayoría de ellas, por eso agachaba la cabeza y obedecía.

Pero lo que José ignoraba era que Candela se escabullía cada tarde con su merienda y la complicidad de Isabel para acompañar a su recién estrenada amiga a realizar sus tareas por todo el edificio. Mientras una comía la otra limpiaba. Y a veces intercambiaban los puestos e Inés comía y Candela jugaba a limpiar el polvo, al mismo tiempo que practicaba pasos de baile que salían de su imaginación o inventaba que eran cenicientas torturadas por malvadas hermanastras. Inés siempre terminaba riendo, Candela siempre le hacía reír.

—¿Vienes con nosotros esta tarde? Porfi, porfi, porfi… —le preguntó Candela aquel sábado antes de subir a su casa a comer, con las manos juntas, como si rezara, y los ojos muy abiertos y suplicantes.

—No me va a dejar mi padre —contestó la hija del portero, convencida.

Su amiga frunció el ceño con determinación, tal y como hacía siempre que una dificultad se presentaba en su camino. Porque ella nunca se rendía y era muy difícil decirle que no.

—Te va a dejar —le aseguró enigmática antes de subir corriendo las escaleras hacia su casa y dejar a Inés plantada en mitad del portal sin entender lo que tramaba.

Durante la comida de aquel sábado, Candela, sentada a la gran mesa de comedor en la que Pepa les servía los diferentes platos que había preparado, rogó con los ojos llorosos, la expresión beatífica y las manos unidas para que Manuel o Emilio bajaran a hablar con el padre de Inés y le permitiera ir a la tienda.

—Por favor, por favor, por favor…, es lo que más desea en el mundo —repitió tantas veces que Bruno se tapó los oídos con fuerza.

—¿Se puede ser más pesada que esta niña? —dijo su hermano con exasperación.

—¡Tú calla!

—Si me da la gana.

—¡Haya paz! —pidió Marcela con un gesto de disgusto, harta de las eternas discusiones entre los dos hermanos.

Candela pensó en ese refrán que decía siempre su madre, «Por la paz, un avemaría», y se preguntó si era por eso por lo que Marcela

parecía tan triste, resignada a aceptar lo que tenía delante, a no enfrentarse con nada ni con nadie, a utilizar frases vagas y con segundas intenciones antes que meterse en una gran discusión que pudiera alterarla lo más mínimo. Ella no era así, no se parecía en nada a su madre, ella se sentía como su padre, era fuerte y capaz de enfrentarse al mundo entero si hacía falta.

—Abuelo, papá, por favor… Inés nunca ha entrado en la juguetería… —rogó una vez más.

Los dos se miraron con complicidad y un destello de pena.

—Está bien. Cuando terminemos de comer bajaré a hablar con José —sentenció don Emilio.

Candela lanzó un grito de alegría y su madre le pidió que lo reprimiera la próxima vez y se comportara como una señorita.

Inés caminó cogida de la mano de Candela todo el trayecto hasta la juguetería. Aún estaba impresionada por haber visto a don Emilio, con su traje y su porte distinguido, en mitad de su salón, comedor y dormitorio, mientras hablaba con su padre, vestido de trabajo, para que le dejara asistir aquella tarde.

—Ya sabe que yo no le puedo negar nada, usted me ofreció una nueva vida —le dijo José con humildad a pesar de sus reticencias iniciales.

Don Emilio le dio una palmadita en la espalda y sonrió con un cariño que Inés nunca entendió de dónde provenía, porque parecía haber un mundo de distancia entre su piso y el de los González de la Fuente, y, sin embargo, ambos hombres se miraban con ternura, con confianza incluso. Pero cada vez que Inés preguntaba la razón le

contestaban eso de «Son cosas de mayores» o «Hay ropa tendida», frase que odiaba con todas sus fuerzas.

Mientras la escena se desarrollaba en el salón, Isabel disimulaba una sonrisa casi oculta tras la puerta de la cocina, contenta por su hija, que tenía la oportunidad por fin de salir de allí y ser lo que era y debía ser: solo una niña de ocho años llena de sueños.

—Para la hora de la cena estará en casa —les aseguró don Emilio.

Y allí estaba Inés, de la mano de su amiga, con el abriguito de los domingos que le había puesto su madre para que no desentonara con Candela, que siempre iba de punta en blanco, ni con las gabardinas del padre y el abuelo de su pequeña vecina, que caminaban delante enfrascados en una conversación que no llegaba a escuchar.

—Ya verás, es increíble. Mi abuelo colgó del techo un millón de estrellas de papel y puso un tren que da vueltas por toda la tienda, aunque lo apagamos por la noche, porque si no sería una locura… Y hay soldaditos de plomo en una pared, de miles de tipos, muñecas de trapo, una cocinita de madera, el juego de la oca, un montón de coches de hojalata y de esos que das cuerda y salen como locos, y la Mariquita Pérez, claro, y…

Inés se sentía abrumada porque estaba segura de que en cualquier momento despertaría del sueño, se encontraría a sí misma mirando el techo desconchado de su salón y nada sería real. Candela notó que su amiga estaba nerviosa porque le sudaban las manos y pensó que había una manera de animarla.

—Te dejo llevarla un poco —le dijo Candela tendiéndole su Mariquita Pérez—. De aquí a la esquina. ¿Quieres?

Y señaló el final de la acera a escasos metros de ellas.

—Vale.

Inés, mientras caminaban, abrazó la muñeca como si fuera de carne y hueso. Le acarició el pelo, le colocó bien el gorrito que Candela le había puesto y le cerró la chaqueta un poco más.

—Es que tiene frío —se excusó ante la mirada seria de su amiga.

—No, no tiene —le contestó Candela, un poco enfadada porque Inés pretendiera saber más de su muñeco que ella misma, que era su madre de mentira.

Inés no contestó, se limitó a abrazar a la Mariquita Pérez levemente mientras andaban y llegaban al final de la acera.

—Es mi turno —le dijo Candela, impaciente.

Se la pasó de nuevo, contenta de al menos haberla tenido un rato y convencida de que la niña estaría mejor con ella como madre de mentira, que la atendería con más cariño y desde luego nunca tendría frío, porque llevaría los mejores vestidos.

—Ya hemos llegado, chicas —les dijo Manuel tras cruzar la carretera junto a la juguetería.

Don Emilio abrió la puerta con la llave y giró el cartel donde ponía CERRADO para que se pudiera leer ABIERTO tras el cristal. Inés dio un paso y en un segundo se sintió dentro de su propia fantasía. Era incluso mejor de lo que había imaginado o atisbado desde el escaparate. Miró a todos lados, las estrellas de las que le había hablado Candela, los soldaditos, las cajas de Juegos reunidos sobre una de las mesas, una casa de muñecas con sus muebles en miniatura, una caja de música con una bailarina, el juego de la lotería de Borrás, el Juanín, amigo de Mariquita Pérez…

—Mira, ven.

Candela la arrastró hacia la zona donde estaban los muñecos. Cogió la caja de la Mariquita Pérez del vestido azul, con la que Inés soñaba cada día, y se la tendió.

—Es tan bonita… —susurró la pequeña sin poder evitarlo mientras la miraba a través del plástico transparente que la resguardaba para su venta.

—Te la pides para los Reyes —sugirió Candela.

Inés la dejó con cuidado sobre la estantería para no estropearla sin saber cómo explicarle a su amiga que en su casa eso no ocurría, que no había regalos ni juguetes, si acaso algo de ropa que necesitara o un cuaderno nuevo para el colegio. Los Reyes Magos no parecían quererla mucho, por eso sentía tristeza cada enero.

Manuel y don Emilio descendieron las escaleras desde el despacho, donde ya se habían quitado las gabardinas y las habían dejado.

—Chicas, traed los abrigos —les pidió el padre de Candela.

—¡Los llevamos nosotras! —intervino la niña corriendo hacia las escaleras, seguida de Inés.

—Pero no los dejéis tirados en el suelo —advirtió su abuelo, que ya se colocaba detrás del mostrador.

Las niñas subieron las empinadas escaleras hasta el pequeño despacho y dejaron las chaquetas en el perchero de madera que estaba junto a la puerta.

Aquella era una sala pequeña, sin ventanas a la calle, con un escritorio, muchos archivadores y cajones y una cristalera desde la que se veía la tienda. Sobre la mesa, algo llamó la atención de Inés, un pequeño caballito de madera que no había visto hasta entonces. Candela se dio cuenta y lo cogió con sumo cuidado.

—Lo hizo el padre de mi abuelo, con sus propias manos. Por eso mi abuelo creó la tienda de juguetes, por el bisabuelo Vicente. Es un negocio familiar, ¿sabes? —comentó con orgullo mientras dejaba el juguete de nuevo sobre el escritorio.

Después, Candela e Inés se asomaron a la cristalera para observar cómo los primeros clientes entraban aquella tarde.

—¿Te gusta? —le preguntó su amiga, contenta.

Ella la miró sin palabras, pero asintió enérgicamente con la cabeza.

—Algún día será mío —sentenció la hija y nieta de los González de la Fuente con orgullo.

Inés la envidió.

Aquellas visitas se convirtieron en una costumbre cada sábado por la tarde. Don Emilio ya no pedía permiso y así José no podía negarse a darlo. Las dos familias lo daban por hecho. A las cuatro y media aproximadamente, tras una breve siesta cada una en su casa, Candela se situaba en la entrada de la portería con su inseparable muñeca entre las manos y esperaba a que Inés se colocara el abrigo. Don Emilio y Manuel bajaban entonces y las dos niñas salían con ellos camino de la tienda de juguetes.

—No molestes y sé educada —le advertía una y otra vez su padre, cada vez más resignado a aquella desigual amistad que seguía creyendo que no traería nada bueno.

Inés asentía, le aseguraba que siempre se portaba bien y le daba algunos ejemplos, como que esperaba a que Candela cogiera

cualquier muñeco primero y pedía permiso para ir al baño, daba las gracias y todas esas cosas. Su inocencia hacía sonreír a su madre.

—Es una niña muy buena, José, tienes de qué estar orgulloso —lo tranquilizaba don Emilio cuando volvían de la tienda y el portero los esperaba con mirada preocupada.

Pero no solo en casa de José había reticencias por aquella amistad. Marcela, por la noche, intentaba hablar con Manuel de lo inconveniente de que la niña anduviera todo el tiempo con la hija del portero sin hacer caso a sus compañeras del colegio. Su marido la escuchaba solo a medias mientras ella se extendía crema hidratante en las delgadas piernas y comentaba:

—¿Tú crees que es bueno que se haya hecho tan amiga de esa niña?

—¿De Inés? —preguntaba Manuel, distraído.

—Sí, no sé, es buena chica, no me entiendas mal, es educada y todo eso, pero, claro, la hija del portero…

—Qué más da, Marcela, son amigas y ya está, aún son unas niñas —contestaba él algo molesto.

—Tú es que eres demasiado moderno con esa locura de la igualdad de clases —le reprendía ella con suavidad, pero como reproche.

—Y tú muy antigua —contestaba Manuel, ofendido.

Marcela pensó en su padre, Francisco, que murió de una neumonía poco después de conocer a su marido. Su madre falleció al dar a luz a Marcela y por eso siempre estuvieron su hermana Mercedes y ella bajo la autoritaria estela de su padre. Desde entonces la casa se rigió por la disciplina y la mesura. Él las obligaba a ir a misa cada día y jamás les dio un solo abrazo, porque, como

teniente de alcalde de Toledo, tenía cosas más importantes que hacer que preocuparse por unas niñas pequeñas. Y cuánta razón tenía aquel hombre tan elegante y firme, que le inculcó unos valores férreos pero necesarios, le enseñó cuál era su lugar y le brindó un orden al mundo al que Marcela siempre se aferraba. Así eran las cosas y así debían ser.

Don Francisco apenas conoció a Manuel, ya estaba muy enfermo, y mejor, porque no lo habría aprobado, como no lo hizo su hermana.

Pero Manuel era guapo, joven, impetuoso y exhalaba éxito y entusiasmo en cada una de las palabras que le dijo aquella tarde, cuando ella se detuvo en el escaparate de la juguetería a mirar de forma distraída durante uno de los viajes a la capital en los que acompañaba a su padre al médico para tratar sus dolencias. Fue encantador, como un galán de cine, con su traje y su negocio.

Don Francisco enfermó de gravedad muy poco tiempo después y tanto ella como su hermana permanecieron a su lado en una agonía angustiosa. Manuel le brindó todo su apoyo y también el de los médicos que conocía su familia. Pero nada surtió efecto.

Mientras su padre agonizaba, descubrió en Manuel a una buena persona y ella tenía tanto miedo a quedarse sola, a perder aquella figura de autoridad que la había guiado en su vida, que se aferró a él y a todo lo que ella proyectó en aquel hombre, aunque la realidad era muy distinta.

De aquello hacía mucho tiempo, o quizá no tanto, pero para Marcela se había convertido en un largo camino lleno de soledad.

—Bueno, no te enfades, solo quiero lo mejor para nuestra hija y desde luego no se encuentra entre fregonas —quiso terminar Marcela la conversación.

Después se metió en la cama de espaldas a su marido y apagó la lámpara de su mesilla. Manuel se tenía que morder la lengua para no contestar a su mujer alguna barbaridad tras escuchar esos comentarios.

—No tardes en apagar la luz, que me molesta.

—¿Hay algo que no te moleste? —preguntó él, ya exasperado.

—Estás muy irascible… —se defendió Marcela, como si no hubiera dicho las palabras exactas que sabía que encendían a su marido—. Es por esas compañías que tienes, tan poco apropiadas, no me extraña que tu hija acabe con quien acaba. Algún día te meterás en un lío y lo pagaremos todos. ¿Dónde se ha visto que el hijo de un gran empresario tenga ideas comunistas? Si mi padre levantara la cabeza…

Ella todo lo decía con el mismo tono de voz pausado, hiriente pero suave, sibilino, que sacaba de quicio a su marido. Manuel, en cambio, que era impulsivo y de sangre caliente, no soportaba aquella forma que tenía su mujer de echarle en cara sus ideas políticas, o cualquier otra cosa, y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no saltar con cada una de sus palabras.

—Si todos fuéramos como tú, esto no terminaría nunca —se quejó mientras se levantaba y se colocaba una bata de seda sobre el pijama de rayas.

—¿Esto quieres que termine? ¿Una buena vida? ¿Una familia?

—Una dictadura —le contestó enfadado, ya desde la puerta del dormitorio.

—Exageras, como siempre.

Manuel quería gritar, quería abrirle los ojos a aquella mujer escondida en su casa, en sus privilegios, en su comodidad y sus

misas, quería hablarle de las torturas, de los silencios, de todo lo prohibido… Pero sabía que era inútil. Marcela era como era y nunca lograría cambiarla porque ella misma no tenía ningún interés en hacerlo.

Se preguntó dónde había quedado lo que habían visto el uno en el otro para casarse y tener dos hijos, para jurarse amor en un altar y compartir cama cada noche, aunque hacía siglos que sus cuerpos no se rozaban por debajo de las sábanas. Podría escudarse en que antes era distinta, pero estaba seguro de que Marcela siempre había sido así. Incluso desnuda, con su piel suave y sus ojos grandes, incluso cuando él la rozaba y buscaba en su cuerpo algo de pasión, incluso en esos momentos, ella mantenía las distancias, sonreía y estaba perfecta, pero inescrutable y fría. Manuel no sabía quién era bajo la superficie inmaculada. Era consciente de que había sido él quien había cambiado, quien había dejado de ver su luz deslumbrante como algo positivo. Hubiera dado cualquier cosa por una carcajada espontánea, un grito o algo de deseo inexplicable e inconveniente. Se preguntó en qué momento proyectó en ella cualidades que nunca estuvieron y supo que había sido durante la enfermedad de don Francisco. Fue entonces cuando la había sentido tan vulnerable que creyó ver algo que no existía, sentimientos, pasión, un mundo interior que descubrir… Pero se equivocaba y solo se dio cuenta con el tiempo, cuando la ausencia de su padre se fue mitigando y la verdadera Marcela emergió a la superficie. Era inútil pedirle más, y lo sabía.

—Voy al salón a leer, así no te molesto —le dijo con tristeza.

Marcela no respondió, ni siquiera se volvió para mirarlo cuando cerró la puerta del dormitorio. Solo se preguntó en la soledad de la

noche quién era ese hombre con el que se había casado, por qué no podía ser otro, por qué no podía ser él mismo pero siendo otro, alguien más parecido a quien ella imaginó cuando se subió al altar y le juró permanecer a su lado en lo bueno y en lo malo. ¿Por qué no podía quererla? Sus ojos se llenaron de lágrimas que reprimió inmediatamente. Cerró los ojos y se dispuso a dormir, sepultando bajo un padrenuestro recitado en silencio todos los posibles sentimientos que pudieran quitarle el sueño.

Aquella noche, Inés no podía dejar de dar vueltas a la idea que le había dado Candela de pedir la Mariquita Pérez a los Reyes Magos. Inés sabía y no sabía, sabía pero simulaba no saber. En su casa siempre había ese día un regalo práctico, pero a menudo tenía que ver con *amama* Marisa, su abuela paterna, que venía en Navidad a pasar las fiestas con ellos desde Bilbao. Inés la adoraba. Era fuerte, independiente, muy moderna, con su pelo corto y sus ademanes intensos. Cuando Marisa estaba en una habitación, todos los presentes se fijaban en su presencia, como si fuera el centro de cualquier cosa que pudiera ocurrir, como si no hubiera nada interesante más allá de ella. Regentaba una casa de huéspedes en su ciudad, en la calle Bailén, donde también trabajó su madre y donde conoció a su padre, aunque Inés nunca había estado allí, de hecho, jamás había salido de Madrid. Su abuela no pedía licencia por nada ni por nadie.

—Más vale pedir perdón que pedir permiso —le decía a su nieta mientras le guiñaba un ojo, divertida.

Inés sonreía sin entender, porque a ella le habían enseñado a pedir permiso, a pedir perdón y a agachar la cabeza. Así se lo decían en el colegio y así se lo decían en casa. Todos menos *amama* Marisa. Pero ella tampoco regalaba muñecas, sino cosas útiles, ropa, libros…, porque era de la misma idea que su hijo José: creía que Inés ya era mayor para obsesionarse con los juguetes de moda, lo que tenía que hacer era estudiar o trabajar, convertirse en alguien útil para valerse por sí misma. Marisa sabía que eso era lo más importante, convertirse en una mujer independiente, porque en su caso la vida la había obligado a serlo y no le deseaba a su propia nieta vivir el desamparo que le supuso quedarse viuda, con un hijo al que cuidar y una casa de huéspedes que había sido propiedad de su marido y que ella no tenía ni idea de cómo regentar. Él, el propietario original, falleció en la guerra tras alistarse, a pesar de no tener demasiada convicción política. Una bala en la contienda le arrebató la vida y obligó a Marisa a despertar y convertirse en una mujer con un hijo y un negocio que sacar adelante.

Inés daba vueltas a esto aquella noche cerrada y sintió la necesidad de hablar con su madre, de saber qué opinaba ella de todo eso de los Reyes Magos. Se deshizo de su manta y de puntillas fue hasta la habitación de sus padres. Sin pedir permiso se metió por los pies en la cama y se abrazó a Isabel, que dormía. Su madre se sobresaltó al sentirla a su lado.

—¿Qué pasa, Inés? —preguntó somnolienta.

—¿Puedo pedir una muñeca a los Reyes Magos?

—Pero, hija… —se volvió para mirarla con ternura—, ya sabes que nosotros no…

—Pero no seríais vosotros, serían los Reyes Magos —le explicó Inés sin mucho convencimiento—. Candela ha dicho que son mágicos y…

Había una niña en su interior que conocía la verdad que luchaba contra otra que no quería saber y que necesitaba convencer a Isabel de que aún había una esperanza.

—Ya está otra vez esa niña rica metiéndole ideas en la cabeza —se quejó su padre antes de levantarse enfadado y marcharse a la cama de Inés para dormir el resto de la noche en soledad y no tener que afrontar aquella conversación.

—Lo siento, hija —le susurró Isabel mientras la abrazaba—, los Reyes aquí no vienen, ya eres mayor para saber que no existen. De hecho, yo creo que lo sabes desde hace tiempo.

Inés asintió apenada. Envidiaba la fe ciega de su amiga. Se acurrucó entre los brazos de su madre y dejó que las lágrimas brotaran de sus ojos con calmada resignación. Isabel deseó poder darle otra vida, deseó tener otra vida y al mismo tiempo esa, pero con más cosas, un sentimiento que le hacía sentir superficial pero que era completamente sincero. Suspiró con tristeza y sin palabras.

Manuel y don Emilio llegaron a la juguetería temprano. Era lunes, el frío de finales de noviembre comenzaba a colarse entre la ropa y anunciaba un invierno duro, como los habituales en la capital. Cada vez quedaba menos para la época más importante de la tienda, la Navidad, y debían aumentar los pedidos, así como empezar a pensar en la forma de decorar el local y ofrecer algo nuevo que hiciera soñar tanto a los niños como a sus padres.

Las mañanas de los lunes solían ser tranquilas. Padre e hijo trataban de recoger y organizar a primera hora lo que el sábado había quedado descuidado. La clientela era escasa y aquel día lo agradecieron, porque el local estaba bastante revuelto. El fin de semana, Inés y Candela decidieron poner a prueba una de las cajas de Juegos reunidos que estaba dañada y no era apta para la venta y pasaron toda la tarde entre el parchís y el resto de los entretenimientos que venían en el interior. Se les echó el tiempo encima, llegó la hora de cerrar y no habían recogido, así que por esta vez les tocaba a ellos arreglar el pequeño desastre.

Don Emilio subió al despacho dispuesto a encargarse de los pedidos y Manuel se agachó al mismo tiempo que soltaba un quejido por su espalda dañada después de haber dormido en el sofá del salón como tantas otras noches, para no estar con Marcela, para esconderse de su fracasado matrimonio detrás de un libro de madrugada. Poco a poco, entre bostezos, comenzó a meter en la caja todo lo que las niñas habían dejado esparcido por el suelo.

En aquel momento la campanilla de la puerta sonó con su característico tintineo. Manuel se levantó para observar quién había entrado y ofrecerle su ayuda. Se encontró con un hombre, no demasiado alto, muy delgado, con un abrigo de paño negro atado hasta el cuello y el pelo oscuro peinado hacia un lado. Pero lo más característico de su rostro era su gran nariz aguileña, como un gancho poderoso y largo que cobraba tanto protagonismo que impedía fijarse en cualquier otra parte de él. Era una presencia dura y fuera de lugar en una tienda de juguetes, como si el malo de un cuento infantil hubiese irrumpido sin permiso en la apacible vida de las hadas. Manuel se preguntó qué habría ido a buscar allí. Sus

pequeños ojos no parecían fijarse en ningún producto en concreto, sino que observaban más allá, buscaban a alguien.

Manuel sintió un escalofrío que le recorrió la espalda cuando sus miradas se encontraron.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó aún con la caja rota de los juegos en las manos.

El hombre no lo miró, lo escrutó, con una media sonrisa que se metía dentro de Manuel, como si quisiera adivinar en su interior algo que ni él mismo se atrevía a confesar.

—No, gracias —contestó mientras se paseaba entre los juguetes con las manos enlazadas en la espalda, dominando el lugar, casi tiñéndolo de negro.

Su atuendo desentonaba en los pasillos, como un cuervo oscuro que asedia un campo de flores.

Manuel no quiso insistir, pero, mientras guardaba y recogía los diferentes artículos esparcidos por el suelo, no le quitó ojo de encima.

Minutos después el hombre cuervo se marchó sin despedirse, y con él se llevó el tintineo de la puerta y dejó una sensación de desasosiego que a Manuel se le había instalado en la boca del estómago, como una turbia premonición.

—¿Quién era? —preguntó don Emilio, que descendía las empinadas escaleras con sus gafas de ver sobre la nariz y algunos papeles en las manos.

—No lo sé —contestó su hijo, intentando no cruzar la mirada con su padre, porque ambos intuían y ambos temían.

—No te habrás metido de nuevo en líos, ¿verdad? —se lamentó don Emilio con los brazos cruzados.

—No —respondió escuetamente Manuel mientras se fingía atareado esta vez entre los trenes de madera y los carritos azules de bebé.

Don Emilio, nervioso, se acercó a él y le puso la mano en el brazo:

—Por favor, hijo, por tu familia, por el negocio…

Manuel conocía esa mirada suplicante, la mirada suplicante del miedo, la que tenían todos en aquella época, la de quienes se limitaban a vivir, a cerrar los ojos y a centrarse en las cosas pequeñas, porque las grandes, los ideales, las luchas, daban demasiado miedo y hacía tiempo que se habían convertido en imposibles.

—Por favor —insistió su padre—, ya he vivido una guerra, perdí a tu madre en ella, no quiero perder nada ni a nadie más.

Manuel era incapaz de refutar ninguna opinión cuando Celia se precipitaba en los labios de su padre. Él apenas la recordaba. Tenía trece años cuando falleció en 1937, en un bombardeo. Recordaba los sonidos, el dolor inmenso de la ausencia, la indefensión, pero no el rostro de su madre, y era algo que le pesaba cada día de su vida.

Cuando ocurrió la desgracia, Manuel se quedó a cargo de su abuelo Vicente, ya muy mayor, hasta que consiguieron ponerse en contacto con su padre, destinado en el norte, partícipe de la caída de Bilbao en 1937. No pudo volver a Madrid hasta muy poco antes de que terminara la guerra. Durante mucho tiempo y hasta que falleció años después, consideró a aquel anciano que cuidó de él como su madre, su padre y toda su familia.

La campanilla de la entrada volvió a sonar y Manuel suspiró aliviado al ver a una mujer mayor que preguntaba por un aro para que lo bailara en la cintura una de sus nietas.

Inés volvía andando de su colegio, el San Juan Bosco, en la calle Joaquín García Morato, esquina con Maudes. Regresaba sola a casa porque el edificio estaba muy cerca de Cardenal Cisneros y a ella le gustaba ese rato de libertad en el que se permitía deambular entre la gente como si fuera una persona adulta, no una niña, convertida en exploradora, en aventurera, en hada o en cualquiera de esas fantasías en las que adoraba sumergirse en soledad. Se fijaba en cada detalle al caminar, en la castañera de la esquina, con su rostro repleto de arrugas. Estaba convencida de que era una bruja y que con cada paquete convertía un sueño en realidad. Se fijaba en los niños que jugaban a las canicas y creaban con el tintineo una música reconocible y reconfortante, también en un quiosco donde se vendían flores y siempre había mariposas revoloteando a su alrededor… Así demoraba la llegada a casa, los deberes del colegio y las tareas que le tocara realizar junto a su padre, en las que no cabía ni una sola de aquellas fantasías.

Aquella tarde, al llegar al portal del edificio de Cardenal Cisneros, se encontró con Bruno, el hermano de Candela, que jugaba con una peonza en la acera.

El chico, al verla, y sin que ella se atreviera siquiera a preguntar, le explicó:

—En casa no me dejan lanzarla, mi madre dice que rayo la madera del suelo —se quejó mientras ponía los ojos en blanco con disgusto.

Con un movimiento ágil de la muñeca la lanzó y esta comenzó a girar con elegancia, recta. El chico después se agachó y consiguió, de alguna manera mágica que Inés no logró entender, que la peonza

subiera a su mano y siguiera girando en la superficie de su palma. La niña lo observaba con la boca abierta, impresionada.

—He practicado mucho —le explicó Bruno, orgulloso por la mirada de la pequeña, cuando los giros perfectos de la peonza se detuvieron.

Ya tenía casi catorce años y su voz no sonaba como la de los niños de la clase de Inés. Era grave y profunda, y su expresión no era infantil, sino seria, diferente a la de su padre Manuel, más parecida a la de don Emilio, o al menos eso creía ella.

—¿Quieres probar? —le preguntó mientras le tendía la peonza.

—Yo no sé… —contestó con el corazón acelerado.

—Te enseño.

Inés se dejó guiar por aquel chico mayor que le sonreía y le explicaba cómo había que colocar la cuerda alrededor del juguete y la fuerza que había que utilizar para que diera vueltas el mayor tiempo posible. Con su ayuda lo consiguió y se rio emocionada, hipnotizados ambos por el girar de la peonza en la acera.

—Se te da bien —le sonrió Bruno, satisfecho.

Inés iba a pedirle que le dejara probar otra vez, pero un chico de la edad de su vecino se acercó corriendo y se colocó entre ambos, de espaldas a la niña, invisible para él.

—¿Te vienes a jugar?

—Vale.

Ninguno dijo adiós, como si Bruno se hubiera olvidado de que Inés existía al encontrarse con su amigo. Ella le vio alejarse, despreocupado. Se había convertido casi en un adulto y era normal que no se fijara en una niña pequeña, pensó. Sin embargo, no sabía explicar por qué, pero deseó que la mirara, que se volviera desde la

distancia, con su pelo moreno que formaba pequeñas ondas, y que sus ojos oscuros se detuvieran en ella. Bruno no lo hizo.

Aquel sábado de finales de noviembre Inés y Candela no estaban en la parte pública de la tienda, sino que habían encontrado un nuevo escenario para sus juegos en el almacén de la juguetería. Las cajas se amontonaban por todas partes y entre las dos habían construido una especie de castillo.

—Se acercan los dragones —susurró con tono teatral Candela, agazapada junto a su amiga.

Minutos antes se habían entretenido dibujando espadas en cartones viejos, después las habían recortado y pintado con tizas para así enfrentarse a cualquiera que osara atacar de alguna manera su preciado palacio de cartón. Casi todo había sido idea de Candela, cuya imaginación parecía no tener límites, o al menos su desvergüenza a la hora de contarlo en voz alta. Inés disfrutaba de las fantasías de su amiga, de su pasión en cada uno de los juegos que se inventaba, pero ella no sentía que su cabeza bullera de actividad de la misma manera y si lo hacía no se veía tan fuerte como para expresarlo. Con Candela nunca se aburría, ya fuera con cartones, con muñecos o mientras bailaban mecidas por el viento en plena calle, pero se preguntaba si su vecina sentiría lo mismo a su lado, si no llegaría un día en que no fuera suficiente, en que estar con ella se volviera tedioso y previsible. Se dijo que se esforzaría, se prometió a sí misma que tenía que intentarlo, que tenía que demostrar que podía ser como ella.

—¡Lucharemos! —gritó Inés de repente.

Candela la miró sorprendida porque no solía ser tan efusiva en los juegos, siempre detrás, más tímida. Pero le encantó verla así, colorada, con las dos trenzas deshechas y una gran sonrisa en el rostro. Se unió a ella y levantó la espada de cartón hacia lo alto.

—¡A por ellos! —exclamó y ambas salieron de detrás de las cajas apiladas para enfrentarse a un ejército imaginario comandado por animales mitológicos.

Después de luchar a diestro y siniestro, de derrotar dragones, de perdonar la vida al rey del otro bando y de volver victoriosas hasta su pueblo, donde las vitoreaban todos sus súbditos, acabaron tiradas en el suelo entre risas.

—Lo hemos conseguido —dijo Candela con un suspiro de satisfacción—, nuestro castillo está a salvo.

La pequeña estaba a punto de contestar, pero unos inmensos y muy urgentes golpes en la puerta del almacén que daba a la calle las sorprendieron y asustaron.

—¿Quién es? —preguntó Candela, y enseguida sintió la mano de su amiga aferrándose a la suya.

—Alfredo Po. ¡Abridme, por favor! —contestó alguien al otro lado.

Apenas entendieron lo que el hombre había dicho. Volvieron a escuchar los fuertes golpes que les cortaron la respiración. El hecho de que en el almacén casi no hubiera luz, que el lugar careciera de ventana y que estuvieran solas no les había preocupado lo más mínimo hasta aquel instante, pero de repente cada sombra se había convertido en una amenaza. La llamada insistente, casi desesperada, seguía viniendo de la puerta e Inés sintió que estaba a punto de echarse a llorar, paralizada de puro miedo.

—¿Qué son esos golpes? —preguntó Manuel enfadado tras entrar en el almacén porque creía que habían sido ellas.

Las dos niñas se levantaron con rapidez y corrieron para colocarse tras él, asustadas.

—Papá, hay alguien fuera.

—Tranquilas, será un mensajero… —dijo mientras se colocaba a su altura para que le hicieran caso, porque no dejaban de mirar la puerta y taparse los oídos—. Quedaos aquí —les pidió y señaló la pared a su espalda.

Inés y Candela, abrazadas, obedientes, se alejaron de la puerta al mismo tiempo que Manuel se acercaba a comprobar quién era el causante de aquel escándalo.

—¿Quién está ahí? —preguntó sin abrir, por precaución.

—Melchor —dijo una voz al otro lado—, soy Alfredo Po, necesito ayuda…

Manuel palideció al escuchar el que era su nombre en clave, el que utilizaba con sus compañeros del Partido Comunista pero que nadie más conocía, o al menos nadie debería conocer. Se lo pusieron precisamente por su trabajo en la tienda de juguetes, pero era un secreto y únicamente los camaradas del partido estaban al tanto de él. Aquello solo podían ser problemas. Había tenido una reunión la tarde anterior, apenas unos minutos en la trastienda de una ferretería de las afueras, y nadie le había puesto sobre aviso de una visita ni le constaba ninguna operación de propaganda en la que participara él en ese momento, y mucho menos en la juguetería, cuando había dejado claro que ya no quería utilizarla porque su padre no estaba de acuerdo. Debía de ser una emergencia.

—Id con el abuelo, ahora —les exigió a las niñas, que obedecieron inmediatamente, asustadas por el tono seco que de repente había adoptado Manuel.

Abrió la puerta y se topó con un chico, un joven de apenas dieciocho años, asustado y sudoroso, que entró en el almacén sin preguntar, ansioso por escapar de la calle, por desaparecer en la oscuridad del lugar.

—Me estaban siguiendo —dijo una vez que Manuel volvió a cerrar, como si le conociera—, tenía que desaparecer.

—No puedes presentarte aquí, nos estás poniendo en peligro a mí y a toda mi familia —le respondió enfadado.

—Lo siento, me dijeron que si tenía problemas acudiera a Melchor, que trabajaba en este local —contestó el estudiante con la voz rota y unos ojos titilantes que a Manuel le hicieron darse cuenta de que aún era un niño y que parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Está bien —le respondió mientras le colocaba una mano en el hombro para tranquilizarle.

El chico respiró aliviado.

—El partido me ha enviado a repartir esto en la universidad, pero me han visto y han empezado a seguirme —explicó mientras sacaba del interior de su jersey un taco de papeles con consignas contra el régimen.

Manuel, apurado, cogió las octavillas y las metió dentro de las cajas que las niñas habían utilizado para jugar a hacer castillos con la intención de tirarlas más tarde, cuando nadie le viera.

—Tendrás que quedarte aquí hasta que cerremos, no puedes salir ahora, seguro que rondan estas calles. Después te marchas y no vuelvas nunca, ¿de acuerdo?

El chico asintió obediente, con una actitud más parecida a la que habían tenido las niñas frente a él que a la de alguien dispuesto a arriesgarse de aquella manera por una causa.

La campanilla de la puerta de entrada de la tienda de juguetes anunció la llegada de un nuevo cliente. Manuel ayudó a ocultarse al joven y le pidió que no se moviera y se mantuviera en silencio, por el bien de todos.

—Hijo, alguien pregunta por ti —escuchó que le llamaba su padre desde el interior del local.

Algo en su voz le estremeció, un leve temblor quizá, un matiz nervioso que no auguraba nada bueno. Manuel le hizo un gesto apremiante al recién llegado para que se ocultara. El chico parecía a punto de echarse a llorar, pero asintió y obedeció acurrucándose bajo los cartones.

Manuel cogió aire, intentó relajarse y después salió con el corazón latiéndole a toda velocidad, pero con el rostro de quien no tiene nada que ocultar.

—¿Es usted Manuel González de la Fuente?

El hombre con cara de cuervo, el Cuervo a partir de entonces, que días atrás había pasado por la juguetería, estaba allí frente a ellos y confirmaba todas sus sospechas. Se trataba de un agente de la policía secreta del régimen franquista y lo acompañaban otros dos hombres con la misma actitud prepotente y gélida que demostraba su superior. Don Emilio tenía a las niñas agarradas por los hombros y miraba a los recién llegados con fingida amabilidad y mucha calma, pero en tensión. Solo al ver llegar a su hijo, y sobre todo al oír cómo pronunciaban su nombre, agachó la vista preocupado una milésima

de segundo, pero se recuperó enseguida y retomó su actitud controlada.

—Soy yo, ¿en qué puedo ayudarlos?

Manuel intentó que no le temblara la voz y se convenció a sí mismo de que era imposible que nadie notara cómo le caía una gota de sudor por la espalda. Se apoyó despreocupado en el lateral del mostrador, quería fingir una indiferencia que estaba muy lejos de ser real. El Cuervo le imitó y colocó su mano, nervuda pero poderosa, sobre una pila de cajas de diábolos, que habían empezado a ponerse de moda.

—Estamos detrás de la pista de un hombre, un chico, en realidad.

—Aquí no ha venido nadie, ¿verdad, papá?

Se arrepintió enseguida de haber hablado con tanta rapidez, porque así demostraba urgencia en su voz, como si ocultara algo, lo cual era totalmente cierto.

—No, en lo que llevamos de tarde solo han venido una mujer y su hija y además no se han llevado nada, una pena —comentó don Emilio con la intención de relajar el ambiente.

Candela pensó que se olvidaban de los golpes en la puerta, del chico que había llegado, y estuvo a punto de hablar, pero don Emilio le presionó fuerte el hombro para darle a entender que no lo hiciera. La pequeña captó el mensaje y agachó la mirada, algo confusa. El Cuervo se dio cuenta de que la niña rubia había cambiado de actitud, se acercó a ella y se acuclilló con una fingida sonrisa.

—¿Tú has visto a alguien más, pequeña?

Manuel tragó saliva e intercambió una mirada terriblemente preocupada con su padre. Sabía que a su hija le encantaba ser el

centro de atención, que era muy probable que contara la verdad porque la discreción no iba con ella. Se temió lo peor.

Pero Candela había intuido algo en el gesto de su abuelo y le resultaron tan desagradables la sonrisa y el aliento rancio a tabaco de aquel desconocido que la observaba que negó con la cabeza.

—Solo estábamos en el almacén luchando contra dragones, nada más —le contestó nerviosa.

—¿Puedo echar un ojo a ese almacén vuestro?

—Por supuesto —dijo un don Emilio solícito que solo esperaba que su hijo hubiera ocultado bien al desconocido que había golpeado la puerta como si le fuera la vida en ello.

Manuel no podía hablar, sentía que debía detenerlos, pero hacer una maniobra extraña en aquel momento podía significar su ruina. Estaba a punto de desmayarse mientras el Cuervo avanzaba camino del almacén seguido de sus hombres. Su padre abrió la puerta y todos entraron junto a él. Manuel llegó el último y miró en dirección al lugar en el que había escondido al chico. No se le intuía en un primer vistazo, pero supo que todo había terminado cuando el Cuervo y sus acompañantes comenzaron a remover cajas sin cuidado, a tirarlo todo por el suelo, a pesar de las quejas de don Emilio y sus súplicas para que trataran bien el material. Fueron apenas unos segundos lo que duró la intervención, pero se vio a sí mismo en manos de aquel hombre. Imaginó el dolor, imaginó la muerte y su respiración se aceleró sin control de puro miedo. Su padre lo miró preocupado. Comenzó a idear alguna excusa que explicara por qué aquel chico se encontraba allí y no se le ocurrió ninguna. Sin embargo, cuando el Cuervo llegó adonde lo había ocultado y tiró las cajas no encontró nada. Manuel miró a la entrada

y se dio cuenta de que la puerta estaba abierta por una mínima ranura apenas perceptible. El chico se había marchado. Respiró aliviado.

—¿El nombre de Melchor les suena? —preguntó el Cuervo en general, aunque sin apartar los ojos de Manuel.

—¡Es uno de los Reyes Magos! —intervino Inés muy segura.

Todos la miraron sorprendidos porque no se esperaban que hablara en aquel momento. Pero la pequeña estaba tan nerviosa que sintió la necesidad de contestar a aquel hombre para que todo terminara pronto. La respuesta era sencilla y creyó que contribuía a poner fin al desaguisado.

—Muy bien, pequeña —dijo él y se acercó a la niña con esa mirada oscura que se escondía tras su sonrisa.

Alargó la mano y le rozó el cabello negro como sus ojos. El gesto cariñoso resultó escalofriante e incluso hizo que don Emilio se acercara más a la pequeña y la separara del policía instintivamente.

El Cuervo la escrutó durante unos segundos más, pero después asintió y volvió a recuperar su postura erguida. Pasó por delante de Manuel y le clavó la mirada más tiempo del necesario. Después se dirigieron a la parte pública de la tienda.

—Vamos —ordenó a sus hombres—. Caballeros, niñas, volveremos a vernos —amenazó al tiempo que hizo sonar la campanilla de la puerta de cristal.

Desaparecieron calle abajo. Cualquiera hubiese jurado que en su ausencia el local se llenaba de luz.

—Ese hombre parecía un cuervo —dijo Candela.

—Ha dejado todo el almacén desordenado —comentó Inés.

Don Emilio dedicó a su hijo una mirada de reprobación que provocó que agachara la cabeza mientras aún intentaba recuperarse.

—Niñas, vamos, ayudadme, que está todo patas arriba.

Las pequeñas protestaron, pero Manuel agradeció quedarse unos segundos a solas en la tienda y tener la oportunidad de respirar de nuevo. Las manos le temblaban, el corazón parecía a punto de explotarle y tuvo que secarse el sudor de la frente con la mano. Habían estado cerca, demasiado.

Esa noche la cena en casa de los González de la Fuente transcurrió silenciosa. El tintineo de los cubiertos contra los platos era lo único que llenaba el ambiente y Candela sabía lo que eso significaba. Cuando terminaran, su padre y su abuelo se encerrarían en el despacho del segundo, donde siempre se escondían para hablar de cosas de mayores que los niños no podían escuchar.

Efectivamente, sucedió de aquella manera. Nada más acabar la cena, don Emilio se dirigió al despacho y Manuel fue tras él con la cabeza gacha, convertido en un chaval que espera la regañina de su padre por unas malas notas.

A Candela la mandaron a la cama y por primera vez no protestó. Se puso el camisón y fingió dormirse rápido. Pepa apagó la luz tras desearle buenas noches y su madre, minutos después, abrió la puerta para comprobar que ya le había vencido el sueño. La niña cerró los ojos con fuerza, de espaldas a la entrada, e intentó respirar de forma relajada. Marcela se dio por satisfecha. Dejó la puerta entornada y la luz del pasillo encendida porque Candela a veces se

levantaba al baño de madrugada y tenía miedo si todo estaba oscuro.

Cuando la casa se quedó en silencio y escuchó la puerta del dormitorio de sus padres cerrarse y el trasiego en la cocina terminó, sigilosa se levantó y se puso su bata rosa y sus pequeñas zapatillas del mismo color. Con paso firme pero algo temeroso se acercó al despacho, al final del pasillo. La luz estaba encendida y se escuchaban las voces de su padre y de su abuelo, que venían del interior.

Candela se sentó a un lado de la puerta, con la espalda recostada en la pared. Esperaba, temía, que aquella enésima discusión fuera la definitiva y Manuel por fin cumpliera la amenaza que siempre le lanzaba a su propio padre:

—Entre todos vais a conseguir que me vaya.

Cada vez que pensaba en vivir en aquel lugar, o en cualquier otro, sin su padre, un sudor frío le recorría la espalda. Se negaba a perderlo, le quería tanto que a veces lo miraba en silencio, solo por ver sus gestos, cómo sonreía, cómo hablaba con unos y otros y después poder imitarle cuando estaba sola. Quería ser como él, en todo, y por supuesto no separarse nunca de su lado.

Minutos más tarde Manuel salió del despacho cansado, con el rostro demudado por haber tenido que escuchar las mismas reprimendas de siempre de su padre, por haber tenido que aferrarse una y otra vez a sus ideas y por sentir que absolutamente nadie le entendía en aquella casa de conformistas.

—Algún día me marcharé, porque vivir aquí es insoportable… —susurró agotado antes de cerrar.

No pudo ver el rictus dolido de don Emilio, que no por haber escuchado aquella amenaza más de una vez sentía el corazón menos roto. Pero a quien sí vio al salir fue a Candela, con los ojos anegados de lágrimas, que lo esperaba en el pasillo, sentada en el suelo, mientras rodeaba sus piernas con los brazos y sollozaba oculta tras su pelo revuelto.

—¿Te vas a ir? ¿De verdad te parecemos insoportables? —le preguntó entre hipidos.

Manuel lamentó haber dicho esas palabras fruto de la rabia, el cansancio y el miedo que había sentido con la visita de aquel hombre. Se acercó a ella, se sentó a su lado en el suelo y le señaló sus propias piernas para que su hija entendiera que podía encaramarse en su regazo. Candela así lo hizo. Se aferró a su cuello y se convirtió en una pequeña burbuja entre los brazos protectores de su padre.

—No lo haré, te lo prometo —le susurró con la voz entrecortada mientras la besaba en el pelo.

—Pues no lo digas más, por favor.

—Está bien, no lo diré —dijo y deseó con todas sus fuerzas poder cumplir aquella promesa.

3

Quizá fuera por la proximidad de la Navidad, porque tenían mucho trabajo o por el hecho de que no volvió a suceder nada destacable las semanas siguientes, pero la tensión entre Manuel y su padre se fue diluyendo en medio de rutinas y voces infantiles. La juguetería entraba en su mejor época, quedaba una semana para Nochebuena y ya estaba decorada con un gran árbol de Navidad en la entrada repleto de bolas de colores y de espumillón. Lo habían adornado entre todos, don Emilio, Manuel, Candela e Inés, y había sido la primera vez para esta última. Se había envuelto en una guirnalda de perlas doradas mientras reía a carcajadas y cantaba los villancicos que se sabía a pleno pulmón, de la mano de Candela, que llevaba la estrella del árbol como sombrero.

En el escaparate un gran nacimiento se veía salpicado por pequeños juguetes, un trenecito, una muñeca, un soldadito… Todo se mezclaba entre los pastores que acudían al portal a adorar al Niño, que permanecía junto a la Virgen y a san José. Pero lo que más le gustaba a Candela eran sin duda los Reyes Magos, montados en sus camellos, con sus pajes al lado y el brazo levantado, alguno levemente dañado por el paso de los años, pero siempre diligentes en su tarea. La pequeña tenía la costumbre, con el beneplácito de su

abuelo, de acercar cada día que visitaba la tienda un poquito más las figuras hacia el portal, en una cuenta atrás hasta la mágica noche.

Inés, sin embargo, y a pesar de todo lo que disfrutaba del resto de detalles de la Navidad desde que visitaba la tienda, ya no esperaba la noche de Reyes. Durante muchas mañanas de ese día en los años anteriores, antes de saber la verdad, se había preguntado por qué a ella apenas le traían regalos, por qué otros niños tenían lo que habían pedido en la carta depositada en los buzones reales y ella no. De alguna manera sentía que los Reyes no la querían como a los otros niños, que quizá no era suficiente para ellos, y había vivido con esa angustia buena parte de su infancia. Pero ya sabía que no era así, que no la estaban haciendo de menos, sino que simplemente sus padres no podían afrontar lo que otros sí y en cierta forma eso la tranquilizaba.

—Pero no puedes contárselo a Candela, ¿de acuerdo? —le pidió su madre muchas veces—. Ella no sabe nada y es mejor que siga así.

Inés asentía mientras un millón de pensamientos se agolpaban en su cabeza. Era extraño porque la invadía una pena terrible y al mismo tiempo se sentía levemente aliviada, como si se hubiera quitado el peso de encima de creer que había algo malo en ella y por eso nunca recibía regalos. Pero no podía evitar pensar en Candela, en la suerte que tenía de disfrutar de aquella magia, de haberlo hecho siempre; una leve envidia le carcomía parte de su corazón y emergía cada vez que su amiga le hablaba de lo que iba a pedir.

—Venga, Inés, termina ya la merienda —le dijo su madre una tarde de diciembre.

Inés se limpió los labios con la servilleta y dejó el plato lleno de migas a un lado de la mesa.

—¿Puedo salir a jugar fuera? —preguntó.

—Pero recoge lo que has usado y llévalo a la cocina.

Inés obedeció, dejó en la fregadera el plato y el vaso con restos de leche y cogió el abrigo. Era una tarde fría pero soleada y estaba deseando salir para utilizar una tiza rota que había cogido del suelo en el colegio y así pintar la acera y jugar a la rayuela o el truquemé, como lo llamaba su *amama*.

La pequeña dio diminutos saltitos mientras se encaminaba al exterior. Una vez fuera, buscó el mejor emplazamiento para su juego sin alejarse demasiado.

—¿Dónde vas? —le preguntó entonces una voz al otro lado de la calle.

Inés miró hacia allí y descubrió al hombre que había estado en la juguetería aquella tarde en la que todos se pusieron tan nerviosos, el que tenía cara de cuervo y preguntaba por los Reyes Magos. Fumaba un cigarro y observaba la entrada del edificio del que precisamente había salido ella. La niña no contestó, simplemente siguió su camino, decidida a no hacerle caso y no meterse en líos, porque al fin y al cabo no era más que un desconocido para ella. Pero el hombre se apresuró a alcanzarla.

—¿Podemos hablar? —le pidió mientras le cortaba el paso y se colocaba delante.

Inés se quedó quieta y lo miró sin decir nada, aturdida, indecisa.

—Soy policía y me gustaría preguntarte alguna cosa. A los policías hay que hacerles caso, ¿verdad? ¿No te lo han dicho en el colegio? —comenzó a decir el hombre al mismo tiempo que se agachaba para quedar a su altura.

Inés asintió.

—¿Si te hago una pregunta crees que podrás responderme?

Volvió a asentir, algo asustada.

—¿Quién es Melchor?

La pequeña frunció el ceño sin saber qué contestar. Sabía que no podía contar a Candela la verdad sobre los Reyes Magos, pero suponía que aquel señor, y más siendo policía, sabría la verdad, que sus padres se la habrían contado mucho tiempo atrás.

—Los padres… —contestó indecisa.

El Cuervo la miró sorprendido, desde luego no era la respuesta que esperaba, incluso consiguió sacarle una sonrisa.

—Pero no se lo digas a Candela —le pidió apurada.

—Por supuesto que no —le aseguró con una mueca divertida.

—A mi casa no vienen ya de antes, no tengo regalos porque mis padres no quieren que tenga juguetes ni cosas superficiales y me convierta en una vaga —le contó Inés con más confianza repitiendo las explicaciones que ellos siempre le daban.

—¿Y no hay nada que te gustaría tener? —le preguntó el hombre.

—Una Mariquita Pérez, la del vestido azul —le contestó la pequeña sin dudar—, pero es solo un juguete de moda.

—¿Y si yo te digo que puedo hacer que tengas una de esas muñecas a cambio de una pequeña cosa?

Inés frunció el ceño y cruzó los brazos no muy convencida.

—Solo tienes que contarme todo lo que ocurre en casa de los González de la Fuente y en la juguetería. Y yo te traeré una muñeca nueva que será solo para ti.

—¿De verdad? —le preguntó—. ¿Solo eso?

—Te lo prometo. Será nuestro secreto.

Inés asintió sin estar segura del todo de si debía confiar en ese hombre.

—Eres policía, no me puedes mentir —le advirtió la pequeña.

El Cuervo se llevó la mano al corazón:

—Yo no te mentiré, pero tú tampoco deberás hacerlo. Si quieres esa muñeca tendrás que mantener esta conversación en secreto y además contarme lo que te he pedido. ¿Trato hecho?

El hombre extendió la mano y esperó a que la pequeña se la estrechara. Esta notó en la boca del estómago una punzada de ilusión al hacerlo, como los mayores, y de alguna manera se sintió importante, parte de un trato muy beneficioso para ella.

—Ni siquiera a tu amiga.

Inés asintió, hizo la señal de la cruz sobre el pecho y después se llevó los dedos a los labios para besarlos y así sellar aquella promesa. El Cuervo se incorporó satisfecho porque sabía que ya tenía a la pequeña de su parte. Y poco le importaba gastar algo de dinero en la dichosa muñeca si eso le acercaba al famoso Melchor y conseguía confirmar sus sospechas de que se trataba de Manuel González de la Fuente y de que operaba desde esa tienda de juguetes.

Inés entonces recordó algo y tiró del abrigo del hombre antes de que se marchara.

—En la juguetería entró una vez un hombre que preguntó por Melchor y eso es muy raro.

El Cuervo abrió mucho los ojos, muy interesado.

—¿Recuerdas si dijo su nombre?

—No sé… —contestó pensativa—, algo de Alfredo, no sé…, pero el apellido era muy corto, Po, Ro o algo así.

La que le estaba dando la niña era sin duda una información muy valiosa, porque aún no habían conseguido identificar a aquel chico que había conseguido escapar y con esos datos tenían más que suficiente para dar con él.

El Cuervo llevó su mano al moflete de Inés y lo acarició.

—Has sido muy buena.

La pequeña sonrió satisfecha.

—¿Tendré mi muñeca? ¿La del vestido azul?

—Pronto. Pero no le hables a nadie de mí.

—No diré nada —le contestó la pequeña con emoción.

El hombre se acercó al rostro de Inés y le susurró al oído:

—Mantén los ojos muy abiertos, ¿de acuerdo?

Inés sintió un escalofrío que le recorrió la espalda y se le erizó la piel como cuando leía algún cuento de miedo, pero dijo que sí con la cabeza porque solo podía pensar en estrechar a su Mariquita Pérez entre sus brazos.

La Navidad traía consigo muchas otras cosas además de a los Reyes Magos y aquel domingo a última hora de la tarde llegó en el tren a la estación del Norte la *amama* Marisa desde Bilbao. Inés siempre sentía que su llegada era el verdadero inicio de las vacaciones,

cuando por fin podían decir que era fiesta a pesar de no tener colegio desde hacía días, porque ese era el momento de reunirse y celebrarlo.

Inés y Manuel esperaban en la estación. A la pequeña le encantaba colocarse en el andén y observar las llegadas y salidas de trenes, el reloj en la cabecera y los muros rojos. Se imaginaba subida en uno de esos vagones y marchando al norte, a Bilbao, el lugar del que procedía su familia y que ella nunca había visto, y, sobre todo, soñaba con ver el mar. Inés quería estar frente a él, sentir la arena de una playa en sus pies descalzos, escuchar las olas mientras se acercaban y se alejaban como esos trenes con todas sus historias. Ese era uno de sus más grandes anhelos, salir de Madrid y ver el Cantábrico indomable de la mano de su *amama*.

—¡Allí está! —gritó Inés al localizar a Marisa, que descendía de uno de aquellos trenes, entre la gente, y miraba por encima de todos los viajeros para a su vez buscarla a ella.

La pequeña se soltó de la mano de su padre y corrió esquivando maletas y pasajeros hasta abalanzarse a los brazos de su abuela, que apenas tuvo tiempo para dejar la maleta en el suelo y recibirla con entusiasmo.

—Pero, *txikitxu*, ¡qué mayor estás! —le dijo mientras la agarraba de los hombros y la miraba de arriba abajo con una sonrisa cálida—. Dentro de poco los chicos harán cola por esos ojos negros.

Inés sacó la lengua con cara de asco, lo que provocó la carcajada de su abuela.

—Ya llegará un día en que eso te importe —le dijo mientras la volvía a abrazar efusivamente.

José por fin llegó hasta ellas y saludó a su madre con dos besos. Se alegraba de verla, siempre habían estado muy unidos, pero ninguno era dado a grandes muestras de afecto, eran personas contenidas y discretas que jamás se habían dedicado un «te quiero».

—¿Qué tal el viaje? —preguntó mientras le cogía la maleta a Marisa y los tres comenzaban a caminar hacia la salida.

—Cansado —exclamó ella—, pero he charlado con una mujer de Zaragoza que acababa de ser abuela y venía a conocer a su nieto, estaba emocionadísima, me ha dado unas pastas hechas por ella deliciosas.

—*Amama*… —empezó a decir Inés mientras rebuscaba en la bolsa que llevaba la mujer colgada del brazo.

—Deja a *amama*, hija —le reprendió su padre.

La mujer le hizo un gesto a su hijo dando a entender que no le importaba, llevó su mano a la bolsa de tela de cuadros, rebuscó y por fin sacó un paquete envuelto en papel blanco y se lo enseñó a su nieta:

—¡Mira lo que tengo!

—¡Bollos de mantequilla!

Inés abrió uno de los laterales del papel y no pudo reprimirse, le hincó el diente a aquel manjar que solo conocía de manos de su *amama* y que era una de las especialidades de Bilbao.

Candela reorganizaba las figuras del nacimiento que habían puesto en el comedor de la casa, tan grande que casi ocupaba lo mismo que la gran mesa central. Le gustaba colocar a los pastores por

parejas, a la que traía el agua con el señor de la oveja en el cuello, al niño con su madre, aunque no lo fuera, porque así le resultaba más cálido, como si esas figuras dejaran de sentirse solas e hicieran ese camino un poco más felices.

—Romperás las figuras. Ten cuidado, que son muy antiguas —le dijo su madre desde el sofá, donde leía una revista de forma distraída.

—Tranquila, lo hace con cuidado, ¿verdad?

Su abuelo le sonrió mientras se colocaba el abrigo.

—Para vuestra información, la tía Mercedes no vendrá este año a celebrar la Navidad —dijo Marcela en un tono que casi parecía que los estuviera culpando a ellos.

—Si nunca viene… —susurró Candela.

La tía Mercedes era la hermana de su madre, una mujer mayor que ella, soltera, triste, siempre vestida de negro y pegada a un misal, que vivía en Toledo en la casa que había sido de los padres de las dos hermanas. Odiaba a Manuel, todos lo sabían. No era un hombre como Dios mandaba, como habría querido su padre, don Francisco, a quien idolatraba. Marcela le había pedido innumerables veces que se marchara con ella a Madrid para que no estuviera tan sola, pero Mercedes se negó a dejar su casa, sus misas y sus costumbres. Marcela seguía manteniendo contacto con ella, la sentía un anclaje seguro y fidedigno a una vida que en sus normas le resultaba mucho más sencilla y fiable que la modernidad de la que desconfiaba.

Mercedes siempre aseguraba que iba a ir a la cena de Navidad y siempre cancelaba en el último momento alegando una enfermedad, la soledad, una tristeza incapacitante o cualquier cosa que los

convirtiera en culpables de su desgracia. Marcela la adoraba. Los demás no la soportaban.

—¿No se encuentra bien? —preguntó don Emilio con cierta malicia.

—Ya sabes, los inviernos no son fáciles…

Marcela ignoró el retintín con una mueca de culpabilidad y tristeza que estaba segura de que se le pasaría en media hora.

Candela entonces se volvió para mirar a su abuelo, sorprendida porque le había llegado un olor muy profundo a la colonia Atkinsons que don Emilio solo se ponía en las ocasiones especiales.

—¡Cómo hueles, abuelo!

—Bueno, es importante oler bien ¿no? —dijo un poco avergonzado.

—Pero ¿vas a salir con alguien?

Marcela miró por encima de su revista con una media sonrisa deseosa de escuchar la respuesta a esa pregunta. Siempre había pensado que su suegro estaba muy solo, que su mujer, Celia, la madre de Manuel, había muerto hacía mucho tiempo y que se merecía rehacer su vida. Era elegante, no demasiado mayor y un hombre como debía ser; estaba segura de que encontraría una buena mujer en cuanto se lo propusiera. Ya podía Manuel aprender un poco de su padre, se dijo con un suspiro.

—No, solo… —Y de repente el hombre se dio cuenta de que estaba dando explicaciones a una mocosa y que no tenía por qué hacerlo—. Tú a lo tuyo.

Candela se rio al sentir a su abuelo nervioso. Bruno entró en el salón y al olerlo empezó a hacer aspavientos y a toser como si se estuviera intoxicando.

—Pero, abuelo, ¿te has bañado en colonia? ¿Es que tienes novia? —preguntó el chico entre risas.

—¡A callar los dos! —les dijo, y disimuló que se había sonrojado con un pequeño golpe en el brazo de su nieto mientras salía de la habitación.

Escuchó sus carcajadas en el salón, pero no le importó. Ella estaba a punto de llegar y, si se cruzaban aunque fuera un segundo, ya habría merecido la pena.

Don Emilio salió al rellano. Sabía que el tren donde viajaba Marisa ya había llegado a la estación hacía tiempo, por lo que estaba casi seguro de que faltaban pocos minutos para que apareciera por allí, como cada Navidad. Se lo decía en su carta, porque aún se escribían, nunca habían dejado de hacerlo desde los tiempos de la guerra.

La puerta del portal se abrió en aquel momento. La risa de Inés, cogida de la mano de su abuela, rompió el silencio en el que don Emilio se había enfrascado y la voz de Marisa llegó hasta él como una ráfaga de aire cargado de mar, de aquel abrupto mar que conoció en su juventud y que nunca había dejado de añorar. Descendió las escaleras de dos en dos, pero disimuló en el último tramo para que nadie notara su nerviosismo y así vestir aquel encuentro de un tono casual muy mentiroso.

—Buenas tardes, don Emilio —dijo José nada más verle—. ¿Necesita algo?

—No, tranquilo, iba a dar un paseo. —El hombre desvió la mirada hacia Marisa, que en ese momento se atusó el cabello con sutileza para mostrarle el anillo que él le compró hacía años y que se había convertido en el símbolo de todo lo que se guardaban para ellos.

Emilio sonrió, intentando disimular lo rápido que le latía el corazón —. Bienvenida. Supongo que se quedará unos días a pasar las fiestas.

—Buenas tardes, don Emilio. Sí, hasta después de Navidad. Luego volveré a Bilbao, que la casa de huéspedes no se lleva sola.

—Muy bien. Espero que disfrute con la familia. Feliz Navidad.

—Muchas gracias, usted también. Feliz Navidad.

El hombre hizo un gesto de cortesía agachando la cabeza y pasó por su lado. Solo fue una mirada, una milésima de segundo de mirada, pero estuvo ahí. El reconocimiento de ambos, el cariño, el volver a descubrirse, escondidos entre la presencia de todos, pero tan presentes aún. Marisa sonrió e hizo una caricia a su nieta para disimular la ilusión. Don Emilio salió del portal y, cuando escuchó el sonido de la puerta al cerrarse a su espalda, sonrió también.

La cena de Nochebuena trascurrió tranquila en casa de Inés. Su madre hizo sopa de ajo y después bacalao al pilpil, como cada año, porque era el plato favorito de Marisa y ya se había convertido en una tradición. Después sacó los polvorones y el turrón y una copita de orujo que tenía escondida para las ocasiones.

—Este año te has superado, Isabel. Estaba todo buenísimo —dijo la mujer mientras dejaba la servilleta sobre la mesa con un suspiro.

—Muchísimas gracias —contestó ella, y se dispuso a recoger los platos.

—No, siéntate un rato con nosotros —le pidió su suegra.

Isabel asintió. Siempre se había sentido un poco intimidada por aquella mujer tan fuerte, que la doblaba en tamaño y que no parecía

tener dudas nunca sobre nada. La admiraba, porque había sacado el negocio de la casa de huéspedes en Bilbao ella sola después de que su marido muriese por una bala al comienzo de la contienda. Nunca había dado muestras de debilidad y siempre la había tratado bien, tanto cuando entró a trabajar en las cocinas de la casa como después, cuando la pusieron al corriente de la relación que mantenían José y ella. Era amable, cordial, sonriente, pero dura y algo distante. Se preguntó si en ella cabría la ternura, si habría algún resquicio para la vulnerabilidad en esa mujer alta y firme. Lo dudó; al fin y al cabo, Marisa era la primera que se había esmerado en ser como era, fuerte, tenaz. Si no, ¿cómo habría sobrevivido a todo lo que le había tocado vivir?

Las cenas en la familia Herrera Aguirre, sobre todo con Marisa, siempre acababan con música. Le encantaba cantar, tenía una voz grave pero poderosa, y era costumbre terminar entonando villancicos. Pero el más especial, el que les hacía saltar las lágrimas a todos con su melodía llena de nostalgia, era «Hator, hator». Inés no entendía por qué esa canción en vasco, como decían en el colegio —en euskera, como decía su abuela—, de la que no entendía absolutamente nada, hacía que su madre tuviera que marcharse a la cocina con lágrimas en los ojos, que su padre se encendiera un cigarro mientras jugaba con las migas de pan sobre el mantel y que su abuela la entonara con emoción, con los ojos cerrados y las manos aferradas con fuerza, incluso con rabia. Inés veía la situación sin entender, pero callaba porque era preciosa y la fuerte voz de su abuela ponía los pelos de punta.

Arriba, en casa de los González de la Fuente, don Emilio susurraba la melodía que venía del piso de abajo. La recordaba del tiempo que pasó en Bilbao, de la voz de Marisa, de cada Navidad.

—¿Te la sabes, abuelo? —preguntó Candela, sorprendida.

—No, solo me suena de hace mucho tiempo —le dijo mientras le guiñaba un ojo—. Venga, cómete la carne.

—¿Un poco más de cordero? —le preguntó Marcela a don Emilio.

—No, gracias. Estoy lleno —le contestó, llevándose la mano al estómago.

Esa noche era la única del año en la que Pepa se marchaba a casa de su hermana, al otro lado de Madrid, en Vallecas. Pero antes lo dejaba todo listo, por supuesto, y Marcela ejercía de anfitriona perfecta en su propia casa.

—Candela, ni siquiera te has acabado los langostinos —la reprendió mientras le señalaba el plato.

—Es que me duele la tripa… —se quejó ella.

—Marcela, no discutas el día de Nochebuena —le pidió su marido cuando esta estaba a punto de reprocharle a su hija su falta de consideración con los niños pobres de África, como hacía siempre.

Por una vez, la mujer se contuvo, suspiró y le cogió el plato a Candela mientras le decía:

—Venga, ayúdame a recoger.

La pequeña, con desgana, apiló los platos de la mesa uno sobre otro para llevarlos a la cocina.

—¿Y por qué Bruno no se levanta? —dijo señalando a su hermano, que miraba su colección de cromos de fútbol una y otra vez.

—Venga, mujer, no repliques. Esto es cosa nuestra —la reprendió Marcela mientras la ayudaba con parte de la vajilla porque no se

fiaba de que aquella, que era la buena, no terminara esparcida por el suelo y hecha añicos.

Candela resopló enfadada. Sabía por qué era, porque ella era una chica y Bruno un chico, y aquella distinción parecía representar un abismo en las costumbres de la familia, del colegio y de todas partes. Deseó poder ser un hombre, convertirse en uno que ahora estuviera sentado en el sofá y no hacer absolutamente nada nunca.

Aquella noche, con el dolor de tripa aún rondándole de tanto que había comido, Candela daba vueltas en la cama sin poder dormir. De repente escuchó que la puerta de la calle se abría con un leve chirrido y le picó la curiosidad. Se levantó en silencio y salió al rellano. Poco a poco se acercó a la escalera de puntillas. Se asomó y vio a su abuelo, que descendía los peldaños, en bata sobre el pijama, pero peinado y aseado como si fuera a salir. Abajo, en el portal, la abuela de Inés salió igual de sigilosa y arreglada. Y entonces, para sorpresa de la niña, que abrió mucho los ojos, se fundieron en un abrazo largo y tierno.

Candela no entendía qué ocurría y no podía escuchar su conversación hecha susurros, pero le gustó la forma en que se miraron, como en las películas, las manos entrelazadas y aquellas sonrisas tan distintas que no reconocía en su propio abuelo. Bostezó con fuerza y volvió dentro de casa con un inexplicable calor en su interior y una sonrisa, pero con mucho sueño.

—¿Dónde estabas, *amama*? —preguntó Inés, somnolienta, mientras Marisa se volvía a meter en la pequeña cama a su lado.

—En el baño, cariño, tranquila. Vuélvete a dormir.

Marisa abrazó a su nieta con el corazón reconfortado después de haberse encontrado con Emilio. Era tanto el cariño que aún se tenían después de los años, de la distancia, que se sentía feliz solo por esos minutos. Sus dedos jugaron con el anillo de piedra de luna y pequeñas piedras rosas que él le regaló cuando eran jóvenes y que jamás se había quitado. Quizá no era el más lujoso, pero para ella relucía precisamente igual que un resplandor nocturno, como su nombre indicaba. La vida era muy diferente para ellos, cada uno en su trabajo, en su ciudad, y ya habían renunciado a tener nada más que lo que tenían, quizá por miedo a estropearlo, quizá solo por miedo, pero así estaba bien para ellos, así seguía siendo un amor tierno, escondido, tan solo de los dos.

Inés, cuando la abrazó su abuela, notó su piel fría, su olor a flores y la calidez de los brazos que la rodeaban. Cerró los ojos feliz por una de las pocas noches que podía dormir a su lado y se forzó a soñar con la muñeca que aquel hombre le había prometido, con estrecharla como ahora hacía con la suave piel de *amama* Marisa.

A la mañana siguiente Candela intentó contar a Inés lo que había visto, a sus dos abuelos que se abrazaban de madrugada y a escondidas, pero esta la tildó de mentirosa.

—Mi *amama* solo se levantó una vez al baño y volvió enseguida. Te lo estás inventando.

Marisa preguntó a las niñas, asidas de la mano mientras las llevaba a comprar castañas durante la tarde, sobre qué discutían tan enfadadas. Se lo contaron. La mujer se quedó pálida; tanto Emilio como ella habían hecho la promesa de no hablar nunca a sus familias de lo que los unía para no hacerles daño, para que no se inmiscuyeran, porque no lo entenderían… Sabía lo que debía hacer y con voz firme le aseguró a Candela que estaba equivocada.

—¿Para qué voy a ver a tu abuelo de madrugada? —dijo como si fuera una tontería.

Solo entonces Candela comenzó a dudar.

—Seguro que lo has soñado —le dijo Inés, convencida de aquella explicación.

—Venga, que si queréis os compro unos churros —quiso zanjar Marisa la discusión para que se olvidaran del tema.

Las dos niñas exclamaron contentas y decidieron que aquel encuentro no había sucedido nunca.

Dos días después Marisa dejó Madrid para volver a su casa, dijo adiós con la mano desde el tren, con los ojos llorosos y la mirada perdida. Al vivir lejos, temía que cada despedida fuera la definitiva, como le había explicado a su nieta aquella misma mañana.

—Ya verás que no, *amama* —le había dicho la pequeña con la seguridad que da la inocencia, la ignorancia del paso del tiempo.

Marisa rezaba para que su nieta tuviera razón, pudiera volver a ver a su hijo y fuera testigo de cómo Inés crecía sin remedio.

Mientras aquella despedida ocurría lejos de la calle Cardenal Cisneros, don Emilio, en el despacho de la juguetería, sacó de detrás

de unos archivadores una caja de madera sencilla, grande pero sin mucho ornamento. La llevó hasta el escritorio, la colocó junto al caballito de madera de su padre, casi con veneración, se sentó en su butaca y sacó del interior los pequeños sobres y cartas con el remitente de Marisa que había guardado durante todos aquellos años. Respiró su olor, acarició el papel y eligió uno aún por llenar, aún en blanco. Sonrió con nostalgia, alargó la mano para aferrarse a una estilográfica que tenía sobre la mesa y comenzó a escribir, como hacía cada vez que ella se iba de su lado.

Querida Marisa:

Acabas de irte y ya me parece que hace un siglo que no nos vemos. Cuento las horas para escaparme a verte, para reunirnos en cualquier ciudad, en cualquier hotel, para cenar tranquilos, sin escondernos.

Adoro saber que estás en el piso de abajo, como si no existieran suelo ni paredes para nosotros, como si nuestras propias respiraciones pudieran unirse a través del espacio. Ahora mismo estarás poniendo los ojos en blanco, como cada vez que me expreso excesivamente sentimental o romántico. Sabes que no puedo evitarlo, no cuando se trata de ti.

Apenas hemos tenido unos minutos de madrugada en esa escalera fría y sin embargo pienso guardar tu susurro como un tesoro que la memoria no podrá borrar.

Nos veremos pronto.

Siempre tuyo,

EMILIO

4

Era domingo por la tarde e Inés comía pipas y conversaba con el hombre cuervo en un banco cercano pero algo oculto donde él la había llevado minutos antes.

—Entonces ¿no os ha visitado nadie? ¿No ha habido ninguna persona extraña estos días? ¿Ni en la juguetería? —preguntó él, irritado.

Inés, que devoraba las pipas a las que la había invitado, negó con la cabeza.

—No. ¿Y mi muñeca?

El Cuervo hizo una mueca de exasperación y de una bolsa sacó la Mariquita Pérez con la que Inés había soñado todas y cada una de las noches desde su encuentro. Incluso había trazado un plan para que sus padres le dejaran quedársela y no hablaran con don Emilio. Iba a ser doloroso llevarlo a cabo, pero totalmente necesario. Pero, aunque ella extendió la mano y casi rozó la caja con los dedos, el hombre no se la entregó y a Inés eso no le gustó nada.

—Me lo prometiste —se quejó con el ceño fruncido.

—Pero tú no has hecho nada por mí, no me has dado ninguna información…

Ella se encogió de hombros.

—Es que no ha pasado nada.

—Entonces vas a tener que hacerme un pequeño favor.

—Me prometiste la muñeca.

Cruzó los brazos sobre el pecho, enfadada.

El Cuervo se dio cuenta de que si tensaba mucho la cuerda quizá dejaría de contar con la ayuda tan ventajosa de aquella pequeña traidora.

—Es una cosa muy pequeña. Solo tienes que entregarle esta carta a Manuel González de la Fuente.

—¿Al padre de Candela? —confirmó Inés mientras cogía el sobre y se lo metía en el bolsillo de su abrigo de paño.

El Cuervo asintió serio.

—Solo a él. Es muy importante, ¿has entendido?

La niña contestó con desgana, pero al ver la mirada enfadada del Cuervo contestó con tono cansino:

—Que sí…

El policía empezaba a dudar de si aquello había sido una buena idea, si no se habría gastado un dineral en aquella tontería de juguete para nada. Pero ya no había marcha atrás. Le entregó la muñeca a la pequeña y la ayudó a abrir la caja. Inés sonrió y abrazó a la Mariquita Pérez con tanta fuerza, con tanto amor, que el hombre se sorprendió. Era experto en borrar emociones, en mantener las distancias y ser solo esa sombra negra que todos temían, sin pasado pero con un futuro prometedor si conseguía meter a ese Melchor donde le correspondía, en la cárcel o bajo tierra. Pero de repente recordó aquel coche de hojalata que le regaló su padre por su cumpleaños cuando solo tenía seis años, y que después deformó tras una de sus habituales palizas, y se estremeció. Inspiró por la

nariz para desechar los recuerdos que no quería rememorar y se centró en la niña y en su misión.

—Cuando le entregues la carta, tienes que contarme exactamente qué hace, cómo se comporta y si dice algo.

Inés asintió, distraída. Ya solo podía mirar las ropitas de su muñeca y su precioso pelo.

—¡Escúchame! —levantó la voz el Cuervo, cosa que sorprendió a la niña y la sobrecogió.

Se llevó la muñeca al pecho para protegerla. El hombre se dio cuenta de que se había excedido y se contuvo.

—¿Me has oído? —le volvió a preguntar con una sonrisa grotesca que quería ser amable.

La pequeña asintió, asustada.

—Ve —le ordenó.

E Inés abrazó a la Mariquita Pérez muy fuerte y salió corriendo con la carta en el bolsillo.

—¿De dónde has sacado esa muñeca? —le preguntó José nada más verla entrar en el portal.

Inés llevaba días pensando qué decir cuando le hicieran aquella pregunta y había ideado una mentira que creía que solucionaría todas las posibles dudas que pudieran tener en su casa. Antes de entrar al portal, alejada de la entrada para que nadie pudiera verla, había cogido una piedra de la acera. Inés, con aquel material duro entre las manos, sintió que estaba a punto de echarse a llorar.

—Lo siento, es para que podamos estar juntas —le dijo a la muñeca después de llenarla de besos.

Cogió aire y comenzó a asestarle golpes en una de sus piernas de plástico hasta dejar marca y que pareciera defectuosa. Sintió un inmenso dolor al hacerlo y pidió mil veces perdón a su nueva amiga en cuanto tiró la piedra al suelo. La acunó con ternura mientras le volvía a decir que necesitaba hacer aquello o la obligarían a devolverla.

—Me la ha regalado don Emilio, de las que tienen defectos y no se pueden vender en la tienda porque está un poco rota.

José miró a su hija, achicó los ojos para descubrir si mentía y vio las marcas en una de las piernas de la Mariquita Pérez que esta le señalaba. Isabel salió de casa con el cubo de fregar justo a tiempo para escuchar la explicación.

—Déjala —le pidió a su marido—. Solo es una muñeca rota, no hace mal a nadie, y a Inés le hace mucha ilusión.

—Le habrás dado las gracias, espero… —le dijo a su hija.

Inés contestó que sí y sonrió, feliz porque su plan había salido bien.

—¿Y tú qué les has pedido a los Reyes?

El rey Baltasar, un hombre disfrazado y pintado de negro, atendía en un trono engalanado para la ocasión en un lateral de la tienda de juguetes la larga cola de niños que esperaban para hablar con él y pedirle sus regalos, además de darle sus cartas con ojos repletos de ilusión. Inés los observaba abrazada a su muñeca, de la que no se separaba nunca, con cierta cara de desdén, como si fueran todos unos críos y ella ya estuviera en otro lugar, pero también con un leve atisbo de envidia que se negaba a reconocer. Ella ya había

conseguido lo que quería gracias al hombre cuervo y, aunque había algo en la magia, en la ilusión y en la cara de los otros niños que sin duda le atraía, estaba tan contenta con su Mariquita Pérez que no pedía más.

Candela se bajó de las rodillas de Baltasar y se acercó a su amiga, que la observaba desde la distancia junto a su padre y su abuelo. Inés no había querido participar de la tradición; había preferido quedarse con ellos a pesar de cuánto le habían insistido. Sin embargo, su amiga había hecho uso de sus privilegios y se había colocado la primera en la fila.

—Tienes algo negro en la cara —le dijo Inés mientras intentaba quitárselo con el dedo, sin conseguirlo.

Don Emilio soltó una carcajada y miró a su hijo con complicidad.

—El rey Baltasar destiñe —se rio Manuel, y frotó la mejilla de su hija para hacer que la mancha desapareciera—. Inés, estás muy callada, ¿te encuentras bien? ¿Seguro que no quieres hablar con Baltasar?

La pequeña levantó la mirada hacia el padre de Candela, que le sonreía con ternura. No podía quitarse de la cabeza la manera en la que el Cuervo la había interceptado aquella misma mañana de sábado de camino a casa tras las clases. La había sujetado del brazo con mucha fuerza y le había preguntado con tono agresivo:

—¿Le has dado ya la nota al padre de tu amiga, niña? ¿Qué ha ocurrido?

Inés había olvidado por completo la existencia de aquel papel, que aguardaba su turno en el bolsillo de su abrigo. Estaba tan absorta con su Mariquita Pérez que no había pensado en nada más que en jugar con ella durante aquel par de días que habían transcurrido

desde su encuentro. Pero el Cuervo no lo había olvidado ni por un segundo. Con la otra mano le cogió el rostro y apretó con fuerza.

—Me haces daño —gimió la pequeña mientras notaba que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Y más que te voy a hacer si no acabas las tareas que te mando, ¿entendido?

Los ojos del Cuervo destilaban crueldad e Inés se estremeció de miedo, un terror visceral, a algo indefinido que no podía ni imaginar, pero que la hizo aferrarse a su muñeca con aún más fuerza, sin ni siquiera atreverse a zafarse de los brazos de aquel hombre. Él se dio cuenta de que algunas personas que pasaban a su lado por la acera lo miraban con gesto serio e incluso cuchicheaban sobre si debían intervenir en la escena que tenían delante. Debía soltar a la niña; temía que, por no saber controlarse, todo su plan se malograra y la pequeña no volviera a querer hacer ninguna tarea por él.

—Hoy, ¿me entiendes? Tiene que ser hoy o habrá consecuencias.

El Cuervo liberó por fin el rostro enrojecido de la pequeña e Inés aprovechó la oportunidad para salir corriendo en dirección a su casa al tiempo que se borraba las lágrimas que le resbalaban por el rostro, porque nadie podía saber sobre todo aquello y mucho menos sus padres.

Ese era uno de los motivos por los que estaba callada aquella tarde en la tienda de juguetes, porque la carta le pesaba en el bolsillo, incluso parecía que tenía corazón, un corazón propio que latía entre sus dedos y le pinchaba, le daba miedo y no la dejaba pensar. De alguna manera sabía que aquella nota no era buena, que haría daño o provocaría una reacción negativa en un hombre, el padre de Candela, que le gustaba, que siempre se había portado

bien con ella y que ahora la miraba con ternura, ajeno a todo lo que sucedía en torno a él.

—Tengo que darle una cosa —le susurró con un hilo de voz.

—No me trates de usted, Inés, que no hace falta.

Le acarició el pelo negro, sujeto en una larga trenza.

—Es que me sale así y mi padre dice que…

—Bueno, da igual. ¿Qué es lo que tienes que darme?

Manuel enseguida esbozó una cariñosa sonrisa. Creyó que le había hecho un dibujo o algo similar, que era su forma de demostrarle afecto, como tantas veces hacía su hija, porque aquella niña tímida, la hija del portero, era siempre tan buena y tan discreta que seguro que no sabía expresar su ternura más que de aquella manera.

Inés sacó el sobre del bolsillo y se lo entregó con lágrimas en los ojos. Después volvió a aferrarse a su Mariquita Pérez. Él lo abrió despacio mientras dedicaba a la pequeña una mirada llena de ternura porque esperaba encontrar sus trazos infantiles sobre un papel blanco. Hasta que comprobó lo que había en el interior.

—¿Quién te ha dado esto? —le preguntó con el rostro demudado, horrorizado y lleno de miedo.

—Un señor en la calle —contestó Inés mientras la barbilla le comenzaba a temblar, asustada.

—¿Uno con una nariz grande, el que estuvo hace tiempo en la juguetería? —preguntó ansioso Manuel.

Inés no sabía si podía decir que sí o que no, si eso enfadaría al hombre cuervo o si le estaba permitido contar la verdad, así que simplemente se encogió de hombros como única respuesta. Después, incapaz de sostenerle la mirada al padre de Candela un segundo más, salió corriendo para esconderse en el almacén detrás

de unas cajas. Su amiga la miró desconcertada, pero salió tras ella sin pensárselo dos veces. Entró en aquella estancia a oscuras y dio al interruptor, que encendió la única bombilla que iluminaba el lugar. Encontró a Inés agachada en el suelo, con la espalda pegada a la pared y la muñeca fuertemente abrazada sobre las piernas mientras lloraba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la pequeña mientras se sentaba a su lado.

—Nada —contestó ella.

Se giró y le dio la espalda.

—¿Estás enfadada conmigo?

Inés estuvo a punto de contarle todo, de hablarle del Cuervo, de la sensación que tenía de haber hecho algo malo, aunque tampoco sabía explicar el qué, de que ese hombre le había entregado la muñeca y de que ella era una mentirosa que había engañado a todos… pero después pensó que quizá, cuando descubrieran lo que había hecho, la obligarían a devolver a la Mariquita Pérez y eso no quería que pasara por nada del mundo, así que permaneció en silencio mientras buscaba una respuesta.

—Me duele la tripa —se excusó, porque fue lo único que se le ocurrió—. Es como si tuviera una piedra aquí —susurró, y se señaló la boca del estómago.

Candela la miró con infinita ternura, le pasó el brazo por la espalda y la abrazó con cariño. No dijo nada; solo le dio un beso en la mejilla como muestra de apoyo y dibujó en la palma de su mano la «A» de «amigas», que se había convertido en el símbolo secreto de su amistad. Estaba a su lado; así se sentía, a su lado, pasara lo que pasara, como las mejores amigas que eran. Inés sonrió

agradecida, aunque esa especie de piedra que se le había instalado dentro y que era real no desapareció.

Manuel no supo cómo había aguantado hasta la hora de cerrar para hablar con su padre, pero con el hombre disfrazado de Baltasar y una eterna fila de niños con sus respectivos padres en la juguetería le parecía imposible volver a abrir ese sobre y enfrentarse de nuevo a lo que había dentro. Isabel, la madre de Inés, había venido a por las niñas aquella tarde para que ellos pudieran recoger más tranquilos y él se había quedado con su padre a guardar todo lo que habían montado por la visita del rey mago. Pero, nada más dar la vuelta al cartel que ponía CERRADO y echar la llave de la puerta de cristal, no fue capaz de esperar más para contarle lo ocurrido.

—Tengo que hablar contigo —le pidió.

—¿Qué ocurre, hijo? —dijo don Emilio mientras apartaba la tela dorada que cubría la silla de Baltasar.

Un grupo de jóvenes pasó riendo por delante de la juguetería y cortó la conversación. Manuel se puso nervioso.

—Aquí no —le pidió mientras caminaba escaleras arriba de camino al despacho.

Don Emilio dejó la tela y le siguió preocupado.

Una vez que estuvieron dentro, Manuel cerró la puerta y le tendió el sobre a su padre con manos temblorosas. Este lo cogió con extrañeza, pero se quedó horrorizado cuando descubrió lo que había en el interior. Eran varias fotografías en blanco y negro de un cadáver, o al menos de un chico muy malherido, inmóvil. Yacía en el suelo, junto a una silla tirada a su lado, con las manos atadas a la

espalda y el rostro completamente hinchado y desfigurado por los moratones, tan deformado que apenas se le reconocía. Pero Manuel supo enseguida quién era y ya nunca más podría olvidar su cara. Era el chico que se había presentado en la juguetería cuando huía de la policía, presumiblemente muerto. Así se lo dijo a su padre.

—¿Cómo ha podido utilizar a Inés de esta manera? —se lamentó don Emilio—. Espero que al menos la niña no haya abierto el sobre por curiosidad.

—Cuando me lo ha dado estaba cerrado. He tenido que romperlo, así que al menos tenemos eso. Pero acercarse así a la pequeña…

—Es terrible —susurró su padre para después dirigir su mirada a Manuel, preocupado—. ¿Crees que habrá dicho tu nombre? —preguntó don Emilio con un nudo en el estómago que le dio náuseas.

—Estoy convencido. Era un crío, muy inexperto, y mira cómo lo han dejado —contestó con un hilo de voz.

Los dos clavaron la mirada una vez más en aquella foto, con el estómago revuelto y un punzante dolor en el corazón.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su padre—. Estás en peligro… Esta carta es una amenaza clara de ese hombre.

Manuel caminaba de un lado a otro de la sala mientras asentía, consciente de que se había colocado en el punto de mira de ese policía de la secreta. Le sudaban las manos; sentía el pulso en las sienes y un frío en la espalda al tiempo que los pensamientos se disparaban en su cabeza, cientos cada segundo, contradictorios, humanos, terribles.

—El partido me diría que huyera.

Habló en voz alta, aunque se trataba más de una afirmación para sí que de una certeza.

—Yo te digo lo mismo. Vendrán a por ti. Quizá deberías ocultarte un tiempo.

Don Emilio les dio la vuelta a las fotografías sobre la mesa para dejar de encontrarse con el rostro desencajado de aquel pobre muchacho.

—No puedo dejar a mi familia, no puedo dejar a mis hijos y quizá no haya contado nada. Solo sabía mi nombre en clave, pero tampoco tendrán pruebas para hacer nada contra mí.

A Manuel se le quebró la voz.

—¿Qué pruebas necesitan estos hombres? —le advirtió su padre —. Creo que estás pecando de ingenuo.

—De ingenuo no; de prudente, nada más. Esperemos a ver qué ocurre. Si tuviera algo contra mí, no se limitaría a enviarme notitas; estaría ya aquí deteniéndome.

—Ojalá tengas razón.

Manuel asintió con fingida convicción. Don Emilio vio a su hijo tan desamparado que se acercó a él y en un gesto de cariño, inusitado entre los dos, lo abrazó.

Aquella noche, en el silencio de la casa de los González de la Fuente, Marcela miraba con rencor a su marido, sentado en la cama junto a una pequeña maleta, aún vacía. Manuel había contactado con un compañero del partido y este le había aconsejado que al menos tuviera una bolsa preparada por si acaso tenía que huir inesperadamente. Sus fuentes no tenían noticias de que la policía

fuera a hacer ningún movimiento próximamente, pero era prudente estar preparado. Así que Manuel debía reunir lo imprescindible por si llegaba el momento de desaparecer, pero, cuando tuvo la maleta entre las manos y se imaginó convertido en fugitivo, huyendo por la noche, asustado, tuvo que sentarse en la cama durante unos segundos, porque sentía que le faltaba el aire ante la perspectiva de dejarlo todo.

—Esto es culpa tuya —le dijo su mujer, ya con la derrota escrita en la voz, los brazos cruzados y la imagen aún en la mente de ese pobre chico torturado que le había enseñado Manuel minutos antes.

—No empieces, por favor —le pidió mientras colocaba las manos para ocultar el rostro con una honda pena.

—Si no te hubieras metido en líos… —insistió Marcela, muy lejos de querer mostrarse comprensiva.

—Basta ya.

Y lo dijo como un susurro, como una súplica, por lo que hasta su mujer, que en el fondo necesitaba discutir y soltar su rabia, se estremeció.

De repente un sonido muy fuerte proveniente de la calle los sobresaltó. Manuel se puso de pie, asustado.

—¿Qué ha sido eso?

No tuvo tiempo de pensar ni de huir ni de reaccionar.

—¡Policía, abran la puerta!

Unos golpes exageradamente agresivos despertaron a todos. Fue el llanto de Candela lo siguiente que se escuchó en aquella casa.

—Demasiado tarde —le dijo Marcela antes de salir de la habitación para ir a abrazar a su hija, que sollozaba en su cama muerta de miedo.

La pequeña, nada más ver a su madre, se le colgó del cuello.

—Papá, ¿qué pasa? —preguntó Bruno desde la puerta del dormitorio de Manuel, también asustado.

—¡Vete con tu madre! —le gritó sin poder controlarse, con una mezcla de protección y miedo.

Su hijo obedeció inmediatamente. Don Emilio apareció en ese momento:

—Por la ventana —le dijo mientras señalaba la de la habitación.

Pero fue inútil. La policía, encabezada por el hombre con nariz de cuervo, irrumpió en la casa y después en el cuarto, empujó a don Emilio porque intentó retenerlos en la entrada y al hacerlo este cayó al suelo y se golpeó la espalda contra una cómoda. Pepa llegó en camisón y lo ayudó a levantarse. Tres hombres se abalanzaron sobre Manuel y él se resistió por puro instinto, aunque sabía que no tenía forma de huir, que la batalla estaba perdida de antemano. Le golpearon con fuerza y lo arrastraron por el pasillo bajo la inmutable mirada del Cuervo, que parecía disfrutar con el terror dibujado en el rostro de aquella familia.

Candela vio marchar a su padre, arrastrado como un animal, abrazada a Marcela, rota de miedo y dolor, sin entender lo que ocurría, pero completamente aterrorizada.

Cuando desaparecieron, la casa de los González de la Fuente se quedó en silencio, en un silencio lleno de miedo e incomprensión, un silencio solo interrumpido por lágrimas y angustia.

José se había despertado por el escándalo que la policía había hecho al aporrear la puerta del portal. Tuvo que abrirles en pijama, pero

apenas repararon en él porque se fueron directos al primer piso. Ahora, desde dentro de su casa, observó con la puerta de la portería entornada y oculto tras ella cómo se llevaban a Manuel a trompicones y lo introducían en un coche negro.

—¿A quién se llevan? —preguntó Isabel, que también abrazaba a su hija, asustada.

—A Manuel.

Al escuchar el nombre, Inés comenzó a llorar con la culpa subida a sus lágrimas.

—¿Qué ocurre, José? —escuchó que preguntaba la viuda del tercero, asomándose por la escalera cuando la policía ya se había marchado.

El portero abrió después de coger aire y poner su mejor cara, aunque sin ninguna gana de atender a aquella mujer después de lo que había ocurrido.

—Tranquila, vuelva a la cama. Seguro que es un malentendido —dijo mientras la acompañaba escaleras arriba.

Le metieron en el coche a golpes, le pusieron unas esposas y le obligaron a ir todo el trayecto agachado a los pies de dos hombres. Cada vez que Manuel intentaba levantar la cabeza para descubrir dónde le llevaban, recibía un golpe o una quemadura de cigarrillo en el brazo o en cualquier parte en la que su piel quedara al descubierto. Estaba aterrorizado; era consciente de lo que le iba a pasar y de las pocas probabilidades que tenía de volver a casa. Solo pensaba en sus hijos, en el llanto desconsolado de Candela, una y otra vez, en su voz hacía días cuando le rogaba que no se marchara.

Todo era culpa suya, por idealista, por ingenuo, por jugar con fuego cuando tenía tanto que perder. Sintió que le brotaban lágrimas de los ojos. Una nueva quemadura de cigarrillo junto a su oreja y las carcajadas de los dos hombres a su lado le hicieron soltar un gemido que no hizo más que aumentar sus risas.

Tras unos minutos, el coche se detuvo y los hombres bajaron. Lo arrastraron al exterior y solo entonces pudo comprobar adónde lo habían llevado: a la sede de la DGS, en la Puerta del Sol, aunque no a la fachada principal, sino al callejón de la parte de atrás. El Cuervo se mantenía levemente alejado de él, como un depredador que observa cómo su camada disfruta del primer bocado de su presa y sabe que luego llegará su turno y podrá degustar la pieza de caza con más calma. Manuel era ese bocado; había perdido su humanidad y sin embargo su mortalidad era más real que nunca. Se estremeció con la media sonrisa del Cuervo, que se encendió un cigarro mientras sus acólitos lo trasladaban hasta el interior del edificio, el lugar más temido por todos, el Belsen español, como lo llamaban algunos del PCE, en referencia al campo de concentración alemán.

Manuel avanzaba a trompicones, empujado por los hombres del Cuervo, que subían tras él mientras lo insultaban y le escupían. Él callaba; no era capaz de decir nada, de defenderse, porque estaba paralizado por la angustia, por lo que sucedería a continuación, y ocupado en mantener el equilibrio y no caer por las escaleras, aunque quizá habría sido mejor, pensó. Una muerte rápida como solución al miedo.

Después se acercaron a un agente delante de una mesa, que apuntó su nombre y le sacó unas fotos. Y de allí al piso superior,

donde había muchas salas cerradas a lo largo de un pasillo y gritos, llantos, ruidos que hacían que quisiera morir ya, terminar con aquello, que prefiriera la muerte a la vida que le esperaba.

—¿Lo llevamos al calabozo? —le preguntó uno de los hombres al Cuervo.

—No, viene conmigo —le respondió este sin dejar de mirar a Manuel a los ojos.

Deseó saber su nombre, deseó conocer quién se escondía en la piel de su verdugo para odiarle con más fuerza.

Una de esas puertas laterales se abrió y lo empujaron dentro. Cayó al suelo y se dio un golpe en la frente con una silla que había en medio de la pequeña sala.

—Con cuidado, que este es para mí —se quejó el Cuervo.

Esa frase fue la última que escuchó Manuel antes de perder el conocimiento por la contusión.

Don Emilio no abrió la tienda de juguetes aquella mañana. Colgó un cartel improvisado en la puerta que decía que el establecimiento permanecería cerrado por enfermedad por primera vez desde que transformó el pequeño ultramarinos heredado en el sueño de toda una vida. Él, su padre, el antiguo dueño del local, creaba pequeños juguetes de madera hechos con sus propias manos que después regalaba a los hijos de sus clientes cuando acompañaban a sus padres hasta la tienda. Emilio, con apenas siete años, lo miraba y se sentía tan orgulloso de él…

—Papá, algún día venderé todos los juguetes que tú hagas —le decía el pequeño Emilio con ilusión.

Su padre sonreía lleno de ternura, pero sin dar demasiada importancia a los sueños de un niño, volátiles y un tanto insustanciales, según su criterio.

Después llegó la guerra y el negocio de ultramarinos se mantuvo abierto a duras penas con la ayuda de su nieto, el joven Manuel, de quien Vicente se tuvo que hacer cargo tras el fallecimiento de la madre del chico. Para él hizo el caballito de madera que ahora reposaba en el despacho, el símbolo de aquel sueño y aquella tienda. Sin embargo, el abuelo Vicente murió poco después de que terminara la contienda y por eso no llegó a ver el proyecto de su hijo hecho realidad. Aun así, don Emilio siempre lo tuvo muy presente y colocó aquel caballito de madera de su hijo en el despacho para verlo cada día y no olvidar ni por un segundo el verdadero origen de aquel trabajo.

Don Emilio suspiró con añoranza y cerró los ojos para aparcar sus recuerdos en algún lugar de la memoria al que no se podía permitir acceder en aquel momento si no quería desmoronarse.

—Cerrado por enfermedad —susurró entre los labios mientras observaba el cartel escrito de su puño y letra sobre el cristal. Y la enfermedad que tenían era la enfermedad del miedo.

Caminó desde el local hacia la sede de la DGS, donde estaba seguro de que se habían llevado a su hijo. Era primera hora de la mañana, apenas acababa de amanecer, pero él se había preparado con su abrigo y su bufanda y sorteaba aquel frío gélido del enero de Madrid mientras avanzaba por la Gran Vía hasta la calle Montera, donde la ciudad comenzaba a despertarse lentamente, ajena al dolor de los otros, hasta llegar a la Puerta del Sol. Estaba dispuesto a hablar con todos y cada uno de los hombres que conocía de los

tiempos de guerra y de paz para sacar a su hijo de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Don Emilio se detuvo en medio de la calle para recuperar el aliento porque había sentido un golpe en el estómago, como un balazo de angustia, al pensar que podría perder a su único hijo. Cerró los ojos intentando serenarse. La imagen de Manuel cuando era niño lo asaltó: cómo levantaba los brazos y lo buscaba, su risa, sus noches sin dormir juntos, aquella adolescencia silenciosa que lo atrapó en medio de la contienda y lo mucho que lo quería a pesar de las diferencias. Lo podía ver en los distintos momentos de su vida, en la tienda de juguetes, siempre a su lado, siempre juntos. Sintió que estaba a punto de echarse a llorar.

—Buenos días —le saludó un hombre que llevaba el periódico y una barra de pan, porque eran los únicos en aquella calle normalmente repleta de gente.

Don Emilio lo miró y con él volvió a la realidad. No, eso no iba a pasar, se dijo, su hijo no iba a morir a manos de nadie. Cogió aire y continuó caminando hasta la sede de la Dirección General de Seguridad.

Los niños tampoco asistieron al colegio aquella mañana porque apenas habían dormido en toda la noche y estaban demasiado afectados por lo sucedido. Durante muchas horas el silencio solo estuvo roto por los llantos quedos de los pequeños y a don Emilio se le partía el corazón y le ardía el alma de pura impotencia. Fue entonces cuando decidió no quedarse de brazos cruzados en esa ocasión, cerrar su negocio por primera vez y hacer absolutamente todo lo que estuviera en su mano, aunque supusiera cobrarse antiguos favores a los que jamás pensó que tendría que recurrir.

Tuvo que esperar al amanecer para prepararse, pero no le importó porque no pegó ojo; permaneció junto a su nieta hasta que se durmió, agotada en su regazo, y pudo trasladarla hasta su cama.

Sabía que en aquel lugar, en la DGS, trabajaba Carlos Pastor, mano derecha del director de la organización y compañero de batallas de don Emilio durante la guerra. Tenía que encontrarlo, debía hablar con él, porque era su única oportunidad.

Se presentó en la puerta del edificio, dio su nombre a la persona que estaba tras el mostrador, dijo que quería hablar con Carlos Pastor y le pidieron que esperara. Se sentó en un banco de madera y estuvo allí incontables horas. Se imaginó todo lo que sucedía al otro lado de aquellas paredes, el sufrimiento de su hijo, su dolor y el de muchos otros durante tanto tiempo, tantos años. Inspiró con fuerza para mantener el control y reunir la paciencia que necesitaba.

Manuel se despertó cuando le echaron por encima un cubo de agua helada. Sintió que los pulmones se le encogían, que le faltaba el aire, como un pez que intenta respirar con un anzuelo anclado en la garganta. Pero fue peor cuando comenzaron a pegarle con toallas mojadas en esa misma agua. Estaba sentado en una silla sencilla, en una habitación pequeña, con una mesa y poco más. El Cuervo y los dos hombres que siempre le acompañaban estaban allí. Ellos eran quienes le golpeaban. El Cuervo miraba mientras fumaba, con los brazos cruzados.

—Eres Melchor —dijo sin ningún atisbo de duda.

Los hombres pararon un momento para dejarle hablar.

—No —dijo con un hilo de voz.

No esperaron ninguna orden; simplemente volvieron a golpearle sin descanso en el abdomen y las costillas.

—¡Alto! —ordenó, ahora sí, el Cuervo.

Manuel intentó levantar la cabeza, pero le costaba demasiado. Entonces aquel hombre, con la mandíbula apretada, sacó su pistola, lo apuntó y fue hasta él con rabia. Le metió el arma en la boca y sonrió. Se miraron a los ojos. Sentía que las lágrimas le corrían por el rostro, pensó en sus hijos, en su padre, en Marcela, se arrepintió de todo lo que no había hecho, pero también de lo que sí… Era el momento de su muerte. Cerró los ojos, dispuesto a dar por finalizada aquella vida, su propia vida. Y el Cuervo apretó el gatillo.

Pasaron horas y don Emilio se sentía agotado, desesperanzado. No había comido nada desde el amanecer y ya era media tarde. Había insistido una y otra vez, pero se topaba con la indiferencia de quien había escuchado mil veces las peticiones de muchas personas, cada una con su historia. Volvería al día siguiente, se dijo Emilio, todos los días si debía ser así, hasta poder hablar con Carlos para que le devolvieran a su hijo. Cuando estaba a punto de rendirse, de una puerta lateral apareció su amigo, con el rostro preocupado y la mano tendida.

—Emilio, ¡cuánto tiempo! —dijo primero con una sonrisa hasta que vio la expresión de su antiguo compañero de batalla. Se acercó a él y le colocó una mano en el hombro, preocupado—. ¿Qué ocurre?

—Carlos, mi hijo…

—Ahora hablamos —le interrumpió para que no dijera nada delante de ningún testigo.

El recién llegado se dirigió al policía en la mesa y susurró algo que don Emilio no pudo escuchar.

—No me habían avisado hasta ahora de que estabas aquí —dijo con cierto enfado mientras le dedicaba una mirada suspicaz al policía, que no se dio por aludido—. Ven conmigo.

Don Emilio siguió a Carlos por la puerta por la que había llegado unos minutos atrás; después caminaron por un pasillo estrecho hasta un despacho austero pero limpio con un ventanal a la Puerta del Sol. Su amigo cerró la puerta y le pidió, mientras señalaba una silla, que se sentara.

—¿En qué puedo ayudarte? —dijo al sentarse a su vez al otro lado de la mesa.

Don Emilio observó a ese hombre, ahora poderoso, con sus pequeñas gafitas sobre la nariz y su sonrisa franca, y recordó el momento en el que le salvó la vida, cuando se quedó paralizado mientras los tiros volaban a su alrededor en aquel pueblo perdido de Toledo. Fue casi al final de la contienda, intentaban liberar el lugar y los habían enviado de avanzadilla. Pero sufrieron una emboscada y todo se complicó. Carlos no supo reaccionar. Don Emilio lo agarró, lo arrastró, a un hombre perdido, asustado, medio ido, hasta una casa abandonada, donde resistieron hasta la llegada de los suyos. Cuando le preguntaron por lo ocurrido, no mencionó el comportamiento de Carlos para que no se metiera en problemas y este le aseguró que, en lo que le quedara de vida, estaría en deuda con él.

—Necesito cobrarme la deuda que una vez contrajimos —le dijo sin rodeos.

Carlos se puso tenso. Lo notó en su mandíbula, en la forma en que agachó la mirada, avergonzado, en el leve rencor que emergió de sus ojos cuando don Emilio hizo referencia a aquel día, probablemente el más innoble de su luego próspera carrera como agente de la ley. Pero don Emilio estaba desesperado; no podía ser diplomático, presentía que no había tiempo. Odiaba recordarle a su amigo, con el que tantas cenas en familia había compartido, aquel momento seguro doloroso para él, pero nada quedaba por delante de Manuel y de la posibilidad de perderlo.

—Han detenido a mi hijo esta madrugada —insistió, decidido a no dejar pasar la oportunidad.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Carlos muy serio, recuperando su superioridad.

—No lo sé. Nada —le contestó, pero ambos sabían que detrás de esas palabras había una mentira—. Los hijos… —quiso quitarle hierro don Emilio, sin conseguirlo.

Carlos lo miró, indeciso. Sacó una caja de madera y de ella un cigarro. No le ofreció. El policía encendió el suyo y aspiró profundamente.

—Sé que recibirás miles de peticiones de amigos, de conocidos… —insistió con angustia.

—Cada día —asintió, aséptico.

—Lo sé, pero… recuerda, me lo debes… por favor —dijo con la voz rota.

Carlos se puso de pie y se giró para mirar por el ventanal un Madrid que ya estaba en pleno movimiento. Don Emilio agachó la mirada, temiéndose lo peor. Tras unos segundos eternos, su antiguo compañero se volvió para mirarle:

—Haré lo que pueda, pero ni una palabra a nadie o tendré las manos atadas.

Don Emilio asintió, con el corazón latiéndole más fuerte que nunca a golpe de esperanza.

—Gracias —fue lo único que consiguió decir.

Inés había tenido que insistir mucho en casa para que la dejaran ir aquella tarde después del colegio a ver a su amiga.

—Por favor —le rogó a su madre—, déjame llevarle las galletas con mantequilla que le encantan.

Isabel se apiadó de la pequeña Candela y de su familia y lo preparó todo tal y como le pedía su hija. Había visto salir a Marcela con la mantilla, el misal y el rosario camino de la iglesia, con más motivos que nunca para encomendarse a Dios, y le pareció un buen momento para subir a hablar con Pepa. Desde que se instalaron allí se habían convertido en buenas amigas y, cuando la señora de la casa se ausentaba, a veces le robaba un par de cigarrillos a José y subía a fumárselos junto a ella en la cocina de los González de la Fuente con la ventana abierta. Fue a la mesilla y se metió en el bolsillo de la bata dos cigarros y la caja de cerillas que guardaba en el primer cajón de la cocina.

—Venga, voy contigo. Pero enseguida nos vamos.

Inés y Marcela subieron las escaleras y llamaron al timbre. Pepa abrió y sonrió al verlas.

—Candela está en su habitación. Seguro que se alegra de verte —le dijo a la pequeña.

Inés avanzó hasta el cuarto de su amiga con la merienda en la mano.

—Vaya noche —le susurró Pepa a Isabel mientras las dos desaparecían tras la puerta de la cocina, ya con el cigarro en la mano y las confidencias asomando a los labios.

La pequeña entró en la habitación de Candela. Su amiga estaba en silencio, sentada sobre la cama, abrazada a un cojín rosa y con la mirada perdida. Inés se acercó a ella y colocó el plato con galletas sobre la colcha antes de sentarse a su lado. La pequeña miró a la recién llegada, pero no cogió nada.

—¿Estás bien? —quiso saber Inés, porque nadie le había explicado nada de lo ocurrido; solo sabía del miedo que había pasado con aquellos golpes y que se habían llevado a Manuel.

«Cosas de mayores», le dijeron cuando preguntó a sus padres, y con eso pretendían que el asunto quedara zanjado. Y en el fondo el asunto no hacía más que crecer dentro de su cabeza, pintado por el barniz de la culpa.

—Habrás pasado mucho miedo esta noche, ¿no? —preguntó la pequeña.

La hija de Manuel la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Se han llevado a mi padre. La policía lo arrastró como a un muñeco y no sabemos si está bien.

—Bueno, no te preocupes, la policía es buena —le contestó esperanzada Inés.

—Vino ese señor de la nariz grande.

Inés entonces cambió completamente el gesto, asustada, porque sabía de quién le estaba hablando y cada vez tenía más claro que ese señor, por muy policía que fuera, no era bueno, dijeran lo que

dijeran en el colegio y en todas partes. Recordó la carta, cómo se la había entregado al padre de Candela, y tuvo la certeza de que la culpa de todo aquello había sido suya.

—Lo siento —susurró, sin ser capaz de especificar a qué se refería porque no sabía exactamente qué había hecho, pero sí intuía que era la responsable.

Candela se echó a llorar y se abalanzó a los brazos de su amiga buscando consuelo. Inés le devolvió el abrazo y se echó también a llorar, pero por motivos completamente distintos.

La carcajada del Cuervo cuando retiró la pistola de la boca de Manuel no tapó el grito de angustia de este al comprobar la macabra broma que le había hecho con aquel disparo sin bala.

—Dilo, eres Melchor, lo sabemos todo —insistió el Cuervo mientras encendía otro cigarro.

Manuel no dijo nada porque nada podía decir, porque bastante tenía con sentir que el aire volvía a entrar dentro de él, que seguía allí, que estaba vivo. Solo deseó morir.

El Cuervo volvió a acercarse y le golpeó con la culata de la pistola en la cara.

—Dame nombres. ¿Con quién trabajas?

—En una tienda de juguetes, con mi padre —susurró.

El Cuervo volvió a pegar a Manuel y este sintió que le estallaba el pómulo, que algo se le había roto dentro por el golpe y que el dolor se hacía cada vez más insoportable. El hombre le cogió de la camisa para susurrarle al oído:

—Habla o no saldrás de aquí vivo y le entregaré el cadáver de su padre a esa preciosa niña que tienes, tan rubia, tan buena…

Manuel sacó fuerzas de lo más profundo de su rabia al escuchar la mención a su pequeña en labios de ese malnacido. Aprovechó que lo tenía cerca y le escupió en el rostro una mezcla viscosa de saliva y sangre. El Cuervo se la limpió con parsimonia, con una sonrisa, como si no le importara, utilizando un pañuelo de tela que guardaba en el bolsillo. Después lo miró con superioridad y, cuando estaba a punto de volver a golpearlo, escuchó una voz a su espalda:

—¡Quieto!

No hizo caso y golpeó con más fuerza. Manuel perdió el conocimiento mientras Carlos se acercaba con rostro enjuto al Cuervo. Procuró no mirar al hombre en la silla, procuró no identificar en aquel despojo de sangre y suciedad al hombre con el que había coincidido tantas veces en comidas o cenas con su padre, quiso convertirlo en uno más para no sentir las náuseas que le provocaba la escena. No lo consiguió.

—Déjalo libre —le ordenó al Cuervo con voz autoritaria.

—No. Su nombre en clave es Melchor. Utiliza la tienda de juguetes de su padre para… —le intentó explicar con la voz entrecortada aún por la falta de aliento tras haber golpeado al detenido.

—Suéltalo.

—¡No! ¡Conseguiré que lo acusen de asociación ilícita y de propaganda ilegal! ¡Solo necesito un poco más de tiempo!

Carlos frunció el ceño, dispuesto a hacer valer su posición. Aquel hombre no le gustaba. Estaba de acuerdo en que había que utilizar ciertos métodos en los interrogatorios, que la amenaza roja y el contubernio judeomasónico eran una realidad amarga contra la que

había que luchar, pero aquel policía de nariz aguileña disfrutaba con cada golpe, tenía sed de sangre, lo conocía de sobra de otros casos y no sería tan sencillo detenerlo, al menos no a largo plazo.

—¡Ahora! —le reprendió Carlos con determinación antes de salir de aquel lugar, que tanto odiaba y del que procuraba mantenerse lo más alejado posible. Ese era trabajo de otros.

Cerró la puerta a su espalda y suspiró para olvidar el hedor de la sangre, del sudor, y el hecho de que era Manuel el que estaba atado a aquella silla y al que él conocía desde niño.

En el interior, el Cuervo soltó un grito de impotencia ante la sorpresa de sus hombres.

—¿Qué hacemos, señor? —se atrevió a preguntar uno.

El Cuervo le clavó una mirada encendida de rabia antes de colocarse un cigarro en los labios y susurrar:

—Soltadle.

Un coche oscuro se detuvo en el portal de la calle Cardenal Cisneros, treinta y cuatro. Era noche cerrada, la calle estaba desierta y las ventanas que daban a aquel portal hacía horas que permanecían apagadas y mudas. Nadie miraba, nadie estaba, todos dormían porque era mejor ignorar los extraños ruidos que asolaban la oscuridad que atreverse a ver lo que de verdad estaba ocurriendo. La puerta trasera del vehículo se abrió gracias a las rápidas maniobras de alguien vestido de traje. Entonces un hombre, o un saco, o una mezcla de ambas cosas, cayó sobre la acera emitiendo un ruido sordo. Antes de volver a subir al vehículo, el recién llegado, el que no parecía muerto, llamó insistentemente a la puerta del

edificio. Cuando escuchó movimiento en el interior, corrió hacia el coche, se subió a él y desapareció a toda velocidad.

José escuchó los golpes en la entrada y se levantó. Apenas le dio tiempo a ponerse la parte de arriba de su pijama, porque siempre dormía en camiseta blanca de tirantes, y de introducir los pies en sus ajadas zapatillas. Escuchó un coche alejarse y sintió que algo había ocurrido.

—¿Qué pasa? —preguntó Isabel, somnolienta.

—Nada, duérmete —le pidió su marido.

Salió sin hacer ruido para no despertar a Inés, que por una vez dormía en el salón. Cerró la puerta sin llave y se dirigió a la entrada. El frío le golpeó con fuerza y se cubrió con la camisa desabrochada. Entonces vio el cuerpo en el suelo, un bulto informe encogido sobre sí mismo, sin rostro, sin voz. Horrorizado, se agachó para comprobar sus sospechas: que aquel medio hombre era Manuel, el hijo de don Emilio. No se equivocó. Le giró la cabeza, llena de sangre seca y golpes, con los ojos hinchados y el pómulo abierto entre mil heridas a las que ni siquiera sabía poner nombre, y rogó que estuviera vivo. Le colocó la mano en el cuello y buscó su pulso. Respiraba. Suspiró con alivio. Intentó arrastrarlo hasta el interior para que nadie lo viera de aquella manera, pero pesaba demasiado. Necesitaba ayuda. Volvió a entrar en el portal y subió corriendo las escaleras. Llamó a la puerta de los González de la Fuente.

Don Emilio no podía dormir a pesar de llevar lo que le parecía una eternidad metido en la cama. Las horas pasaban lentas, agónicas, y la angustia se había instalado en su estómago, en sus manos

temblorosas, que agarraban la sábana con la sensación de haber envejecido diez años en la última noche. Echó de menos tener a alguien a su lado, a Marisa, a una persona que pudiera volverse hacia él, mirarle a los ojos y asegurarle que todo saldría bien. Los niños estaban dormidos y la nuera permanecía en su habitación, suponía que luchando como él contra sus propios demonios. Se giró en la cama, pero no soportaba seguir allí. Se levantó y se colocó la bata sobre el pijama para acercarse al salón y encender una pequeña lámpara junto al sofá en el que siempre se sentaba.

Necesitaba una copa para pasar la noche. Se sirvió un poco de coñac del carrito de las bebidas que tenía al lado y se dejó caer en el sillón para degustarlo con calma, con la esperanza de que el alcohol consiguiera hacerle dormir aunque fuera brevemente.

Entonces escuchó unos golpes en la puerta de la casa. Dejó el vaso a toda prisa y se acercó a abrir antes de que Pepa u otra persona se despertara. Si eran malas noticias, necesitaba recibirlas en soledad; no quería que nadie le viera derrumbarse. En el rellano el portero lo esperaba apurado.

—Han dejado a Manuel en la acera. Pesa mucho y no puedo meterlo dentro yo solo —le dijo.

Don Emilio estuvo a punto de preguntar si estaba vivo, pero no conseguía que las palabras surgieran de su boca por el miedo que tenía a su respuesta. El portero se le adelantó:

—Aún respira.

No añadieron nada. Ni siquiera encendieron las luces de la escalera. Los dos hombres bajaron a recoger a Manuel y poco a poco lo subieron hasta el primer piso. La puerta de la casa de los González de la Fuente estaba abierta y los ruidos habían despertado

a Marcela, que apareció en el rellano. Tuvo que ahogar un grito al ver el estado en el que se encontraba su marido.

—Ayúdanos —le pidió su suegro.

Ella obedeció: lo cogió por las piernas mientras se afanaba en no vomitar, en no ver la sangre, en no fijarse en las manchas, en el hedor, en ese olor a muerte que impregnaba la ropa de Manuel. Con dificultad llegaron hasta el dormitorio del matrimonio y lo dejaron sobre la cama. Marcela pensó para sí en las sábanas tan blancas manchadas de sangre, que tendría que tirar.

—Hay que llamar a una ambulancia —dijo don Emilio mientras, encorvado sobre sí mismo, intentaba recuperar el aliento.

—Yo me encargo —contestó José al tiempo que se secaba el sudor que le caía por la frente.

—Utiliza nuestro teléfono en el salón —le pidió antes de dirigirse a su nuera—. Llama a Pepa, que traiga una palangana con agua y toallas viejas. Hay que limpiarle un poco antes de que vengan a buscarlo, por si se despiertan los niños, que no lo vean así.

Marcela asintió y salió de la habitación igual que segundos antes había hecho José, cada uno con su cometido.

Don Emilio se acercó al cuerpo inerte en la cama. Le retiró el pelo del rostro mientras intentaba contener las lágrimas. Se dejó llevar unos segundos por el dolor, por el miedo a perderlo, por la angustia de no haberle podido librar de lo que le habían hecho. Su pequeño niño, que alzaba los brazos hacia él, convertido en un amasijo de sangre y huesos.

—Saldrás de esta, puedes estar seguro —le susurró al oído.

5

En los primeros días después del ingreso de Manuel en la Clínica de la Concepción, no permitieron ni a Candela ni a Bruno que se acercaran a verlo. Su padre permanecía sedado por los calmantes para las heridas que le habían infligido y era mejor que los niños no le visitaran en aquellas condiciones.

—¿Causa de las lesiones? —le había preguntado la recepcionista a don Emilio al llegar en la ambulancia junto a su hijo.

—Un accidente de coche —contestó él.

Fue lo primero que se le ocurrió, porque no podía decir la verdad.

La mujer que tomó nota lo miró con condescendencia y cierto reproche. Sabían que mentía, mentiras por todas partes en aquellos tiempos, pero callaban porque la verdad había dejado de pertenecerles, se había vuelto demasiado complicada. Don Emilio, mientras seguía la camilla con el cuerpo de su hijo al interior del edificio, con Marcela a su lado, se preguntó si aquella situación era sostenible, si se podía reconstruir un país sobre silencios y palabras no dichas. Daba lo mismo; en el fondo parecía haber solo dos opciones, callar o estar en la camilla, como su hijo, y él hacía mucho tiempo que había elegido.

Le cosieron, le vendaron y lo sedaron unos días. Las heridas se curaron con lentitud pero seguridad en un cuerpo joven como el

suyo y pronto Manuel abrió los ojos y se encontró con los de su padre, que no se había separado de su lado.

—¿Y la juguetería? —le preguntó con la voz pastosa.

—Bueno, no pasa nada por tener un par de días de vacaciones —le dijo don Emilio, aliviado de escucharle de nuevo—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Me alegro, hijo —asintió, aliviado.

—Lo siento —susurró Manuel con un hilo de voz y mucha culpa.

—Lo sé. Pero ahora descansa, nada más.

Manuel sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Cómo…? —no supo terminar la frase en voz alta, porque preguntar «¿Cómo estoy vivo?» era demasiado doloroso.

—Carlos —le contestó su padre.

Manuel asintió. Conocía de sobra al amigo de su padre; habían coincidido en muchas cenas y encuentros familiares, sabía de su puesto y de su amistad desde los tiempos de la guerra y sintió que le estaría eternamente agradecido por esta segunda oportunidad que le había dado.

Una semana después, Manuel se sentía mejor. Había conseguido comer algo a pesar de su pómulo fracturado y, aunque las pesadillas aún lo atormentaban, al menos era capaz de dormir pequeños periodos durante la noche. Por eso habían dejado a los niños que lo visitaran de la mano de Marcela y de su abuelo aquel domingo después de asistir a misa. Don Emilio había vuelto a trabajar en la juguetería y ya solo visitaba a su hijo a última hora de la tarde.

Marcela lo hacía por las mañanas y la verdad era que Manuel habría preferido que no lo hiciera, porque no soportaba sus labios apretados, su mohín de disgusto y esas acusaciones veladas que siempre le dirigía. Estaba claro que estar a punto de perderlo no había despertado en ella la más mínima compasión ni un resquicio del amor que supuestamente habían sentido alguna vez el uno por el otro.

Aquel día era especial para Manuel. Echaba mucho de menos a sus dos pequeños y tener la oportunidad de verlos por fin le había animado desde primera hora de la mañana. En la pared de la habitación estaban colocados, gracias a la ayuda de las enfermeras, los dibujos que le habían enviado durante esos días y él los miraba anhelando los abrazos de su pequeña y la mirada casi adulta de su hijo mayor. Estaba algo nervioso por verlos y se había mirado al espejo del cuarto de baño muchas veces para intentar estar lo más presentable posible.

Por fin llegó la hora. Manuel permanecía erguido en la cama con las manos entrelazadas sobre la sábana y una sonrisa nerviosa. Se escucharon unos golpes en la puerta y, cuando dio permiso para que entraran, esta se abrió. Los dos pequeños pasaron a la habitación acompañados de su madre y su abuelo. Estaban asustados, muy serios, temerosos de lo que podían encontrar y sin saber cómo comportarse. En el ambiente flotaban los amargos recuerdos de la noche en que se lo llevaron y todas las lágrimas derramadas de madrugada.

Candela nunca se acercaba tanto a su hermano si no quería recibir una coz, pero en aquel momento le dio la mano buscando su

protección. Bruno no solo no la retiró, sino que apretó sus deditos con fuerza para hacerle saber que estaba a su lado para protegerla.

Cuando vieron a Manuel en la cama, a pesar de su sonrisa de medio lado, con todas aquellas vendas y cicatrices, la pequeña se echó a llorar y se escondió detrás de su hermano.

—Me da miedo —dijo entre hipidos.

—Ven, cariño —le pidió su padre mientras alzaba los brazos hacia ella—. Son solo heridas; curarán y no quedará rastro.

—Pero tienes la cara rota —seguía llorando la pequeña.

Manuel miró a Bruno. Quería encontrar en él, que era mayor, un poco de ayuda, la valentía para dar un paso al frente y demostrarle a la pequeña que no pasaba nada, que seguía siendo su padre a pesar de las cicatrices. El chico cogió aire y, aunque también estaba asustado, se acercó. Todos contuvieron la respiración, porque era un momento capaz de quebrarse con un paso en falso. Bruno lo abrazó con cuidado y padre e hijo se sonrieron. Solo cuando Candela vio que todo salía bien, reaccionó, se subió a la cama a pesar de las peticiones de su madre para que tuviera cuidado y se tumbó junto a él, rodeada de los brazos de su padre. Cerró los ojos muy fuerte mientras se sumergía en su olor y su tacto, como había hecho siempre, feliz.

Al día siguiente, Inés acudió después del colegio hasta el mercado de la plaza de Olavide junto a su madre. Isabel quería comprar algo de verdura y fruta, pero sobre todo los ingredientes para hacer callos a la madrileña, el plato preferido de José desde que se instalaron allí y lo descubrieron en uno de los pocos restaurantes

que habían conocido en la capital. Pepa, la criada de los González de la Fuente, enseñó a Isabel a cocinarlos y una vez al mes siempre los preparaba para su marido y su hija.

Al llegar allí, Inés vio a Bruno agachado en el suelo, jugando a las canicas con varios de sus amigos junto a la entrada del mercado. Le preguntó a su madre si podía quedarse con ellos, solo a mirar desde lejos, porque en ningún caso la hubiesen dejado participar, pero hasta eso era mejor opción para la pequeña que esperar las colas para que las atendieran en cada puesto. Isabel asintió, pero le advirtió de que no se alejara de allí y de que si esos chicos se iban fuera a buscarla al puesto de la Concha, que ya sabía dónde se encontraba. La pequeña asintió e Isabel accedió al interior del edificio.

Inés se acercó a los chicos, pero siempre mantuvo cierta distancia porque estaba segura de que la presencia de una niña pequeña como ella no les iba a hacer mucha gracia y si los molestaba terminarían por irse. Se sentó en el suelo, con la muñeca entre los brazos, y observó a Bruno reírse mientras jugaba con sus amigos. El tintineo de las canicas sobre el asfalto y cuando golpeaban entre ellas le hacía pensar en la lluvia, en las gotas contra un cristal, en los cuentos de hadas. Entonces él, Bruno, se dio cuenta de que estaba muy cerca de ellos y la saludó con la mano sin decir nada. La pequeña sonrió sorprendida, pero encantada de que le prestara esa mínima atención.

Estaba tan absorta en el juego de los chicos mayores que no vio al Cuervo, que avanzaba decidido en su dirección. Su rostro era un fiel reflejo de las horas sin dormir, de los enfrentamientos en el trabajo tras la obligación de dejar marchar a Manuel y de la promesa que se

había hecho de detenerlo costara lo que costara. No soportaba la manera en la que le habían quitado la autoridad, cómo le habían ninguneado y relegado a un segundo plano cuando él estaba seguro de que ese hombre era Melchor. ¿Desde cuándo importaban tanto las pruebas? Lo tenían vigilado hacía meses y, aunque aquel chico muerto al final no hubiera hablado ni revelado su identidad, estaba convencido de que Manuel González de la Fuente era Melchor y, por supuesto, su objetivo era volver a tenerlo bajo su custodia hasta que él mismo confesara lo que el Cuervo ya sabía. Si no fuera por la protección del subdirector general de Seguridad, Carlos Pastor, ese hombre estaría ya encerrado y él condecorado.

El Cuervo se acercó a aquella pequeña niña rebelde y desobediente y se agachó hasta ella. Su cuerpo delgado doblado hacia delante lo hizo aún más amenazador.

—¿Dónde está el padre de tu amiga? —le preguntó mientras le daba un toque en el pequeño pie con el suyo.

Sabía que seguía ingresado en el hospital, pero necesitaba cerciorarse de la fecha de su salida para estar preparado, para trazar un plan, para terminar con él, con pruebas irrefutables, ciertas o no. Ahora ya era algo personal.

Inés se asustó al verle tan cerca y sobre todo al sentir el contacto de sus pies. Se levantó nerviosa para alejarse de él, pero el Cuervo se le adelantó, se interpuso en su camino y le impidió huir.

—Estás siendo una niña muy mala y ya sabes lo que les ocurre a las niñas que son malas con la policía.

Bruno, desde su campo de juego, observó extrañado la escena y la actitud un tanto agresiva de aquel hombre que se había acercado

a su vecina. Le sonaba su aspecto, su nariz, su rostro frío y sobrecogedor, pero no sabía precisar dónde lo había visto antes.

—Déjame, ya no quiero ayudarte —le dijo Inés con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos mientras trataba de huir.

—No estamos hablando de lo que tú quieres, niña, sino de lo que yo necesito —le dijo el Cuervo con agresividad mientras la cogía del brazo cuando ella intentó pasar a su lado, camino del mercado.

Bruno en ese momento se dio cuenta de que Inés estaba a punto de llorar y que intentaba zafarse de aquel hombre. Al darse la vuelta, su cara quedó despejada y el chico recordó dónde lo había visto, recordó la noche de la detención de su padre, su mirada indiferente ante las lágrimas de su familia, satisfecha por ver sometido a Manuel. Sintió un calor que le subía desde los puños cerrados hasta la mandíbula, apretada con rabia. No lo pensó dos veces: corrió hacia Inés y agarró del brazo a aquel hombre con todas sus fuerzas para obligarlo a que la soltara. A sus catorce años era bastante alto y casi podía mirar al Cuervo cara a cara.

—¡Déjala en paz! —le gritó, fuera de sí.

—Anda, el niño del revolucionario —dijo el hombre con sorna—. ¿Qué tal tu padre? ¿Aún le duele? Estoy deseando verle…

Bruno estuvo a punto de abalanzarse sobre él, de perder la cabeza y terminar igual o peor que Manuel, pero un grito de Inés, tan sorprendente como desgarrador, le impidió hacer una tontería:

—¡Para, vámonos, por favor! —le rogó la niña, temblando.

El chico la miró a los ojos y asintió. Volvió a una realidad de la que había escapado por un momento, enajenado de pura rabia. Cogió de la mano a Inés y la alejó de aquel hombre todo lo rápido que sus pequeñas piernas se lo permitían.

—Tranquila, ya se ha ido —le dijo el chico sin soltarla cuando entraron en el mercado y quedaron fuera de la vista del Cuervo.

Se asomó levemente por la puerta y comprobó que aquel desgraciado ya no estaba.

Inés no pudo evitar soltar un suspiro.

—¿Qué quería de ti? —le preguntó Bruno, extrañado.

La pequeña se encogió de hombros, porque ¿cómo iba a explicarle que quería que traicionara a su padre una vez más, que ella tenía la culpa de todas sus heridas, que la muñeca de la que nunca se separaba era la prueba de su traición?

—Bueno, tranquila —dijo el chico con cariño al ver que Inés se agobiaba—. ¿Tu madre está en el mercado?

—Está en el puesto de doña Concha. Me ha dicho que la buscara allí —contestó ella.

—No sé cuál es —dijo, porque él nunca acompañaba a Pepa a comprar y desde luego su madre jamás aparecería por allí—. ¿Sabes ir tú?

Inés asintió algo más tranquila. Bruno la escoltó hasta el lugar que la niña conocía, con sus pequeños dedos entrelazados, sorteando mujeres que hacían la compra, criadas vestidas con ropa de trabajo y hombres, pocos, que fumaban mientras esperaban. Inés atisbó el puesto de carnicería que le había dicho su madre, pero justo antes de llegar tiró del brazo de Bruno y con ojos suplicantes le dijo:

—Por favor, no se lo digas a mi madre. No quiero que me quite la muñeca.

Bruno no entendió la relación entre el encuentro con el hombre cuervo y aquella Mariquita Pérez rota, pero los ojos acuosos de Inés,

tan oscuros, tan brillantes, no daban lugar a dudas y él solo pudo esbozar una diminuta sonrisa comprensiva.

—Te lo prometo.

—¿Inés? —preguntó Isabel, sorprendida al verla allí de la mano del chico de los González de la Fuente—. ¿Ha ocurrido algo?

—Estábamos jugando a las canicas, se ha tropezado y se ha hecho daño al caerse, pero no tiene ninguna herida, está bien —le explicó Bruno a Isabel.

La pequeña lo miraba como a un héroe, como a un príncipe que hubiera venido a salvarla, tan mentiroso y tan protector al mismo tiempo.

—Gracias, Bruno.

La mujer sonrió mientras se agachaba a comprobar si su hija estaba bien.

—Oiga, señora, ¿va a pedir o esperamos toda la mañana? —preguntó una mujer impaciente a su lado.

Isabel se levantó molesta:

—¿Es que no ve que la niña se ha hecho daño?

—Más daño le hará la vida y nosotros no tenemos la culpa —dijo, enfadada—. O pide usted o pido yo.

—Ya va, ya va… —contestó Isabel de mala gana.

Mientras esto ocurría en el plano de los adultos, Inés miraba a Bruno alejarse con las manos en los bolsillos. El chico se giró para dedicarle una tierna sonrisa a la pequeña, que también sonrió. Después desapareció entre la gente e Inés se aferró a su muñeca.

—Toma, niña, unas tabas de cordero, para que se te pase el disgusto —le dijo la carnicera mientras le pasaba los huesecillos.

—¿Qué se dice? —le dijo su madre.

—Gracias.

La carnicera sonrió e Inés miró los pequeños huesos en su mano, contenta por que alguien le hiciera un regalo sin esperar nada a cambio.

Manuel mejoraba cada día, estaban a punto de darle el alta y todos en la familia comenzaban a estar inquietos por su vuelta a casa, por qué ocurriría, si podrían recuperar la normalidad o si su antigua vida había terminado. Era última hora de la tarde y solo don Emilio permanecía junto a él en la habitación. Había llegado después de cerrar la tienda, como acostumbraba a hacer cada día para hablarle de las ventas, de los nuevos pedidos y de todo lo relacionado con el negocio. Le gustaba pasar ese rato junto a su hijo; lo acompañaba mientras cenaba, ahora ya levantado casi todo el tiempo, la decepcionante comida de hospital. Don Emilio siempre le llevaba un poco de jamón del bueno que le había pedido a Pepa para que su hijo tuviera al menos algo de alegría entre tanto puré de verduras sin sal. Él lo comía a trocitos pequeños a pesar del dolor al masticar, porque la dieta blanda por culpa de su fractura en el pómulo lo había convertido en poco más que huesos y piel. Después don Emilio se marchaba en taxi a casa desde la Clínica de la Concepción, exhausto pero feliz de ver cómo mejoraba.

Sin embargo, la sombra de la realidad planeaba sobre padre e hijo. Ninguno decía nada, ninguno quería hablar del miedo a que la detención pudiera volver a suceder, se negaban a enfrentarse a un destino que parecía lejano tras las blancas paredes protectoras de aquella clínica. Por eso, cuando llamaron a la puerta y nadie entró

inmediatamente, como solían hacer las enfermeras, los dos se miraron alarmados. Una voz masculina les llegó desde el otro lado:

—¿Se puede?

Carlos asomó la cabeza en aquel momento. Manuel sintió que un escalofrío le recorría la espalda y al mismo tiempo se alegró de tener delante a quien le había salvado la vida.

Don Emilio se apresuró a acercarse a su amigo para estrecharle la mano y este le respondió al gesto con una palmada en la espalda.

—Me alegro de verte bien, hijo —le dijo a Manuel con gesto condescendiente—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —contestó él mientras intentaba no pensar en que aquel hombre le había salvado la vida a él, pero probablemente habría terminado con la de muchos otros con los que no lo unía ninguna amistad.

Se sintió afortunado y culpable al mismo tiempo, dentro y fuera de un sistema que detestaba pero del que parecía imposible escapar. En aquel momento habría muchos sufriendo lo que él había sufrido y eso le revolvía el estómago entre sábanas blancas y cuidados.

Desde su ingreso no había tenido apenas contacto alguno con los miembros de su partido. Era consciente de que estaba señalado, de que quien insinuara un mínimo trato con él podría terminar en el mismo lugar y con menos suerte, sin influencias. Únicamente una tarde una enfermera que le había dicho que iba a medirle la tensión y a la que no había vuelto a ver le susurró con una gélida sonrisa:

—Todos se alegran de tu recuperación y esperan que aquel día no saliera nada de tu boca.

—Nada —le contestó Manuel, confuso pero sabiendo que era una enviada, una emisaria del partido para asegurarse de que no había

delatado a nadie y de que él mismo se encontraba bien.

Y ahora estaba frente a lo opuesto a ellos: un alto cargo de la DGS que le había salvado la vida gracias a la amistad que lo unía con su padre.

—Mañana le dan el alta —le dijo don Emilio.

—Muy bien —contestó el recién llegado sin ningún tipo de entusiasmo.

Después se quedó en silencio, como si intentara encontrar las palabras adecuadas y no acabara de hacerlo.

—Emilio —dijo, ignorando a Manuel—, tu hijo está en el punto de mira. Me ha llegado que van a acusarlo de asociación ilícita y propaganda ilegal, por lo que, en cierta forma, la tienda de juguetes también está marcada.

—Pero ya sabes que yo no tengo nada que ver… —se apresuró a decir el hombre.

—Eso no importa. Sé que van a por él —dijo como si aquello no fuera prácticamente una sentencia de muerte—. Y la próxima vez no podré hacer nada o del que acabarán sospechando será de mí. Ya he tenido que dar demasiadas explicaciones esta vez. El inspector Ignacio López no está contento y hará lo que sea para salirse con la suya. Le conozco desde hace años y convierte cada caso en una cruzada personal; conseguirá que lo acusen y a no mucho tardar.

Manuel se quedó con aquel nombre que le producía escalofríos. Recordó sus ojos, sus golpes y la macabra broma con la pistola y no tuvo ninguna duda de que tenía razón: iría a por él. Ellos lo llamaban el Cuervo, pero no había sabido su verdadero nombre hasta aquel momento. Ahora todas sus letras vagaban entre los recuerdos del olor a sangre y miedo y el ruido de aquel gatillo que creía que

terminaría con su vida. La impotencia ante aquel policía y los que eran como él le erizaba cada milímetro de piel y le arrebataba el aliento y la libertad, pero debía mantenerse vivo: su familia ya había sufrido suficiente.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó don Emilio.

—No darle más motivos.

Y entonces sí miró a Manuel, que permaneció en silencio. Estaba lleno de rabia, se agolpaban entre sus labios mil contestaciones e historias, mil motivos, como el de su camarada Grimau y las torturas que había sufrido, a quien incluso habían tirado por la ventana y después habían alegado que se trataba de un intento de suicidio, torturas silenciadas que él mismo traicionaba con su mutismo.

Su padre le miró con ojos reprobadores que le pedían que se callara porque sabía las ganas que tenía de hablar. Manuel se contuvo.

—Gracias por avisarnos. Te acompaño —le dijo a su amigo mientras se dirigían a la puerta y salían de la habitación.

Manuel le dio las gracias por su visita y por todo y Carlos salió de allí sin decir adiós. Una vez fuera, en el pasillo, don Emilio se atrevió a preguntarle en confidencia:

—¿Cómo de seria es la situación?

Carlos se lo pensó un momento mientras se colocaba el sombrero y se ajustaba el abrigo.

—De vosotros y de la tienda de juguetes es cuestión de tiempo que se olviden, pero de tu hijo… Digamos que sería mejor que no le encontraran la próxima vez que vayan a buscarle, porque sería la última vez.

Emilio tragó saliva.

—No querrá marcharse. Tiene hijos, familia…

—Yo ya lo he dicho todo, amigo —le dijo el hombre mientras le colocaba la mano en el hombro a modo de despedida—. Ahora estamos en paz.

Poco a poco, la rutina volvió a las vidas de la familia González de la Fuente. Manuel se negó a abandonar su casa, su ciudad y toda su vida por una amenaza imprecisa, pero prometió no jugar con fuego y retirarse de las acciones por un tiempo. Así lo hizo saber a sus compañeros, que convinieron en dejarlo al margen.

Por su parte, don Emilio vivió los días siguientes al alta de su hijo con el estómago revuelto y viendo fantasmas en cada esquina, en cada llamada de teléfono, cada golpe en la puerta y cada sombra. Pero, pasadas un par de semanas en las que nada sucedió, incluso él consiguió relajarse.

Manuel volvió a trabajar en la tienda de juguetes e Inés y Candela a pasar las tardes de los sábados entre muñecos y juegos. A Candela le habían regalado unos patines metálicos de cuatro ruedas y agarrada de su amiga intentaba dar sus primeros pasos sin mucho éxito.

—¿Por qué no jugamos al truquemé? —se quejó Inés, cansada de sostener a Candela.

—Que no se dice así, que eso será en donde vive tu abuela, en las vascongadas, pero aquí se dice rayuela.

Inés puso los ojos en blanco, pero tuvo que darle la razón.

—Vale, a la rayuela o a lo que quieras, pero me canso de agarrarte —se quejó.

Las dos niñas permanecían ajenas a que estaban siendo espiadas, vigiladas día y noche por aquel hombre, que se había propuesto tener razón y que un rojo cualquiera no le ganara esa batalla ni ninguna otra.

—¡Me hago pipí! —dijo Candela de repente mientras se agachaba a quitarse los patines.

—Tranquila, yo te los guardo —contestó Inés.

Candela corrió al interior de la tienda y dejó sola a Inés, que intentó subir a su inseparable Mariquita Pérez sobre ellos fingiendo que la enseñaba a patinar, aunque ella no tuviera ni idea de cómo hacerlo.

—Pero si es muy fácil: primero un pie y luego otro… —repetía mientras movía la muñeca sobre los patines, encantada de poder tenerlos para ella, porque Candela no se los dejaba tocar.

Pero entonces una mano la agarró con excesiva fuerza del brazo y la arrastró hasta la calle lateral en la que estaba la entrada del almacén de la tienda, aislados de miradas indiscretas. Inés no supo reaccionar hasta que ya era tarde y tenía al Cuervo delante, con la cara entre sus dedos y su aliento de tabaco en el rostro.

—Vas a dejar esto en la tienda, ¿me entiendes?

El hombre le dio unas octavillas con algo escrito.

—No —se resistió Inés, con lágrimas en los ojos.

—Lo harás ahora mismo —le dijo Ignacio López, apretando el brazo con más fuerza— o tu familia sufrirá lo mismo que sufrió el padre de tu amiga y te aseguro que no tendrán tanta suerte como él. ¿Estamos de acuerdo?

Inés sentía cómo le temblaba todo el cuerpo, además de que el dolor del brazo se le estaba haciendo insoportable, pero sacó fuerzas

para asentir. El Cuervo la soltó y la niña salió corriendo con las octavillas en el bolsillo, sin olvidar coger los patines para su amiga.

—¿Estás bien? —le preguntó Candela cuando la vio entrar atropelladamente en la tienda mientras se recolocaba la falda, dispuesta a salir.

Inés asintió en silencio porque no tenía voz de puro miedo y miró atrás para asegurarse de que aquel hombre no la había seguido.

Inés estuvo el resto de la tarde completamente callada, tanto que hasta Manuel y don Emilio se preguntaron si le ocurría algo, si quizá la pequeña no habría cogido algún frío aquel mes de febrero helador e iba a ponerse enferma.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Manuel mientras colocaba la mano en la frente de la niña—. ¿Quieres que te lleve a casa o que llame a tu madre?

Inés miró los ojos de aquel hombre bueno preocupado por ella y no pudo más.

—Ese señor de la nariz larga me ha dado estas hojas para que las pusiera en el almacén —dijo entre sollozos mientras les entregaba las octavillas—. Me dijo que no dijera nada o iría a por mi familia, pero no quiero que le pase nada malo a nadie.

La pequeña se abalanzó sobre Manuel para abrazarlo y esconderse en su camisa. Él cruzó una intensa mirada con su padre, que observaba la escena junto a Candela.

—Tu familia va a estar bien, no te preocupes. —El hombre la besó en la frente—. Tú no has hecho nada malo. Venga, vete con Candela

al baño a secarte esas lágrimas y después os invito a unas castañas de la castañera de la esquina, ¿de acuerdo?

Candela se llevó a Inés, tal y como decía su padre, mientras le pasaba una mano por el hombro y le susurraba que era su mejor amiga y que ella la iba a cuidar.

Cuando las niñas se hubieron marchado, Manuel y su padre miraron los papeles, donde se mostraba apoyo a Grimau y se decía que en la DGS eran unos mentirosos.

—Tenemos que deshacernos de ellos —le dijo don Emilio.

Manuel asintió y los guardó en el bolsillo.

—Lo haremos de camino a casa. Ahora despertaríamos sospechas.

Horas más tarde, mientras las niñas degustaban su merienda, ahora ya contentas y ajenas a lo ocurrido, Manuel se deshizo de las octavillas en una papelera a medio camino entre la tienda de juguetes y su casa. El trayecto de vuelta fue silencioso, cada uno sumido en sus propias elucubraciones, hasta que dejaron a Inés con su familia y subieron las escaleras al primer piso. Apenas saludaron a Marcela, sentada en el salón, y a Bruno, junto a la mesa del comedor, donde hacía los deberes. Los dos hombres se encerraron en el despacho una vez más y cerraron la puerta.

—Debes irte —le dijo su padre muy serio en cuanto estuvieron solos.

—No quiero dejar a mi familia —contestó su hijo, aunque cada vez con menos convicción.

—¡¿Es que no te das cuenta de que tu cabezonería va a ser nuestra ruina?!

Manuel nunca había visto a su padre perder los papeles de aquella manera.

—Esos panfletos son una trampa y esa trampa incluye la tienda de juguetes. ¡Nos vas a destruir! —siguió dándole argumentos don Emilio.

—No tienes pruebas de eso. Es la palabra de una niña…

Manuel intentaba agarrarse a un clavo ardiendo para evitar tener que irse, para no afrontar la realidad que cada vez estaba más clara frente a él, para no dejar a su familia y marcharse a un exilio forzado a quién sabía dónde.

—Es una niña aterrorizada que ha confesado, pero podría no haberlo hecho y entonces estarías detenido. Quién sabe el plan maquiavélico de ese inspector…

—No estamos seguros de… Además, ya he dejado las acciones y…

—¡Abre los ojos! ¡Van a por ti y por el camino se nos llevarán a todos!

Manuel se pasó la noche en vela mientras le daba vueltas a aquella conversación con su padre y a todo lo ocurrido la tarde anterior.

Ya de madrugada, una llamada de teléfono cortó el poco sueño que había conseguido conciliar. Se levantó corriendo y cogió el teléfono de la sala.

—La tienda de juguetes —dijo una voz anónima de hombre al otro lado del teléfono.

Después colgó.

—¿Quién era? —preguntó don Emilio con las mismas ojeras que lucía su hijo.

—Debemos ir a la juguetería.

Su padre se temió lo peor. Se vistieron a toda velocidad mientras Pepa bajaba a pedir a José que detuviera un taxi para ellos en la calle. En diez minutos estaban subidos al vehículo camino de la Gran Vía. El trayecto fue tenso y complicado y mucho más cuando llegaron delante de la tienda y descendieron del automóvil, que desapareció lo más rápido que pudo después de cobrar.

—Dios mío… —susurró don Emilio con un hilo de voz.

El cristal del escaparate estaba roto en mil pedazos y en el interior de la tienda se podía ver un caos de juguetes esparcidos por el suelo y desperfectos que convertían el lugar de los sueños en un escenario macabro de muñecas mutiladas. Padre e hijo entraron sorteando todo el material destrozado, todos los juguetes perdidos y sus propios corazones rotos.

—Ha sido él. Buscaba los panfletos. Esa era la trampa —dijo don Emilio en alto mientras trataba, impotente, de colocar alguna cosa en su lugar—. Está todo destrozado…

Entonces pareció darse cuenta de algo y sin pronunciar palabra fue hasta su despacho. Todo estaba desordenado. Miró alrededor con el corazón oprimido por la pena. Solo pensaba en el pequeño caballo de madera que había conservado de su padre. No podía imaginar que le hubiera ocurrido algo. Rodeó la mesa y levantó archivadores y papeles tirados por el suelo con las lágrimas a punto de brotarle de los ojos. Pero entonces lo vio junto a la pared como un trasto inservible, como todo lo demás. Corrió hasta él y se aferró a la pequeña figura intacta. Respiró aliviado. Si el caballo de madera estaba bien, había esperanza.

En el piso de abajo, Manuel no podía hablar, no conseguía ordenar sus pensamientos, aquella realidad le golpeaba con fuerza y se

sentía responsable. No había destrozado con sus manos el sueño de su padre y el suyo propio, pero sí había contribuido a que aquello ocurriera. Fue consciente de que aquello no iba a dejar de ocurrir, de que el hombre con cara de cuervo, Ignacio López, nunca olvidaría su nombre; ahora estaría aún más enfadado al no haber conseguido nada después del registro y sería todavía más peligroso.

Emilio descendió las escaleras con el caballo de madera entre las manos y cruzó una mirada dolorida con su hijo.

Entre muñecas rotas, cajas de juegos abiertas y cristales por todas partes, Manuel tomó la decisión que le partía el alma.

—Me voy esta noche.

Su padre no contestó, pero tuvo que sentarse en una de las cajas mientras se preguntaba cómo habían llegado hasta aquella situación y cómo saldrían de ella.

Durante aquella tarde, la actividad en casa de los González de la Fuente era tan desmesurada como triste y silenciosa. Manuel preparaba una pequeña maleta bajo la atenta mirada de su hija. En la puerta del dormitorio, Inés y Candela eran testigos de la escena sin comprender su magnitud.

—¿Dónde vas? —preguntó Candela con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Cogeré un tren en la estación de Atocha. Tengo que hacer un viaje, pequeña, me voy esta noche.

—¿Y cuándo vuelves?

—No lo sé. Pronto, seguro —le dijo con la sonrisa más fingidamente sincera que fue capaz de componer en sus labios.

Manuel miró a la pequeña e intentó contener la emoción. Sabía que tenía que mantener las formas para no asustarla. Habían decidido que la mejor versión que podían dar a todos era que se trataba de un viaje de trabajo, pero se le partía el corazón con cada una de las prendas que metía en aquella bolsa de viaje y que le alejaban más de esos rizos rubios que tanto quería. Ni siquiera sabía hacia dónde dirigirse; pensaba llegar a la estación de tren y coger el primero que saliera, el que se alejara más de Madrid hacia cualquier parte. Pero sin despedidas en el andén, como un delincuente, como lo que era de cara a la policía, aunque no lo fuera en realidad.

—Venga, vete con Inés, jugad un rato, ¿de acuerdo? Iré a despedirme.

—Yo quiero estar contigo… No quiero que te vayas —le dijo la pequeña mientras se abrazaba a su cuerpo.

—Lo sé, mi vida, lo sé, pero volveré pronto, ya lo verás —le susurró al oído, y rezó por que aquella afirmación fuera verdad—. Venga, que tu amiga te espera.

Manuel se deshizo de los delgados brazos de su hija y la acompañó hasta el quicio de la puerta, donde se encontraba Inés. A regañadientes, las dos se dieron la mano y salieron del cuarto.

—Ya verás que volverá pronto —le decía la hija del portero—. Y mientras te presto a mi padre, ¿te parece? Lo podemos compartir.

Candela asintió con la cabeza.

Inés bajó a su casa a última hora de la tarde y se encontró a su madre, que hacía la cena en la diminuta cocina.

—Cariño, sal a comprar al ultramarinos de la esquina antes de que cierre algo de harina, que se nos ha terminado.

La niña se quejó porque lo único que le apetecía era sentarse en el sofá y leer el libro de *Celia en el colegio* que había sacado de la biblioteca del centro donde estudiaba.

—Venga, menos quejas. Y, si quieres, te compras unos cromos en el quiosco de la tienda.

Inés finalmente obedeció, contenta por la posibilidad de jugar en el patio del colegio con unos cromos nuevos. Cogió la pequeña cartera con cierre cruzado que había sobre la mesa y salió a la calle con su inseparable muñeca en brazos.

Cuando se había alejado de la entrada, se dio cuenta de que la seguía el Cuervo y de que en su rostro se podía ver la rabia por haber visto frustrado su plan en la juguetería. Inés quiso echar a correr, pero el hombre la alcanzó enseguida. La agarró del hombro y la empujó contra la pared, golpeándole la cabeza. Sin mediar palabra, le cogió la muñeca y comenzó a romperla: sacó los brazos y las piernas del cuerpo y le entregó a la niña los pedazos de una masacre infantil. La pequeña lloraba desconsoladamente.

—No has hecho lo que te pedí. Eres una niña ingrata y, si no me das algo sobre el padre de tu amiga, le pasará a tu madre lo mismo que le ha ocurrido a tu muñeca. Se lo haré yo mismo, con mis propias manos.

Inés temblaba de miedo y de dolor por los trozos de muñeca, que sujetaba entre las manos para que no se cayeran. No soportaba pensar que a su madre pudiera ocurrirle algo y por eso su mente buscó cualquier cosa que darle a aquel hombre malo, aquel monstruo de sus pesadillas, para que se fuera y la dejara en paz.

—El padre de Candela se marcha esta noche de viaje de trabajo, no sé a dónde, pero ha dicho que iba a la estación de Atocha.

El Cuervo sonrió por primera vez en mucho tiempo. Pero aquella mocosa no podía marcharse sin una lección. Levantó la mano y abofeteó a la pequeña en el rostro. Nadie lo vio, nadie pasaba por allí. Inés no supo ni llorar ante la humillación y el daño que el hombre cuervo le había infligido.

—Desaparece —le dijo a la niña con un bufido.

Ella se olvidó del recado de su madre, colocó los trozos de la muñeca en su vestido, levantándolo para crear un cesto, y corrió hasta casa con el alma un poco rota y la infancia a punto de escabullirse entre las manos del policía.

Inés entró en su casa sollozando. Isabel salió de la cocina asustada al escucharla y abrazó a su hija. Se estremeció al ver la muñeca rota resguardada en su vestido.

—¿Quién ha hecho eso?

Inés no era capaz de hablar; tenía miedo de que si decía algo tuviera consecuencias para su familia. Así que se inventó una mentira:

—Unos chicos en la calle.

Isabel la abrazó con fuerza mientras la besaba en el pelo y la consolaba del susto. Después cogió las diferentes extremidades de la Mariquita Pérez.

—No te preocupes, la arreglaremos. Seguro que puedo pegarla de alguna manera.

Inés la miró esperanzada y ella sonrió.

Horas más tarde, Manuel besó a su hija en la frente mientras la arropaba en la cama de su habitación.

—Prométeme que volverás pronto y me traerás algo —le dijo con los labios apretados en un gesto de disgusto.

El hombre esbozó una media sonrisa.

—Te lo prometo. Te quiero, hija.

Y la volvió a besar en la frente.

—Y yo a ti. ¿Sabes? Inés me va a prestar a su padre mientras no estés —le contó con un leve alivio.

—Muy buena idea —contestó Manuel sin poder reprimir una carcajada.

—Hombre, es que no voy a estar sin padre. Eso no estaría bien…

La pequeña se quedó tan tranquila después de exponer sus argumentos, se dio media vuelta en la cama y cerró los ojos.

Manuel salió de la habitación con el corazón enternecido y no quiso volver a mirar a su pequeña, porque estaba seguro de que sería incapaz de seguir adelante con el plan que había trazado.

Se dirigió al cuarto de Bruno, que estaba sentado en la cama.

—¿Qué ha ocurrido en la juguetería? —le preguntó el chico nada más verlo.

Manuel se daba perfecta cuenta de que su hijo, con catorce años, ya no era ningún niño, pero no quería contarle la verdad, no quería privarle de lo poco de infancia que pudiera quedarle.

—Ha sido un robo, nada más. Pronto todo volverá a la normalidad.

Bruno miró a su padre e intentó descifrar en su rostro si le decía la verdad. Prefirió creerle y se relajó.

—¿Dónde vas?

—A hablar con algunos proveedores en Valencia —inventó Manuel —, pero volveré pronto. ¿Cuidarás de las chicas?

Su hijo asintió, orgulloso de que su padre confiara en él para aquella tarea tan importante.

—Pórtate bien, ¿de acuerdo? —dijo mientras le revolvía el pelo.

No era propio ni de él ni de su edad demostrar afecto, pero aquella vez el chico se abrazó a su padre, repitió lo que siempre le decían a él y sin saberlo acertó más que nunca:

—Ten cuidado y vuelve pronto.

Manuel sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Lo tendré.

Salió del cuarto y cerró la puerta, desesperanzado. Toda la fuerza que cada día le hacía levantarse y vivir tenía que dejarla tras aquellas paredes, sin tener claro cuándo podría volver o qué sería de él tan lejos. Se vio desamparado, angustiado y más solo que nunca.

Su padre se acercó por el pasillo con su pequeña bolsa de viaje en la mano, se la tendió y le puso una mano en el hombro con ternura.

—Será por poco tiempo, ya lo verás —dijo sin convencimiento.

Manuel se giró para encontrarse con los ojos duros, fríos, de su mujer, que lo miraba desde la puerta del dormitorio con los brazos cruzados y un rictus serio en el rostro.

—Marcela… —pronunció con un hilo de voz.

Quería que se acercara a él, quería que lo abrazara, quería que le dijera que pronto estaría en casa… Pero ella no contestó, se metió en la habitación y cerró la puerta. Manuel agachó la mirada, casi acostumbrado a sus desprecios y ya sin ninguna esperanza de salvar algo de lo que una vez hubo entre ellos. Don Emilio le apretó el hombro con la mano para insuflarle ánimos.

—Tome, señor, para el camino.

Pepa apareció de la cocina y le entregó unos bocadillos forrados en papel de periódico.

—Muchas gracias —dijo el hombre, enternecido, mientras los guardaba en la bolsa.

La criada desapareció. Don Emilio ayudó a Manuel a colocarse la chaqueta y lo acompañó a la entrada.

En la puerta se abrazaron brevemente y Manuel descendió las escaleras sin mirar atrás, con las manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas.

6

Manuel esperaba en el andén de la estación de Atocha a que llegara su tren con destino al sur. Había elegido Granada; era la ruta que salía antes y además le pareció bien un poco de sol y luz en contraste con aquel febrero helador de la capital. Esperaba junto a su maleta y un nudo en el estómago a que llegara la hora de subir al vagón y encontrarse con su exilio y la soledad forzada por él mismo y sus ideas. Aún faltaba media hora para emprender el viaje. Miró el reloj en su muñeca con la sensación de que los segundos transcurrían más lentos que de costumbre, con una cadencia tan triste y angustiosa que tuvo que comprobar varias veces que el segundero realmente estuviera cumpliendo su función y no se hubiera detenido como muestra de protesta por tener que abandonar todo lo conocido por un tiempo aún sin definir.

Suspiró y levantó la mirada en aquel lugar desierto. Un hombre barría con gesto cansado el andén al otro lado de la vía agarrado a un carro con un gran cubo metálico. Lo observó con cierta envidia: un hombre ajeno a los sacrificios, ocupado en su trabajo y poco más, pensó, para después contradecirse y reprocharse que qué sabía él de los problemas de ese trabajador, cómo se atrevía a juzgarlo con tanta facilidad. El barrendero se apoyó sobre su escoba con gesto aburrido y se encendió un cigarrillo que sacó del bolsillo de su

uniforme. Se dio cuenta de que Manuel lo miraba y lo saludó con un gesto de la cabeza. Él respondió al saludo y el hombre siguió con su trabajo con el cigarro colgado de los labios.

Manuel se recostó en el banco mientras se preguntaba qué haría al llegar a su destino. Un ruido llamó su atención e hizo que se irguiera en el asiento. Giró la cabeza hacia la entrada y vio a lo lejos un grupo de hombres que contrastaban en su desenfrenada marcha con la quietud de la estación. Caminaban unidos, como uno solo, y bastante rápido si se tenía en cuenta que ningún tren salía en aquel momento y nada podían perder. Aún era imposible identificar sus rostros desde tanta distancia, pero tuvo un mal presentimiento. Se puso de pie y buscó una salida. No podía ir hacia el final de la estación, no tendría escapatoria, pero aún había tiempo de volver hacia atrás, hacia la entrada, porque si no, solo en el andén, este se convertiría en un callejón sin salida. Aceleró el paso mientras escrutaba el edificio con la mirada y trataba de encontrar un lugar en el que esconderse. Cada vez estaban más cerca, por lo que pudo comprobar que su instinto no le había fallado: a la cabeza del grupo estaba el Cuervo, Ignacio López, ese nombre que tenía grabado en la cicatriz de su pómulo roto. Manuel ahora ya no tuvo ninguna duda de que habían venido a por él.

Iban a cruzarse, era inevitable, y ese sería su fin. No le daba tiempo a llegar a la entrada y salir por ahí, como había previsto. Pensó en dirigirse hacia atrás, algo que hacía unos segundos había descartado por imprudente; saltaría a las vías si hacía falta y huiría entre los rieles, pensó.

Pero entonces escuchó que alguien le chistaba desde lejos. Manuel se giró y se encontró con el barrendero, que le hizo un

levísimo gesto para que le siguiera. Lo sopesó unos segundos. Aquel hombre conocía el lugar y parecía querer ayudarle. No tenía otra opción que confiar en un desconocido. Se dirigió hacia él y este, en silencio, le condujo hasta una puerta oculta en la trasera del andén donde antes estaba limpiando. Abrió la puerta; en el interior guardaba los utensilios de limpieza.

—Toma, camarada —le dijo mientras se despojaba de su uniforme y se lo entregaba—. No estás solo.

Manuel se dio cuenta de que sus compañeros en el PCE velaban por él desde la distancia, desde la más absoluta clandestinidad, durante todo aquel tiempo. Se puso lo que le pedía el desconocido, al que solo le unían sus ideas políticas y su lucha contra el régimen, y ocultó su maleta en el cubo de la basura.

—Gracias —le dijo antes de salir.

El hombre simplemente se levantó la gorra y susurró sin soltar el cigarro de los labios:

—Suerte.

Después se sentó en una caja de madera, dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario hasta que el peligro hubiera pasado también para él.

Manuel salió del estrecho almacén fingiendo ser el barrendero de la estación. Caminaba despacio, forzándose a no echar a correr porque eso solo despertaría sospechas en los recién llegados. Poco a poco y a punto de sentir cómo el corazón se le saldría del pecho en uno de sus desesperados latidos, consiguió acercarse a la salida, por donde ya entraba el Cuervo con sus hombres. Se cruzaron. Manuel creyó desmayarse. El clic de aquella arma sonando en el interior de su boca repiqueteaba en su cabeza una y otra vez. Intentó no

levantar la mirada para no toparse con la de ninguno de ellos y empujó el carrito hacia el interior de la estación mientras rezaba para que no se dieran la vuelta y repararan en él.

Avanzó en dirección a la salida con paso tembloroso pero discreto y al sentir tan cerca la posibilidad de salvarse se relajó. Cometió un error. Fue un segundo, solo eso, pero miró hacia atrás y se encontró con los ojos del Cuervo, que no perdía detalle de lo que ocurría a su alrededor mientras sus hombres buscaban. Como un depredador, localizó a su presa desde la distancia.

—¡Alto! —gritó.

Manuel supo que todo había terminado. Cogió su bolsa y comenzó a correr en dirección a la salida. La maleta le pesaba y ralentizaba su huida, por lo que no tuvo más remedio que tirarla, una vez en el exterior, para coger más velocidad.

Las calles de Madrid estaban desiertas y él era un blanco fácil de localizar en aquel paseo de las Delicias por el que avanzaba.

—¡Alto, policía! —gritó el Cuervo mientras se acercaba cada vez más con sus hombres.

Pero Manuel no obedeció e intentó acelerar aún más. Escuchó un ruido muy fuerte y seco a su espalda y se dio cuenta de que habían comenzado a dispararle. Un par de balas le rozaron muy cerca, escuchó el silbido que se adelantaba a su carrera, pero la fortuna quiso que no consiguieran darle. Mientras avanzaba, intentaba decidir hacia dónde dirigirse, pero su mente solo le decía que no se detuviera, que siguiera adelante, que esa era su única opción, ir más deprisa que ellos.

Justo antes de girar por la calle Canarias, uno de los proyectiles le alcanzó en el hombro. Soltó un grito de dolor y se llevó la mano al

hombro, pero aun así no se detuvo a pesar de la sensación de mareo que empezaba a invadirle. A lo lejos vio a un anciano salir de uno de los portales. Necesitaba parar un segundo, no soportaba el dolor y sentía que se desplomaría de un momento a otro. Corrió hacia él y lo empujó al interior del edificio.

—No me hagas daño, por favor —le rogó el hombre una vez dentro—. Llamaré al sereno.

Manuel estaba desesperado; no quería hacerle nada a aquel desconocido, pero no podía permitirse que gritara. Lo empujó contra la pared con fuerza a pesar del dolor que sentía en el hombro y le tapó la boca con la mano que aún tenía intacta mientras lo inmovilizaba con su propio cuerpo. Sus miradas quedaron a la misma altura, dos pares de ojos prácticamente igual de asustados que brillaban en medio de la oscuridad de aquel humilde portal.

—Silencio —susurró Manuel con un hilo de voz.

Un ruido les hizo girar la cabeza a la puerta cerrada. Escuchó a los hombres del Cuervo pasar por delante del portal y después continuar con la persecución.

—¡Lo hemos perdido! —vociferó alguien.

El anciano y Manuel intercambiaron una mirada.

—Solo serán unos minutos; después me marcharé —le susurró para que se tranquilizara—. No voy a hacerle daño.

El hombre pareció relajarse al escuchar aquello, porque dejó de forcejear bajo el peso del cuerpo de Manuel. Poco a poco se terminaron los ruidos al otro lado de la puerta. Aun así decidió esperar un poco más, por precaución.

—No grite, por favor —le pidió al anciano, porque necesitaba soltarle.

El dolor de la herida estaba acabando con sus fuerzas. Las gotas de sudor le resbalaban por la frente y se sentía mareado. Reprimió las náuseas causadas por la agonía de la propia herida.

El anciano negó con la cabeza; casi sentía lástima por su captor. Manuel lo vio en su mirada. Se separó de él lentamente. Se retaron en silencio, pero ninguno dijo nada. Esperaron. Pasados unos minutos, decidió asomarse a la calle. No faltaba mucho para que amaneciera y necesitaba ocultarse antes de que las calles de la ciudad bulleran de actividad. Se miró la bata de barrendero que llevaba puesta; ya estaba cubierta de sangre. Todos se fijarían en ella.

—¿Le importa darme su abrigo? —le pidió al anciano con amabilidad.

Este, desconcertado, obedeció y se lo entregó. Manuel se lo puso. Le quedaba ancho, pero eso le daba la ventaja de que la sangre tardaría más en ser visible.

Después le dio las gracias antes de salir y se escabulló entre calles como el fugitivo en el que se había convertido.

Estaba a punto de amanecer y José apuraba su café, sentado a la mesa del comedor, con los muelles del sofá cama aún incrustados en la espalda. Inés, una noche más, había terminado en el dormitorio junto a su madre, mientras que él se había marchado al salón para intentar dormir lo poco de noche que le quedaba. No lo había conseguido y lamentó el cansancio que iba a tener que arrastrar todo el día por culpa de esa manía de su hija, que su madre consentía con gusto.

Mientras se regodeaba en su frustración, su sueño y el café recién hecho, escuchó unos ligeros golpes en la puerta del portal. Pensó que sería el lechero, aunque miró el reloj y se extrañó, porque era demasiado temprano. Quizá había cambiado la ruta ese día, se dijo. Se levantó a abrir con pereza. Pero, para su sorpresa, se encontró a Manuel, el hijo de don Emilio, sudoroso y pálido, apoyado en el quicio de la puerta.

—No sabía dónde ir; no tengo dinero y me persiguen. No quiero meteros en problemas, pero estoy herido —dijo con un hilo de voz jadeante mientras le enseñaba la herida al abrirse el abrigo.

—Has hecho bien. Entra —contestó José enseguida.

Le colocó su brazo sobre los hombros y lo llevó al interior del apartamento. Le acompañó hasta la silla en la que él se había sentado minutos antes. Manuel apenas podía moverse; estaba agotado, temblaba y el dolor de su hombro era cada vez más agudo. José desapareció del comedor unos segundos para volver con Isabel. La mujer se colocaba una bata y se peinaba como podía sin apartar la mirada del recién llegado.

—Está herido —le dijo su marido con tono preocupado.

Isabel se acercó al recién llegado y lo miró interrogante para pedirle permiso y ver la herida. Manuel como respuesta se quitó el abrigo con dificultad y se dejó inspeccionar por el matrimonio.

—La bala ha salido y la herida parece limpia —sentenció la mujer al ver la herida en la parte trasera del hombro.

José asintió. Ambos habían visto heridas de bala cuando eran niños durante la guerra y sabían que aquello daba a Manuel una oportunidad que, si el proyectil siguiera dentro, no tendría. Isabel fue al cuarto de baño a por gasas y un poco de alcohol e intentó

limpiarle el orificio como supo. Manuel aguantaba estoicamente el dolor mientras pedía disculpas una y otra vez por haberse presentado allí, pero no sabía a dónde ir sin dinero ni ropa y con una herida que manaba sangre y que sería más que visible en cuanto la ciudad despertara.

—Tranquilo, aquí estarás seguro —le prometió José.

—No tardarán en venir a buscarme. De hecho, la casa de mi padre será el primer lugar al que vayan.

—No te encontrarán —le aseguró la mujer.

Isabel y José se miraron y, cuando ella hubo terminado el rústico vendaje, le ayudaron a levantarse. Poco a poco le acercaron a la escondida despensa donde una vez se ocultó su hija Candela meses atrás junto a Inés.

—Aquí estarás seguro —le dijo el portero.

—¿Lo soportarás? —le preguntó Isabel al ver que apenas cabía y que en aquella postura encogida seguramente la herida le dolería aún más.

—No os preocupéis por mí. Solo avisad a mi padre —les pidió antes de que le cerraran la puerta y él ahogara un quejido al agacharse.

José asintió y, mientras Isabel recogía y limpiaba todo lo que habían utilizado para curarle, subió a hablar con don Emilio.

El portero estaba en el descansillo del primer piso y terminaba de poner al corriente de todo a don Emilio.

—Nosotros cuidaremos de él —le aseguró—, pero, cuando la policía se marche, tendrá que huir.

—Era lo que intentaba hacer esta noche —confesó el hombre, asustado—, pero alguien ha debido de delatarle.

—No hay nada peor que un traidor —se lamentó el portero con rabia, sin darse cuenta de que estaba hablando de su propia hija.

José se quedó pensativo un momento para después susurrar:

—Creo que ha llegado el momento de saldar viejas deudas —le dijo con complicidad.

Don Emilio le miró curioso mientras en aquella escalera ambos esperaban escuchar el ruido que anunciaba la llegada de la policía en cualquier momento.

—Mi madre cuidará de él.

—¿Marisa? —preguntó, sorprendido.

—Sí. Usted lo hizo por nosotros una vez, por toda mi familia; déjenos que esta vez seamos nosotros los que le demos la oportunidad.

Tras pensarlo unos segundos, don Emilio se dio cuenta de que no existía una sola persona en quien confiara más, así que se convenció enseguida. Cogió del brazo a José en un gesto de completo agradecimiento y complicidad. El portero asintió para sellar el trato.

—Tienes razón. Podrá salir en la furgoneta de la juguetería, como si fuera un reparto.

—Yo mismo le llevaré en cuanto se marchen.

Don Emilio entró un segundo en casa y cogió las llaves de la furgoneta, que estaban junto a las de la juguetería en el mueble aparador del recibidor, y se las entregó al portero.

Unos golpes amenazadores interrumpieron la conversación. Intercambiaron una mirada silenciosa que lo decía todo. Don Emilio se ocultó en casa, como si aquella conversación no hubiera tenido

lugar, mientras José bajaba a abrir. La policía, y el Cuervo a la cabeza, irrumpió sin concesiones y subió las escaleras para entrar en casa de los González de la Fuente.

Los hombres del Cuervo ponían patas arriba la casa de los González de la Fuente; mientras, él había reunido a la familia en el salón.

—¿Dónde está su marido? —preguntó a Marcela una vez más, como llevaba haciendo más de media hora.

—Se ha ido de viaje de trabajo —contestó ella con tono cansado.

—¿A dónde?

—No lo sé. A mí nunca me cuenta nada —le dijo con un desprecio muy creíble.

—A Valencia —le respondió don Emilio, ya que era el centro de fabricación de juguetes más importante de España y era lógico que hubiese elegido aquel lugar.

—¿De noche? —preguntó el Cuervo, extrañado, mientras escrutaba la cara de todos los presentes, incluidos los niños, en busca del más mínimo indicio de una contradicción, una duda o una pista.

—Así puede estar allí por la mañana.

—¿Para qué va a Valencia? —prosiguió el interrogatorio.

—Han robado en la tienda de juguetes —le contestó don Emilio, lleno de rabia, mientras le clavaba la mirada con intención, pero el hombre no agachó la cabeza; no parecía arrepentirse de aquello, a pesar de la reprimenda que le había caído de sus superiores por actuar por su cuenta, contradiciendo órdenes expresas— y tenemos que renovar la mayor parte del material.

El Cuervo volvió a quedarse en silencio, se encendió el enésimo cigarrillo y siguió escrutando a cada miembro de la familia. Candela y Bruno permanecían juntos en el sofá grande, asustados y silenciosos. Nada podían decir porque esa era la versión que ellos mismos tenían. Don Emilio empezaba a ponerse nervioso ante aquella situación y decidió dar un paso al frente para comprobar la reacción del policía.

—De todas formas, voy a hablar con mi amigo Carlos Pastor, porque no entiendo qué hacen aquí ni lo que ocurre y tiene retenida a toda mi familia sin ningún tipo de justificación —se envalentonó.

Durante unos segundos en los que la llama del odio se dibujó en las pupilas del policía, don Emilio pensó que había ido demasiado lejos, que se había ganado un golpe o incluso una detención. Pero su amenaza de alguna manera surtió efecto. El Cuervo, al escuchar el nombre de su superior, el mismo que le había reprendido después de lo de la juguetería y amenazado con mandarle a provincias, se acobardó. Sus hombres aparecieron entonces en el salón.

—No hemos encontrado nada.

El Cuervo apagó su cigarro directamente sobre el barniz de la mesa del comedor, dejando un surco redondo de quemado que quedaría ahí para siempre. Se sentía frustrado, consciente de que estaba a punto de perder, una vez más. Si aquella familia no tuviera el respaldo de Carlos Pastor, se los llevaría uno a uno a interrogar y tenía claro que en menos de media hora aquella mujer fría se rompería ante él, suplicante, y lo contaría todo. Por no hablar del anciano, el padre de Manuel, que rogaría por su vida y por la de esos niños, que nunca olvidarían su rostro. Pero sabía que no podía hacerlo; lo perdería todo, si no lo había perdido ya por actuar

aquella noche por su cuenta a pesar del estupendo chivatazo de la pequeña Inés y de haber conseguido que un juez avalara sus sospechas y estableciera una acusación contra Manuel.

—Si vuelve, deben avisar a la policía o serán cómplices. Sobre él pende una acusación de asociación ilícita y propaganda ilegal —los amenazó.

Ninguno respondió a su provocación.

—Saluda a tu amiguita de mi parte —le dijo a Candela con una gélida sonrisa antes de desaparecer con todos sus hombres.

En cuanto se sintieron seguros, Manuel salió de su escondite, José fue a buscar la furgoneta con las llaves que don Emilio le había dado y la aparcó junto a la portería. La ciudad ya había despertado y de aquella manera era más sencillo pasar desapercibidos entre transeúntes y repartidores. Mientras Inés aún dormía y la familia de los González de la Fuente se había quedado en casa digiriendo el susto, don Emilio se vistió y bajó a la vivienda del portero con la excusa de acercarse a la tienda cuando en realidad iba a estar con su hijo mientras esperaban a José.

Apenas hablaron; solo tomaban la copa de anís que Isabel les había preparado sin preguntar. El silencio reinaba entre ellos, sobre todo para no despertar a Inés en el dormitorio. Intercambiaban miradas que hablaban por sí solas, silencios repletos de cariño, de dudas, de miedo, pero de complicidad también.

—Es una buena mujer —le susurró Emilio—. Ella te cuidará bien, hijo.

Manuel asintió, emocionado. No pudo reprimirse y estrechó la mano de su padre sobre la mesa. Ambos apuraron de un trago su vasito de Anís del Mono, que jamás podrían volver a beber sin pensar en aquel momento.

Entonces llegó José y Manuel se levantó de la silla, igual que su padre.

—Debemos irnos.

—Vete por carreteras secundarias —le aconsejó don Emilio al recién llegado.

El portero asintió.

—Cuida de ellos —fue lo último que le dijo a su padre mientras este le colocaba su propio abrigo sobre los hombros.

Don Emilio asintió con lágrimas en los ojos. Manuel salió con rapidez y se subió a la furgoneta. Desde el asiento, accedió a la parte trasera del vehículo, donde iría oculto la mayor parte del trayecto. El portero se colocó en el lugar del conductor, cerró la puerta y emprendieron el viaje.

Casi dos días después, tras atravesar un sinfín de carreteras secundarias y pueblos desconocidos, llegaron exhaustos a la casa de huéspedes que la madre de José regentaba en la calle Bailén, junto a la estación de Bilbao. Aparcó la furgoneta y ayudó a Manuel a salir, debilitado por la herida y el viaje. Juntos llamaron a la puerta y Marisa abrió tras escuchar el timbre. Se quedó con la boca abierta al verlos.

—*Ama,* es Manuel, el hijo de don Emilio. Necesita tu ayuda.

La mujer no necesitó escuchar más. Se retiró para dejarlos pasar al interior mientras decía:

—Adelante.

Al mismo tiempo, en la habitación de Candela, Inés y su amiga movían el cochecito de atrás hacia delante mientras cantaban una nana a sus muñecos para que se durmieran. La Mariquita Pérez de Inés había sido reparada por Isabel, aunque había perdido parte de su movilidad en las piernas y estaba algo ajada, lo que la hacía parecer mucho más vieja que la de Candela, a su lado, reluciente.

—No os preocupéis. Papá volverá enseguida —susurró la pequeña de los González de la Fuente al carrito mientras lo movía con convicción.

—Sí, papá volverá pronto —asintió Inés.

Candela sonrió a su amiga.

SEGUNDA PARTE

MADRID

Finales de septiembre de 1972

7

Candela estaba sin aliento, pero continuaba corriendo como si le fuera la vida en ello. Las piernas parecían a punto de fallarle, el sudor le recorría la espalda y no habría podido hablar ni aunque lo hubiera intentado. Un leve resquicio de miedo se entremezclaba con la excitación de lo prohibido, de la lucha, de lo emocionante, esa especie de incertidumbre que suponía jugar con el destino.

De su mano avanzaba Enrique, su último novio, si es que podía llamarlo así, ya que apenas le conocía de dos semanas atrás. Habían participado en una protesta en la Universidad de Madrid, donde él estudiaba Filosofía y Letras, contra el régimen franquista y correr delante de los grises era la consecuencia esperada e inevitable. La policía a caballo perseguía a los manifestantes que se habían congregado en la sentada. Candela se sentía una infiltrada entre todos ellos, porque de hecho era más joven que la mayoría, y esa sensación le gustaba, como si la hubiesen invitado a una fiesta clandestina para adultos. Pero era obvio que desentonaba entre tanto universitario, porque ella aún vestía el uniforme de su colegio, el Sagrado Corazón de Chamartín, con una falda de cuadros que se recogía en la cintura para que quedara más corta y un pintalabios que escondía en el calcetín y se ponía nada más salir de casa para

parecer mayor y huir de esa imagen de colegiala que tanto aborrecía. Todo esto, siempre que no la vieran las monjas, claro.

A cada rato, Enrique se volvía hacia ella para comprobar que estaba bien mientras corrían y corrían con la intención de dejar a los grises atrás. Ella sonrió asintiendo y le siguió sin mirar a los policías. Sabía dónde iban, el piso de estudiantes donde su amigo vivía con otros compañeros, y allá su cama, sus cigarros, su música, sus manos recorriéndola con ansiedad. El lugar del que prácticamente no salían desde aquel guateque en casa de una de sus compañeras del colegio de la que ni siquiera recordaba el nombre. No podía considerarla su amiga, casi no habían cruzado palabra, pero todo el colegio era consciente de que una fiesta no era una fiesta si Candela no estaba invitada.

Tras una buena carrera, Enrique y ella llegaron a la calle Fernando el Católico, donde residía. El chico abrió el portal con manos nerviosas, mirando atrás cada pocos segundos, y, cuando logró que la puerta le obedeciera, subieron corriendo hasta su piso, en el tercero, y su habitación, la del final del pasillo. Cerraron la puerta del dormitorio para intentar recuperarse, apoyados en la pared sin apenas aliento. Se miraron con una sonrisa casi retadora.

Candela tenía dieciocho años y solo quería divertirse. Había probado sus besos en aquel guateque y estaba deseando repetir el encuentro que después habían vivido entre aquellas mismas cuatro paredes. Enrique era un poco mayor, guapo, universitario y la miraba con deseo. Poco más necesitaba Candela para darle la mano y seguirle a donde hiciera falta. Eso sí, el tiempo que ella quisiera, porque después tampoco tenía reparos en decir adiós y desaparecer como si nunca hubiera existido. Con él o con cualquier otro, porque

había acumulado conquistas en el último año como quien colecciona diademas, una para cada día y estado de ánimo. Solo en brazos de otro conseguía sentirse viva, solo así lograba olvidar el fracaso en los estudios, en su casa, y, sobre todo, la ausencia de su padre, aún dolorosa a pesar de los años transcurridos.

Una vez recuperados, Enrique se acercó a ella con una sonrisa zalamera.

—¿Asustada, pequeña? —preguntó con tono de vaquero de película.

Ella disimuló la risa para no herirle y negó con la cabeza fingiendo ser la damisela en apuros que no era pero que él sí quería que fuera. El chico se acercó al picú y puso un disco de Simon & Garfunkel. Las notas comenzaron a sonar y Candela lo observó acercarse lentamente, con su polo de manga corta, sus pantalones campana y ese aire de hombre de mundo que le gustaba cultivar y que de poco a nada convencía. Llegó hasta ella y la besó sin contemplaciones, profundamente, mientras la rodeaba por la cintura. Candela sentía la lengua de él moverse en su boca y le seguía el ritmo, pero pensaba en que aquella música no terminaba de convencerla, por muy de moda que estuviera. La condujo hasta la cama y ambos se tumbaron sin soltarse. Enrique le sacó la camisa de dentro de la falda y sonrió:

—Me encanta verte vestida de colegiala —le susurró al oído.

Candela no dijo nada, aunque arrugó la nariz con un gesto de disgusto sin que él se diera cuenta. La mano del chico avanzó hasta su pecho y acarició el sujetador blanco. Se le vino a la mente Inés y cómo la miraría escandalizada cuando le contara lo que estaba haciendo con aquel chico; bueno, y con cualquier otro. Sonrió con ternura. Eran tan distintas.

Enrique deslizó la mano bajo la falda de Candela y rozó su ropa interior. Ella cerró los ojos, dispuesta a dejarse llevar, porque ese era el momento exacto —siempre que el chico en cuestión no fuera un desastre absoluto, que también le había pasado— en que se evadía, que dejaba de estar en la realidad y se entregaba a eso, a su cuerpo, al presente y nada más.

Inés admiraba sus libros, colocados en perfecto orden sobre la mesa del comedor. Una y otra vez, con deleite, como si se trataran de un tesoro. Eran de segunda mano y quizá no estaban en perfectas condiciones, pero simbolizaban todo lo que había soñado, la recompensa al inmenso esfuerzo durante aquellos años en el colegio hasta llegar allí. En menos de un mes comenzaría sus estudios de Magisterio con especialización en Educación Preescolar en la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado María Díaz Jiménez. Aún no podía creérselo. Pasaba las páginas con admiración, devoción incluso, aferrada a esa sensación del trabajo bien hecho que la llenaba y más cuando veía el destello del orgullo reflejado en los ojos de sus padres, sobre todo de su madre.

Isabel en aquel momento terminó de secar los platos en la cocina y se acercó a su hija mientras se frotaba las manos con un trapo. La besó en el pelo con ternura al darse cuenta de lo que estaba haciendo y sonrió al decir:

—Ya queda poco…

Inés se giró para mirarla ilusionada, pero se topó con un rostro dibujado por unas grandes ojeras, con la tez más pálida que de

costumbre y un cansancio infinito muy patente a pesar de la cálida sonrisa que le dedicaba.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —le preguntó, preocupada, una vez más.

—Sí, claro —le respondió su madre, quitándole importancia a la respuesta con un gesto de la mano, como hacía siempre—. Solo un poco cansada. ¿A qué hora entras en la tienda de juguetes?

Hacía ya varios meses, desde el final de curso en el colegio, que Inés había comenzado a trabajar junto a don Emilio para costearse los estudios, los libros y todo lo que le hiciera falta ahora que comenzaba una nueva etapa. Y estaba encantada con su nuevo trabajo. El abuelo de su amiga se había revelado como un jefe amable y cariñoso, al menos con ella, y así podía huir de la portería y de las exigencias de José cuando volvía a casa y no estar siempre encerrada entre aquellas paredes.

—Dentro de una hora —contestó a Isabel después de mirar el reloj en su muñeca.

—¿Te importa que me tumbe un rato y me despiertas antes de irte? Sé que si cierro un poco los ojos estaré totalmente recuperada por la tarde.

—Claro, tranquila.

Isabel colocó las manos sobre los hombros de su hija con agradecimiento. Estaba orgullosa; era feliz viéndola alcanzar los sueños que ella misma había perdido en su propia vida… Pero últimamente se sentía exhausta. Aunque tenía cuarenta y dos años, se notaba tan cansada que podría haber asegurado estar cerca de los ochenta. Su marido la observaba con ese aire discreto pero firme de preocupación que se le colaba en los ojos y le insistía en que

fuera al médico. Pero ella tenía miedo a lo que podían decirle; además, estaba segura de que no era nada, una tontería, simplemente que se hacía mayor.

—Gracias, hija —dijo, y desapareció en el dormitorio.

Inés la observó con el gesto torcido y se prometió que, como aquella situación se prolongara, sería ella misma la que la llevaría a rastras al doctor si hacía falta.

Marcela veía la serie *Bonanza* en la televisión, que se había convertido en su salvavidas, en lo que ocupaba sus tardes antes de ir a misa, lo que la hacía olvidar y ser quien quería ser durante el rato que duraba ese y cualquier otro programa mientras hubiera emisión, cualquier otra persona menos la mujer abandonada que era y se sentía. Ya apenas se reconocía en el espejo: había engordado considerablemente los últimos años y su pelo estaba plagado de canas que no se molestaba en teñir ni arreglar. Había olvidado el maquillaje, siempre vestía de colores oscuros y su vida se limitaba a ir a la iglesia, ver la televisión y odiar a un marido que los había dejado tirados hacía diez años y que nunca se había puesto en contacto con ellos, ni una sola vez, desde entonces.

Quizá estuviera muerto, se decía, y no sentía nada, algo de alivio incluso. Marcela había delegado sus funciones como madre en su suegro, que ahora ejercía de abuelo, padre y madre con sus dos hijos, porque ella se limitaba a asentir y obedecer, mucho más sencillo que pensar y mucho más seguro. Quizá debería marcharse con su hermana a Toledo, como le había pedido ella una y otra vez,

pero no se atrevía a dar el paso, como si su deber fuera estar en la casa de sus hijos, aunque ya no se sintiera casi madre de ellos.

Candela entró en el apartamento y fue directa al salón.

—Hola, mamá. ¿Qué ocurre hoy con los Cartwright?

—Acaba de llegar un amigo suyo que es casi perfecto, pero se han enterado de que es un forajido buscado por la ley.

—Uuuh —dijo Candela con genuino interés.

Y se sentó junto a su madre para ver aquella serie y así compartir unos minutos a su lado. Era lo poco que las unía desde hacía ya demasiado tiempo.

Marcela se dio cuenta de que su hija llevaba la falda demasiado corta y de que tenía una marca roja en el cuello, seguramente fruto de algún encuentro con un chico. Durante un segundo pensó en reprenderla, pero después se limitó a envidiarla en silencio. Candela era joven, no estaba muerta en vida, era lógico que quisiera disfrutar; ya le llegaría el momento de sentar la cabeza y ser alguien para esa familia con el hombre adecuado y dejar atrás a la niña caprichosa.

—¿Pasa algo? —le preguntó Candela al darse cuenta de que la miraba con insistencia.

—No, nada —contestó su madre.

Y volvió a fijar la vista en el televisor que compró don Emilio cuando Manuel se fue, para distraerlos, para hacerles olvidar, para poner un parche sobre el silencio que se instaló en la casa cuando todos asumieron que no iba a volver.

—Coloca a la Nancy en la parte delantera, que se vea bien —le indicó don Emilio a Inés, quien intentaba organizar el escaparate de la tienda de juguetes con el material nuevo que había llegado.

Las recientes generaciones de niños y niñas soñaban con las nuevas incorporaciones al mercado de los juguetes, con la Nancy, pero también las Barriguitas, el Exin Castillos o el Cinexin.

—Creo que las cajas del Europarking quedarán bien a la izquierda, junto al juego de Estudio Estadio —continuó dando órdenes don Emilio.

—¿Qué? —preguntó Inés, alzando la voz.

No lograba oírlo. El ruido que los obreros hacían en el piso superior era insoportable y apenas eran capaces de mantener leves conversaciones con los clientes, incluso mediante mímica.

—Esto es terrible… —se quejó el dueño de la tienda—. ¿Cuánto más va a durar este infierno?

—Aguantaremos —le dijo Inés con una sonrisa mientras bajaba del escaparate para colocarse a su lado—. Y merecerá la pena cuando terminen, ya lo verá.

Don Emilio asintió:

—Eso espero, hija.

El dueño de la tienda de juguetes había tomado la decisión de comprar la lonja superior del local cuando se presentó la oportunidad. Quería ampliar el diminuto despacho que habían tenido hasta entonces y convertirlo en algo más cómodo, un lugar donde pudiera incluso haber una pequeña cocina para ellos y donde tener más espacio para los papeles y archivadores que con los años se iban acumulando. Pero el proceso de construcción se había convertido en una pesadilla, todo el día con ruidos, suciedad e

incomodidades. Menos mal que tenía a Inés para mostrarle siempre el lado bueno de aquello y recordarle el motivo de las obras, porque, si fuera por gusto, habría mandado a aquellos trabajadores a freír espárragos hacía mucho tiempo.

Desde que Manuel se marchó y él se quedó solo con el negocio, habían pasado por allí varios empleados temporales que entraban y salían de la tienda de juguetes en pocos meses. Ninguno le cuadraba, ninguno era lo que don Emilio buscaba. El que más se quedó fue un chico que estuvo dos años trabajando para él, pero que terminó por irse al extranjero a estudiar. Así que, cuando José le propuso a su hija para el puesto y le explicó que así se costearía los estudios, don Emilio vio la luz. Trabajar con Inés se había revelado algo cómodo, tranquilo; era una chica lista que había aprendido enseguida el negocio y siempre se comportaba de forma amable con los clientes. Desde luego había sido un acierto contratarla.

El ruido en el piso superior se detuvo durante unos segundos y los dos suspiraron aliviados.

—Antes te decía que colocaras la Nancy a este lado, las Barriguitas cerca y al otro extremo el Exin Castillos. ¿Qué te parece?

—¿Y el Cinexin? —preguntó Inés con la caja de aquella especie de cine portátil que estaba arrasando en ventas en las manos.

—Ponlo en medio, junto al Quimicefa, pero asegúrate de que todo quede bien a la vista.

Inés obedeció. El escaparate estaba además adornado por una selección de hojas de árbol secas que habían recogido junto a ramas y otros frutos para adelantar el otoño que estaba por venir y darle un toque diferente al local, para que llamara la atención. Los transeúntes se detenían a observarlo, compraran o no, y tanto don

Emilio como Inés se sentían orgullosos de la idea que habían tenido y de cómo había quedado después del esfuerzo.

—Está perfecto —dijo el hombre, satisfecho, al terminar.

Pero el sonido de las obras sobre ellos había comenzado de nuevo, así que Inés no tuvo más remedio que repetir una vez más, alzando la voz:

—¡¿Qué?!

Don Emilio y ella soltaron una carcajada, resignados a aquella terrible situación.

Horas más tarde, una vez que Inés se despidió de una niña de diez años feliz con su nueva Nancy, se dirigió a la puerta para girar el cartel de CERRADO y dar por terminada su jornada en la tienda de juguetes.

Los ruidos habían cesado después de todo el día, lo que sin duda era un alivio. Don Emilio apareció desde el almacén donde habían instalado temporalmente el despacho durante las obras mientras se colocaba su chaqueta, a pesar de los treinta grados que aún hacía en Madrid a esa hora de la tarde. El calor parecía haberse agarrado al asfalto con insistencia, como si esperara su oportunidad de emerger hacia la superficie en forma de vaho denso y agobiante.

Unos golpes en la puerta de cristal los sorprendieron a ambos. Miraron hacia la entrada y encontraron a Candela, que saludaba con la mano y una sonrisa.

—¿Me abrís? —levantó la voz.

Inés fue a girar la llave, contenta de poder pasar un rato con su mejor amiga. Desde que había comenzado a trabajar tenían menos

tiempo para estar juntas. Candela casi nunca iba a la tienda de juguetes y se pasaba la mayor parte del tiempo castigada por sus pésimas notas y su aún peor comportamiento en el colegio al que iba. Así que, entre una cosa y otra, sus encuentros se habían reducido mucho.

—Hace muchísimo calor —se quejó al entrar mientras le daba un beso en la mejilla a su amiga y otro a su abuelo.

Inés la observó con admiración y también un leve resto de envidia. Llevaba un vestido muy corto, de grandes lunares, y unas sandalias con un poco de tacón. Era moderna, desenfadada, y conseguía llamar la atención de cualquiera que se cruzara con ella. Su pelo rubio, la cinta que, a juego con el vestido, le servía de diadema y el pintalabios del que nunca se separaba la convertían en casi una mujer a sus dieciocho años, segura del efecto que provocaba y encantada con él. Inés, en cambio, era todo lo contrario. Una blusa discreta, una falda aún más discreta y una coleta que mantenía a raya su pelo largo y negro. Nada de maquillaje; solo unos pendientes pequeños de perlas diminutas que le había regalado *amama* Marisa en sus últimas Navidades. Seguían siendo como el agua y el aceite y sin embargo sentía que sin Candela estaría perdida porque, de alguna manera, ella le mostraba el mundo.

—¿Ya has terminado de estudiar? —le preguntó con hastío don Emilio a la recién llegada.

Ya no sabía qué hacer con aquella niña rebelde que se negaba a obedecer, y estaba seguro de que terminaría teniendo problemas tarde o temprano porque se le escapaba de las manos hiciera lo que hiciera.

—Abuelo, que aún no hemos hecho nada en clase. Si acabamos de empezar el curso —le dijo, guiñándole un ojo, descarada.

Don Emilio negó con la cabeza, dándola por imposible, y se dirigió a Inés mientras se acercaba a la puerta para darle las últimas instrucciones.

—Aún tienen que salir los obreros. Me han dicho que ya terminan de recoger, porque mañana empiezan a pintar. ¿Te importa encargarte de cerrar la tienda?

—No, claro que no. Váyase tranquilo —contestó, solícita, la joven.

—A ver si aprendes algo de tu amiga —reprendió el hombre a su nieta antes de salir.

Candela puso los ojos en blanco e Inés tuvo que reprimir una risa furtiva. A ninguna de las dos les gustaba demasiado que las compararan, pero era inevitable. Siempre que podían estaban juntas y eran tan distintas en todo que llamaba la atención.

Cuando se quedaron solas, Inés le preguntó a Candela con una mirada pícara:

—¿Has ido a clase?

Candela negó con la cabeza, cómplice.

—No sabes cómo besa Enrique. Bueno, y cómo hace otras cosas… —le susurró, seguido de una risita satisfecha.

—Terminarán por expulsarte.

La recién llegada se encogió de hombros con indiferencia. Odiaba el colegio, odiaba a las monjas y todo lo que significaban, así que, si le expulsaban, tampoco es que fuera a llorar.

En ese momento bajaron las escaleras que daban al piso superior los obreros que se encargaban de la reforma del despacho e interrumpieron la conversación. Ya llevaban dos meses allí, pero Inés

solo conocía el nombre de Rafael, el mayor de todos y dueño de la empresa, con quien había hablado alguna vez. Un hombre serio, bastante seco, pero, por lo que decía don Emilio, muy eficiente en su trabajo. Sabía que también trabajaba con él su hijo, pero desconocía su nombre.

—Hemos terminado, señorita. Mañana limpiaremos, lijaremos y pronto comenzaremos a pintar. Esta parte será mi hijo quien la realice —explicó el tal Rafael, con su mono de faena y cubierto de un polvo que parecía no irse nunca.

Inés asintió y le dio las gracias mientras los cuatro hombres pasaban por delante de ella dejando sus huellas en el suelo de la tienda de juguetes. Se lamentó porque tendría que limpiarlo todo de nuevo antes de salir. Levantó los ojos hacia Candela buscando su complicidad y también un poco de ayuda, pero se la encontró con la mirada clavada en uno de los chicos que caminaba detrás de Rafael, lleno de utensilios cuyo nombre Inés desconocía. Era alto, moreno, bastante delgado, con el pelo ondulado, que le caía desordenado sobre la frente, y la cara con manchas blancas del trabajo. Sonreía ante la atenta mirada de Candela y ella también lo hacía, encantada. Vestía una camiseta de tirantes blanca y unos vaqueros y la chica no podía dejar de observar sus brazos fuertes, bien torneados por el trabajo, y esos labios no demasiado gruesos, pero sí intensos, que se curvaban para ella, como si de repente estuvieran unidos por una línea invisible que los aislaba del resto. Rafael se dio cuenta de la conexión y cogió al chico del brazo de malas maneras para que avanzara.

—Deja de hacer tonterías —le susurró al joven, que sin embargo no quitaba la sonrisa y seguía entusiasmado con la desconocida.

Incluso, en la puerta, se volvió para mirar a Candela por última vez. Ella, con un leve gesto de la mano, le dijo adiós disimuladamente, lo que ensanchó la sonrisa del chico aún más.

En cuanto se quedaron solas, Candela abrió mucho los ojos y se dirigió hacia su amiga con teatralidad.

—Madre mía, era guapísimo —exclamó con una risa nerviosa.

Inés se encogió de hombros. A ella no se lo parecía, pero aquello tenía una sencilla explicación: que también podía ser una condena. Era incapaz de fijarse en nadie que no fuera Bruno, el hermano de Candela, desde que era niña. Estaba enamorada de él, de forma platónica, porque el joven apenas la miraba, pero ese sentimiento era su aliento y su penitencia.

—Tienes que averiguar su nombre —le pidió su amiga, emocionada.

Inés hizo un gesto de hartazgo ante ese tipo de tonterías y comenzó a limpiar con una mueca de disgusto las huellas que habían dejado en el suelo.

—No me metas en tus líos —se quejó.

—Ay, mi pequeña monjita… —se burló Candela mientras le daba un abrazo por la espalda, pero en ningún momento se puso a limpiar, como Inés había imaginado que haría—. ¿Por qué no vamos a tomar un refresco mientras buscamos a un príncipe azul para ti? Uno con caballo y todo.

Inés no pudo evitar sonreír, pero fingió estar enfadada mientras le daba un golpe en el brazo. Nunca le confesaría sus sentimientos por Bruno porque eran inútiles, pero hasta que no se deshiciera de ellos tampoco sería capaz de mirar a ningún hombre que se pusiera en su camino.

Media hora más tarde, Inés y Candela caminaban cogidas del brazo entre risas por aquel Madrid de despedida de verano, caluroso y árido, cuando la rutina comenzaba a ocupar las calles y las vacaciones iban quedando en el olvido a pesar de la temperatura, a pesar de sus vestidos y sus sandalias, con la sensación de robar tiempo al otoño, que ya amenazaba con su aire fresco a la vuelta de la esquina.

Avanzaron por la Gran Vía hasta el edificio Metrópolis, después giraron a la derecha por la calle Alcalá y acabaron en la Puerta del Sol. La conversación había sido animada hasta aquel momento. Inés le contaba a su amiga lo emocionada que estaba por empezar los estudios de Magisterio y Candela se lamentaba de haberse visto obligada a repetir curso y tener la sensación de no poder escapar nunca de aquel colegio remilgado que tanto odiaba.

—¿Qué querrías hacer si pudieras? —le preguntó Inés, interesada.

Su amiga se encogió de hombros, indecisa.

—No lo sé. Viajar, ir al extranjero… a Londres, quizá.

—Pero eso no es un trabajo, son vacaciones… —la reprendió su amiga.

—Ya, lo que yo quiero: vacaciones continuas —contestó riendo para después ponerse seria por una vez—. Supongo que algún día terminaré en la tienda de juguetes de mi familia, pero me gustaría hacer tantas cosas antes… Ojalá me dejaran ir con Bruno a Inglaterra, pero siempre me salen con eso de que aún soy joven…

Inés negó con la cabeza sin hacer ningún comentario, dando a su amiga por perdida. Sin duda creía que era una privilegiada que lo tenía todo y que no valoraba nada, pero nunca habría reunido el valor para decírselo. Sus vidas no podían ser más distintas y en el

fondo eso tampoco era culpa de Candela. Inés intentaba que ese rencor leve que se le colaba en los pensamientos no la carcomiera por dentro y la convirtiera en una mala amiga, pero no podía negar que había algo ahí, en lo más profundo de su ser, en lo más oscuro y feo, que despreciaba la actitud de Candela y la juzgaba, que la envidiaba, aunque nunca llegara a decírselo.

De repente su amiga se detuvo de golpe con la mirada perdida en mitad de la calle.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Inés, preocupada.

Candela observaba el edificio de la DGS en la Puerta del Sol con los puños apretados y la mirada llena de odio.

—¿Crees que murió ahí? ¿Crees que lo apresaron y… simplemente nadie nos ha dicho nada? —comenzó a especular con un hilo de voz lleno de dolor.

Candela jamás pasaba por aquel lugar. Daba todas las vueltas que hicieran falta por calles adyacentes solo para evitar encontrarse con sus recuerdos más angustiosos, con sus sospechas, con la incertidumbre y el vacío de no saber qué había ocurrido con su padre cuando se marchó una noche y aquel hombre cuervo se presentó en su casa.

—Si hubiera muerto lo sabríais —le dijo Inés, nerviosa e incómoda por el tema—. Las malas noticias vuelan. Seguro que está bien pero no puede ponerse en contacto con vosotros, ya sabes, para protegeros —quiso animarla.

Candela no se dejó consolar:

—Quizá esté enterrado en alguna cuneta, desaparecido. Uno más, ¿no?

—Quizá esté vivo —insistió Inés.

Y es que ella misma quería creerlo así porque recordaba su propia traición, siempre justificada por haber sido solo una niña a la que habían manipulado. Pero nunca se había atrevido a confesarlo por miedo a que no la perdonaran o entendieran y el silencio se hacía cada vez más grande, cada vez más pesado.

Candela la miró con los ojos llorosos.

—O si está vivo igual es que simplemente no ha querido saber nada de nosotros —dijo con la voz rota.

—Seguro que no es eso, Candela, seguro que hay una explicación… —La cogió del brazo con apuro para después hacer el gesto que las unía desde niñas de dibujar una «A» en la mano de la otra—. Venga, vamos a la Cervecería Alemana esa que te gusta de Santa Ana y esta vez te dejo que pidas cerveza. Fingiremos tener veintiuno y olvidaremos todo este tema.

Candela esbozó una sonrisa algo más animada mientras se secaba las lágrimas.

—Ya sabes que allí nunca nos preguntan…

—Y menos mal, porque hoy la necesitas.

Candela se abrazó aliviada a Inés y las dos continuaron por la calle Príncipe hasta la plaza de Santa Ana, dispuestas a olvidar.

Una hora más tarde reían a carcajadas sentadas a una de aquellas mesas de madera mientras Candela contaba su encuentro con Enrique y aquel comentario horrible sobre cómo le gustaba que estuviera vestida de colegiala.

—Mira, es que me ha dado un repelús… ahí, con la mano en mi teta y yo pensando en las monjas —explicaba Candela, llenando la

conversación de aspavientos y muecas de desagrado.

Inés reía entre encantada y escandalizada, una mezcla que siempre iba asociada a su amiga.

—Creo que voy a hacer algo para que me expulsen —susurró Candela en confidencia mientras se encendía un cigarro—. Y será pronto.

Le guiñó un ojo, buscando su complicidad.

—Pero no puedes hacer eso. ¿Qué pasará después? ¿No vas a estudiar nada? ¿Qué será de tu futuro?

—Pareces una abuela… —comentó con sorna—. Además, dudo que esas monjas remilgadas puedan enseñarme lo más mínimo —dijo, chasqueando la lengua—. Lo único que sé es que ya no puedo seguir allí, con niñas más pequeñas, con sus uniformes perfectos y sus futuros tallados en piedra… Una buena madre, una buena esposa, una mujer educada, una mujer como Dios manda… ¿Crees que quiero eso para mí? Ni de lejos. Tengo que escapar de ese sitio.

—Te matará tu familia —le advirtió Inés.

Candela se encogió de hombros con una sonrisa pícara. Su amiga se llevó la mano a la frente, completamente escandalizada.

—¿Y tú qué? ¿Ya te ha besado alguien? —preguntó entre risas.

Inés la mandó callar, avergonzada por si en otras mesas pudieran escucharlas.

—Calla, que te van a oír.

—Te preocupa demasiado lo que piensen los demás.

—Y a ti demasiado poco —la reprendió.

—Por eso nos llevamos tan bien.

Inés sonrió. Candela levantó su vaso de cerveza y lo chocó con el refresco de su amiga.

—Siempre unidas.

—Siempre.

Dos horas más tarde, Inés llegó a casa y se encontró a su padre José con la cena a medio terminar sobre la mesa.

—¿Y mamá? —preguntó, sorprendida al no verla organizándolo todo, como siempre.

—Se ha acostado. Decía que estaba muy cansada y tenía el estómago revuelto. Ha dejado una tortilla de patata y unos pimientos verdes fritos por si quieres cenar.

Inés y José intercambiaron una mirada silenciosa llena de preocupación. La salud de su madre había empeorado, era más que obvio. Estaba siempre sin energía, ojerosa, ocultaba sus continuas náuseas y restaba importancia a todas las señales que su cuerpo le enviaba. Ninguno de los dos sabía ya qué hacer para convencerla de que fuera al médico. Pero padre e hija casi nunca hablaban cara a cara y sus conversaciones se limitaban a miradas cargadas de intención pero de pocas palabras que tampoco llevaban a ningún sitio.

Durante unos segundos se imaginó cómo sería su vida si su madre faltara por algún motivo y tuviera que quedarse a solas con su padre. La vio llena de silencios y salpicada de soledad.

—Voy a acostarme —le dijo su padre, cabizbajo, mientras cogía su plato para llevarlo a la cocina.

Inés lo detuvo:

—Tranquilo, ya lo hago yo.

José asintió con aspecto derrotado y desapareció tras la puerta del dormitorio. Inés se sirvió la cena y, mientras comía con desgana, se prometió hacer todo lo que estuviera en su mano por saber qué le ocurría a Isabel, porque la necesitaba a su lado y porque no soportaba la perenne tristeza que había llenado las diminutas dimensiones de aquel apartamento.

Candela esa noche no podía dormir. Miró por quinta vez el reloj de su mesilla y resopló una vez más. Las cuatro de la mañana y nada. Se levantó de su cama rosa, que tanto odiaba, y fue a sentarse en una silla de madera que tenía desde niña y que desde luego ya no era de su tamaño. Abrió la ventana y un cálido aire que no daba tregua al bochorno del día la golpeó como una gruesa manta de lana. Se encendió un cigarro e inspiró el humo que le recorría los pulmones. Cerró los ojos, exhausta.

Pronto volvería su hermano Bruno a pasar unos días; se lo habían dicho en la cena. Tenía ganas de verle; se había marchado a Londres a perfeccionar el idioma y a trabajar en la juguetería más importante de la ciudad, Hamleys, con quienes había hablado su abuelo para que el chico cogiera experiencia en gestión y atención al público y luego pudiera utilizar sus conocimientos en la tienda de juguetes cuando llegara el momento. Le envidiaba tanto que no podía soportar verse encerrada en la falda de tablas de su uniforme escolar mientras él se marchaba por el mundo y vivía su vida. Era exactamente lo que ella quería, pero no podía tener, no sabía si por ser mujer, mala estudiante, mala hija o todas esas características juntas.

Pero Candela pocas veces se resignaba a hacer lo que le mandaban y esta vez tenía un plan, uno que había cobrado forma con la vuelta al colegio, cuando se vio rodeada de niñas más pequeñas, yendo a guateques aburridos de colegialas y en brazos de chicos que no le importaban lo más mínimo, aunque la distrajeran un rato. Dio otra calada a su cigarro y sonrió con malicia porque estaba deseando llevarlo a cabo.

A la mañana siguiente Candela fue a buscar a Enrique a la universidad y le contó lo que tenía pensado porque necesitaba su ayuda. Una vez más había faltado a clase, algo ya habitual, pero había comprobado que con eso no era suficiente para que la expulsaran, así que le había pedido un favor a aquel chico, sorprendido de volver a verla. Enrique aceptó, divertido.

Juntos llegaron a la hora de salida del alumnado, cuando todo el colegio estaba congregado en el patio, dispuesto a marcharse a casa, ya fuera en autobús o en los coches particulares de sus familias. Se topó con muchas miradas sorprendidas de que estuviera allí cuando no había ido en todo el día, pero se quedaron aún más impresionadas cuando sacó su paquete de tabaco, se encendió un cigarro y lo fumó mirando a la directora, que se había asomado a la ventana al sentir el revuelo en sus dominios.

«¿De qué eres capaz?», parecía decir la media sonrisa de aquella mujer, vestida con su hábito desde las alturas.

—Espera y verás —susurró Candela.

Tiró el cigarro al suelo, lo aplastó con la suela de su zapato y miró a la entrada abierta, donde el autobús que las llevaba y traía ya

esperaba. Sin mediar palabra, hizo un gesto a Enrique para que se acercara. Cuando llegó a su altura, lo besó apasionadamente en medio de los vítores de las alumnas, con la mano de él escapándose por debajo de su cortísima falda y la de ella rodeándolo con fuerza, dominante. Candela estaba completamente satisfecha, y más cuando vio la cara roja de ira de la directora, que se dirigía a su encuentro.

—¡Corre! —gritó entonces al chico entre risas, y Enrique y ella desaparecieron de aquel patio igual que lo habían hecho de la policía unos días antes.

Cuando se alejaron lo suficiente, Candela se detuvo a recuperar el aliento con una sonrisa. Tenía ganas de reír, se sentía más libre de lo que se había sentido nunca y soltó un grito de alegría imparable.

—Niña, si de esta no te expulsan, que sepas que estoy dispuesto a lo que quieras —le dijo el chico, riendo también.

Ella soltó una carcajada eufórica.

Horas más tarde, en el salón de la casa de los González de la Fuente, se escuchó la voz de don Emilio, que la llamaba más enfadado de lo que había estado jamás. Candela supo que había llegado la hora, inspiró para tranquilizarse y se dirigió al salón, dispuesta a aguantar el chaparrón con tal de salirse con la suya.

—¡¿Es que te has vuelto loca?! ¡Te han expulsado! —le gritó el hombre, fuera de sí.

Candela agachó la mirada y reprimió una sonrisa, completamente satisfecha. «Por fin», se dijo.

8

Para Candela las horas se sucedían sin apenas variaciones desde hacía una semana. Tenía prohibido salir de casa y su abuelo incluso le impidió quedar con Inés, a pesar de que la chica había intentado visitarla en más de una ocasión, pero esta vez ni Pepa se atrevió a contradecir las órdenes del señor, por mucho que las dos chicas insistieron hasta la extenuación. Candela estaba castigada, y don Emilio, terriblemente enfadado por haber forzado que la expulsaran del colegio después de la enésima falta que cometía, una expulsión totalmente consciente y buscada, como todos bien sabían.

Candela se pasaba las horas encerrada en su habitación mientras fumaba y leía un libro que la tenía completamente impresionada. Se titulaba *Nada* y era de una autora llamada Carmen Laforet. Fue publicado hacía unos años, pero ella aún no se había sumergido en su lectura y aquel parecía un buen momento para hacerlo.

Solo salía de su habitación para ver *Bonanza* con su madre, con su permiso y si don Emilio no estaba en casa, sentada en el suelo a su lado, con las piernas encogidas, como cuando era una niña, mientras comentaban los avances de la familia Cartwright o se divertían con el *Un, dos, tres… responda otra vez*, un nuevo programa que Marcela y ella no podían dejar de ver.

Don Emilio procuraba, por su parte, no cruzarse con su nieta por miedo a que su enfado se descontrolara. Había tenido una charla más bien infructuosa con Marcela cuando la misma directora del colegio le comunicó que habían expulsado a su nieta y no solo eso, sino que la expulsión había sido buscada, provocada y celebrada. No sabía cómo controlar a aquella niña testaruda, que lo tenía todo y no quería nada, que se negaba a estudiar, pero estaba seguro de que no pondría empeño en trabajar. Era muy inteligente, avispada, simpática y fuerte, pero al mismo tiempo era inconformista, rebelde, desobediente y egoísta. Le recordaba tanto a su padre en tantas cosas…

Enseguida apartó ese pensamiento de su mente; tenía prohibido pensar en él. La falta de Manuel había dejado una brecha tan grande en aquella casa que apenas se escuchaban risas, que el hecho de que la familia estaba rota parecía escrito en cada rincón del hogar o lo que quedaba de él. Emilio sabía que buena parte del comportamiento de su nieta se debía a esa ausencia y a la falta de explicaciones, a creerle muerto o vivo, a la incertidumbre.

Había pensado tantas veces en decirle la verdad… pero la mentira fue engordando a medida que la ocultaba. Se hizo más fuerte, le arrebató el sentido a la palabra y lo emponzoñó todo de silencios.

—¿Qué crees, Marcela? ¿Qué es lo mejor para la niña? —le había preguntado a su nuera, que, como siempre, permanecía sentada ante el televisor que él mismo compró en un sofá que parecía haberse convertido en una extensión de ella misma.

—Yo… no lo sé… —dijo con un hilo de voz, confusa, como si esperara que él hiciera todo, que la guiara.

—Es tu hija. No me siento conforme con tomar yo todas las decisiones —había insistido él, sin mucha esperanza.

—Si no quiere estudiar… —es lo único que Marcela había dicho antes de girar la cabeza de nuevo hacia la pantalla.

Don Emilio suspiró, rendido y completamente agotado de ser el cabeza de familia sin haberlo buscado. Aunque en algo tenía razón su nuera: Candela había dejado muy claro que no quería seguir en aquel colegio y llevarle la contraria era golpearse contra un muro firme e irrompible, así que habría que actuar en consecuencia.

Aquella noche, al regresar a casa después del trabajo en la tienda de juguetes, tocó a la puerta de la habitación de Candela y esta le dio permiso para entrar. Abuelo y nieta se retaron con la mirada en un silencio atronador lleno de incomprensión. Don Emilio se fijó en lo que estaba leyendo y para romper el hielo comentó:

—Es un gran libro.

Mientras tanto, cogió una silla del escritorio y la colocó junto a la cama donde Candela estaba sentada.

—Sí —contestó ella, aunque no añadió nada más.

No terminaba de fiarse de aquella conversación.

El silencio volvió a situarse entre ellos como un invitado más, uno incómodo pero desde luego no desconocido.

—No quieres estudiar —afirmó por fin don Emilio, y la miró esperando una confirmación.

Candela negó con la cabeza y tragó saliva a sabiendas de que se encontraba ante un momento trascendental en su vida, porque de él iba a depender su futuro, al menos el próximo.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó su abuelo mientras intentaba controlarse junto con sus expectativas, porque se había prometido

ser paciente y escucharla, tuviera lo que tuviera que decir, aunque no le gustara.

La chica se encogió de hombros, una actitud que sacaba de quicio a su abuelo. Él cogió aire para no estropear el momento con un enfado y continuó:

—Tendrás que trabajar.

Candela lo miró nerviosa, porque estaba de acuerdo pero no tenía claro qué iba a proponerle.

—Inés comienza los estudios en un par de días, así que he pensado que ella puede hacer el turno de tarde y tú podrías encargarte del turno de mañana.

A su nieta se le iluminaron los ojos. Quería decir que sí inmediatamente, pero prefirió fingir que se lo tenía que pensar para no darle esa satisfacción. Su relación siempre había sido un poco de aquella manera, un tenso tira y afloja entre dos personas demasiado orgullosas que no querían dar su brazo a torcer a pesar del cariño.

—Ganarás lo mismo que ella, ni una peseta más —le indicó él.

—De acuerdo —contestó por fin su nieta.

—Empiezas mañana a primera hora. Inés te enseñará todo lo que tienes que hacer y, mientras no empiece Magisterio, estará contigo también en ese turno.

Candela asintió con la cabeza.

—Espero que no me defraudes —le advirtió don Emilio mientras se ponía de pie y volvía a colocar la silla en el escritorio.

—Te lo prometo —sentenció Candela, con aquellos ojos brillantes que a su abuelo aún le recordaban a los de aquella niña soñadora de la que poco quedaba en la adolescente indomable frente a él.

—Y ventila un poco, que huele mucho a tabaco.

Su nieta asintió y se dirigió a la ventana para abrir inmediatamente. Don Emilio le dedicó una última mirada llena de preocupación por el futuro.

Candela, en cuanto escuchó que su abuelo cerraba la puerta y se quedaba sola en la habitación, soltó un grito mudo de alegría y bailó emocionada sobre la colcha rosa de su cama.

Así, a la mañana siguiente, Inés y Candela entraron en la tienda de juguetes cogidas de la mano, encantadas de poder pasar tiempo juntas. Tras ellas, don Emilio ponía los ojos en blanco y se preguntaba si aquello había sido una buena idea o si llegaría a arrepentirse de juntar a las dos inseparables.

—Os recuerdo que estáis aquí para trabajar —les advirtió con una media sonrisa.

Aún podía ver a Inés la primera vez que entró en la tienda de juguetes cuando solo era una niña y las muchas tardes de sábado que habían pasado allí junto a Manuel. Volvió a reprenderse por permitir que su hijo viniera a su memoria.

—Sí, por supuesto, don Emilio —se apresuró a decir Inés, algo nerviosa por si se habían excedido en su entusiasmo y dejaba de verla como una persona trabajadora.

Necesitaba el dinero y eso era más importante que la alegría por tener a Candela a su lado.

—Voy al almacén. Enseguida llegarán los pintores; abridles, por favor —les pidió el hombre.

Don Emilio desapareció en el improvisado despacho, como solía hacer cada mañana. Inés y Candela se quedaron solas en la parte

pública de la tienda y se miraron con una sonrisa.

—¿Qué hago? —le preguntó Candela, ansiosa, mientras miraba alrededor, completamente perdida.

Su amiga soltó una carcajada.

—Te pareces a mí la primera vez que vine cuando teníamos ocho años. Tenía miedo de tocar todo, de moverme por si tiraba algo…

—Es que, quitando las veces que he venido a buscarte, apenas he pisado la tienda desde que era una niña y entonces solo venía para jugar —explicó Candela.

Inés miró alrededor para buscar alguna tarea oportuna para la principiante.

—Se me ocurre que cojas los nuevos juegos de Magia Borrás y los coloques cerca de la entrada. Vienen muchísimo a por ellos y así desde fuera podrán ver que los tenemos y se animarán a pasar.

Candela obedeció y, mientras cargaba varias cajas, quiso saber, curiosa:

—¿De verdad hay una varita dentro? He visto anunciarlo en la televisión y me parece genial.

Inés asintió.

—Tú y yo no nos habríamos separado de ella cuando éramos pequeñas, ¿verdad? ¡Qué más hubiésemos querido que hacer magia! —exclamó con nostalgia y una sonrisa.

—Me dan ganas de quedarme con una ahora también —bromeó Candela al tiempo que llevaba las cajas a duras penas a donde le había indicado su amiga.

—Espera, que te ayudo —dijo una voz en la entrada.

La puerta se había abierto con su tintineo correspondiente y el chico de la otra tarde, el hijo de Rafael, el pintor, corrió hasta

Candela para prestarse a sostener las cajas que la chica llevaba.

—¿Dónde las pongo? —le preguntó sin dejar de mirarla.

Ella sonrió y clavó los ojos en sus brazos fuertes mientras señalaba una repisa junto a la puerta. El chico las dejó y preguntó, observándola casi sin pestañear:

—¿Algo más?

Candela buscaba alguna palabra ingeniosa para contestarle, pero Inés se le adelantó con su pragmatismo habitual:

—Es por allí —increpó al recién llegado al mismo tiempo que le señalaba la puerta que conducía a la escalera, que a su vez llevaba al piso superior, es decir, al trabajo que debería estar haciendo en lugar de intentar conquistar a su amiga.

Candela la reprendió con el ceño fruncido.

—Gracias —dijo el chico sin inmutarse y prácticamente ignorando a Inés, para su enfado.

—¿No viene tu padre?

La joven insistió en entrometerse en aquellas miradas, que la estaban poniendo nerviosa.

—La parte de pintar me la deja a mí —contestó él.

—Así que eres pintor… —dijo Candela mientras jugaba con su pelo rubio, ensortijándolo aún más en su propio dedo con coquetería.

—Bueno, supongo que sí.

Se encogió de hombros, enigmático.

Una mujer con una niña de unos diez años entró en la tienda en aquel momento.

—Candela, ¿puedes atender a la señora?

—Por supuesto —reaccionó por fin ella mientras se acercaba a la clienta.

Al pasar rozó, con sutileza pero llena de intención, el brazo del chico.

Inés carraspeó para que el pintor saliera de esa especie de trance en el que Candela conseguía meter a los hombres y fuera a trabajar, que era lo que debía hacer.

—Hasta luego, Candela —le dijo sin dejar de mirarla mientras se marchaba.

Ella le devolvió la sonrisa, pero, para cuando se dio cuenta de que no sabía su nombre, él ya había desaparecido en el piso superior con todos los utensilios necesarios para pintar el nuevo despacho.

—Buscábamos un Cinexin, por favor.

Don Emilio estaba sentado ante su escritorio, en la penumbra de aquella habitación que no estaba preparada para ser un despacho, sino para poco más que un cuarto de los trastos, y se preguntó exasperado cuánto tiempo tendría que trabajar en aquellas condiciones. Estaba harto, más que harto, pero todo era por un buen motivo, o al menos eso esperaba. El piso superior quedaría terminado en pocas semanas y sería luminoso, amplio y perfecto para una tienda de juguetes de su categoría. Había sido una gran inversión, eso no lo podía negar, y los ingresos se habían resentido los últimos meses, pero aun así estaba seguro de que era lo que tenía que hacer y que, con el tiempo, se recuperarían.

Inés entró después de llamar con los nudillos y depositó un bloque de cartas sobre el escritorio.

—Don Emilio, el correo.

—Gracias. ¿Qué tal Candela? —preguntó el hombre en un susurro, porque no tenía claro si la decisión había sido la correcta y no quería que le escuchara su nieta.

—Los clientes se le dan muy bien —comentó Inés—. Es una buena vendedora.

Don Emilio se mostró contento por lo que escuchaba.

—Si hay algún problema, me avisas —le dijo.

La chica asintió antes de salir y dejarle solo de nuevo.

Don Emilio revisó las cartas que habían llegado, la mayoría facturas, pero había una que esperaba con ganas, no por ser una novedad, sino precisamente por no serlo. Era un sobre marrón, escrito a mano, a su nombre y sin remitente. Pero no hacía falta que lo tuviera: él sabía perfectamente de dónde procedía y ansiaba tenerla entre sus manos tanto como el primer día. Eran las cartas de Marisa desde Bilbao.

Querido Emilio:

El mar esta tarde está teñido de un gris oscuro aterrador pero imponente, un plateado intenso que solo puede anunciar lluvia en esta orilla que hace días que no ve el sol. Me he venido hasta la playa de Somorrostro, ya sabes que siempre fue mi favorita, para escribirte esta carta tan importante para mí.

Por alguna razón que no comprendo me siento melancólica, algo solitaria, como si ahora que ya tengo sesenta y un años todo a mi alrededor se tiñera de nostalgia y de preguntas.

La casa de huéspedes va bien, como siempre. Es un barco que a estas alturas ya casi navega solo, que cada vez necesita menos de mí. Estoy cansada y delego mucho en un matrimonio de Huelva que se encarga de la cocina y de la organización. Son buena gente, sus hijos viven también en la ciudad y de alguna manera hemos creado una familia artificial que siento muy cercana cuando la real está tan lejos.

Supongo que te sorprenderá tanto derrotismo en mí, lo sé, yo que suelo ser la que más alto habla, la que sostiene… la que nunca quiso intentar cambiar de vida para darnos una oportunidad aferrada a mi negocio y a mi ciudad. Yo, esa yo, después de una eternidad, se pregunta si no habré estado equivocada y habremos perdido un tiempo precioso para ser aún más felices.

No me hagas caso del todo. Desvaríos de una mujer frente a un mar picado y triste.

Caen las primeras gotas de lluvia y debo coger el autobús de vuelta a Bilbao.

Ayer recibí noticias del pequeño. Sigue bien, en el mismo lugar, dolido por vuestra última conversación hace ya tanto tiempo, aunque creo que ha conseguido resignarse y aceptar lo que has decidido para protegerlos a todos. Os echa de menos, desde luego. Pero se niega a hablar contigo. Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero me temo que sigue anclado en tu rechazo, o al menos así lo vive él.

Te echo de menos, Emilio.

Siempre tuya,

MARISA

Emilio respiró con fuerza y retuvo la carta entre sus manos durante unos segundos. Le preocupaba Marisa, ese tono tan poco habitual en ella, esa nostalgia… Quizá debería pensar en hacer un viaje para verla en cuanto terminaran las obras. Quizá había llegado el momento de delegar y enfrentarse a una vida juntos y frente a todos. Bruno volvería definitivamente de Londres en un año o dos y Candela algo tendría que hacer con su futuro; quizá podría ayudar a su hermano. Llegada la ocasión, dejará la tienda de juguetes en sus manos. Y descansará por fin.

«El pequeño», como decía Marisa en su carta, no era otro que Manuel; así lo llamaban por si alguien pudiera leerlas y desenterrar

viejos fantasmas que Emilio estaba ofuscado en sepultar muy bajo tierra. Él también estaba enfadado, también recordaba aquella última conversación que habían tenido hacía ya un tiempo en la que le pidió que no volviera a intentar ponerse en contacto con ellos, que les dejara pasar página, que no los pusiera en peligro.

Cuando Manuel se fue, durante dos años aproximadamente, tuvieron a la policía y a aquel hombre, el Cuervo, día y noche vigilando cada uno de sus movimientos para averiguar dónde se escondía y si ellos ocultaban algo. Su hijo intentó ponerse en contacto varias veces con la familia, pero Emilio interceptó sus llamadas y las cortó inmediatamente. Estaba convencido de que escuchaban sus conversaciones telefónicas y por supuesto que miraban con lupa su correo. Se encontró varias veces cartas sospechosamente a medio abrir, sobres mal cerrados y un molesto clic cuando cogían el teléfono de casa para hacer cualquier llamada… Incluso tuvo que cambiar la cerradura del almacén porque la habían forzado y sin embargo no se había producido ningún robo. Habló con Carlos, su amigo en la DGS, pero este le aseguró que no había ninguna investigación ni sospecha sobre ellos, al menos de forma oficial; de hecho, aquel policía, Ignacio López, había sido relegado de su puesto por su mal comportamiento y por no acatar las órdenes de sus superiores y ahora ejercía su trabajo en tráfico.

Don Emilio, después de saber eso, no se quedó más tranquilo, todo lo contrario: estaba seguro de que la lucha de ese hombre por encontrar a su hijo se había convertido en algo personal y eso lo hacía aún más peligroso, porque escapaba de cualquier control. Pidió a Marisa por carta que le rogara a su hijo —con el que ella sí mantenía un contacto más abierto desde que vivía en Bayona, al

otro lado de la frontera, pero relativamente próximo a Bilbao— un número de teléfono para hablar con él.

Fijaron un día y una hora y llamó desde una cabina.

—Necesito hablar con mis hijos —se lamentó Manuel con la voz rota desde el otro lado del aparato—. Deben saber que no los he abandonado.

—Tienes que dejar de llamar. Nos vigilan; aquel policía con cara de cuervo no nos deja ni a sol ni a sombra y lo único que haces es ponernos a todos en peligro con tu insistencia.

—Son mis hijos —se quejó, totalmente desmoronado.

—Sí, y mis nietos, y los estoy intentando proteger. No vuelvas a ponerte en contacto con nosotros, al menos por un tiempo, o lo que empezaste terminará por acabar con todos.

Se escuchó un sollozo al otro lado del teléfono que rompió el corazón de don Emilio a este lado de la línea. Su voz no fue tan firme en la siguiente frase:

—Lo siento, hijo.

Y colgó, porque no sería capaz de mantenerse en pie y firme ni un segundo más.

Aún con el aparato en la mano, se apoyó en los laterales de la cabina, ignorando a un hombre que golpeaba el cristal para hacerle salir.

Después Emilio vagó como un fantasma por la ciudad, lleno de culpa, roto, solo como nunca se había sentido.

Días más tarde, Marisa le hizo llegar una última carta de Manuel en la que prometía que no volvería a ponerse en contacto, tal y como le había pedido, y que ya sabía su número de teléfono. Emilio la guardó y deseó que algún día pudieran utilizarlo sin miedo.

Por fin era la hora de cerrar. El primer día de Candela en la tienda de juguetes había llegado a su fin y había descubierto que le gustaba el trabajo, pero que desde luego no estaba acostumbrada a él.

—Me duelen los pies —se quejó sobre sus zapatos de tacón bajo, que después de todo el día parecían estar torturándola a propósito.

—Te lo dije. Tienes que venir con un zapato más adecuado.

Inés la miró mientras enseñaba sus cómodos zapatos de cordones, mucho menos a la moda pero mucho más eficientes.

—Es que son tan feos… —se lamentó.

—Vaya, gracias —contestó su amiga entre risas.

—Candela, ¿qué tal el primer día de trabajo? —preguntó don Emilio al salir del almacén mientras se colocaba la chaqueta, como hacía cada tarde.

—Muy bien, abuelo.

Candela disimuló el dolor de pies para que él no lo notara y no pudiera ponerle ni esa mínima pega.

—¿Tú qué dices, Inés? —le preguntó, no muy convencido, a la chica.

—Bien, ha ido muy bien. Ni siquiera le duelen los pies después de tantas horas de trabajo, no se ha quejado nada —le tomó el pelo a su amiga con complicidad.

Candela le sacó la lengua sin que don Emilio se diera cuenta y ambas contuvieron un ataque de risa.

—Mañana empiezas en la academia, ¿verdad, Inés?

Ella asintió, nerviosa.

—Seguro que te va estupendamente —la animó su jefe—. Vendrás por la tarde, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó la chica.

—Candela, tú tienes que estar aquí a primera hora. Puedes venir conmigo desde casa o por tu cuenta, pero no llegues tarde —le advirtió su abuelo.

—Te prometo que estaré aquí como un clavo —contestó Candela al mismo tiempo que se colocaba firme, como en el ejército.

Don Emilio reprimió una sonrisa y puso los ojos en blanco.

—¿Os encargáis vosotras de cerrar?

Las dos chicas dijeron que sí al unísono. El hombre salió de la tienda de juguetes con aspecto cansado pero tranquilo y enfiló la calle camino de su casa, como cada día, con el peso de la conciencia y de las decisiones sobre su cada vez más encorvada espalda.

—¿Ha terminado ya el pintor? —preguntó Inés mientras iba a por su fina rebeca, que había traído por si refrescaba, una costumbre que le había inculcado su madre por las tardes frías del norte y que sin embargo en Madrid muchas veces carecía de sentido.

—¡Voy a avisarle! —dijo Candela, sin darle tiempo a su amiga a llevarle la contraria.

No le importaba soportar un poco más de dolor en sus pies doloridos con tal de volver a ver a aquel chico con el que llevaba todo el día cruzando miradas desde la distancia y buscando excusas para verlo. Un vaso de agua, ir al baño, recoger algo… los dos habían jugado a ese juego de huirse y encontrarse en la misma medida.

Candela subió las escaleras, forradas de plástico para protegerlas de la suciedad de la pintura, aunque no siempre con éxito, y llegó hasta la puerta que daba acceso al que sería el nuevo despacho en la primera planta. Se encontró al chico, cuyo nombre aún no sabía, de espaldas a ella, con un mono de trabajo atado a la cintura, una

camiseta de tirantes y numerosas manchas de pintura blanca sobre su cuerpo delgado pero firme. Candela tragó saliva con los ojos clavados en su brazo fuerte mientras subía y bajaba sobre la pared. La chica carraspeó para que notara su presencia. Él se giró y sonrió.

—Candela —dijo, y su nombre nunca le había gustado tanto como cuando lo escuchó pronunciado por su voz profunda.

—Es que vamos a cerrar… —le explicó, de repente torpe, de repente tímida.

—De acuerdo. Me cambio enseguida —contestó él mientras guardaba sus herramientas en la caja que tenía detrás.

Candela tardó unos segundos en reaccionar, porque había algo en él que la obligaba a no dejar de mirarlo. Solo cuando el chico la observó con una sonrisa y las cejas levantadas a modo de interrogante, ella se dio cuenta de que esperaba a que se fuera para cambiarse.

—Ay, sí, perdón —se excusó, avergonzada, y bajó las escaleras a trompicones.

—¿Termina? —preguntó Inés de mala gana mientras miraba su reloj—. Tengo que organizar todo lo de mañana de clase…

—Márchate si quieres. Ya cierro yo.

—¿En tu primer día? —le preguntó, nada convencida.

—Bueno, girar una llave y un cartelito tampoco es que sea como para estudiar una carrera, creo yo, ¿no?

Candela fingió estar ofendida por la poca confianza.

Inés se lo pensó un segundo. Tenía claro que, si su amiga no lo hacía bien, la responsabilidad sería suya por haberla dejado sola. Pero es que realmente tenía que irse ya: la esperaban sus libros, sus

nervios, su madre, las tareas con su padre… Resopló, agobiada solo de pensarlo, y finalmente accedió.

—De acuerdo, pero no te olvides de apagar todas las luces, ¿vale? Y ten en cuenta que si dejas algo mal será a mí a quien tu abuelo…

Candela la detuvo poniéndole las manos sobre los hombros.

—Tranquila. De verdad, lo haré bien.

—¿Esto no tendrá nada que ver con cierto pintor que…? —preguntó su amiga con suspicacia.

—Anda, calla, ¡qué va! —contestó Candela intentando sonar convincente, sin mucho éxito.

Inés no se la creyó ni por un segundo, pero se dirigió a la puerta de todas formas. Antes de salir se giró para mirarla.

—Ten cuidado… Cierra todo y apaga las luces.

—Tranquila —le aseguró Candela—. ¡Y suerte mañana!

Inés sonrió contenta y cruzó los dedos antes de desaparecer por la Gran Vía a la luz del atardecer con todos sus sueños y sus miedos presos en la boca del estómago.

—Perdona, ya he terminado —le dijo el chico, vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca de manga corta, mientras bajaba las escaleras y se acercaba a ella—. ¿Te he retrasado mucho?

—No pasa nada —Candela le sonrió—, no tengo prisa. Tú puedes irte si quieres; solo tengo que cerrar.

—Te espero —dijo el chico con un acento que no conseguía identificar.

—¿De dónde eres? —le preguntó mientras recogía su bolso y se dirigía a la puerta con las llaves en la mano.

—Soy mitad italiano, mitad de aquí. Mi madre es de Nápoles, mi padre de Galicia y vivimos en Madrid desde que tengo catorce años.

Casi diez años ya…

—Todavía tienes acento —comentó Candela.

—He hablado los dos idiomas desde que era niño, pero parece que no consigo librarme del todo del italiano.

Sonrió algo avergonzado.

Candela le hizo un gesto al chico para que saliera a la calle, después giró el cartel y sacó la llave para cerrar y unirse a él en la acera abarrotada. Iba a preguntarle algo cuando la voz de Inés sonando en su cabeza la detuvo.

—¡Las luces! —exclamó.

Abrió de nuevo y entró a toda velocidad camino de los interruptores que controlaban la iluminación de la tienda y la del escaparate. Lo dejó todo apagado y, ahora sí, volvió junto al chico, que no le había quitado los ojos de encima ni un segundo.

Ya en la calle lo miró con una sonrisa en silencio mientras se encendía un cigarro y le ofrecía otro a él, que rechazó. Esperó a que el chico se decidiera a romper ese momento incómodo y la invitara a algo o simplemente la acompañara a casa para continuar con la conversación.

—Candela… —comenzó al mismo tiempo que ella decía:

—No sé tu nombre.

—David —contestó él con una sonrisa.

—Dime… —le respondió la chica.

—¿Te apetece pasear conmigo?

Candela fue a contestar que sí, pero después pensó en sus pies y puso una mueca de dolor.

—Lo siento, no puedo —le dijo con cara de pena.

David asintió, algo decepcionado.

—Es que es mi primer día y me he destrozado los pies —le enseñó las rozaduras, visibles en su piel.

—Tengo moto —propuso David como solución.

Candela sonrió mientras pensaba que no había podido darle mejor respuesta.

Inés abrió la puerta del portal con la llave. Le extrañó que su padre no apareciera en el momento en que accedió al interior, pero no le dio más importancia, sobre todo cuando se dio cuenta de que, en el inicio de las escaleras, con una pequeña maleta de cuero en la mano, estaba Bruno, que se dirigía hacia su casa.

—Hola —dijo con un hilo de voz, aún sorprendida de encontrarlo allí.

Bruno se giró y sonrió al verla.

—Hola, Inés.

Ella sintió cómo se ruborizaba ante la mirada del chico. Se había cortado el pelo y llevaba un traje azul marino que le encajaba a la perfección, pero su sonrisa y su mirada seguían igual de dulces que la última vez que lo vio hacía ya varios meses. Un poco avergonzada, agachó la cabeza para dirigirse a su casa, pero él la detuvo.

—¿Qué tal en la tienda de juguetes?

Inés se volvió hacia él algo más ansiosa de lo que le habría gustado, pero disimuló su turbación atusándose el pelo antes de contestar:

—Muy bien. Estoy muy a gusto con don Emilio, con tu abuelo. Además, ahora que empieza Candela…

—¿Candela? —exclamó Bruno, muy sorprendido—. ¿Y el colegio?

Inés temió haber metido la pata al desvelar aquella información, pero ya no había marcha atrás.

—La echaron.

—¿Qué hizo? —preguntó, suspicaz.

—Se llevó a un chico al patio y se besó con él delante de todos —contestó, azorada.

Bruno soltó al escucharlo una carcajada que acabó por contagiar a la propia Inés, que se rio con cierta timidez, pero cómplice.

—Mi hermana es única.

Inés asintió, divertida. Pero, justo cuando iba a añadir algo, apareció José en la puerta del apartamento con el rostro demudado.

—Hija, me ha parecido escucharte. Ven, tu madre no está bien.

Inés cambió el gesto y entró en casa, preocupada. Bruno no fue capaz de marcharse; siguió a José y a su vecina hasta el interior de la vivienda para ver qué ocurría y si podía ayudarlos de alguna manera.

Isabel estaba tumbada en el sofá, con la piel más pálida que Inés le había visto nunca y los ojos cerrados.

—Mamá, ¿qué te ocurre?

Se arrodilló delante de ella.

—Estoy mareada. No me encuentro bien —contestó su madre con un hilo de voz.

—Se acabó. Vamos al hospital.

Su hija tomó las riendas al tiempo que se levantaba.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo José mientras cogía el teléfono que habían instalado en su casa hacía poco tiempo.

—Ya los llevo yo —intervino Bruno con decisión—. Tengo el coche en el garaje, llegaremos antes. Espérenme en la puerta, que voy a buscarlo.

El chico desapareció inmediatamente, sin dar opción a que le llevaran la contraria. Entre Inés y José levantaron a Isabel y poco a poco la condujeron hasta la entrada, donde en pocos minutos llegó Bruno con su Alfa Romeo de color plateado oscuro. José se situó a su lado e Inés recostó a su madre sobre su regazo en la parte de atrás. Levantó la mirada y se encontró con los ojos cómplices de Bruno, que la observaban preocupados a través del retrovisor. Esbozó una leve sonrisa con la intención de tranquilizarla e Inés sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Bruno puso el coche en marcha y salieron a la noche de Madrid camino del Hospital Clínico San Carlos, el más cercano.

Candela viajaba abrazada a David por las calles de la ciudad en aquella moto, que le recordaba a la de *Vacaciones en Roma*. Ella era una Audrey Hepburn rubia deseosa de enamorarse y de vivir aventuras, como en la película. Sentada de costado tras él, apoyó la cabeza en la espalda del chico y sintió su respiración entremezclada con el ruido del motor. Nunca había experimentado un deseo tan fuerte, tan físico, y al mismo tiempo la necesidad de saberlo todo de él, de escuchar aquella voz pronunciando su nombre día tras día. Normalmente era ella la deseada y, sin embargo, esta vez se sentía al otro lado, como una admiradora ansiosa por una sonrisa, un gesto o cualquier migaja que él pudiera darle. Sintió un vértigo infinito.

Habían estado sentados en el parque del Retiro mientras tomaban un helado y hablaban sin parar de absolutamente todo. Le había contado que su padre trabajó mucho tiempo en el puerto de Nápoles. Era de origen gallego y en cuanto vio una oportunidad se marchó a ese país extranjero a ver un poco de mundo y ganarse la vida. Así conoció a su madre. Se enamoraron y se casaron. Su trabajo en el puerto llegaba a su fin y para salir adelante se puso a trabajar en la empresa de la familia de su madre, de construcción, donde lo aprendió todo. Pero siempre quiso volver a su país y cuando la empresa familiar empezó a hacer agua decidieron venirse para Madrid a empezar de cero y trabajar en cualquier cosa relacionada con la obra.

—¿Echas de menos Nápoles? —le había preguntado Candela mientras jugaba con la hierba entre los dedos y tumbada sobre ella sentía el alivio que su frescor le daba a sus piernas.

El chico se encogió de hombros.

—Al principio sí. Con catorce años no es sencillo empezar a trabajar con tu padre, dejar los estudios y ver que tu vida es completamente distinta a la que te habías imaginado.

Candela miró al chico, que, tumbado también sobre la hierba, con los brazos bajo la cabeza, había cerrado los ojos, sumergido en esos sueños abandonados.

—¿Qué te habría gustado hacer?

David se incorporó un poco para apoyarse sobre el codo derecho y mirarla con los ojos muy brillantes.

—Me encantaría montar un restaurante. Bueno, una pizzería. La mejor pizza es la napolitana.

Candela abrió mucho los ojos, sorprendida. Sabía que había abierto algún local de pizza italiana por la ciudad, pero ella jamás había probado una.

—Nunca he comido pizza —dijo, intentando imitar el acento del chico, lo que provocó que él se riera con ternura.

—A eso le tenemos que poner remedio. Un día te llevo a casa y te hago una pizza *margherita* que te vas a chupar los dedos.

Ahora, subida en aquella moto y casi en el portal de la calle Cardenal Cisneros, soñaba con esos sabores, con ese olor a orégano que él le había relatado y sobre todo con la necesidad que tenía de volver a verlo y sentir aquel cuerpo unido a su piel.

David aparcó la moto justo delante de la entrada y Candela descendió con agilidad. Ambos se miraron en el bochorno de aquella noche con una sonrisa apurada.

—Te veo mañana en la tienda —le dijo ella.

Él asintió. Miró sus labios, sus ojos, y Candela estuvo segura de que iba a acercarse y la iba a besar, pero algo lo detuvo en el último momento. Un pensamiento que nubló su mente le hizo agachar la mirada y meter las manos en los bolsillos.

—Hasta mañana, Candela —se limitó a despedirse con ese acento que la envolvía.

Ella sonrió y observó cómo se subía a la moto y desaparecía en el tráfico de la ciudad. Contaba las horas para volver al trabajo.

Bruno, en la sala de espera, observaba a Inés, sentada junto a su padre, cabizbajos, preocupados. Hacía una hora que se habían llevado a Isabel para hacerle pruebas y aún no sabían nada. El chico

no había sido capaz de marcharse y dejarlos solos. Algo le unía allí, a aquella situación. Quizá fueran los ojos negros de Inés y ese halo de lágrimas que estaba a punto de asomarse a ellos cada vez que lo miraba. No era solo sentido de la responsabilidad; es que era incapaz de imaginársela derrumbándose en aquella sala, llena de miedos e incertidumbre, sin ser él quien la sujetara.

Hacía muchos meses que no la había visto y de repente, a sus dieciocho años, había cambiado. Su cuerpo se vislumbraba perfecto bajo esa ropa anodina que se empeñaba en llevar. Su pelo largo y brillante parecía tan sedoso que solo podía pensar en hundir el rostro en él y respirarlo.

Pero era solo una niña, se dijo, y él tenía otros planes: tenía a Pilar y todo estaba hablado. Era su futuro y, aunque no sintiera una pasión desbordada por ella, la quería y estaba convencido de que era la adecuada. Además, estudiaba en Londres y toda su familia vivía en la ciudad por los negocios de su padre. Bruno estaba completamente integrado en ella. Era como debía ser. Y, sin embargo, allí estaba, de madrugada, sin poder moverse de la pared sobre la que se apoyaba, agotado después del viaje, y sin dejar de mirar a su vecina, a la mejor amiga de su hermana, a Inés, apenas una cría, pero que lo dejaba sin aliento.

Inés se levantó de la silla junto a José y se acercó a él como si la hubiese llamado su propio pensamiento.

—Gracias por quedarte todo este tiempo y por traernos, pero, de verdad, acabas de llegar y tienes que estar muy cansado del viaje y… —empezó a decir, agobiada por tenerlo allí.

—No voy a marcharme hasta que os digan algo —insistió Bruno en un susurro.

—Pero…

El chico levantó las cejas para hacerle entender que no continuara con las disculpas porque no pensaba moverse de su lado. Inés estaba dispuesta a protestar cuando una enfermera entró en la estancia y preguntó por los familiares de Isabel, la señora de José Herrera. José e Inés se acercaron a ella con la respiración contenida y esta les sonrió.

—La paciente está bien. Le hemos hecho muchas pruebas y sufre una fuerte anemia ferropénica, algo muy común en su estado.

Padre e hija se miraron sorprendidos.

—¿Su estado? —se atrevió a preguntar ella, temiéndose lo peor.

—Su embarazo. Está de algo más de tres meses —les dijo la enfermera, extrañada porque no lo supieran.

José no fue capaz de reaccionar. Tenía cuarenta y cuatro años, e Isabel, dos menos que él; en ninguna de sus cábalas entraba la posibilidad de que su mujer fuera a tener un hijo a esas alturas, ni siquiera creía que aún pudiera.

—¿Podemos verla? —preguntó Inés, ansiosa.

—Sí, pero de uno en uno. Esta noche se quedará en observación y mañana le daremos el alta.

—Ve tú —le dijo Inés con una gran sonrisa a su padre, que aún no era capaz de reaccionar—. Querrá verte después de la noticia.

La enfermera los apremió y apenas pudieron añadir nada más para despedirse. José desapareció tras ella y dejó sola a la chica, que se volvió ante un divertido Bruno.

—Vas a tener un hermanito o hermanita —comentó él con una sonrisa un poco burlona.

Inés no pudo evitar comenzar a reírse con ganas y con lágrimas en los ojos, de alivio, de alegría y de extrañeza. Bruno lo hizo con ella.

9

Inés abrió el libro *Psicología infantil* por donde indicaba la profesora y sintió un hormigueo en el estómago, una explosiva mezcla de emoción, inseguridad e incertidumbre. Le resultaba increíble estar allí, ser una de las alumnas de la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado María Díaz Jiménez, estudiar y algún día poder llamarse a sí misma profesora, como su abuelo, su *aitite,* y sobre todo ver los ojos llenos de orgullo de su madre.

La profesora comenzó a establecer las normas de los exámenes y las fechas de estos y se dio cuenta de que la compañera a su lado, una chica menuda y de pelo endiabladamente rizado sujeto en un alto moño, sacaba su cuaderno y se disponía a escribir. Inés hizo lo mismo con tan mala suerte que la punta de su lápiz se quebró cuando llevaba solo dos líneas. No tuvo ni que pedirlo en alto, la chica cogió otro lapicero de su estuche y se lo tendió acompañado de una sonrisa.

—Gracias —le dijo Inés.

—De nada. Soy Carmen —susurró a su vez su compañera con un leve acento andaluz.

—Inés —contestó ella.

Las dos asintieron más relajadas al haber encontrado algo de complicidad entre tanta gente desconocida.

Aquella mañana, Bruno ayudaba a su hermana a colocar el Scalextric en la tienda de juguetes tal y como lo tenían en la juguetería en la que él trabajaba en Londres.

—Es uno de los artículos que más se vende —les había dicho a su hermana y a su abuelo minutos antes con total seguridad ante la cara incrédula de ambos.

—¿Esto? Si solo da vueltas y lleva en venta mucho tiempo… —respondió extrañada Candela con el ceño fruncido.

Bruno puso los ojos en blanco como si su hermana no entendiera nada y se dirigió solo a su abuelo, que al final era quien tomaba las decisiones de la tienda.

—Sí, pero esta es una versión mucho mejor que la de antes. Hacedme caso, no se pararán de vender. Abuelo, por favor, confía en mí.

Tras unos segundos de duda, don Emilio asintió convencido. Al fin y al cabo, su intención era poco a poco delegar la gestión del negocio en sus nietos, tendría que empezar por darles confianza en los pequeños detalles.

—Hazlo. Puedes despejar aquella zona de allí —dijo, y señaló una esquina junto al escaparate—. Colocad uno abierto de muestra y las cajas sin abrir al lado.

Los dos asintieron como dos niños obedientes. Don Emilio subió a comprobar los avances de la obra en el nuevo piso. Los hermanos sacaron un Scalextric de la caja para montar las carreteras donde les había indicado su abuelo.

Mientras lo hacían, Candela se dio cuenta de que su hermano estaba agotado y bostezaba a cada rato.

—Oye, contente un poco —le dijo frunciendo el ceño—, ¿tan aburridos somos ahora para el señorito desde que vive en Londres?

—¡Qué dices, tonta! Es que apenas he dormido…

—¡Ya me ha contado Inés esta mañana antes de ir a clase! ¡Qué sorpresa! —exclamó Candela con una sonrisa—. Fuiste muy amable al quedarte con ella y traerla de nuevo a casa.

—Bueno, no fue para tanto, justo estaba allí cuando ocurrió y no podía dejarles…

Bruno recordó el trayecto de vuelta con Inés en el coche, los dos solos a altas horas de la madrugada, cuando la ciudad y el espacio entre ellos era silencioso, tranquilo, todo lo contrario a la manera en la que antes habían ido hasta el hospital. José se había quedado con su mujer, pero Inés no podía hacerlo, únicamente estaba permitido que un acompañante permaneciera junto a Isabel y, además, empezaba las clases al día siguiente.

—¿Estás nerviosa? —le había preguntado Bruno mientras caminaban desde el garaje hasta el portal, apenas unos metros que recorrieron a ritmo lento, como si necesitaran aferrarse a la noche, a la soledad y a los segundos que les quedaran juntos.

—Emocionada… Aunque, claro, a ti todo esto te parecerá una tontería viviendo en Londres —le contestó nerviosa mientras abría la puerta del edificio con la llave.

—No me parece ninguna tontería —le aseguró él muy serio—, Londres es una ciudad increíble, pero Madrid también lo es y considero que es muy importante perseguir los sueños y que estudies lo que te gusta.

Los dos accedieron al interior y la puerta se cerró a sus espaldas. Se sumieron en una oscuridad que solo dibujaba sus rostros de gris

en la penumbra con la poca luz que entraba por el cristal. Se habían situado muy cerca, en un silencio agitado por sus propias respiraciones. Inés levantó la mirada y la clavó en él, se humedeció los labios con la lengua en un gesto inconsciente que Bruno no podía dejar de observar.

—Inés, yo… —comenzó a hablar el chico sin saber qué quería decir, solo por tratar de llenar el vacío de besos con algo más sencillo, con susurros, con lo que fuera menos soportar las ganas que tenía de abrazarla por la cintura y atraerla hacia él.

Ella no era capaz de decir nada, ni una sola palabra, y sentía su pecho respirar entrecortadamente, al ritmo de la mirada de Bruno.

Pero un coche que circulaba por la calle en aquel momento iluminó el interior desde la puerta acristalada y rompió el hechizo.

—Me alegro de que tu madre esté bien —le dijo Bruno mientras se dirigía confuso hacia las escaleras.

—Igual dejas de alegrarte cuando solo se escuchen los lloros de un bebé y no nos deje dormir a ninguno —bromeó Inés, ya en la puerta de su apartamento.

Bruno sonrió, pero pensó que estaría en Londres y no podría escucharlos, y por primera vez la idea de permanecer lejos de su familia imperfecta, de su ciudad conocida, de ella, no le pareció tan ilusionante.

Inés esbozó una sonrisa tímida también y lo imaginó tan lejos de su futuro que una sombra cruzó su mirada y se puso repentinamente seria.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La tristeza colmó el silencio cuando las puertas de ambas casas se cerraron.

—¿Qué tal te ha ido la primera clase? —preguntó Isabel en cuanto vio entrar por la puerta a su hija.

Le habían dado el alta, y con la medicación que le recetaron, y que ya había comenzado a tomar, se sentía mucho mejor. Aunque debía confesar que aún seguía muy conmocionada por la noticia. Un hijo; ella, ahora, que ya creía que se le había retirado la menstruación definitivamente y que, por eso, en ningún momento se le había pasado por la cabeza que aquel malestar, aquella debilidad, pudiera esconder la llegada de un nuevo miembro a la familia. Con Inés no le había ocurrido nada parecido. Cuando estuvo embarazada de su primera y única hija, había hecho vida completamente normal, incluso coincidió con la mudanza a Madrid y en ningún momento sintió nada preocupante.

Inés entró con una sonrisa y abrazó a su madre, que la esperaba para comer sentada a la mesa.

—Ha ido muy bien— dijo emocionada mientras se colocaba a su lado y le estrechaba las manos—, he conocido a una chica que se llama Carmen y las asignaturas me han encantado, aunque tendré que trabajar duro…

—Bueno, no te preocupes, tu padre y yo te apoyamos, ya lo sabes. —Le acarició el pelo con ternura—. Ayer Bruno fue muy amable… —comentó, y miró a su hija con cierta preocupación, porque había intuido miradas y descubierto algún gesto sutil que se alejaba mucho del tipo de relación que debían mantener.

Inés se irguió en su asiento algo turbada, pero disimuló con un leve gesto de asentimiento y cambió de tema. Llevó su mano al abdomen de su madre y le sonrió.

—¿Cómo te encuentras? ¡Aún me parece increíble! ¡Voy a tener un hermano o hermana!

Isabel no pudo evitar que se le escapara una sonrisa nerviosa.

—Tu padre todavía no es capaz ni de hablar —dijo divertida—. Yo que creía que ya no podía…

Inés asintió con cierto pudor porque no era habitual hablar de nada relacionado con la menstruación, ni del sexo, ni de muchos otros temas, abiertamente, incluso entre madre e hija, incluso entre Isabel y ella.

—Pero ¿tú estás contenta? —le preguntó preocupada por si aquella noticia hubiese supuesto para su madre algo negativo.

Isabel le devolvió la mirada humedecida y una sonrisa inmensa.

—Mucho, hija.

Inés la abrazó de nuevo.

—Va a ser el niño o la niña más mimado o mimada del mundo.

Ambas rieron, cómplices.

—¡Te voy a ganar!

—Ni lo sueñes.

Candela y Bruno habían aprovechado que la tienda estaba cerrada a mediodía para coger unos bocadillos de jamón en un bar cercano y jugar al Scalextric, un juego que había despertado su forma de tratarse como hermanos en la niñez. Con su mando aferrado entre

los dedos, cada uno arengaba al coche que había elegido para que hiciera el recorrido de las carreteras aún más rápido.

—¡Nooo! —exclamó Candela cuando el suyo descarriló, y tuvo que volver a ponerlo en los raíles con el consiguiente tiempo perdido con relación a su hermano.

—¡Voy a ganar! —gritaba Bruno como un niño pequeño.

Inés entró en aquel momento en la juguetería dispuesta a comenzar su turno de tarde y se quedó con la boca abierta al ver a los dos hermanos chinchándose como niños delante de aquel juego. Ellos no se habían dado cuenta y se empujaban el uno al otro entre quejas y acusaciones de hacer trampas. La recién llegada los observaba ahogando la risa.

Don Emilio entró también en aquel momento y sonrió al verlos de espaldas totalmente enfrascados en el juego. Le recordó a tantas veces cuando eran pequeños y peleaban en mitad del salón por ver quién ganaba a las canicas o quién conseguía más puntos en las cartas. Hubiese permanecido horas simplemente observándolos, sumergido en el pasado por un momento. Pero era hora de abrir. Carraspeó con fuerza para llamar su atención.

Bruno y Candela, que habían comenzado a tirarse trocitos de pan para distraer al contrincante mientras jugaban, se quedaron sorprendidos y se levantaron inmediatamente como si fueran dos niños pillados en falta. Inés intentaba aguantar la risa, pero era prácticamente imposible.

—A trabajar, niños… —les dijo don Emilio con sorna mientras se dirigía al despacho.

—Sí, abuelo —contestaron al unísono.

Cuando el hombre desapareció en el almacén, Inés se acercó a ellos con una sonrisa de burla.

—¿Quién ha ganado?

—¡Yo! —dijeron los dos a la vez.

Justo en ese momento llegó David a la tienda. Aquella mañana no había ido al trabajo, había llamado por teléfono para avisar de su falta con la excusa de que se encontraba enfermo, pero acudiría aquella misma tarde. Pasó por delante de ellos sin dirigirles la mirada, apenas un leve saludo con la cabeza, que sorprendió a Candela por la frialdad, y se encaminó directamente hacia el piso superior. Ni Bruno ni Inés le dieron la más mínima importancia, pero Candela no dejó de pensar en ello en toda la tarde.

El resto de la jornada transcurrió tranquila a pesar de la cantidad de niños, y no tan niños, que se habían acercado al interior del local porque se había corrido la voz de que había un Scalextric y que, además, dejaban probarlo. Bruno tuvo que erigirse en guardia de seguridad improvisado para que cada recién llegado solo lo utilizara unos segundos antes de permitírselo al siguiente y ningún listillo lo monopolizara, sobre todo si no iban a comprarlo.

—Ha sido un exitazo —exclamó Inés cuando dio la vuelta al cartel de ABIERTO al final de la jornada.

—En Londres también es uno de los juguetes que más se vende —dijo suspirando Bruno, cansado de tanto jaleo.

—Venga, podéis iros, ya me encargo yo de cerrar —les dijo Candela con su mejor sonrisa, por las ganas que tenía de que se fueran y de subir y ver qué le ocurría a David.

—Tranquila, ya me quedo yo hoy —se ofreció Inés.

Pero su amiga se negó en rotundo.

—Ni hablar, que tú mañana tienes clases y quiero que te vaya muy bien. Bruno, ayúdame con ella, que seguro que a ti te hace caso, y llévatela a casa, que además tiene que cuidar de su madre y su futura hermanita, que por cierto estoy segura de que será chica —dijo mientras le guiñaba un ojo a Inés.

Tanto Bruno como su amiga se miraron azorados por el comentario, pero disimularon.

—Vale, vale —respondió Inés, rindiéndose. Tenía ganas de estar con sus padres, así que el entusiasmo de Candela, desde luego, era su oportunidad de llegar pronto a casa y echar una mano.

Don Emilio salió del despacho en aquel momento y se dirigió a la entrada junto a Bruno e Inés. Se despidieron de Candela y salieron a la calle, al atardecer luminoso de Madrid.

—Tengo que ir al estanco a por unos sellos —se disculpó don Emilio para despedirse, y después descendió la Gran Vía sin mirar atrás.

Cuando se quedaron solos, Bruno preguntó a Inés:

—¿Vas para casa?

Ella asintió.

—Yo también —le dijo, y emprendieron el camino por la calle abarrotada.

Candela apagó las luces y esta vez cerró la puerta con llave desde dentro. David aún no había bajado e intuía que la estaba esperando. Con la tienda en silencio y el ligero murmullo del gentío en la acera

al otro lado del cristal, subió las escaleras despacio, nerviosa, acompañada del latir de su propio corazón ansioso.

Llegó a la habitación diáfana y cubierta de periódicos, con ese olor penetrante a pintura que la mareaba ligeramente al mismo tiempo que le encantaba. No se había equivocado. David la esperaba, quieto, en mitad del cuarto, los ojos clavados en ella, la respiración igual de agitada que la de Candela y una leve sonrisa en la comisura de los labios. No hubo palabras, con apenas un pestañeo entendieron todo. David caminó hacia ella con decisión y Candela se acercó con pasos algo más tímidos pero firmes. Primero, quietos el uno frente al otro. El deseo hablaba a su alrededor y se colaba en las yemas de sus dedos indecisos. Tras unos segundos de incertidumbre, se abrazaron. Después sus labios se buscaron con ansiedad, con destreza, pero con precipitación en un beso intenso y desagarrado, tan lleno de avidez que les dejó sin aliento.

—Mañana vuelvo a Londres —le anunció Bruno a Inés en la puerta del apartamento del bajo.

—Buen viaje —susurró ella con una visible veta de pena cubriéndole la mirada.

Habían caminado hasta allí mientras charlaban sobre la vida de Bruno en Inglaterra, sobre cuánto le gustaba pasear por la ciudad, los pubs, la música…

—Una vez vi a Paul McCartney por la calle —dijo con emoción como buen seguidor del grupo, ya separado.

—Increíble —exclamó Inés, sin confesarle que ella era mucho más de Nino Bravo que de los Beatles.

Aquel paseo, aquella conversación junto a Bruno, por breve que se le hubiera hecho, le había parecido perfecta. Hasta que él dijo que se marchaba al día siguiente y todo se tiñó de gris. Ni siquiera sabía cuándo volvería a verle, porque el chico solía estar temporadas muy largas sin pisar Madrid.

Inés y Bruno, en el portal, se miraron intensamente, con cierta tristeza, como si entre los dos hubiera algo indefinido que los separaba y los unía al mismo tiempo. Estaba Pilar, aunque Inés no supiera nada de ella, estaba la diferencia de clases, estaba la distancia… Había tantas cosas en su contra que aquello no parecía tener ningún sentido. Y sin embargo Bruno levantó su mano y acarició el rostro de Inés con ternura, casi con culpabilidad. Ella lo miró a los ojos mientras se preguntaba qué significaba aquello, qué podía hacer, si debía irse, si se atrevería a cogerla de la mano… Él se inclinó, fue a besarla, lo tenía decidido, pero Inés cerró los ojos y aquel acto de entrega le devolvió a la realidad, a su mentira, a todo lo que no podía ser. La besó en la frente en un inesperado gesto lleno de ternura, pero también de dolor. Después no miró atrás, subió las escaleras hacia su casa y se encerró dentro, como un cobarde.

Inés abrió la puerta del bajo con mano temblorosa. Estaba confusa. Saludó a sus padres con prisa y se metió en el baño con la sensación de haber hecho algo mal, de no ser suficiente, un instinto de fracaso. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, decepcionada y sola.

—¿Cómo te lo has hecho? —preguntó Candela sentada en el suelo mientras acariciaba el pómulo inflamado de David.

A punto habían estado de transformar aquel primer beso en puro sexo, en cuerpos, en deseo irrefrenable, pero ambos se habían detenido en el último momento con miedo a quemarlo todo en el primer acercamiento.

—Así no —le había susurrado él mientras ella asentía, dándole la razón.

Con mucho esfuerzo habían logrado contenerse y ahora estaban sentados, abrazados con las piernas y los brazos, enfrascados el uno en el otro y en su conversación.

—Esta mañana le he dicho a mi padre que no voy a trabajar más con él —le confesó el chico.

—¿Eso te lo ha hecho tu padre? —preguntó Candela sorprendida.

Primero pensó que Manuel nunca le habría levantado la mano, para al minuto siguiente confesarse a sí misma que tampoco era mucho mejor haberles abandonado sin darles ningún tipo de explicación y no aparecer en diez años.

David asintió, un poco incómodo.

—No le ha gustado mucho la idea —susurró con una leve sonrisa.

—No es justo… ¿Por qué simplemente no hace cada uno lo que quiere hacer?

El chico se encogió de hombros.

—Pero no me importa. —Frunció el ceño—. Lo tengo decidido, si hace falta me iré de Madrid, donde sea, haré lo que haga falta para conseguir lo que quiero, pero te aseguro que yo no pinto una sola pared más.

—Me iré contigo —le dijo Candela con una sonrisa—, siempre he querido ir a Londres, podríamos ir allí. Mi hermano trabaja en otra juguetería, pero, claro, soy una chica y, como tal, tengo que quedarme cerca de mi familia, al parecer para siempre. —Resopló con hastío—. Así que qué más da, me escaparé y me iré contigo.

David la besó sin creerla, pero encandilado por su amplia sonrisa.

—Lo digo en serio —insistió ella—, montaremos ese local y me enseñarás a hacer pizza.

Él la abrazó con fuerza aún con la sensación de que ese sueño era una quimera y que Candela nunca había tenido que enfrentarse a la realidad más allá del abrazo de su familia. Aún era una niña, a pesar de tener solo tres, casi cuatro, años menos que él, pero no le importaba, él cuidaría de ella.

Don Emilio se detuvo delante del buzón con la carta que había escrito antes de salir en la mano. Sentía que esa no era una más, que a pesar de llevar el mismo sobre, la misma letra y el mismo destinatario, esa carta cambiaría su futuro y el de Marisa para siempre. Sonrió.

> Querida Marisa:
>
> Hagámoslo. Contémoslo. ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no ya?
>
> Al pequeño dile que solo intento proteger a su familia, a la mía, a la que me dejó cuando tomó sus propias decisiones, que nadie le obligó a tomar. Le quiero con toda mi alma, pero no lo voy a perder todo por él. Ojalá algún día pueda volver a Madrid, pero mientras las cosas sigan de esta manera es mejor que todo se quede como está.
>
> Espero tu carta con ansiedad.
>
> Siempre tuyo.

Suspiró y dejó que la carta se deslizara en el interior del buzón comenzando el camino hacia su destino. Se sintió liberado, sin rastro de incertidumbre, con la seguridad de que aquel era el futuro que quería, el que se merecían los dos y que ya no les daba miedo. Iba a ser posible, estaba seguro.

Enfiló la calle de vuelta a casa con una sonrisa y un peso menos sobre los hombros.

Inés continuó con sus clases, con su recién estrenada amistad con Carmen y con esa sensación de que un nuevo mundo se abría ante ella. La despedida de Bruno le había dejado un sabor agridulce. Por una parte, sentía que entre ellos eran reales aquellas miradas, aquella atracción que les hacía buscarse, verse de verdad, pero, por otra, que él no estaba dispuesto a dar un paso al frente, que había algo que lo retenía. O quizá se lo estuviera inventando todo, pensaba a veces Inés con tristeza.

Para no seguir dándole vueltas a algo que no tenía ningún sentido, se enfrascó en la rutina, en las clases, en estudiar, en trabajar y ayudar a su padre y, sobre todo, en disfrutar de la ilusión que había invadido la casa desde que su madre estaba embarazada.

Aquel mediodía de principios de octubre, cuando entró en el apartamento, escuchó ruidos extraños. Se acercó al dormitorio y encontró a su madre subida en una silla mientras sacaba cajas de lo más alto del armario.

—Pero ¡mamá!, ¿qué haces?! ¡No puedes subirte ahí y menos estando sola!

Inés le tendió la mano y ayudó a Isabel a bajar de donde se encontraba. Después cogió ella misma las cajas que su madre se empeñaba en sacar y las colocó sobre la cama. Las abrieron con cuidado mientras Isabel le explicaba:

—En ellas está guardada la ropa de cuando eras pequeña, algunos juguetes, recuerdos que no quería olvidar y que quizá algún día podría utilizar tu propia hija —le dijo con los ojos llenos de ilusión.

En el interior había chaquetitas y pantalones de punto, peleles y algún vestidito que Inés ni siquiera recordaba haber llevado, pero que para Isabel parecían ser muy importantes. También algún cuento de cuando era pequeña, de los pocos que había tenido que considerara suyos, pero lo que la sobrecogió fue aquella Mariquita Pérez medio rota que le traía recuerdos tan contradictorios.

—Durante muchísimo tiempo no te separaste de ella —le dijo su madre con ternura al verla fijarse en la muñeca.

Inés la cogió entre las manos. Tenía alguna mancha de humedad por el desuso, pero el tacto de su fría cara frente al calor de las yemas de sus propios dedos le transportó directamente a aquellos momentos, y sobre todo al Cuervo, aquel odioso hombre que la manipuló a su antojo. Recordaba haberse despertado muchas noches gritando después de que el policía le destrozara la muñeca y la pegara, pesadillas de las que, aunque su madre le preguntara una y otra vez, ella ni siquiera podía hablar. Solo el paso del tiempo consiguió disipar aquel miedo con el que caminaba por la calle, que le hacía girarse por si lo veía en cada esquina y no sentirse nunca

segura del todo, además de haberla convertido en una traidora ante su amiga por lo que hizo, y por su silencio.

—¿Estás bien, hija? —le preguntó Isabel al ver que su rostro se había ensombrecido por completo.

—Sí. —Inés fingió una sonrisa—. Prepararé la comida, que tengo que marchar a la juguetería.

—Claro, voy —le dijo su madre mientras guardaba las cosas, pero ella la detuvo.

—Ya me encargo yo.

Necesitaba salir de la habitación y de los recuerdos, borrar aquella muñeca de su mente, desechar el sentimiento de culpa que le provocaba.

Ignacio López apagó el cigarrillo en el suelo con la suela de su zapato, con rabia, mientras observaba la tienda de juguetes desde la acera de enfrente. Se había prohibido a sí mismo ir allí muchas veces, porque por culpa de esa tienda y de Manuel González de la Fuente lo había perdido todo y ahora se limitaba a poner multas de tráfico. Ya no había palmaditas en la espalda ni felicitaciones, su sueldo había menguado considerablemente y se había visto obligado a compartir su antiguo piso con otro policía con el que apenas cruzaba cuatro palabras en todo el día. Aún podía recordar la mirada de su jefe, que le vendió su nueva situación como una forma de descansar, de escapar del estrés… para terminar por confesarle que la orden había venido de arriba. Y él sabía que había sido Carlos, como cuando protegió a aquel rojo al ser detenido. Todo hubiese sido muy distinto si el chivatazo de aquella niña, correcto por otra

parte, hubiese salido bien, si él hubiera detenido a Melchor cuando lo tuvo tan cerca. Pero se le escapó, y con él toda posibilidad de ascender y de llevar la vida con la que siempre había soñado.

Esa tienda, ese negocio cada vez más próspero y esa familia que sabía, pero callaba, eran su talón de Aquiles, su máxima frustración, su agujero negro en el que voluntariamente se sumergía cada cierto tiempo para castigarse, para recordarse que algún día llegaría su oportunidad, que algún día sería su turno y se vengaría de todos ellos.

10

El mes de octubre estaba a punto de llegar a su fin. Ya no quedaba rastro alguno del verano en una ciudad que se preparaba para la llegada de los meses más fríos. El trabajo de David en la tienda de juguetes también terminaba y Candela y él veían ese final como un punto de inflexión en la que se había convertido en una relación clandestina y apasionada. Cuando la excusa del chico para estar en la tienda no existiera, no habría forma de justificar su presencia allí, no podría verle cada día, y deberían asumir que tendrían que buscarse para estar juntos.

—Pero no es justo que aceptes otro trabajo de pintor solo por mí, yo quiero que sigas tu sueño, que pelees por lo que quieres… —se quejaba Candela.

Era su última noche. El piso superior de la tienda estaba terminado, a la mañana siguiente colocarían los muebles y la pareja se habría quedado sin excusas y sin refugio para sus encuentros. David, hasta hacía muy poco, hasta aquel beso que lo cambió todo, tenía planeado marcharse y dejar de trabajar junto a su padre, tal y como le había dicho en su última discusión. Quería buscarse otra forma de ganarse la vida y no aquella que odiaba, incluso tenía una oferta de un amigo en el Mediterráneo para un bar en Benidorm. Pero la iba a rechazar, no quería separarse de Candela, nunca había

sentido nada parecido por ninguna otra chica y no estaba dispuesto a alejarse de ella cuando todo acababa de empezar. Lo tenía decidido, se quedaría allí, junto a su padre, agacharía la cabeza y aceptaría lo que le mandara, aunque supusiera haber perdido esta batalla, al menos hasta que Candela estuviera preparada para marcharse con él.

—No pasa nada —le aseguró el chico con una sonrisa mientras le acariciaba el rostro—, he trabajado desde los catorce años en algo que no me gusta, puedo esperar un poco más. Algún día lo lograremos, los dos juntos.

Candela lo besó con ternura mientras en su mente se dibujaba la perspectiva de un futuro al lado de ese chico que la volvía loca. Pero siempre que intentaba imaginarse a sí misma en ese sueño que él le había contado, en ese restaurante que planeaban juntos, la imagen de Londres, de una gran ciudad, de una juventud que ella creía que aún debía exprimir, aparecía como un flash y sembraba de dudas sus noches, algo que jamás le confesaría a David. Lo quería, sí, soñaba con irse con él a cualquier parte, sí, pero no estaba segura de que su futuro, el que ella planeaba para sí misma, estuviera conectado con el que él podía ofrecerle. Y se odiaba por ello, porque al final se sentía como su madre, centrada en un estilo de vida anticuado y poco valiente, pero del que no conseguía desligarse.

Aquella última noche se sentaron sobre las mantas que habían traído ahora que ya empezaba a hacer frío en la ciudad. Llenaron el despacho de velas para no tener que encender ninguna luz y crear un ambiente más cercano. Candela sabía que había llegado el momento, que les costaría volver a encontrarse en soledad y que lo deseaba con todas sus fuerzas, necesitaba dejar de contenerse,

porque además ella no era así, solo lo había hecho porque él se lo había pedido.

Mientras ella se perdía en cavilaciones sobre lo que aquella noche podía ocurrir por fin, David sacó de una bolsa de tela que traía un paquete envuelto bajo la atenta y curiosa mirada de la chica.

—Te prometí que un día te haría la pizza más famosa de mi ciudad —le dijo mientras sacaba dos trozos y le entregaba uno con ilusión —. Está fría, esa es la pena, pero al menos la puedes probar.

Ella le dio el primer bocado y le maravilló a pesar de la temperatura. La mezcla de aquel pan tan distinto, con el tomate y el queso y ese aroma y sabor de las especias desconocido para ella… Le encantó.

—¿Cuándo me llevarás a Nápoles? —le preguntó maravillada mientras la degustaba.

David sonrió con esperanza.

—Cuando tú quieras.

—El día menos pensado viajaremos allí y me lo enseñarás todo.

—Te lo prometo —le dijo él, con los ojos encendidos por los sueños que ninguno de los dos tenía muy claro si podrían cumplir.

Candela volvió a dejar su trozo de pizza en el recipiente que David había traído y cogió el de él para hacer lo mismo. Estaba muy segura de lo que hacía, levantó su mano y acarició el pelo del chico para después acercarse y besarlo, primero con dulzura, pero cada vez con más intensidad. David enseguida entendió y respondió a lo que ella deseaba.

—Esta vez lo quiero todo —le susurró la chica al oído mientras se tumbaban el uno sobre el otro.

David la miró sorprendido y aún más excitado, porque sabía que nada les detendría, que esta vez podrían sentirse completamente.

Comenzaron a desnudarse con lentitud, conscientes del privilegio de estar allí, de rozarse piel con piel.

—¿Estás segura? —le volvió a preguntar el chico.

—Por supuesto —contestó ella, tomando la iniciativa.

Nunca habían hablado de ello, pero David se dio cuenta de que no era la primera vez para aquella chica y respiró algo más tranquilo.

El chico se afanó en el cuerpo de Candela y ella se deshizo en caricias hacia él. Se descubrieron por fin, juntaron toda la ansiedad acumulada para borrarla con los besos y los dedos recorriéndose. Después entrelazaron sus manos, conscientes de que les costaría volver a tener una oportunidad como esa, y se lo prometieron todo con la esperanza de poder cumplirlo.

Don Emilio también se acostó aquella noche con una promesa, la que se habían hecho Marisa y él.

—Se lo contaremos a nuestras familias cuando vaya en Navidad —le había dicho ella por teléfono.

—Me jubilaré, le dejaré a Bruno la tienda e iré para Bilbao como muy tarde el año que viene —prometió Emilio.

—Estaremos siempre entre Bilbao y Madrid.

Así lo había organizado Marisa, tan acostumbrada a mandar.

El hombre, en el salón de su casa, con el teléfono en la mano y aprovechando que su nieta no estaba, como siempre, y que Marcela había salido a misa, planeaba el futuro junto a Marisa con la ilusión de un adolescente, como quien lo tiene todo por cumplir y por fin se

atreve a alcanzarlo. Sonrió con ternura ante aquellos planes, ante la posibilidad de lograr por fin lo que les había dado miedo. Darían un paso al frente y revelarían al mundo lo que tanto tiempo habían decidido ocultar.

—Ya es hora —dijo Marisa.

—Ya es hora —contestó Emilio.

Y así se durmió el cabeza de familia de los González de la Fuente, con la esperanza subida a una fecha, con un camino que se abría ante él como nunca hubiese esperado que lo hiciera después de tantos años.

—José, despierta, algo va mal —le golpeó Isabel en el brazo a su marido—, me duele mucho.

Isabel tenía lágrimas en los ojos y se aferraba a su ya algo abultado vientre con ambas manos, completamente anegada por el miedo.

—Llamaré a una ambulancia —dijo el hombre al mismo tiempo que se levantaba de la cama.

Isabel ahogó un gesto de dolor cuando intentaba vestirse. Inés había permanecido dormida hasta que escuchó a su padre hablar por teléfono. Asustada por lo que decía, se dirigió a la habitación de su madre y la encontró temblorosa, apoyada sobre la cama deshecha. Corrió hacia ella y le dio la mano para ayudarla. Intercambiaron una mirada preocupada.

—Te ayudaré —le susurró mientras le quitaba el camisón y la vestía con lo primero que cogió del armario.

El silencio era atronador, ninguno quería confesar que aquella situación no auguraba nada bueno, pero tampoco eran capaces de admitir el dolor que les invadía solo de pensar en perder aquella pequeña ilusión que durante el último mes había llenado sus vidas mucho más de lo que esperaban.

Inés se vistió, igual que José, y salieron a la calle a la espera de la ansiada ambulancia. Estaba amaneciendo y, en una prudencia asustada y tensa, lo que apenas fueron quince minutos para la familia parecieron horas. Por fin llegó el vehículo e Isabel subió con su marido. Inés tendría que acercarse en transporte público hasta el hospital porque solo podía acompañarla un familiar. Su madre y ella se dirigieron una última mirada aterrada. Inés la besó en la frente cuando la tumbaron en la camilla y se aferró a su mano con fuerza.

—Todo va a salir bien, ya lo verás —le dijo con una sonrisa nerviosa, como tantas veces le había consolado cuando era una niña atormentada por las pesadillas.

Isabel no contestó, pero tampoco dejó de mirar a su hija a los ojos, buscando en ellos consuelo y apoyo. Las puertas se cerraron y el vehículo salió a toda velocidad por las calles de Madrid.

Inés corrió a la marquesina del autobús, helada porque había olvidado coger una chaqueta para aquella noche ya fría en la ciudad.

Tuvo que esperar mucho, una eternidad, hasta que llegó el autobús que le llevaba al hospital. El trayecto fue lo más parecido a una tortura que podía imaginar. Miles de pensamientos se agolpaban en su cabeza, desde los más optimistas, en los que todo salía perfecto y no había sido más que un susto que después contarían como una anécdota, hasta los peores augurios. Se decía a sí misma que dejara de pensar, que controlara su mente, pero era imposible,

era el miedo, el terrible miedo a no saber y también a saber. Y pensó en Bruno, en lo acompañada que se había sentido cuando él los llevó la última vez al hospital. Esta vez estaba sola, tan sola.

En cuanto el autobús le dejó en las cercanías, corrió hasta el hospital, entró en urgencias y se dirigió al mostrador sin aliento. Dio el nombre de su madre y la enviaron a maternidad, donde a su vez le dijeron que la habían ingresado y le dieron el número de la habitación. Llegó hasta allí sin apenas fuerzas y se encontró a su padre en el pasillo mientras fumaba un cigarro, cabizbajo y solo. Se temió lo peor.

—Papá, ¿qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz.

—Tu madre está bien.

—¿Y el bebé?

—También. —La tranquilizó—. Solo le están haciendo pruebas. Parece que ha tenido una amenaza de aborto espontáneo, pero han logrado pararlo. Tendrá que hacer reposo a partir de ahora y acudir al médico al menor síntoma de alarma.

—Pero entonces ¿todo sigue adelante? —quiso asegurarse Inés.

—Con precaución, pero sí —contestó José con una leve sonrisa.

Respiró aliviada.

—Ya han terminado, hoy solo vienen a recoger las últimas cosas y colocar los muebles —le susurró Candela a Inés con un mohín de disgusto la tarde siguiente, cuando ambas compartían el turno.

Las dos observaban desde el principio de la escalera cómo David, con el resto del equipo que se había encargado de las obras, subía al primer piso, bajo las órdenes de don Emilio, lo que habían dejado

provisionalmente en el almacén, es decir, el escritorio, los archivadores, el perchero y todo lo relacionado con la parte menos visible del negocio.

—Pero ¿de verdad te gusta tanto ese chico? —le preguntó Inés en un susurro, con un gesto de extrañeza.

Era consciente de que no estaba siendo muy comprensiva con ella, pero estaba enfadada, Candela apenas le había preguntado por su madre, ni siquiera cuando volvía a casa después del susto de la noche anterior, que ella misma le había contado. Pero es que tampoco se interesaba por sus estudios, ni por nada que no fuera aquel chico medio italiano que le había borrado el cerebro, al parecer.

—Muchísimo —le respondió Candela sin percibir siquiera el tono de disgusto de su amiga, totalmente absorta en cómo él la miraba, en que no lo iba a tener cerca, en todo lo que aquello iba a cambiar su relación.

Mientras don Emilio les mostraba dónde colocar los muebles, bien aferrado al caballito de madera para situarlo en la mesa como colofón, cada una de las amigas estaba sumida en sus propios pensamientos. Inés bajó a atender la puerta al escuchar las campanillas de la entrada, pero Candela se quedó a observar cómo terminaban el trabajo, solo por el puro placer de ver a David. Fingía ayudarles, colocaba archivadores y hablaba con su abuelo como si algo que no fueran los ojos de él le importara lo más mínimo.

Abajo, Inés atendía a una niña que quería comprar una muñeca de *Familia Telerín*, muy popular en televisión, justo cuando otro cliente entró y después otro más, y otro más. La chica pidió disculpas a los que esperaban y miró hacia el piso superior

preguntándose por qué Candela no se dignaba a aparecer por allí y la ayudaba o, mejor dicho, hacía su trabajo.

Finalmente atendió a todos lo más rápido que pudo para sumirse el resto de la tarde en un mohín de disgusto. Solo pensaba en marcharse a casa y comprobar si su madre había vuelto del hospital y cómo se encontraba.

—¿Se puede saber qué te pasa con esa cara todo el tiempo? —le preguntó su amiga en un momento dado.

—¿Te das cuenta de que ni siquiera me has preguntado por mi madre? —le espetó Inés entre enfadada y dolida.

Candela se llevó las manos a la boca en un gesto sorprendido y culpable. Ella sintió rabia, porque no era algo de lo que tendría que haberla avisado, y encima era incapaz de no perdonarla al ver sus ojos culpables y cómo se le acercaba y la abrazaba, afectada.

—Soy una idiota, lo siento muchísimo —le dijo, esperaba que de forma sincera—. ¿Cómo está? ¿Sabes si han llegado del hospital?

—No —le contestó Inés más tranquila—, aún no sé nada, pero seguro que para cuando vuelva sí que lo habrán hecho.

—Bueno, pues vete ya a casa —la empujó Candela— y luego paso a verte y me cuentas todo, lo de casa, los estudios y lo que quieras, ¿de acuerdo?

Inés sonrió, ya reconfortada, mientras se ponía el abrigo y deseaba que llegara aquella visita y aquella conversación.

Candela observaba cómo David terminaba de sacar las últimas herramientas junto a su padre y las metía en la furgoneta que había aparcado en la puerta. Con cada mirada de soslayo se preguntaba si

hacían bien, si era justo que él continuara con aquella profesión que odiaba solo porque ella aún era muy joven, solo porque no estaba segura, solo porque tenía miedo y soñaba con otras cosas que ni siquiera le había confesado. Era impensable que ella, Candela González de la Fuente, no quisiera arriesgarse a dar un paso al frente y dejarlo todo, cuando siempre se había caracterizado por su locura, por asumir riesgos y por querer vivir su vida como una aventura en la medida que podía. Pero había una gran diferencia entre las otras veces que se había tirado a la piscina, que era precisamente lo que la hacía tambalear. Esta vez le importaba, David le importaba y era la primera vez que no quería hacerle daño, que no quería precipitarse, que quería estar con él, aunque no tenía claro si por encima de sus propios sueños.

Lo vio subirse a la furgoneta en el asiento del copiloto y decir adiós a aquellas noches, ocultos en el nuevo despacho, en el olor a pintura, en los cuerpos aferrados el uno al otro durante horas. Ella lo recorría incansable, con un deseo que jamás había sentido, porque no era la primera vez que estaba con un chico, pero sí en la que no se trataba solo de ella. Antes sentía que ser el centro de la mirada del otro la engrandecía, le daba una fuerza desconocida a la que era adicta. Esta vez era distinto, pocas veces había sentido la necesidad imperiosa que sentía con David, de tocarle, de recorrer con las yemas de sus dedos cada uno de los centímetros de su piel tersa. Y eso le daba miedo, porque si se lo arrebataban sería la primera vez que el sufrimiento la fuera a golpear, la primera vez desde la marcha de su padre que la soledad sería inabarcable e insoportable.

Agachó la mirada detrás del mostrador de la juguetería, ahora vacía, mientras veía marcharse a David en la furgoneta y se

preguntaba, con la incertidumbre de la vulnerabilidad, si volvería, si iría a buscarla o si todo se destaparía como un gran fiasco, un entretenimiento sin importancia para un chico de veinte años con muchos sueños. No podría soportarlo, eso no.

—Candela, tengo que hablar contigo —le dijo su abuelo mientras bajaba las escaleras que conducían a su nuevo despacho.

Ella cogió aire y cerró los ojos un segundo para tranquilizarse. Después se volvió hacia él con una sonrisa.

—¿Qué ocurre, abuelo?

Don Emilio se acercó con determinación.

—Quería decirte que estás trabajando muy bien, que en poco tiempo has conseguido afianzarte en el puesto y que estoy muy contento.

Candela sonrió abiertamente. Era una novedad ser el objeto de los halagos y no de las decepciones, el sabor del orgullo se sentía dulce por primera vez.

—Gracias, abuelo.

—Yo ya voy haciéndome mayor y…

—No digas eso… —le reprendió su nieta.

Don Emilio le sonrió con ternura, pero continuó:

—Poco a poco, Bruno y tú deberéis ir cogiendo las riendas del negocio, es vuestra oportunidad y vuestra responsabilidad como herederos.

Candela sintió un sudor frío que le recorría la espalda al ver, a sus dieciocho años, que ese iba a ser su futuro, sin más aventuras, sin viajes, sin otros lugares y oportunidades. Por primera vez, entendió a David y se preguntó si no habría algo más para ella.

—Sé que aún eres joven y no quiero que te agobies por esto, pero es algo en lo que tengo puestas muchas esperanzas y quizá cambien pronto las cosas.

Candela no entendió el tono tan enigmático de su abuelo.

—¿Te encuentras bien? No estarás enfermo, ¿verdad? —le preguntó, preocupada.

Don Emilio soltó una carcajada y le hizo una caricia en el rostro a su nieta.

—Estoy mejor que nunca, cariño —dijo, antes de volver a desaparecer en el despacho con una sonrisa y tantas esperanzas que no le cabían en su imaginación.

Aquella noche, Inés, tras atender a su madre en la cama, donde permanecía sin moverse más de lo necesario, después de preparar la cena, llevársela a Isabel y atender los pedidos de la viuda del segundo como le pidió su padre, estaba agotada, pero aun así se sentó a la mesa del comedor con la esperanza de poder estudiar un poco antes de irse a dormir.

Eran ya pasadas las doce de la noche y también era más que obvio que Candela no pensaba aparecer por allí, como le había prometido, para preocuparse por su madre o por ella. Una vez más estaba decepcionada y triste, pero se reprendió a sí misma por no aprender, porque con su amiga siempre era igual, primero ella, después ella y luego también ella, no había hueco para las necesidades de Inés, nunca lo hubo.

Pensó en Carmen, con quien había hablado por teléfono para que le explicara lo último que habían dado en clase. Intentaba ponerse al

día con un par de trabajos que tendría que entregar dentro de poco. Se le estaba haciendo cuesta arriba trabajar, estudiar y atender a su madre, la casa y lo que su padre le pedía de la portería. Pero después miraba la ilusión con la que Isabel se llevaba las manos a su estómago, y cómo elucubraba con los diferentes nombres que podría poner a su futuro hijo o hija, y se decía a sí misma que podría con ello, que no era para tanto, que era cuestión de organizarse y dormir poco. Sería capaz.

Repasó los apuntes una vez más, pero apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Los cerró un momento con la esperanza de descansar cinco minutos para después continuar, pero el sonido del teléfono en la casa le sobresaltó dos horas después. Se levantó a toda velocidad y lo cogió antes de que despertara a todo el edificio.

—Diga —dijo en un susurro.

—¿Inés? —preguntó una voz compungida al otro lado.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Dolores, de la casa de huéspedes de Bilbao.

Contuvo el aliento.

—Lo siento mucho, hija —continuó la mujer—, tu *amama* Marisa ha fallecido.

Inés no sabía qué decir, era imposible, aquello no podía suceder, no en aquel momento.

—¿Quién es? —preguntó José con cara de sueño mientras salía del dormitorio.

—*Amama* Marisa…

Es lo único que supo decir su hija con las lágrimas que le agolpaban en los ojos. Todo se emborronaba y un dolor en la boca

del estómago llamado ausencia se instalaba en su interior para siempre.

Candela se abrazó a David con fuerza, con toda la fuerza de la que era capaz, en las afueras de Madrid, en un lugar indefinido, el primero que habían encontrado un poco discreto para aparcar la moto y quererse de alguna manera, tocarse en la oscuridad mientras compensaban el frío con la calidez de sus cuerpos.

Pero Candela estaba triste, tenía miedo por el futuro, y cuando el miedo aparecía en su vida, también lo hacía el rostro de su padre, como si representara una debilidad, un cúmulo de heridas que no sabía manejar. Y todo porque justo antes de salir de la tienda de juguetes, justo al otro lado de la acera, le había parecido ver a aquel hombre, el hombre cuervo que recordaba de su infancia. Quizá lo había imaginado, quizá lo confundió con otro, porque apenas fueron unos segundos en los que le vio apagar su cigarro contra el asfalto y marcharse, pero todos los recuerdos volvieron a ella como una puñalada.

—¿Estás bien? —le preguntó David al sentir que ella se abrazaba con más intensidad de la habitual y, sobre todo, que temblaba.

—No te marcharás nunca, ¿verdad? No me dejarás sola… —le susurró al oído con un leve deje de angustia en la voz.

—Por supuesto que no —le aseguró él, obligándola a mirarlo—, nunca me iré a ninguna parte sin ti.

Candela sonrió con los ojos llorosos.

—Mi padre se marchó y me había prometido que no lo haría —dijo con la voz quebrada.

David volvió a abrazarla.

—Yo no lo haré, nunca, te lo prometo.

—Yo tampoco te dejaré a ti.

Ella se aferró a su cuello intentando creerlo, intentando disipar esa sensación angustiosa en la boca del estómago que le quedó de la última vez que vio a su padre, de la vez que la besó en la cama y le prometió que volvería. Aquel último recuerdo que cada vez veía con menor nitidez.

11

—Inés, debes ir con tu padre a Bilbao —le suplicó su madre aquella madrugada mientras la cogía de la mano.

Ambas tenían los ojos cubiertos de lágrimas después de la terrible noticia. José estaba en el cuarto de baño guardando algunas cosas para el viaje a su ciudad natal, que tendría que emprender aquella misma mañana para asistir al funeral y encargarse de todo tras el fallecimiento de *amama* Marisa, su madre.

A Inés todavía se le encogía el corazón cuando recordaba cómo él, tras recibir la noticia, había colgado el teléfono con lentitud. No se permitió una lágrima, la emoción quedó encerrada únicamente en un leve temblor en la mano cuando fue a encender el cigarro en su boca.

—Un derrame cerebral. Estaba leyendo —es lo único que dijo, a nadie en concreto, al aire, o quizá a sí mismo, pensó Inés.

Después se había sentado unos segundos en la silla junto a la mesa de comedor, cabizbajo, serio. Su hija, con el rostro completamente surcado de lágrimas y el pecho anegado de sollozos, sentía la necesidad de acercarse, de abrazarlo, de buscar y dar consuelo. Pero algo la retenía al otro lado del cuarto, quizá el mutismo de su padre, quizá la falta de costumbre de demostrarse

cariño, no lo sabía, pero permaneció aferrada al respaldo de otra silla sin saber qué hacer.

En aquel momento, Isabel se había levantado de la cama con mucho cuidado y, cuando entró en el salón y vio a José allí sentado, no lo dudó un segundo y caminó con torpeza para abrazar a su marido.

—Tengo que ir —le dijo él, preocupado entre sus brazos mientras observaba la incipiente barriga de Isabel—, pero no quiero dejarte.

Ella le hizo una caricia en el pelo y, con una sonrisa, negó con la cabeza.

—Estaré bien, y solo serán unos días. No te preocupes. Tienes que ir.

José no dijo nada, solo agachó la mirada, derrotado.

Inés contemplaba la escena con el corazón encogido y el cuerpo tembloroso. Pero no quería ser la que más llorara, quería ser como sus padres: duros, contenidos, fuertes en la tristeza. Y, sin embargo, ella se sentía tan distinta… Un sollozo le golpeó el pecho haciendo que se estremeciera en mitad de aquel silencio únicamente roto por ella misma y su dolor.

Minutos después, su madre, ya desde la cama, le cogió de la mano con angustia.

—No puede ir solo. Tienes que estar a su lado. Yo no puedo hacerlo —rogaba Isabel con la mirada acuosa e impotente.

—¿Y quién cuidará de ti? —preguntó Inés a su madre con total sinceridad.

—Le diremos a Pepa, seguro que ella podrá ayudarme con la comida. No saldré de casa y prometo estarme muy muy quieta hasta que volváis.

—¿Y la portería? —continuó Inés, agobiada por tanta responsabilidad repentina.

—Todos lo entenderán, y solo serán unos días. Tienes que hacerlo, por tu padre, no quiero que esté solo mientras se despide de su madre, y por mí, porque yo estoy aquí sin poder hacer nada y necesito que me suplas —le suplicó Isabel con la mirada.

—Está bien —accedió Inés después de unos segundos, aun sabiendo que aquello suponía volver a faltar a clase y probablemente no ser capaz de entregar alguno de los trabajos que le habían mandado los últimos días. Se resignó con un suspiro.

Isabel la besó en la frente con orgullo y muy aliviada.

—Inés irá contigo —le dijo a José en cuanto este entró en la habitación con su neceser.

Padre e hija se miraron, entre conmovidos y nerviosos, porque no sabían cómo pasarían los próximos días solos, sin la presencia de Isabel, que lo llenaba todo, porque no recordaban la última vez que lo habían estado.

—Gracias, hija —le dijo José, y continuó con la preparación de la maleta.

Inés cruzó una mirada de complicidad con Isabel, después fue a hacer la suya.

Candela se levantó aquella mañana temprano para acudir al trabajo en la tienda de juguetes y se encontró la casa extrañamente silenciosa. No escuchaba la radio en la cocina con las canciones de Rocío Jurado, ni en el salón con las noticias que siempre los acompañaban en el desayuno.

—¿Dónde está Pepa? —preguntó a Marcela, que se llevaba a la boca unas tostadas rebosantes de mermelada.

Se sentó a la mesa del comedor donde todo estaba preparado para un copioso desayuno.

—Ha bajado donde Isabel, por lo visto su suegra ha fallecido y va a ayudarla unos días por lo de su embarazo. Están organizándose —le explicó su madre sin mucho interés.

—¿La *amama* Marisa ha muerto? —preguntó Candela, sorprendida. Inmediatamente, los recuerdos de muchas Navidades con ella, con aquel chocolate con churros de las tres que ya se había convertido en tradición, vinieron a su mente y la llenaron de tristeza —. Tengo que ver a Inés —dijo afectada.

—Se ha marchado con su padre a Bilbao —le explicó Marcela con ese tono neutro que adoptaba para prácticamente todo.

Candela sintió la culpabilidad golpeándola. Fue consciente en aquel momento de que había prometido visitar a su amiga la noche anterior y que ni siquiera se había acordado y que ya no tenía posibilidad de darle un abrazo antes de irse. Se sintió la peor amiga del mundo.

—¿Y el abuelo? —preguntó después, extrañada de no verle.

—Se ha marchado temprano a la tienda de juguetes —contestó Marcela, encogiéndose de hombros—. Anda, pon la radio, que Matías Prats debe de haber comenzado ya con las noticias.

Candela obedeció a su madre y la voz del periodista llenó el comedor.

Don Emilio se aferró a las cartas de Marisa, encerrado en su nuevo despacho. Sintió una rabia desconocida que lo invadía y lo dejaba sin aliento. La injusticia del tiempo, del destino escupiéndole a la cara, el dolor de haberla perdido cuando parecía que podía tenerla por fin, el castigo de una muerte inesperada que le abocaba de nuevo a su vida ya conocida.

Las imágenes de toda su historia le golpearon como pequeñas agujas en el recuerdo. Cómo él fue uno de los primeros soldados nacionales en alojarse en la casa de huéspedes después de la liberación de Bilbao. Aquellas miradas de soslayo, la gente con su dual actitud, los que agradecían su presencia y los que desconfiaban hasta de su forma de respirar. Marisa era una de las últimas. Cuando le servía el sucedáneo de café que tomaban entonces en el desayuno, cuando limpiaba su habitación, en todas las acciones indispensables como huésped, había en ella un reproche, un dolor. Él quería explicarle que no tenía la culpa de lo que había tenido que hacer, que odiaba la política y que sentía todo lo que cualquiera hubiera podido causarle, porque solo con pensar en que ella sufriera se le hacía un nudo en el pecho.

Una noche, sin embargo, después de muchas miradas cruzadas, fue ella quien se plantó frente a él y le dijo:

—Mi marido murió en una batalla por un arma que disparó uno de los tuyos. No se lo merecía.

Emilio no contestó, pero entendió y desde aquel instante se miraron con otros ojos, con ojos nuevos, y pronto cambiaron la distancia por pequeños roces y confesiones a media voz. Él le habló de su sueño de la tienda de juguetes y le mostró el pequeño caballo de madera que había hecho su padre y que siempre llevaba con él.

También le contó que estaba casado y que tenía un hijo en la capital. Ella le habló de José, que le preocupaba que tuviera que vivir todo aquello tan joven, que la guerra pudiera terminar con la ilusión de ser un niño antes de tiempo.

Y un día cualquiera, un día que no tuvo nada de especial, únicamente que se convirtió en el más importante de toda su vida, se besaron antes de acostarse y, en lugar de ir cada uno en su habitación, Emilio la guio hasta su cama.

La primera de tantas noches uno en los brazos del otro, con secretos y promesas, con miedo y silencios. Hasta que Emilio recibió la carta en la que su padre le anunciaba la muerte de su mujer y tuvo que volver a Madrid.

La despedida estuvo llena de palabras no dichas, cada uno con la dirección del otro en la mano y una esperanza que ignoraban si llegaría a cumplirse.

Emilio creyó que aquel era el final para ellos, pero solo fue el comienzo.

> Querido Emilio:
>
> Espero que hayas llegado bien hasta Madrid y que tu hijo Manuel sea fuerte y que pase por esta pena tan grande de perder a su madre con entereza y con tu cariño.
>
> La guerra ha obligado a nuestros pequeños a dejar de serlo demasiado pronto y las ausencias, tanto de la madre de tu hijo como del padre del mío, son un peso que ninguno de ellos debería llevar.
>
> No sé a qué lugar, a qué ciudad, a qué nuevo mundo nos llevará la vida cuando todo esto termine, pero lo que sí sé es que estaré aquí, acariciando tu letra si quisieras escribirme mientras no pueda acariciar tu piel.
>
> Te esperaré, te escribiré y quizá algún día nuestros caminos vuelvan a reunirse.

Tuya siempre, si tú quieres.

MARISA

Al recibir aquella primera carta, la primera de muchas, Emilio cogió un papel y escribió solo una frase.

Por supuesto que quiero, y querré.
Siempre tuyo.

EMILIO

Ahora, en su despacho, Emilio estrechó entre sus dedos aquella primera carta que conservaba de Marisa. Ahogó un grito de dolor mientras la arrugaba en la palma de su mano con rabia. Después, la tiró con fuerza al suelo en un arrebato de ira y frustración. Las lágrimas le ahogaron la garganta y rompió a llorar como un niño en la soledad de un negocio que, una vez más, se tendría que convertir en su refugio.

El trayecto en tren desde Madrid a Bilbao fue muy silencioso. Inés buscaba continuamente algún tema de conversación que reconfortara a su padre, ya callado de por sí, y que rellenara aquellos espacios sin palabras que tan cuesta arriba se le estaban haciendo. El traqueteo tapaba los huecos entre padre e hija, pero ambos evitaban las miradas. Inés quería decirle que lo apoyaba, preguntarle si se encontraba bien…, pero cada vez que lo observaba de soslayo, sumergido en un periódico que habían comprado en la

estación, las palabras se le quedaban agarrotadas en la garganta y sentía que todo lo que pudiera decir no era más que una tontería sin importancia.

—¿Tienes hambre? —le preguntó por fin, mientras señalaba la bolsa de tela en la que habían metido unos bocadillos que ella misma había improvisado y un par de manzanas para el viaje.

José asintió y le dio las gracias. Desenvolvió el bocadillo y lo devoró en silencio, igual que hacía Inés con el suyo. Los dos se sumergieron en el paisaje tan cambiante desde Madrid al norte. Los pasajeros iban y venían por los pasillos o se sentaban en los asientos cercanos, procurándoles también algo de distracción.

Tras la comida, José cerró los ojos para dejarse mecer por el movimiento del tren y echar una cabezada antes de enfrentarse a todo lo que vendría a su llegada a Bilbao. Tenía que organizar el futuro de la casa de huéspedes, aunque lo había hablado con Isabel en una conversación rápida antes de marchar y ambos lo tenían bastante claro. Cederían la casa a Dolores y Eusebio, que ya la regentaban, y así podrían usar el dinero para el nuevo bebé que estaba por llegar. También debía organizar el funeral, aunque creía que el matrimonio Cano ya había iniciado todos los trámites. Pero, sobre todo, quería volver a pisar aquella ciudad, su ciudad, que tanto había añorado y que tan pocas veces había vuelto a ver después de marcharse cuando Isabel estaba embarazada de Inés. La última fue diez años atrás, la vez que condujo hasta allí para llevar a Manuel y confiar en que su madre lo ayudara. Nada había preguntado porque nada quería saber de lo que había sido del hijo de don Emilio. Se conformaba con el «todo bien» que su madre le dijo hace años. En aquel caso era mejor el silencio. Pero desde

entonces, y apenas fueron unas horas, no había vuelto a pisar la ciudad que lo vio nacer y que esta vez albergaba una gran ausencia. Nada sería igual sin su madre. Nada.

Cerró los ojos un segundo mientras el corazón se le aceleraba al recordar aquellos últimos días en Bilbao, su detención por la policía, su puesta en libertad tras varias noches de angustia. Se llevó algún golpe, pero enseguida vieron que él no era uno de los cabecillas de aquella huelga encubierta en Altos Hornos y que poco podrían sacar de él. Le pusieron en libertad, pero no consiguió desembarazarse de la sensación terrible de que en cualquier momento lo buscarían de nuevo, que alguien de la fábrica lo habría acusado, habría dicho su nombre y la policía se lo llevaría con o sin razón.

Solo la intervención de su madre y de don Emilio, aquel hombre con el que se escribía Marisa y que él vagamente recordaba de la guerra, consiguieron que, con su huida rápida, las aguas se templaran y la situación quedara olvidada. Había pasado mucho tiempo, pero aún se le encogía el estómago al recordar lo cerca que había estado de vivir lo que Manuel, el hijo de don Emilio, había vivido años después. Se alegró de haberle podido ayudar en aquel momento y devolverle así el favor, pero él no estaba dispuesto, ni lo estuvo entonces, a perder a su familia.

Se giró para mirar a Inés y sonrió al ver cómo el sol incidía en su pelo negro, haciéndolo brillar. Le provocaba una ilusión tremenda enseñarle su ciudad a su hija y así agradecerle que hubiese renunciado a las clases y al trabajo y le hubiese acompañado en aquel trance.

—Te llevaré a ver el mar —le dijo entonces sin mirarla porque le daba apuro enfrentarse a los ojos negros de su hija.

Se perdió su emoción y su sonrisa al escucharlo, pero la sintió en sus palabras.

—Siempre he querido ver el mar…

Y con eso fue suficiente.

Candela llegó a la tienda de juguetes aquella mañana algo más callada de lo habitual tras la noticia del fallecimiento de Marisa. Le extrañó, al llegar a la puerta, que todo estuviera apagado y en silencio. Creía que su abuelo, que según su madre ya estaba en la tienda, habría abierto el negocio, pero se lo encontró completamente cerrado. Ella se encargó de abrir, de girar el cartel que decía ABIERTO y de poner en marcha los juguetes que llamarían la atención a los clientes.

Después subió las escaleras del despacho para ver si don Emilio se encontraba allí. Lo estaba, pero Candela se asustó al ver su aspecto, el rostro desencajado y a oscuras con la mirada perdida en algún punto más allá de la pared.

—Abuelo, ¿te encuentras bien? —le preguntó mientras se acercaba a él, apurada.

Él escuchó la voz de su nieta como un murmullo lejano, y al cabo de unos segundos se volvió a mirarla, algo desorientado.

—¿Crees que podrás atender la tienda tú sola? —le preguntó con la voz rota, destrozada.

Candela asintió con la cabeza en silencio, algo asustada por la responsabilidad y porque nunca lo había visto así.

—Pero ¿estás bien? ¿Quieres que llame al médico?

Don Emilio se levantó de su asiento con todo el peso de la pena sobre los hombros mientras negaba con la cabeza. Cogió su abrigo y se lo puso. Al pasar junto a Candela, la besó en la frente para tranquilizarla.

—Si te agobias, puedes cerrar antes de tiempo, no te lo tendré en cuenta.

Candela no supo qué contestar. Vio salir a su abuelo, cabizbajo, triste, derrotado incluso, y se preguntó qué pasaría en la vida de aquel hombre que, para ella, más allá de la tienda de juguetes y los pocos ratos que compartían en casa, era un desconocido. Desde la falta de su padre y la desidia de su madre, fue su abuelo quien se hizo cargo de todo, de su educación, de su día a día, él se convirtió en el único cabeza de familia, pero eso la había alejado de ella. Candela se sintió culpable por todos los quebraderos de cabeza que le había dado.

Lo primero que pensó Inés al llegar a Bilbao en el tren fue que el cielo y el asfalto parecían exactamente del mismo color. Nada de grandes nubes negras, solo un tupido mar gris y una fina lluvia que calaba sin avisar.

—*Xirimiri* —le aclaró su padre mientras se subía el cuello de la gabardina antes de salir a la calle.

En silencio, dejaron atrás la estación del Norte y descendieron por la bulliciosa calle Navarra, uno de los nexos de unión entre la parte antigua de la ciudad, el Casco Viejo, y la Gran Vía. Después giraron a la derecha para ascender por la calle Bailén hasta encontrarse delante de un edificio de cuatro plantas, con una puerta de madera

y cristal y un cartel junto a ella que anunciaba: CASA DE HUÉSPEDES. En ella, un recorte de periódico pegado con celo avisaba del fallecimiento de Marisa y de la fecha y hora de su funeral. José vio la esquela y la sintió como un dolor en la boca del estómago. Tuvo que detenerse unos segundos para recuperar las fuerzas que le permitieran franquear la entrada, reencontrarse con su pasado y, sobre todo, con la ausencia de Marisa.

Inés lo observó nerviosa, con la sensación de que debía decir algo, pero sin encontrar las palabras, porque ver el nombre de su abuela colgado de aquel cristal fue también para ella el momento en el que todo se hacía real. Se secó una lágrima que le caía por el rostro y respiró profundamente para no desmoronarse.

José se dio cuenta de todo y fingió una sonrisa tranquilizadora.

—¿Estás bien? —preguntó a su hija.

Inés asintió en silencio.

—Vamos —susurró su padre.

Lo siguió en aquel viaje al pasado que para ella acababa de comenzar.

José abrió la puerta y entró a un portal convertido en recepción, con un habitáculo a la izquierda donde se había colocado un mostrador. A la derecha se podía avistar un comedor con varias mesas y sillas de madera oscura. Al frente, unas escaleras antiguas daban paso a los pisos superiores y abajo, tras ellas, se escuchaba el trajín de una cocina.

Aquel edificio había pertenecido a su familia durante varias generaciones y fue el abuelo de Inés, el padre de José, quien había tomado la decisión de convertirlo en una casa de huéspedes, un negocio que afrontaría los nuevos tiempos que estaban por venir

con la industria y el gran aumento de la inmigración a principios de siglo. No era una pensión barata, pero era más asequible que muchos de los hoteles de los alrededores y, sobre todo, presumía de ofrecer un trato más cercano, más acogedor y casero a aquellas personas que, por trabajo o cualquier otro motivo, debían pasar largas temporadas en la ciudad.

José miraba a su alrededor y reconocía cada uno de los rincones por los que había corrido en su niñez, las esquinas en las que había tropezado, las escaleras que habían sido escenarios de los juegos de su infancia, y sobre todo intuyó aquella cocina en la que había pasado horas entre guisos, escondido en los pies de Marisa y de la cocinera, mientras escuchaba sus conversaciones al mismo tiempo que desvainaban guisantes o separaban las piedras de las lentejas. Aquel lugar era para él mezcla de hogar y nostalgia y el recuerdo le humedeció la mirada durante unos segundos.

—¡José, bienvenido!

Bajó las escaleras Eusebio, con los brazos abiertos en un recibimiento muy caluroso que incomodó levemente al recién llegado.

—Esta debe de ser Inés, ¿verdad? —dijo con una gran sonrisa algo fuera de lugar dadas las circunstancias—. Siento que nos conozcamos en un momento tan difícil —añadió, rectificando su actitud.

La chica agachó la cabeza mientras asentía con pena.

Enseguida, su mujer, Dolores, salió de la cocina y fue también a recibirlos, ella sí visiblemente emocionada.

—¡Qué desgracia, qué pena, ha sido un duro golpe! —susurraba entre sollozos compungidos mientras los abrazaba—. Inés, eres

preciosa, igual que tu abuela —le dijo tras observarla más de cerca.

Ella le dio las gracias con timidez, pero pensó que en nada se le parecía, nunca había tenido su fuerza ni su valor.

—Hemos preparado para vosotros las dos habitaciones del último piso junto a la que usaba Marisa. ¿Os parece bien?

—¿Ya no utilizaba la que hay pegada a la cocina? —preguntó sorprendido José al tener que reformar sus propios recuerdos y confrontarlos con la realidad.

El matrimonio se miró, un poco cohibido.

—No, ahora lo usamos nosotros, así nos es más sencillo atenderlo todo.

José asintió y se dio cuenta de que aquella era una señal más para dejar en manos de quienes ya la llevaban la casa de huéspedes, de la que su madre también parecía estar alejándose.

—¿Podemos instalarnos? —preguntó con ganas de zanjar la conversación.

—Por supuesto, el funeral será esta misma tarde, en la catedral de Santiago, como dispusimos por teléfono —le explicó Eusebio.

José asintió y se dirigió a las escaleras, seguido de Inés, que en silencio aún trataba de situarse en aquel nuevo lugar que sentía completamente ajeno. Pero justo antes de que desaparecieran, Dolores sacó una pequeña cartera del bolsillo de su bata de trabajo y se acercó a ellos para decirles:

—Marisa llevaba puesto este anillo cuando la encontramos. Lo guardé para que no se perdiera con los de la funeraria… —explicó con prudencia.

—Quédatelo tú, Inés —le pidió su padre.

Ella asintió y se colocó la joya en su dedo, en el que encajaba a la perfección. Se emocionó al pensar que hacía apenas unos días *amama* Marisa lo había llevado. Era su anillo, del que nunca se separaba.

—Gracias —le susurró emocionada a Dolores.

La mujer asintió con los ojos llenos de lágrimas.

Candela estaba a punto de echarse a llorar. Llevaba todo el día sola en la juguetería. La mañana había transcurrido algo más tranquila, siempre con menos clientes, pero la tarde se había revelado como un infierno. Lo que parecía una tarea sencilla de realizar se había vuelto una auténtica pesadilla. Varios mensajeros habían tenido que acceder al local por la puerta principal, porque estando sola no podía ausentarse con tantos clientes y se quejaban de la pérdida de tiempo. Varios niños se peleaban delante del Scalextric por quién podía probarlo y era incapaz de controlar que no lo dañaran; de hecho, estaba segura de que uno de ellos se había metido un coche en el bolsillo y se había marchado corriendo. También tenía varios clientes esperando su turno para comprar una Barriguita, preguntar por una caja de puzles o llevarse una Nancy. Intentó explicarles a todos que se encontraba sola en la tienda y que hacía todo lo que podía, pero a nadie parecía importarle su situación, únicamente querían que les atendieran y se enfadaban por tener que esperar tanto.

En el momento en que Candela echó el cierre de la tienda, incluso más tarde de la hora habitual, apagó la luz y se escondió detrás del mostrador con el rostro cubierto de lágrimas. Se sentía una inútil,

como una niña tonta que no sabe lo que es la vida, que ignora lo que supone trabajar y que se hunde en el más mínimo charco de agua. Nunca le habían enseñado a enfrentarse a aquel tipo de situaciones, siempre estaba su abuelo, su madre o incluso su hermano para sacarle las castañas del fuego, y esa realidad se le había mostrado en todo su esplendor aquella tarde. Estaba segura de que Inés lo habría sabido hacer mejor y habría sido capaz de gestionarlo, no como ella, que estaba derrumbada porque al final todos tenían razón y no era más que una niña mimada.

Escuchó unos golpecitos en el cristal de la puerta. Pensó en seguir allí escondida, pero finalmente se levantó del suelo y encontró a David, que le sonreía al otro lado. Solo con ver su rostro, su mirada tranquila, aquellos ojos negros, puro fuego y pura ternura en un mismo hombre, volvió a quebrarse del todo. El chico borró la sonrisa de su rostro, preocupado, e intentó entrar, pero Candela había echado la llave. Fue a abrirle con urgencia y, en cuanto lo tuvo delante, se abrazó a su cuello entre sollozos.

—¿Qué ocurre? —preguntó él con ese acento que Candela tanto adoraba.

No sabía qué contestarle. Cómo podía revelarle que era una estúpida, que no quería estudiar pero que acababa de descubrir que tampoco estaba preparada para lo que suponía trabajar y enfrentarse al mundo.

—No sé hacer nada —susurró entre lágrimas.

David intentó secárselas según descendían de sus ojos y la besó, comprensivo.

—Pues entonces tienes todo por aprender —le dijo con ternura.

Candela no pudo evitar sonreír levemente ante aquel cambio de perspectiva.

—Tendrás que enseñarme.

—Por supuesto —le aseguró él.

Después la ayudó a cerrar, le cogió de la mano y la llevó hasta su moto para perderse por las calles de Madrid.

Tras la misa en la catedral de Santiago, muchos antiguos compañeros y amigos de José se acercaron a él a saludarle, a preguntarle cómo le iba en Madrid y a conocer a Inés. Esta se mostró amable con todos ellos, pero la despedida de su abuela y el incansable número de desconocidos que se arremolinaban a su alrededor terminaron por abrumarla.

Se acercó a su padre y le susurró al oído:

—Voy a casa, ¿vale?

—¿Todo bien? —preguntó él entre saludos de personas que le daban palmaditas en la espalda y le sonreían al mismo tiempo que le daban el pésame.

—Sí, tranquilo. Solo estoy cansada.

—Son antiguos compañeros de trabajo que…

José quiso terminar la frase, pero ya se lo llevaban a algún bar del Casco Viejo para tomar unos zuritos y ponerse al día. Inés esbozó una triste sonrisa comprensiva al verle marchar. El *xirimiri* volvía a empapar la ciudad y convertía sus baldosas en una brillante capa gris plagada de paraguas. Abrió el suyo, el que le había dejado Dolores antes de salir de casa, y se dispuso a realizar el camino

inverso por la calle Bidebarrieta, hasta el puente del Arenal camino de la calle Bailén.

Se detuvo en una pequeña pastelería y compró un bollo de mantequilla como los que le llevaba siempre su *amama,* pero decidió que prefería degustarlo entre sus cosas, en el que había sido su hogar, como una pequeña despedida menos multitudinaria pero sí más cercana.

Llegó a la calle Bailén destemplada por la lluvia y la sensación de soledad. Continuamente intentaba imaginarse a su abuela mientras caminaba por las mismas aceras que ella recorría en aquel momento, mientras pasaba sobre la ría y veía las gotitas de lluvia golpear contra el agua turbia.

Al entrar en la casa de huéspedes, dejó el paraguas en la cocina, abierto sobre la encimera, como le había pedido Dolores antes de salir, y subió las escaleras hasta la que fue la habitación de su abuela. Entró con cuidado, como si el hecho de estar allí pudiera molestarla de alguna manera.

Encendió la luz de una lámpara junto a la mesilla y dejó sobre ella los bollos envueltos. Era una habitación acogedora, con una gran alfombra granate bajo una cama de matrimonio demasiado grande para una persona sola. En una de las paredes había unas baldas con numerosos libros y un escritorio cuya tapa se abría mediante una pequeña llave que estaba colocada en la propia cerradura.

Al otro lado, un armario de madera oscura ocultaba su ropa y un gran espejo de cuerpo entero. Inés lo abrió un segundo, pero lo cerró enseguida. Tenía miedo de encontrarse con su olor y ser consciente de que ya no podría abrazarla nunca más.

Prefirió sentarse en la silla frente al escritorio. Giró la llave y la cubierta se convirtió en una mesa. Varios pequeños cajones y compartimentos que habían permanecido ocultos se revelaban ahora ante ella. Abrió varios y encontró algunas fotos de sí misma cuando era pequeña, pero también pequeñas alhajas, unos pendientes de perlas, una pulsera y un reloj. Entonces le llamó especialmente la atención uno de los cajones que parecía mal cerrado. Intentó abrirlo y se dio cuenta de que tenía una hoja atascada. Estiró y solo cuando se quebró parte de la esquina consiguió que el pequeño cajón, mucho más profundo de lo que parecía a simple vista, se abriera por completo.

Inés sacó un gran número de cartas manuscritas. Con cierto pudor, pero también con curiosidad, paseó la mirada por una de ellas hasta la firma al final y encontró un nombre que jamás hubiera pensado que estaría allí. No pudo resistirse a comenzar a leer mientras jugaba con el anillo de su *amama* Marisa entre los dedos.

> Por supuesto que quiero, y querré.
> Siempre tuyo.
>
> EMILIO

Inés leyó la primera carta, que no era apenas más que un papel con una pequeña frase, pero la verdadera historia de su abuela se reveló ante ella con toda la claridad que había estado delante de sus ojos y que no había sabido ver.

¿Era posible que el Emilio que firmaba aquella nota fuera el abuelo de Candela, el hombre para el que ella misma trabajaba?

Inés comenzó a mirar las siguientes cartas. Pudo comprobar que de cada año había varias. De ninguna conservaba el sobre, pero en cuanto comenzó a leerlas supo que no se había equivocado, aquel Emilio era el que ella conocía, don Emilio.

Agosto, 1939

Voy a verte. Tengo que contarte tantas cosas.

La guerra al fin ha terminado, el local de mi padre ha sobrevivido a los bombardeos y estoy decidido a hacer de él mi sueño, aquella tienda de juguetes que le prometí desde niño. Tengo los planos, las ideas, he realizado fotografías y mi padre está igual de emocionado que yo. Ha cuidado de Manuel desde que su madre falleció y ha accedido a hacerse cargo una vez más durante una semana a pesar de que le noto algo cansado. Le he contado que voy a visitar una fábrica de juguetes muy importante en Valencia y sin embargo cogeré un tren para estar contigo. Tú también puedes decirle a tu hijo que mi visita se debe a un viaje de trabajo y me hospedaré en tu casa de huéspedes.

Cuento los días para verte. Tengo el caballito que talló mi padre entre las manos y no puedo creer que aquel sueño se vaya a hacer realidad. Por fin podré agradecerle todo lo que ha hecho por mí y por su nieto.

Ojalá estuvieras a mi lado. Ojalá lo dejaras todo y vinieras aquí.

Siempre tuyo.

EMILIO

Inés leía con avidez las misivas que don Emilio le había enviado a su *amama* Marisa. Estaban llenas de proyectos, de ternura, pero también de frustración por no poder estar juntos, por tener cada uno una vida aparte difícil de cuadrar.

En algunas no había buenas noticias, como aquella en la que don Emilio anunciaba el fallecimiento de su padre.

> ¿Recuerdas aquel mal catarro que tenía mi padre? El médico nos comunicó que se trataba de tuberculosis y en apenas unos días el pobre hombre falleció.
>
> Manuel ha perdido demasiado en tan poco tiempo y yo… no puedo ni pensar mientras sujeto el caballito de madera que talló con sus manos.
>
> Se me parte el alma al saber que nunca verá la tienda abierta, que no verá nuestro sueño cumplido. Pero lo voy a lograr, lo haré por él.
>
> Ojalá estuvieras a mi lado.
>
> Siempre tuyo.
>
> EMILIO

Inés también encontró una foto doblada entre las páginas, muy antigua y fechada en 1941 donde aparecían delante de la tienda de juguetes don Emilio, con una amplia sonrisa, y un jovencísimo Manuel a su lado. El padre abrazaba al hijo por los hombros y este parecía algo cohibido.

Giró la fotografía y pudo leer: «La tienda de juguetes abre sus puertas. Un sueño hecho realidad».

Inés sonrió al reconocer su lugar de trabajo, al ver los orígenes del local y descubrir en esa fotografía el germen de lo que sería después el centro de la familia de los González de la Fuente y de Bruno.

Avanzó unas cuantas cartas leyéndolas por encima hasta que llegó a una que le llamó la atención. Era de 1945 y en ella había muchas exclamaciones, muchas frases subrayadas.

Después de todo lo que le he dado, que se junte con estas compañías me preocupa y mucho. He descubierto en el cuarto de Manuel libros sobre Marx, sobre Lenin… Cuando le envié a la recién creada facultad de Económicas no imaginé que pudiera meterse en problemas. Quería que estudiara, que aprendiera los entresijos del negocio, que supiera llevar la tienda de juguetes mucho mejor de lo que nunca sabré yo, con conocimiento, con estudios… ¡Y me sale con esto!

Con lo que tú y yo y tantos otros hemos pasado por esta guerra en un bando y en el contrario me sale con estas tonterías comunistas. ¡Estoy tan preocupado, Marisa!

La carta continuaba dando detalles sobre las malas compañías de Manuel, e Inés sintió un nudo en el estómago al recordar a dónde le habían llevado al padre de Candela todas aquellas ideas y luchas. Y también lo que ella había hecho. No quiso seguir leyendo para no despertar viejos fantasmas.

Dejó que transcurrieran varios años en las misivas y cogió al azar una carta fechada en 1950.

No sabes lo feliz que me hace que lleves siempre el anillo que te regalé tal y como me cuentas en tu anterior carta. Nada más verlo en aquella joyería en Londres me enamoré de él, tenía que ser tuyo, tiene tu fuerza y tu delicadeza.

Ya te conté el viaje la última vez que nos vimos y creo que ha empezado a dar sus frutos. Mi relación con el dueño de Hamleys, la tienda de juguetes de Londres, sigue siendo estrecha e intuyo que esta amistad será beneficiosa en los años venideros.

Siento que no pudieras acompañarme en el viaje, pero entiendo la preocupación por tu hijo. Esa chica de la que hablas, Isabel, ¿verdad?, parece una buena mujer, sabe del trabajo y de la vida y sobre todo me alegro de que José y ella se hayan enamorado.

A veces siento envidia de esas parejas jóvenes que lo tienen todo a favor, la misma ciudad, sin cargas familiares… Con un futuro por delante.

No te pediré más que vengas a Madrid conmigo porque te entiendo, sé que no quieres dejarlo todo, que yo tampoco estoy dispuesto a hacerlo…, pero me gustaría tanto poder pasar cada uno de los días de mi vida contigo…

Inés sonrió emocionada al leer los nombres de sus padres en aquella carta mientras jugaba con el anillo de su *amama* entre sus dedos. Era como observar por una cerradura mágica un pasado remoto donde ella no había podido estar, pero que en cierto modo le pertenecía porque el germen de su propia familia estaba ahí, latente.

Avanzó varias cartas hasta llegar a una datada en el año en el que sus padres se marcharon a Madrid. La intuición le decía que la verdad de su salida de Bilbao estaba entre esas letras y tenía relación con don Emilio de alguna manera, claramente no podía tratarse de una casualidad. Y las propias palabras de su jefe le dieron la razón.

Junio, 1953

No te preocupes. Yo me encargo de todo, como bien te dije en nuestra breve conversación telefónica.

¿Qué tienen nuestros hijos, esta nueva generación, que solo quieren problemas y no son capaces de disfrutar de la paz que tantos muertos se llevó por delante?

Manuel, aparentemente, está más calmado, mi nieto Bruno es su nueva pasión y no me extraña, es un niño dulce pero terriblemente despierto que adora que le cuente historias que me invento solo para él. No era consciente de que tener nietos fuera algo tan diferente a tener hijos. Hay una conexión especial, un cariño genuino, como si mi mundo y el de este pequeño estuvieran conectados de alguna manera.

Podría estar hablando de mi único nieto eternamente y olvido el verdadero propósito de esta carta, que no es otro que tranquilizarte.

José tiene que salir de ahí y yo tengo la solución. La portería de mi edificio ha quedado vacía y el puesto de portero, vacante. Los anteriores inquilinos eran ya muy mayores, no tenían hijos y finalmente se han vuelto al pueblo para pasar sus últimos años. Tengo cierto prestigio en esta comunidad y les he convencido para que admitan a José con Isabel y el pequeño o pequeña que está en camino. Debes alejarle de ahí, del trabajo en Altos Hornos, de los problemas… Eso no pude acabar bien.

Les estoy esperando con los brazos abiertos, nadie sabrá nunca, ni siquiera Manuel, el motivo de su contratación, solo yo conozco la verdadera historia y jamás saldrá una palabra de mis labios.

Los espero.

Siempre tuyo.

EMILIO

Inés entendió que don Emilio y su propia *amama* habían sido los artífices de que ella naciera en una ciudad distinta a toda su familia, que ella fuera de Madrid y no de Bilbao, como lo habían sido las generaciones anteriores. En la carta no quedaba claro el motivo real de la huida, pero ella necesitaba saberlo. Su padre aún no había llegado, pero en cuanto lo viera le preguntaría qué hizo para que toda la vida de su familia cambiara de rumbo repentinamente.

David detuvo la moto en la calle Topete del barrio de Tetuán, un lugar en el que ella no había estado nunca. Candela se bajó un poco cohibida. Era muy diferente al lugar en el que ella vivía, a pesar de pertenecer a la misma ciudad, y se sintió completamente fuera de lugar. Aquel barrio le era muy ajeno, las casas bajas de dos alturas, casi todas distintas, como si las hubieran construido con sus propias

manos los habitantes del barrio; los niños jugaban a la pelota a su alrededor y las niñas a la cuerda, acompañadas de canciones que ella reconocía de su infancia. A un lado, un grupo de mujeres sentadas en sillas charlaban en un corro y se reían con grandes carcajadas. Una hacía punto, otra cosía unos calcetines y otras dos limpiaban judías verdes con un cuchillito mientras mantenían una conversación animada.

—Hola, italianito —le saludó un hombre con un palillo en la boca, recostado contra una pared.

El chico le sonrió.

—Buenas tardes, Manolo, ¿qué tal su mujer?

—Allí la tienes, a la fresca —dijo señalando al grupo de mujeres en las que Candela se había fijado al llegar.

De entre ellas, una se dirigió de nuevo al chico.

—David, dile a tu madre que le paso luego un poco de guiso que he hecho para mañana —le gritó.

—Vale —le contestó él, para después coger a Candela de la mano y llevarla con determinación por la calle empedrada, a pesar de saberse el centro de atención de un barrio en el que todos se conocían—. Mi casa es la tercera.

Las mujeres que charlaban miraron de reojo esas manos entrelazadas, la ropa de la chica, la forma de andar… y concluyeron que Candela no era uno de ellos. Mantuvieron el silencio, pero sintió sus ojos centrados en ella mientras avanzaban.

Le llamó la atención la vida en la calle, cómo las puertas de las casas estaban abiertas en su mayoría, las familias entraban y salían sin protocolo, conversaban aquí y allá, los niños jugaban a pesar de ser bastante tarde y de que al día siguiente tuvieran colegio, había

un murmullo constante y muy pocos coches que solo se escuchaban a lo lejos, como si aquel fuera un reducto de convivencia fuera de un Madrid siempre llevado por las prisas. Sintió que quizá aquellas personas estaban menos solas de lo que ella había estado siempre.

—Es aquí —le dijo David, delante de una puerta también abierta que daba acceso a una casa humilde, pequeña, pero de la que se desprendía un cálido olor a hogar, y sobre todo a deliciosa comida.

Una radio se escuchaba ininterrumpidamente, proveniente de alguna vivienda. Una escalera daba paso al piso superior, donde tras una puerta semientornada les llegó la voz de una mujer que entonaba una canción desconocida con un fuerte acento, muy parecido al de David.

—Mi madre siempre canta mientras cocina. —El chico puso los ojos en blanco, un poco cohibido pero lleno de ternura.

Candela sonrió y pensó que ella jamás había visto cocinar a su madre y mucho menos cantar. Solo Pepa hacía esas cosas en su casa, y siempre encerrada en su reducto privado dedicado al servicio.

David se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio y ella asintió, expectante. El chico entró sigilosamente en la cocina, donde su madre amasaba algo en la encimera, vestida con una bata ajada por el uso sobre la que llevaba un delantal de flores y un trapo en el hombro, el pelo castaño recogido y unas zapatillas de un fuerte color rojo muy usadas. Se creía sola y cantaba y bailaba como si nadie la observara ante la antigua cocina de carbón. Candela no pudo evitar sonreír mientras David se acercaba a ella y la asustaba dándole un abrazo por la espalda y manchándole la nariz con un poco de harina de lo que estaba cocinando.

—*Sei un diavoletto!* —exclamó la mujer, y le dio un golpe cariñoso en el brazo entre risas.

—*Mamma, voglio presentarti una persona: lei è Candela.*

La mujer se detuvo inmediatamente sorprendida y se giró para mirarla. Se limpió las manos, impresionada, incluso se atusó el cabello sujeto en un moño con coquetería y algo de apuro. Después se acercó a Candela con una sonrisa y, aunque dudó un segundo, enseguida la abrazó.

—Eres preciosa, *ragazzina* —le dijo, encantada de conocerla por fin.

—Gracias —contestó la chica, sonriente—, usted también.

—Bobadas —exclamó mientras hacía un gesto con la mano para quitarle importancia—. Cuando era joven, sí, pero ahora…

—Ahora estás mejor que nunca —la interrumpió David, zalamero.

A su madre le emocionó el comentario y lo besó, cariñosa.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó el chico mientras se acercaba a la encimera.

—Tortellini. ¿Os quedáis a cenar? —preguntó esperanzada.

David interrogó a Candela con una mirada y esta asintió con un gesto de la cabeza.

—*Perfetto!*

José se acercó a la habitación que había sido de Marisa ya bien entrada la noche, al darse cuenta de que se veía luz por debajo de la puerta. Encontró a Inés sentada en la cama, rodeada de papeles y con lágrimas en los ojos. Se preocupó inmediatamente.

—Hija, ¿estás bien? —dijo, para después sentarse a su lado, aunque guardando una cierta distancia.

—He encontrado esto de *amama* —le dijo, y le tendió una carta manuscrita.

José se deshizo de la *txapela* que uno de sus antiguos compañeros le había regalado mientras echaban una partida de mus, como en los viejos tiempos, y asió con las manos el papel que su hija le tendía. Ante él, con la letra clara de don Emilio, aparecía revelada la verdad que tantas veces había imaginado. Desde niño recordaba la atención entre su madre y aquel soldado llegado de Madrid que se hospedó un tiempo con ellos, pero que, incluso cuando fue destinado lejos de Bilbao, encontraba cualquier excusa para volver y pasar una temporada en la casa de huéspedes. Además, fue gracias a él por lo que empezaron su nueva vida en Madrid, una nueva vida que, aunque fue dura al principio, no se arrepentía ni un solo segundo de haber comenzado.

—Siempre lo sospeché —dijo asintiendo el hombre, con emoción en la voz—. Sabía de su amistad, pero, como jamás confirmaron nada, creí que se había quedado precisamente en eso. Ahora entiendo que mi madre le pidiera ayuda y él se la concediera.

—Nunca me lo habíais contado, creía que la marcha a Madrid fue simplemente una forma de buscar un cambio en vuestra vida, de mejorar la situación, pero en las cartas se habla de que tuviste algún problema en la fábrica donde trabajabas, aunque no dice cuál.

José negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Ojalá no hubiésemos tenido que marcharnos tan abruptamente, éramos felices aquí. No me malinterpretes, ahora siento que pertenezco a esa ciudad caótica que es Madrid, pero los primeros

años fueron complicados, no conocíamos a nadie, tu madre estaba embarazada y nuestro único contacto con la ciudad era don Emilio, un hombre muy alejado en su posición de la que tenía que ser nuestra vida.

—¿Qué ocurrió en Bilbao? —insistió Inés, con la intención de tender un puente hacia su padre y hacia su propio pasado.

—Yo trabajaba en Altos Hornos y me junté con quien no debía, al menos, si lo que quería era llevar una vida tranquila junto a mi mujer embarazada.

Inés observaba a su padre sincerarse y veía una nueva luz en él, algo que no le había reconocido hasta ahora, como si de repente se hubiera roto una barrera imperturbable, al menos ante ella.

—Nunca he tenido grandes convicciones políticas, pero en aquella época sí que sufríamos las consecuencias de haber perdido la guerra y de que fusilaran a tu *aitite* durante los años de la contienda. Parecía quedar muy lejos, pero no era así. *Amama* Marisa intentó luchar contra el estigma de ser quienes éramos con uñas y dientes, pero en una huelga encubierta, que por supuesto estaban prohibidas igual que ahora, para protestar por las condiciones laborales que teníamos, me detuvieron y la situación se hizo insostenible. El negocio de la casa de huéspedes empezaba a resentirse por mi culpa, Bilbao siempre ha sido una ciudad pequeña y enseguida se corrió la voz, caían las reservas y, cuando me liberaron, tu madre y tu *amama* se sentaron frente a mí y me dijeron que se había acabado, que ellas no estaban dispuestas a ser mujer y madre de un preso, de un muerto incluso, y que tenían un plan.

—Ir a Madrid y empezar de cero —terminó Inés la historia, y su padre asintió antes de continuar.

—Don Emilio nos ayudó, nos dio un trabajo y una casa, sin preguntar, al menos a nosotros, aunque ahora supongo que mi madre le tenía bien al corriente de todo lo que había pasado —le explicó José con la mirada clavada en las cartas y en la nostalgia—. ¿Las has leído?

Inés asintió con una media sonrisa.

—Don Emilio la quería mucho.

José también asintió mientras paseaba la mirada por las letras que hablaban de su madre, de su jefe y de aquel amor que parecía haber atravesado décadas y kilómetros.

—¿Siguieron viéndose durante todos estos años? —preguntó José a su hija.

—En las cartas parece que sí, al menos de vez en cuando, incluso en la última hablan de hacerlo abiertamente por fin, de dejar el trabajo, de jubilarse y vivir lo que tenían planeado desde el principio.

—Si es así, qué pena…, don Emilio tiene que estar destrozado —dijo suspirando José, con la mirada clavada en la letra de aquel hombre entre sus manos, con todas las ausencias, las mentiras y las malas decisiones.

—Sí… —corroboró Inés, pensativa—. Creo que lo más correcto es darle las cartas a él, me gustaría hacerlo cuando volvamos, y también el anillo que le regaló a *amama*.

—Por supuesto, son suyas, esta historia le pertenece a él, es justo que la recupere. Pero ¿no prefieres quedarte tú con el anillo?

—No, fue un regalo de su gran amor, debe tenerlo él de vuelta —contestó muy segura—. Aunque sea demasiado tarde —susurró después, emocionada.

—Aunque sea demasiado tarde —repitió José sin apenas voz.

Inés sintió el impulso de acercarse a su padre y abrazarlo, pero no se atrevió.

—¿Qué ocurrirá con la casa de huéspedes? —preguntó mientras recorría la habitación con la mirada.

—Mañana firmaré el traspaso a Dolores y a Eusebio, es lo más lógico y lo que he hablado con tu madre.

—¿No te tienta volver? —se atrevió a preguntar Inés.

—Este ya no es mi sitio —explicó José con la *txapela* entre las manos, aunque visiblemente triste.

—¿Cuándo nos iremos?

—En un par de días.

Inés asintió, apesadumbrada.

—Pero solo después de que hayas visto el mar —le dijo su padre mientras clavaba los ojos en ella con ternura.

Inés sonrió.

Candela se recostó en su silla tras terminar el plato de *tortellini*.

—Estaban buenísimos —le dijo a la madre de David, que inmediatamente dio una palmada, satisfecha.

—¡Lo sabía! Una vez que pruebas la comida italiana, ya no quieres otra cosa —le aseguró entre risas—. Ahora ya no podrás escapar —le dijo, amenazándola.

—Bueno, mamá, no exageres, que a ti bien que te gusta la tortilla de patata.

Giulia se relamió sin reparo al evocar el sabor de ese plato.

—Me encanta.

—A mí también —dijo riendo Candela, para después cruzar una mirada de complicidad con David.

Se sentía en familia, como hacía mucho que no ocurría en su casa, con su padre ausente, su madre presente, pero en su propio mundo y un hermano que incluso cuando estaba apenas paraba por casa. Pero allí las sonrisas eran cálidas, la comida reconfortante y tenía la sensación de encontrarse en un hogar.

Pero entonces se escuchó el sonido de la puerta de entrada al cerrarse y un silencio repentino y turbio llenó la estancia. Giulia se levantó y comenzó a recoger los platos, así como a servir en otro una nueva ración. David agachó la mirada con la mandíbula tensa y jugó con el mantel entre sus dedos. Candela no supo qué decir ni qué hacer con aquel repentino cambio.

El cabeza de familia, Rafael, entró en la cocina y se quedó paralizado al ver a Candela sentada a su mesa. Miró a su hijo con rostro severo. David cogió aire y fingió no amedrentarse mientras dirigía sus ojos a su padre, pero Candela pudo notar un leve temblor en su voz cuando dijo:

—Ella es Candela, ya la conoces de la tienda de juguetes. Es mi novia.

Padre e hijo se retaron con la mirada. Candela no sabía si levantarse, si tenderle la mano al recién llegado o cómo comportarse, porque la tensión era tan sumamente fuerte que nada quedaba del hogar que ella había imaginado minutos antes.

—Este no es su lugar, sácala de aquí —dijo el hombre por fin.

David se levantó de su silla con tal brusquedad que esta cayó al suelo, haciendo que, con el ruido, Giulia se estremeciera en silencio. Y sin embargo no intervino, se quedó temblorosa, de espaldas a la

escena y con la cabeza gacha, como si fuera una mujer completamente distinta a la que bailaba cuando llegaron.

—Candela es mi novia —repitió David, con los puños cerrados y los ojos ardientes.

—Siempre serás un pobre tonto —le golpeó su padre con las palabras.

Candela solo quería marcharse de allí. Se puso de pie apurada y se acercó al chico.

—Vamos, es tarde, por favor —dijo, atajando la discusión.

Durante unos segundos, la tensión sobrevoló aquella cocina que parecía un páramo helado. La chica arrastró a David de la mano hasta la salida.

—Gracias por la cena —susurró con un hilo de voz tembloroso antes de salir.

El chico, al pasar junto a su padre, elevó el pecho en un gesto sutil de enfrentamiento que el hombre estuvo a punto de responder. Solo el plato de su cena golpeando contra la mesa colocado por Giulia impidió que dieran un paso más y se enzarzaran en una pelea.

Una vez fuera, David, con los ojos encendidos y la respiración acelerada, cogió de la mano a Candela y la llevó hasta la moto.

—Tengo que marcharme de aquí —se quejó antes de subirse.

Candela supo que decía la verdad y deseó estar segura de querer irse con él.

Marcela se bajó del taxi frente al Café Gijón con un nudo en el estómago. Hacía mucho tiempo que no salía de su propio refugio o cárcel, es decir, su casa, su misa de tarde y poco más, y estar allí le

hacía temblar todo el cuerpo. Pero acababa de recibir una llamada inusual y urgente desde aquel local, frecuentado por su suegro después del trabajo y al que ella nunca se había acercado.

Un hombre elegantemente vestido de camarero se acercó a ella en la entrada y utilizó un tono bajo para dirigirse a ella.

—Señora, ¿puedo hacer algo por usted?

—He recibido una llamada sobre don Emilio González de la Fuente —susurró con discreción.

El camarero asintió, haciéndose cargo.

—Por aquí —le pidió.

Marcela lo siguió entre la humareda de puros y cigarros concentrada en el ambiente a aquellas horas de la noche, entre risas y conversaciones cruzadas con un fuerte tono masculino, ya que apenas había una o dos mujeres en el local, hasta la última mesa, donde su suegro estaba recostado sobre su propio brazo. Permanecía sentado en uno de aquellos sofás de tapicería granate elegante y algo decadente al mismo tiempo, y tenía muy mal aspecto.

—Le espero aquí, por si necesita ayuda para acompañar al señor hasta el taxi.

—Muchas gracias —le contestó ella, avergonzada.

Se acercó a su suegro y tomó asiento junto a él. Sintió una profunda lástima al verle así, completamente borracho, con el rostro desencajado, los ojos achinados, la mirada perdida, la ropa arrugada y un dolor en la voz que jamás le había conocido.

—Todo está perdido —le susurró con los ojos llorosos—. Ella ha muerto.

—¿Quién? —preguntó Marcela, desconcertada.

—Necesito otra copa —dijo mientras levantaba la mano para llamar la atención del camarero.

—No, no, ya basta, nos vamos a casa…

—Pero… —se quejó don Emilio, hasta que en el rostro de su nuera se dibujó una mueca dura, seria, de quien no admite un no por respuesta, y hacía siglos que no se la veía, así que, dócil, asintió y se puso de pie, dispuesto a seguirla.

El peso de las copas que se había tomado cayó de golpe sobre su estabilidad y creyó que se derrumbaría allí mismo. Tanto Marcela como el camarero le sujetaron discretamente por la cintura, uno a cada lado, y salieron del local para meterse en el mismo taxi en el que ella había llegado.

El nombre de Marisa repiqueteaba en el cerebro de don Emilio una y otra vez y se preguntaba por qué la ausencia, que había sido su compañera en toda la relación, ahora se sentía con mucha más fuerza si en la superficie nada había cambiado.

Marcela no se atrevía a preguntar ni a acercarse a aquel hombre que por primera vez parecía un anciano. A duras penas consiguieron llegar a casa, subir las escaleras y, con la ayuda de Pepa, meterlo en la cama, donde se durmió inmediatamente sin que ninguna de las dos se atreviera a quitarle nada más que los zapatos.

—Ni una palabra de esto a nadie —le advirtió Marcela a la criada cuando cerraron la puerta del dormitorio, que apestaba a alcohol.

—Por supuesto, señora —contestó la mujer, dócil.

Cada una se dirigió en silencio a su cuarto con la intención de olvidar aquella noche y aquella escena.

Dos días después, Inés llegaba con su padre hasta la playa de La Arena en Somorrostro tras un largo trayecto en autobús desde Bilbao. A la mañana siguiente regresaban a Madrid, habían dejado todo cerrado en la casa de huéspedes, llevaban las cartas guardadas y tenían la sensación de dejar atrás una oportunidad perdida, un camino a medio recorrer injustamente terminado.

El día acompañaba, era frío pero soleado. Inés había atisbado la grandeza de aquel mar del que tanto le habló su *amama* desde la ventana del autobús a medida que se acercaban, pero en ningún momento se imaginó cómo era estar frente a él, con las olas rompiendo a lo lejos, la inmensidad azul oscura que casi parecía juntarse con el cielo y el olor, ese olor penetrante, distinto.

—Quiero acercarme —le dijo a su padre cuando ambos pisaron la playa helada.

—Te espero aquí —contestó él.

Inés se quitó los zapatos y se los entregó a José para poder sentir la arena, casi naranja, enredándose en sus dedos. Estaba fría, y todo su cuerpo se estremeció mientras avanzaba por la tremenda explanada hasta llegar a la orilla. Se quedó quieta, totalmente impresionada, y dejó que fuera el propio mar el que se acercara a ella con las olas y le mojara los pies hasta los tobillos. Sonrió, cerró los ojos mientras se dejaba llevar por las sensaciones que le producían y recordó a su *amama* Marisa y todo lo que le había contado de aquel mar frío e ingobernable, que tanto quiso enseñarle siendo niña y que nunca habían tenido oportunidad de compartir. Inés pensó que, por mucho que tardara en volver, esa sensación siempre estaría unida a ella, a su *amama*.

La vuelta a Madrid fue silenciosa y triste, teñida de una sensación de vacío que ninguno supo llenar con palabras, pero sí con recuerdos que se mecían con el traqueteo del tren.

En la estación de llegada, y a pesar del cansancio, Inés preguntó a su padre si le importaba regresar a casa solo.

—Tengo que hablar con… —comenzó a explicar, pero no necesitó decir más. José lo entendió.

—Don Emilio. —Terminó la frase.

Su hija asintió con pesadumbre y ambos se despidieron.

Inés cogió el metro abarrotado hasta la tienda de juguetes. Como un fantasma avanzaba entre los transeúntes ajena al mundo y su continuo avance. Era ya la hora de cerrar, pero algo le decía que su jefe aún estaría en el local. Al llegar allí vio que no se equivocaba. La puerta estaba cerrada ya al público, pero a través del cristal pudo verle en el interior apagando las luces. Llamó a la puerta con los nudillos y don Emilio se giró.

Lo supo. No necesitaron palabras. Abrió con la llave y, sin iluminar el interior, dejó pasar a Inés. Juntos ascendieron la escalera hasta llegar al recién estrenado despacho que aún olía levemente a pintura.

—Lo sabes —dijo en un susurro el hombre una vez dentro.

Inés asintió, sin voz. Apoyó su maleta en la mesa del despacho y la abrió, aunque antes retiró con cuidado el caballito de madera. De allí extrajo las cartas de su abuela, sujetas por una pequeña cuerda que Dolores le dio en Bilbao. Cerró de nuevo y se las tendió a don Emilio, que apenas podía contener las lágrimas, como un tesoro, un secreto compartido y negado al mundo, algo solo suyo, ahora solo de los dos.

—Es usted quien debe tenerlas —dijo Inés con una triste sonrisa.

Don Emilio las cogió con mano temblorosa y las aferró contra su pecho.

Inés recordó en aquel momento el anillo que aún portaba en su dedo, se lo quitó con delicadeza y lo dejó sobre la mesa. El hombre aprovechó ese gesto para acercar su mano y estrechársela con dulzura. Inés le devolvió el gesto con la mirada nublada.

El teléfono sonó de repente y rompió el intenso momento de complicidad que se había creado entre ellos. Don Emilio no quería responder, pero el ruido era tan insistente que casi hacía daño. Inés agarró su maleta y se dirigió a la puerta con la cabeza gacha.

El hombre cogió el auricular solo para que dejara de sonar. La joven ya estaba en la puerta, pero antes de que saliera él la detuvo con sus palabras:

—Inés…

Ella se volvió.

—Gracias —dijo don Emilio.

Inés asintió levemente y se despidió con un gesto de la mano. Después, salió de la habitación con la sensación de haber hecho lo correcto, pero también de haberse despedido una vez más de su *amama* Marisa, de tenerla cada vez más lejos.

Don Emilio, cuando se quedó solo, contestó:

—¿Diga?

Y mientras su interlocutor, un proveedor inoportuno, parloteaba sin descanso, él se sentó en su silla, con el corazón roto y los últimos vestigios de su amor perdido entre las manos.

12

Los meses transcurrieron con cambios muy sutiles que ninguno supo percibir, pero que poco a poco transformaron la relación entre Inés y Candela. Cuando Inés volvió de despedir a Marisa y todo lo que les unía a Bilbao, se encontró con que su amiga no había visitado ni una sola vez a su madre en su ausencia. Solo Pepa se había encargado de ayudar a Isabel con el reposo forzado al que le había obligado el doctor. No dijo nada, quizá debería haberlo hecho, pero siempre que Candela estaba delante se amedrentaba, sentía como que no tenía el derecho a reprocharle su actitud, o al menos no tenía el valor. Al verse, primero le dio un abrazo para consolarla por lo de su abuela, pero después simplemente pasó a hablarle de David y de lo mal que se había portado su padre con ella en un encuentro que habían tenido. Inés sintió que el momento perfecto se había esfumado, que su oportunidad de dar un taconazo en el suelo y plantarle cara a aquella niña caprichosa se había derretido de silencios. Y se limitó a escucharla y asentir, como hacía siempre.

Pero la situación fue empeorando. El trabajo en la tienda de juguetes era cada vez más difícil. El trato que había hecho con don Emilio sobre acudir únicamente por las tardes y así poder atender sus estudios por las mañanas pareció caer en saco roto.

Desde la muerte de Marisa, don Emilio había cambiado, se había convertido en una persona distinta, una sombra de sí mismo, y eso afectaba también a lo que ocurría en la tienda. Cada mañana se levantaba como si fuera una tortura y llegar al trabajo representaba escalar una cordillera entera de ausencias y oportunidades perdidas.

Sabía que no podía confiar en Candela, su nieta seguía con su cabeza loca, seguro que enredada con algún chico, y la mitad de los días se marchaba temprano o llegaba tarde. Solo tenía a Inés. Ella siempre le decía que sí, siempre lo ayudaba cuando se encontraba sin fuerzas, y de alguna manera sentía que aquella pequeña de ojos negros podía leer dentro de él, aunque no se atreviera a decirle nada.

Inés, por su parte, era incapaz de negarle nada porque siempre aparecía el recuerdo de su *amama* y del amor perdido.

Mientras en toda España se cantaba lo de «Las muñecas de Famosa se dirigen al portal» gracias al anuncio de televisión de esa preciosa marca de juguetes, en casa de Inés y Candela el ambiente era muy distinto y estaba teñido de añoranza. Don Emilio envejeció diez años en las Navidades más tristes que pasaron todos. Los Herrera Aguirre sufrían la ausencia real de Marisa, a pesar de la ilusión del embarazo de Isabel. Pero en el piso de arriba los González de la Fuente también vivieron una Navidad lenta y solitaria, con la ausencia de Bruno, que tuvo que quedarse en Londres a trabajar, el terrible estado de ánimo de don Emilio y las escapadas a quién sabía dónde de Candela.

David y ella disfrutaban de cada uno de los segundos que podían robarle a la rutina para emplearlo en quererse, en descubrirse en la piel del otro y sobre todo en soñar con un futuro que cada vez

estaba más cercano. La temporada alta en el Mediterráneo comenzaba en mayo y estaban decididos a dejarlo todo, trasladarse allí y vivir la vida que querían sin que ni la familia de David ni la de Candela les juzgara.

Candela nada había dicho a Inés porque sus dudas seguían encaramadas a sus fingidas sonrisas de seguridad. ¿Estaba realmente dispuesta a dejarlo todo por él? ¿Quería esa vida o era la vida de él? ¿Qué pasaba con ella? ¿Y sus sueños? De alguna manera, creía que, si le contaba algo a su amiga, esta leería todas sus reticencias en su interior. Además, se sentía a años luz de ella desde que había vuelto de Bilbao, como si sus vidas no tuvieran nada que ver, dos desconocidas que una vez fueron amigas pero que cada vez tenían menos que contarse.

—Señorita Herrera, sus innumerables ausencias y la falta de entrega de sus trabajos en prácticamente todas las asignaturas están haciendo muy difícil su continuidad en esta facultad.

El jefe de estudios la miraba desde el otro lado de su mesa en el despacho, con rostro severo y aquel finísimo bigote que se movía arriba y abajo al hablar mientras destrozaba las aspiraciones de Inés con cada palabra.

Tenía razón, había faltado prácticamente a todas las clases por ayudar a su padre, atender a su madre y estar en la tienda de juguetes, apenas había tenido tiempo de ponerse al día con las actividades de cada asignatura y hasta su compañera Carmen empezaba a mirarla con el ceño fruncido cuando, una vez más, le pedía los apuntes.

—Es porque trabajo, tengo que ayudar a mi familia y me cuesta llegar a las clases…

—Entendemos su situación, pero está ocupando una plaza que bien podría pertenecer a una alumna más dispuesta a hacer los sacrificios que su propio futuro requiere.

Inés asintió mientras notaba que los ojos se le llenaban de lágrimas que a duras penas conseguía reprimir.

—Por favor, deme otra oportunidad —rogó, sin saber ella misma si iba a ser capaz de aprovecharla.

—Será la última. Estamos entrando en febrero, si para abril no se pone al día con todo lo que requieren sus estudios, quedará en entredicho su plaza para el curso que viene.

Inés asintió y abandonó aquel despacho con la sensación de que su sueño se le escurría entre los dedos.

Caminó hasta casa como si fuera ajena a lo que ocurría a su alrededor, como si su vida no fuera aquella, sino una que tenía solo dentro de su cabeza y que todo el tiempo se daba de bruces con la realidad.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó José, que barría la acera delante del portal.

—Sí, tranquilo —contestó, fingiendo una sonrisa que distaba mucho de sentir.

—¿Me puedes echar una mano? Hay que preparar la comida y…

—Sí, lo haré y después iré a la tienda de juguetes.

—Gracias, hija —le dijo su padre con cariño, antes de ponerse de nuevo a barrer.

Inés entró en el edificio y sintió que las lágrimas se agolpaban tras sus ojos. No podía entrar en casa hasta que se tranquilizara, pero los

sollozos la ahogaron y se escondió en una esquina de aquel portal que era su casa y también su condena. Necesitaba un segundo, solo un segundo antes de recomponerse y ser la niña buena de siempre, la que decía que sí, la que estaba dispuesta, la que anteponía a todos a sí misma.

—Inés, ¿qué te ocurre?

La voz preocupada de Bruno le cortó la respiración. El chico había conseguido unos días de vacaciones ahora que la temporada navideña había pasado y había vuelto a casa. Bajó las escaleras a toda velocidad al verla llorando de aquella manera. Ni siquiera lo pensó, se acercó y la abrazó. Inés se dejó llevar por la ternura que él demostraba y se desahogó sin escamotearse sentimientos a sí misma, por una vez.

Cuando se tranquilizó levemente entre su piel, elevó la mirada hacia el chico y se encontró con unos ojos tiernos que no dejaban de mirarla, interrogantes.

Bruno no sabía qué le ocurría con aquella casi niña, si él tenía novia, si él era mucho mayor, si él vivía un piso más arriba, lo que en aquel micromundo significaba un universo más arriba, y sin embargo solo pensaba en sus labios, en apartar la tristeza de su rostro y en no soltarla nunca.

No pudo resistirse, la besó apasionadamente y sintió que aquel era el primer beso de verdad que daba en toda su vida.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó don Emilio a su nieto Bruno aquella tarde cuando llegó a la tienda de juguetes.

—No lo sé —dijo él, que después del beso con Inés no podía dejar de mirarla mientras las horas transcurrían en el local.

—¿Lo sabes tú? —le preguntó don Emilio entonces a Inés, que estaba detrás del mostrador.

Ella lo sabía, estaba con David, habían ido a no sabía dónde a hacer no sabía qué sin preguntarle por su reunión con el jefe de estudios, sin preocuparse por si le importaba cubrirla, Candela simplemente lo había dado por hecho.

—No… —Decidió protegerla a pesar de todo.

Don Emilio negó con la cabeza una vez más con la sensación de que debía dar a su nieta por perdida.

—Estaré en mi despacho —les dijo, y se dirigió al fondo de la tienda para subir las escaleras que le llevaban a él.

Cuando se quedaron solos, Bruno miró a Inés, preocupado.

—¿Tú le ves bien? Le noto distinto a la última vez que vine antes de Navidad, está más… triste.

Inés se sorprendió al ver que Bruno sí se había fijado en su abuelo, cosa que Candela no había hecho a pesar de estar teóricamente allí siempre. Pensó en si debía contarle la verdad.

—Me preocupa estar tan lejos de él, le veo… mayor.

Descubrió en el rostro del chico que su inquietud era genuina y no lo dudó un segundo.

—En realidad, ha perdido a alguien —dijo con precaución.

Bruno la miró, sorprendido.

—¿A alguien? ¿A quién?

—Probablemente al amor de su vida —susurró Inés con un hilo emocionado de voz y bastante pudor por hablar con él de aquello después del beso que se habían dado.

Bruno abrió mucho los ojos, sorprendido, pero la campanilla de la entrada que alertaba de la llegada de varios clientes impidió que Inés continuara con la historia.

David conducía demasiado rápido por las calles de Madrid. Candela cerró los ojos aferrada a su espalda mientras sentía que el cuerpo no dejaba de temblarle. Todo había comenzado mal cuando se presentó en la puerta de su casa a primera hora de aquella mañana. Fue Pepa quien le abrió y se quedó boquiabierta al encontrarse a un chico, con un ojo morado y el labio partido, que preguntaba con desesperación por Candela. Su intuición le dijo que era mejor que ni don Emilio ni la señora Marcela se enteraran de aquello. Pidió al recién llegado que esperara fuera y despertó a Candela.

Ella salió a la escalera con cara de dormida y el pelo revuelto, se cubrió con la bata su camisón infantil y le preguntó en un susurro qué hacía allí.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó, preocupada al ver sus heridas.

—Mi padre —contestó él, y apartó la cabeza cuando Candela intentó tocarle—. Vámonos hoy, tú y yo solos, adonde sea.

Candela supo que era un ruego, una necesidad, la de huir de una realidad demasiado pesada y cruel, y asintió.

—Dame cinco minutos, por favor. Espera fuera o José, el portero, te dirá algo.

—Pero…

—Hazme caso —le rogó, mientras le besaba con rapidez en la comisura del labio.

Él esbozó una mueca de dolor, pero finalmente asintió.

Candela volvió dentro y se vistió a toda velocidad con el corazón a punto de salírsele por la boca.

—Pepa, por favor, no digas nada —le pidió a la criada antes de irse.

Ella la observó con el ceño fruncido y cruzada de brazos.

—Te estás metiendo en un lío. No es de tu clase.

—¿Y qué importa eso? —contestó Candela, molesta.

—A tu familia le importará, sobre todo a tu madre.

Sabía que tenía razón, pero no quería discutir en aquel momento y la miró con ojos tiernos para convencerla.

—Pepa, por favor, no digas nada…

La mujer finalmente resopló.

—Está bien, pero no me gusta.

Candela la besó en la mejilla y corrió escaleras abajo. Llamó a la puerta de Inés y ella misma le abrió. Vio en su rostro la sorpresa mezclada con la alegría, porque creía que aquello era una visita, la visita para charlar que llevaba meses prometiéndole. Pero no lo era.

—No puedo ir a la juguetería…

—¿Otra vez? —preguntó Inés, molesta.

—Lo siento, es que David…

—Siempre ese David. ¿Es que no te das cuenta de que vas a terminar mal con ese chico?

A Candela le dolió el comentario de su amiga e instintivamente se puso a la defensiva.

—Que tú seas una especie de monja no significa que yo tenga que serlo.

—¿A qué viene eso? Te cubro siempre, en cada una de tus huidas con ese…

—«Ese», como tú dices, se llama David.

—Me importa bien poco. Me importa que mi jefe de estudios quiere hablar conmigo porque ni voy a clase ni tengo tiempo de hacer los trabajos, que tu abuelo se pasea por el mundo como alma en pena y que mi madre no puede moverse de la cama, por lo que acabo teniendo que hacerlo yo todo. Por no hablar de que mi supuesta mejor amiga no sabe nada de mí y no se digna a echarme una mano ni una sola vez.

Candela sabía que Inés tenía algo de razón, pero estaba viviendo un momento crucial en su vida, se había enamorado, y creía que su amiga estaba llena de envidia, de rencor por no poder estar en su situación. Eso era, puro rencor.

—No sé de qué hablas, mi abuelo está perfectamente, yo no tengo la culpa de que tú siempre quieras ser doña perfecta y hacer todo cuando no tendrías por qué hacerlo, y siento lo de tu madre, pero bien sabes que no es mi problema.

Tras decir esa frase, el silencio se alzó entre las dos como un muro frío, invisible pero tremendamente duro. Algo cambió después de esa conversación. Inés sabía que cubriría a su amiga, pero también que tardaría mucho tiempo en perdonar sus palabras. Cerró la puerta de golpe sin decir nada más.

—Mierda… —susurró Candela cuando se quedó sola.

Sentía lo que había dicho, pero tenía a David esperándola fuera, con las heridas visibles e invisibles de las que en parte se sentía responsable, porque si él era rechazado en casa de los González de la Fuente, o lo sería si alguien supiera de su existencia, ella ya lo era en la familia del chico.

Candela salió a la calle y lo encontró junto a su moto, alternando el apoyarse en la pared con el caminar nervioso por la acera. Se acercó a él y se abrazaron. Sin decir palabra, se subieron a la moto y David enfiló la ciudad sin tregua y sin control.

—¡Ya los tengo! —exclamó Bruno mientras levantaba en sus manos un par de bocadillos de tortilla de patata, que había comprado en un bar dos calles más atrás de la juguetería.

Después de una tarde agotadora en la que no habían dejado de entrar clientes sin descanso, y tras ver cómo don Emilio se marchaba de la tienda sin apenas despedirse, Bruno pidió a Inés que se quedara y que por favor le contara todo.

Y allí estaban, entre Nancys, Barriguitas y Geyperman, con la llave echada, la luz a medio apagar, sentados en un par de sillas infantiles y con una mesita de madera de juguete entre ellos. Inés le contó lo que sabía de su *amama* Marisa y de don Emilio y por qué creía que se encontraba tan triste.

—Estaba a punto de tenerlo todo y lo ha perdido —asintió Bruno, dándose perfecta cuenta de lo que sufría su abuelo sin que absolutamente nadie lo supiera.

Inés dio un mordisco a su bocadillo con los recuerdos de su *amama* muy presentes.

—Por eso está tan desanimado. Desatiende los pedidos, no abre las cartas y hace meses que no aparece a tratar con los clientes en la tienda. Desde que ocurrió… —le explicó al chico.

—¿Y quién hace todo eso? —preguntó Bruno, extrañado.

Ella agachó la mirada y puso cara de circunstancias.

—¿Lo haces todo tú sola? —Abrió mucho los ojos, sorprendido.

Inés se encogió de hombros.

—En teoría, Candela también… —Quiso quitarse importancia, pero él sabía la verdad y resopló con ironía.

—Tú y yo sabemos que Candela está más fuera que dentro, que anda metida en alguna historia con un chico y que eso siempre será más importante para ella que cualquier otra cosa, incluida su familia, el negocio y parece que la amistad.

Inés permaneció en silencio sin querer darle la razón, aunque la tuviera. Bruno alargó la mano y le rozó el rostro.

—Siempre tienes que hacerlo todo tú sola… —susurró entre admirado y enternecido.

Inés levantó la mirada y la clavó en aquellos ojos oscuros que tanto la hacían sentir. Bruno la besó y, poco a poco, el beso tierno y dulce que iniciaron se transformó en un apasionado momento que ninguno de los dos supo cómo controlar. Descendieron al suelo entre caricias. Inés sentía el roce de las yemas de los dedos de Bruno sobre su vientre, avanzando hacia su pecho, suavemente, con cuidado y firmeza al mismo tiempo. Contuvo el aliento mientras respiraba en su oído, deslizaba su mano por la espalda de él y se estremecía con la posibilidad de sentirlo, de estar piel con piel, sin impedimentos, sin preguntas.

Bruno murmuró su nombre con ansiedad, como si no quisiera dejar escapar la posibilidad de tenerla, como si lo atenazara el miedo de perder en un instante todo lo que aquel suelo, aquel momento, podía darle, algo que nunca había tenido, perder el control, perder la capacidad de pensar, estar en el aquí y el ahora, escapar de uno mismo y vivir al mismo tiempo más presente que nunca.

—Bruno… —susurró ella en su oído, y el chico creyó que no lo soportaría, que aquello sería el final o un principio desconocido.

Deslizó sus dedos bajo el sujetador de Inés y rozó su pezón firme, dispuesto a él. La miró a los ojos y ella también lo miró. Bruno sintió las palabras brotar de su interior, indomables. Iba a decir «te quiero», su cuerpo se lo pedía, cada centímetro de su piel, y sin embargo, cuando llegó a su boca, se detuvo y no dijo nada. Todo lo contrario, se apartó de ella jadeando, con el corazón casi roto por la culpabilidad, por las mentiras, por quien lo esperaba y a quien había prometido volver.

—Lo siento, no puedo… —susurró antes de coger su chaqueta y salir apresuradamente de la tienda.

Inés lo observó atónita marcharse en la oscuridad, como un ladrón, un asesino que huía de la policía, un traidor. Un sollozo se ahogó en su garganta. Se cubrió el rostro con angustia y dejó que las lágrimas resbalaran por su rostro, derrotada.

Iban demasiado rápido, se lo susurró a David al oído una y otra vez, pero él no la escuchaba. La moto avanzaba entre las luces de la ciudad como si no estuvieran allí, mientras sorteaban coches, personas, semáforos. David no parecía él mismo, sumido en unos pensamientos que lo alejaban de la cordura. A pesar de llevar prácticamente todo el día hablando, no se había conseguido tranquilizar, sino todo lo contrario. Cuando, ya de noche, volvieron a subirse a la moto, él parecía otro, enajenado, circulaba cada vez más rápido, cada vez más ajeno a la realidad.

En aquel momento, uno cualquiera, porque Candela hacía tiempo que había cerrado los ojos por el miedo, algo se interpuso en su camino. David giró con brusquedad y perdió el control de la moto. Comenzaron a dar vueltas en el aire. Candela se sintió tremendamente liviana, como una pluma, como una brisa que movía su pelo mientras caía, ya sin David, ya sin moto, ella sola flotando en el aire, como una estrella. Se preguntó si ese sería el momento de su muerte.

Candela sentía segundos antes, aferrada al cuerpo de David, que aquello iba a pasar, era demasiado rápido, demasiado descuidado, estaba demasiado necesitado de huir.

El chico le contó que su padre le había prohibido aquella mañana volver a verla, él se había reído con desdén. Al fin y al cabo, no era la primera vez que lo hacía; Candela se había vuelto tema recurrente en las conversaciones entre padre e hijo ante la falsa indiferencia de su madre, escondida en un rincón. Él se negó una vez más, su padre se acercó y le golpeó, el único idioma que parecía entender, pero esta vez su hijo le devolvió el golpe. Y lo que todas las anteriores veces había sido un monólogo esta vez fue una conversación de heridas que se les fue de las manos. Cuando David se marchó, Rafael yacía en el suelo, inconsciente, sangraba, quizá tenía la nariz rota, pero no le importaba, porque él solo quería salir de allí, desaparecer en los brazos de Candela.

A ella, sin embargo, sí que le dolió el choque contra la acera. Primero no, primero fue como si el tiempo se detuviera de repente, su vuelo en el aire, la sensación de muerte, el vértigo. Todo se detuvo. Y de repente llegó el dolor. David corrió a ayudarla, tenía la cara ensangrentada, con los ojos desorbitados, aterido de miedo

porque a ella le hubiera pasado algo grave. Pero Candela no podía tranquilizarlo. Yacía en el suelo, inmóvil, asustada, no se atrevía a hablar.

Otra cabeza se asomó junto a la de David sobre ella. Lo vio a él, al hombre cuervo, las luces de un coche patrulla de la policía, su mirada aterradora, su frialdad y esa sonrisa de pura satisfacción al reconocerla. Candela cerró los ojos creyendo que había muerto y que desde luego estaba en el infierno.

—Solo déjenme saber cómo está —rogaba David en la sala de urgencias, con las manos esposadas a la espalda y la angustia aferrada a su voz.

Ignacio López miró a su compañero del coche patrulla y asintió, aunque se quedó apartado. Este último le llevó a trompicones hasta el *box* donde curaban a Candela. El médico los vio llegar y con seriedad explicó:

—La paciente está bien, tiene múltiples contusiones, pero nada roto, se recuperará, aunque le convendría permanecer en reposo los próximos días y sentirá bastante dolor.

—David —susurró la chica mientras le tendía la mano para que se la estrechara.

Solo entonces se dio cuenta de que el chico no podía responder a su gesto porque estaba esposado.

—¿Por qué se lo llevan? ¿Estás bien? —le preguntó a David, al mismo tiempo que trataba de incorporarse para inmediatamente soltar un quejido de dolor por las contusiones.

—Estoy bien, tranquila… —dijo él, pero el policía ya lo empujaba para sacarlo de allí.

—¡¿Dónde lo llevan?! —gritó Candela, pero nadie respondió.

El médico, incómodo por la situación, cerró la cortina y le pidió a Candela que se tumbara o no podría terminar su trabajo.

Inés cerró los ojos solo un segundo. Estaba sentada a la mesa de su salón comedor y dormitorio, con los libros delante, para intentar ponerse al día tal y como le había pedido el jefe de estudios, pero al mismo tiempo estaba tan cansada… Lo ocurrido con Bruno la había terminado por destrozar y, aunque el centrarse en las materias *a priori* parecía una buena idea, el cansancio acumulado del día se agolpó en su espalda y finalmente apoyó su cabeza en la mano y se dijo que solo descansaría cinco minutos, nada más.

—Hija, ¿por qué no te vas a la cama? —la despertó su madre una hora después con un beso en la frente.

—No puedo, tengo que estudiar —contestó Inés, desperezándose —. Además, ¿qué haces levantada?

—Quería ir al baño… otra vez —se disculpó su madre mientras se acariciaba su ya notable barriga.

—Pues haberme avisado para que te acompañara.

—Ay, hija, es que no soporto ser un estorbo todo el tiempo. Te estoy dando muchísimo trabajo…

Inés valoró la posibilidad de contarle la verdad, de decirle que no llegaba a los estudios, que no llegaba al trabajo, que estaba a punto de derrumbarse y que, encima, el chico del que estaba enamorada, Bruno, era imposible, que él no quería estar con ella y que sentía

que únicamente le gustaría recostarse en la cama y dormir, dormir sin estar en ese mundo que a veces le resultaba tan complicado.

—No te preocupes, pronto nacerá el niño o la niña y todo será diferente —dijo, sin embargo.

Isabel asintió mientras colocaba su mano protectora sobre la de Inés, para que la acercara a su barriga y notara los movimientos del feto.

—Ya no queda nada… —dijo suspirando con ilusión mientras las dos sonreían con las enérgicas patadas.

—En un mes nos cansaremos de escuchar sus lloros por la noche —bromeó Inés.

Su madre asintió con ternura y besó en la frente a su hija mayor.

—Qué haría yo sin ti.

Inés trató de no emocionarse con las palabras de Isabel.

—Intenta dormir algo, ¿de acuerdo? No te quedes despierta toda la noche —le pidió antes de marcharse al dormitorio.

Ella se lo prometió, pero, cuando volvió a quedarse sola con todos aquellos libros y cuadernos abiertos, sintió que le faltaba el aire.

Candela hacía esfuerzos por contener las lágrimas por el dolor que le recorría todo el cuerpo mientras trataba de levantarse de la camilla. Necesitaba ver qué había ocurrido con David, dónde estaba y si estaba bien.

De repente, las cortinas que rodeaban su cama se abrieron de golpe. Candela se quedó paralizada al ver a aquel hombre, el hombre cuervo que recordaba de pequeña, el que se llevó a su padre y que durante un tiempo hizo guardia y aparecía en su portal

o en la tienda de juguetes frente a ella, y que ahora la miraba con los ojos encendidos de rabia.

—Mira a quién tenemos aquí.

Candela intentó levantarse de la cama donde se encontraba y salir de allí, pero él se lo impidió agarrándola fuerte del brazo mientras cerraba la cortina de nuevo y los aislaba del exterior.

—¿Dónde crees que vas? Gracias a tu padre ahora tengo que encargarme del tráfico y me parece que tu novio ha incumplido unas cuantas normas de seguridad.

—Déjele en paz —le contestó Candela con odio y valentía.

—Tranquila, si paga un módico precio no tendrá que ir a la cárcel.

La chica abrió mucho los ojos, horrorizada.

—¿La cárcel?

—Tan ingenua como tu padre. Conducción temeraria, un chico que además está denunciado por su propio padre por agresión… Incluso podría añadir algún delito sobre sus niveles de alcohol… Cuando quiero soy muy imaginativo —le dijo con una sonrisa perversa.

—Pero él no había bebido… —se quejó indignada Candela con mucha menos seguridad.

—¿Crees que me creerán a mí o a él?

Candela estuvo a punto de echarse a llorar. Aquello tenía que ser una pesadilla.

—¿Qué quiere? —dijo por fin.

—A tu padre.

La chica abrió mucho los ojos, sorprendida.

—No sé dónde está, se marchó hace diez años y no le he vuelto a ver…

El hombre sopesó observando su rostro si decía la verdad.

—Entonces no podré hacer nada por tu chico… —comenzó a decir mientras se dirigía a la cortina.

—Por favor —rogó Candela, y le sujetó de la manga del traje de policía—, le daré dinero, todo el que quiera…

—Eso ya me gusta más… —contestó, satisfecho—. Muy bien, niña, pronto continuaremos con esta conversación, pero como descubra que tienes el más mínimo contacto con tu padre no habrá ningún trato.

—No sé nada de él, si usted lo encuentra me lo hace saber, que yo también tendría que decirle algunas palabras —le espetó, encendida.

—Más te vale… Por cierto, saluda a aquella pequeña, tu amiga, Inés, y dile que no pude darle las gracias por su chivatazo, gracias a ella estuvimos a punto de pillar a tu padre, se nos escapó por poco… —dijo con una sonrisa antes de marcharse.

Candela lo miró horrorizada al darse cuenta de que su amiga fue la pequeña traidora por cuya culpa había perdido a su padre. Y lo peor de todo es que jamás se lo había confesado.

Dos horas más tarde, Candela llegó a casa completamente devastada. Había tenido que esperar a un taxi para que le sacara del hospital porque no estaba preparada para enfrentarse a su familia. Tenía que trazar un plan. A medida que pasaba el tiempo, se encontraba cada vez peor. Le dolían los diferentes golpes, pero más le dolía pensar en David en una cárcel. La rabia le palpitaba en cada poro de piel al recordar la conversación con aquel hombre, con el Cuervo y su chantaje. Sentía que la historia se repetía, como con su padre, y que estaba a punto de perder a David, igual que le pasó

con él. Tenía que hacer algo, tenía que pedir ayuda a su familia, aunque eso supusiera contarles la verdad. Estaba dispuesta a hacerlo, a aceptar las consecuencias, solo por poder ayudarlo. Era la única salida.

Entró en casa con su propia llave cuando ya amanecía.

—¿Dónde estabas? —le salió a recibir Marcela, en bata, con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

Pero en cuanto se fijó en su rostro, en las heridas y magulladuras después del accidente, cambió completamente de actitud y se acercó para examinarlas, agobiada.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha ocurrido? —preguntaba mientras le miraba cada centímetro de piel y la llevaba al salón para que se sentara.

—Tranquila, no es nada grave, solo estoy dolorida —le intentó explicar Candela, dejándose hacer.

Bruno se despertó por el ruido y salió al salón al escuchar las voces a aquellas horas de la madrugada.

—¿Qué está pasando aquí?

—Tu hermana ha tenido un accidente, viene del hospital —le respondió su madre, alarmada.

—Estoy bien, de verdad, en el hospital me han curado, no tengo nada roto y aunque parece aparatoso mejorará con un poco de tiempo.

—Menos mal —se tranquilizó Marcela con un suspiro—, pero ¿en qué coche ibas? ¿Con quién estabas? Seguro que algún chico… —le reprobó con el ceño fruncido.

—Algo sí —contestó Candela mientras bajaba la mirada, con el corazón acelerado por saber que había llegado la hora de la verdad y

que no les iba a gustar nada.

Empezó por hablarles de David, de que lo quería, para después contarles la relación conflictiva que el chico mantenía con su padre, el accidente de aquella noche y, sobre todo, el hombre cuervo y lo que le había pedido para poder ayudarlo.

—Otra vez ese hombre no, por favor… —susurró Marcela con lágrimas en los ojos.

—Eso es mucho dinero, Candela —le dijo su hermano, preocupado mientras caminaba arriba y abajo por la habitación.

—Lo sé, pero tenemos que ayudar a David, no se merece estar ahí. Además, sé que ese hombre no nos dejará en paz hasta que consiga lo que quiere. No podemos entregarle a papá porque desconocemos dónde está y solo conseguiremos aplacarlo con dinero.

—Hablaré con el abuelo —susurró Bruno, cabizbajo.

Marcela apenas había dicho nada hasta aquel momento, permanecía con el ceño fruncido y sumida en unas cavilaciones que Candela temía porque le recordaban a la madre autoritaria del pasado. Se levantó, con los ojos incendiados y la voz firme que habían olvidado y se dirigió a su hija.

—Te ayudaremos con ese chico —comenzó a decir con frialdad.

—Gracias —susurró Candela emocionada, y se acercó a su madre para abrazarla en un impulso.

Pero Marcela la detuvo con un seco gesto de la mano.

—Pero no volverás a verle.

—¿Cómo? —preguntó Candela, confundida.

—La condición que pongo para que saquemos de la cárcel a ese delincuente que casi te mata es que no vuelvas a verle y que su

nombre no se mencione de nuevo en esta casa. Tú te irás con tu hermano a Londres y él seguirá con su vida de pintor, de cocinero o de lo que le dé la gana, pero mi hija no terminará con un don nadie en un chiringuito de la playa, ¿me has entendido?

—Mamá… —quiso intervenir Bruno, pensando en su propia vida, en cambiar a su novia de Londres por la hija del portero, en ser él el protagonista de aquella terrible conversación.

—Es mi trato, lo tomas o lo dejas —le dijo a su hija.

Candela sentía cómo las lágrimas corrían por su rostro con dolor, con rabia y también con frustración, porque no tenía más opciones, porque abandonar a David en la cárcel no era ni siquiera imaginable y porque era injusto que por fin pusieran sobre la mesa la carta de Londres y solo con aquel enorme sacrificio.

Miró a su madre y finalmente dijo:

—De acuerdo.

Y todo el odio se instaló al fondo de sus ojos para siempre.

Aquella mañana, Inés salió de casa con apenas una hora de sueño. Tenía que acudir a las clases tal y como había prometido y se había propuesto conseguirlo, aunque le costara la salud. Pero cuando abrió la puerta, sentada en la escalera, se encontró a una Candela con muy mal aspecto. Tenía el rostro lleno de heridas, pero, además, los ojos hinchados. Era obvio que había estado llorando.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Inés, olvidando su enfado y la discusión que habían tenido mientras se acercaba a ella, preocupada.

Candela, al verla, se levantó de la escalera con los ojos incendiados y puso distancia entre ellas.

—Eres una traidora —dijo con sequedad.

Inés no se lo esperaba y se quedó paralizada.

—¿Qué estás diciendo, Candela? —preguntó insegura.

—Tu amigo, el hombre cuervo, te envía saludos —le explicó entonces su amiga con todo el rencor acumulado en su voz—. ¿Cómo pudiste traicionar así a mi padre, y cómo has podido mantenerte callada todos estos años? Me das asco.

Inés sintió cómo su mundo se venía abajo, como si hubiese sido un castillo de naipes destrozado por una ráfaga de viento. Sabía que aquel momento llegaría, pero siempre había guardado una pequeña esperanza en su interior que le hacía creer que Candela jamás lo descubriría. Se equivocaba.

—Era solo una niña, tenía ocho años —se disculpó con la voz entrecortada y sin mucha convicción.

—Han pasado diez y en ningún momento has intentado contármelo —le echó en cara Candela.

Inés agachó la cabeza llena de culpabilidad, con las lágrimas que le recorrían el rostro sin descanso.

—Lo siento mucho —susurró, impotente.

—Nunca vuelvas a hablarme, nunca vuelvas a ni siquiera dirigirme una mirada, en toda tu vida, no quiero saber nada más de ti —le espetó su amiga con la voz helada.

—Candela, por favor…

La chica se giró y se dirigió escaleras arriba sin volverse siquiera una sola vez. Cuando Inés escuchó el golpe de la puerta al cerrarse,

se flexionó sobre sí misma para ahogar los sollozos que le dolían como heridas abiertas.

Un mes después de aquella conversación, la situación entre Candela e Inés no había mejorado lo más mínimo. No se hablaban más allá de lo estrictamente necesario incluso cuando trabajaban juntas. Don Emilio había intentado mediar entre ellas, confuso por la situación, pero Candela no le había permitido siquiera un ligero acercamiento y, cuando los demás preguntaban el motivo de todo aquello, solo encontraban silencio. Podía habérselo contado, la habrían entendido, pero sentía que no ganaba nada con ello, que solo conseguiría abrir viejas heridas ya suficientemente abiertas con la reaparición de aquel hombre cuervo que en el fondo nunca se había ido.

Los trámites para entregarle el dinero al policía y que él sacara a David de la cárcel habían durado un tiempo. Pero finalmente, aquella tarde de finales de marzo, el chico saldría por fin en libertad y el Cuervo recibiría el sobre de dinero que esperaba.

Bruno le había puesto al corriente a su abuelo de todo lo ocurrido y le pidió que cuidara de su nieta, porque él debía volver a Londres y preparar su llegada. Don Emilio le dijo que no lo dudara y acompañó a Candela a hacer la entrega solo después de comprobar que la orden de libertad que les habían facilitado era verdadera y no un truco de aquel hombre del que no se fiaban.

Se reunieron en una cafetería del centro, un lugar anodino lleno de turistas en el que nadie los había visto nunca y nadie les volvería a ver jamás. Emilio y su nieta se sentaron a una mesa y aguardaron en silencio a que el hombre apareciera. Apenas tardó diez minutos

en hacerlo. No se saludaron, solo se miraron, retadores, sobre todo los dos hombres cuyas rencillas en ningún momento habían sido saldadas.

—Espero no volver a verte nunca —le dijo Emilio después de tenderle el sobre que él guardó con discreción.

—Nunca digas de esta agua no beberé… —soltó el Cuervo con una sonrisa socarrona antes de desaparecer.

Después salió del local dejando un halo de silencio y dolor en aquella mesa sumida en el pasado.

Bruno había vuelto a Londres para preparar la llegada de su hermana y reencontrarse con la que era su pareja, Pilar. No se despidió de Inés, no le dijo que se marchaba, no soportaba pensar en aquella noche, en cómo la había abandonado sin más en la tienda de juguetes. Se sentía ridículo y sumamente injusto. Pero había ganado el miedo y el sentido común, ya lo había visto con la situación de Candela. Era mejor así.

—Te he echado de menos —le susurró Pilar al despertarse junto a él en su cama del apartamento de Londres, que pronto compartiría con Candela.

—Y yo a ti —dijo Bruno, y la sonrisa le costó tanto que pensó que ella lo notaría, pero no lo hizo.

—Voy a preparar el desayuno a mi futuro marido —dijo la chica con sorna mientras se levantaba.

Bruno casi no pudo respirar al escuchar aquello. Cerró los ojos con fuerza cuando se quedó solo e intentó imaginar que era Inés quien

pronunciaba esas mismas palabras. Solo entonces sintió que el aire volvía a sus pulmones.

Candela esperaba en la puerta de la cárcel de Carabanchel a que David saliera. Había llegado en un taxi al que había pedido que aguardara un poco alejado de la entrada. Caminaba de un lado a otro, nerviosa por comprobar que el Cuervo había cumplido su palabra y sobre todo por tener que hacer lo que iba a hacer. Estaba a punto de derrumbarse, pero respiró hondo para controlar la angustia mientras fumaba un cigarro tras otro.

David salió de allí veinte minutos después y cruzó una mirada con Candela a lo lejos. Solo entonces sonrió. Estaba más delgado, bastante más, a pesar de que solo habían pasado tres semanas desde la última vez que se vieron. Pero ella sintió el mismo vuelco en el estómago que había sentido desde el primer momento que le vio en la tienda de juguetes.

Cuando estuvieron delante el uno del otro, se abrazaron con fuerza, casi con desesperación.

—Cuánto te he echado de menos… —le susurró él al oído.

Candela sintió que no podría hacerlo, que moriría. Pero tomó aire y se separó de él.

—Me voy, David.

El chico no entendió nada.

—¿A dónde? —preguntó extrañado.

—A Londres, con mi hermano, a trabajar en la juguetería, en Hamleys.

—Pero…

—Es el trato que hice con mi familia… —quiso explicarle Candela con los ojos llenos de lágrimas, pero se le quebró la voz y no pudo seguir.

David trató de entender y solo después de unos segundos se dio cuenta de lo que ocurría.

—A cambio de sacarme de la cárcel… —dijo él en un susurro.

Candela no pudo más que asentir con la cabeza entre sollozos. El chico no sabía qué decir, cómo responder a aquello, el gesto de ella representaba su libertad y su condena al mismo tiempo.

—No puedes irte… —intentó decir con un hilo de voz desesperado.

La chica sacó de su bolso un sobre.

—Es todo lo que tengo —le dijo mientras se lo metía en el bolsillo —, te ayudará a empezar en ese pueblo del Mediterráneo.

—Candela, no, ¿qué dices? No quiero ir allí sin ti.

El chico trató de devolverle el sobre, pero ella se lo impidió poniendo su mano sobre la de él. Después lo abrazó y le susurró al oído:

—No voy a olvidarte nunca.

Dicho esto, Candela se soltó de David y corrió hasta el taxi. Se alejó de él para siempre.

Aquella noche, Isabel comenzó con contracciones y al cabo de unas horas los tres se fueron al hospital en un taxi en plena madrugada. Al amanecer, en un día lluvioso y gris de finales de marzo, una preciosa niña de pelo oscuro llegó al mundo y a la familia Herrera Aguirre. Inés, José e Isabel miraban a aquella recién nacida con la

emoción de las cosas buenas, de la vida que de repente se abría camino cuando nadie lo esperaba.

—Se llamará Luz, porque es lo que va a traer a esta familia —les dijo Isabel con voz firme mientras jugaba con el dedo de su pequeña entre los suyos y la abrazaba fuerte.

José besó a su mujer con agradecimiento. Inés sonrió a la pequeña hermana que había venido al mundo para ser inmensamente querida.

Al mismo tiempo, Candela se subió a un avión rumbo a Londres sin despedirse de su madre, dedicándole solo un leve gesto a su abuelo en el umbral de la casa y sin mirar atrás a aquella ciudad, en la que dejaba parte de sí misma en manos de David, pero también mucho rencor y ausencia. Cerró los ojos sentada en el asiento cuando el vuelo iba a comenzar, con un cigarro encendido y mucha angustia por todo lo ocurrido. Intentó pensar en Londres, en lo que viviría, en el futuro, pero no pudo, solo fue consciente de que estaba más sola que nunca.

TERCERA PARTE

MADRID

14 de junio de 1977

13

Candela ascendió los peldaños de las escalerillas del avión aferrada a la barandilla y con la respiración acelerada. Era la primera vez en cuatro años que se acercaba siquiera al aeropuerto que una vez la trajo hasta Londres. Pero la que subía cada escalón no era la misma persona que entonces, otra vida, otros motivos, otra Candela caminaba con paso tembloroso hacia el interior. Aquella ciudad, tan fría en apariencia, se había convertido sin embargo en un refugio, en un lugar repleto de posibilidades en el que por fin se había sentido segura, sin la presión de ser una decepción continua para todo el mundo, lejos de esa mirada resignada que siempre tenía su familia al referirse a ella, como si no tuviera remedio, como si no fuera capaz de enmendar una vida que en realidad no había hecho más que comenzar.

Después de tomar asiento y colocarse el cinturón como les pedía la azafata, cerró los ojos e inspiró varias veces. Necesitaba tranquilizarse, y no precisamente porque tuviera miedo a volar, tenía miedo a volver, a reencontrarse con una vida que se había empeñado en sepultar tras miles de kilómetros, tenía miedo al dolor de que nada hubiese cambiado y al mismo tiempo a que fuera diferente.

Minutos más tarde, cuando el avión ya había despegado, y en cuanto lo permitió el personal de vuelo, encendió un cigarro y fijó su mirada más allá de la ventana. Londres se alejaba y, con la ciudad, todo lo que había vivido en los últimos años. No quería dejar la ciudad, ni reencontrarse con su familia a la que, exceptuando a Bruno, que también vivió en la ciudad hasta un año antes, no había vuelto a ver. Candela nunca llegó a hablar con su madre, ni siquiera le cogió el teléfono a su abuelo más que en contadas ocasiones, demasiado rencor acumulado. Y ahora le dolía pensar que fuera tarde.

El día anterior había hablado con su hermano y este le había puesto al corriente de los últimos acontecimientos familiares, que no eran precisamente esperanzadores. Acababan de ingresar a su abuelo en el hospital, al parecer tenía un tumor cerebral con metástasis, una enfermedad que habían pasado por alto y que avanzó en el cuerpo del hombre sin piedad y en silencio. Candela esperaba llegar a tiempo de despedirse, aunque si era sincera ignoraba qué podría decirle en el momento en el que lo tuviera delante. Quizá solo pronunciaría una disculpa por no haberle cogido el teléfono durante aquellos años, por haberlo relegado al olvido, como tantas cosas de su ciudad, o puede que el peso de la ausencia fuera demasiado fuerte y lo viera como a un desconocido. Al fin y al cabo, se subió a un avión cuatro años atrás como una niña y volvía como una mujer completamente distinta, una que se propuso olvidar y que lo consiguió a fuerza de negarse a sí misma la nostalgia.

Inés se acercó temerosa a la cama del hospital donde yacía don Emilio. Su cuerpo apenas se asemejaba a una sombra de lo que había sido. En pocos días se convirtió en piel y huesos, en un ser ajeno al hombre fuerte y lleno de seguridad que había conocido desde niña y al que había llegado a apreciar enormemente. Pero don Emilio ya casi nunca estaba despierto y los médicos pensaban que su fallecimiento era inminente, cuestión de días, incluso una semana sonaba demasiado para él en aquel momento.

—¿Cómo no nos dimos cuenta? —se lamentó Bruno a su lado, hundido.

Esa era la pregunta que más se habían hecho en las últimas horas, cómo habían podido pasar por alto los síntomas, los despistes, las lagunas y esas migrañas que lo dejaban postrado durante horas y que achacaron al estrés y a la edad. Después la falta de apetito, la delgadez… Le instaron para que fuera al médico a hacerse un chequeo, pero don Emilio se negaba, quizá temía lo que le dijeran o quizá nunca se imaginó que pudiera ocurrirle algo así. Solo eran especulaciones, en realidad no lo sabían, pero llegaban tarde. De repente un día se desmayó y ya no volvió a despertarse más que en periodos muy cortos de tiempo. Y era mejor así, al menos se aseguraban de que él no estaba sufriendo.

Inés se aproximó a Bruno y le cogió de la mano con fuerza. Él le respondió aferrándose a ella una vez más. Sufría al verlo así, su desconsuelo, su impotencia y todas aquellas preguntas ya inútiles que se hacía día y noche. Ambos estaban muy unidos a don Emilio y habían vivido los últimos acontecimientos inundados por el desconsuelo.

—Menos mal que estás aquí —susurró el chico para después girarse y abrazarla.

—No querría estar en ningún otro lugar. —Le acarició el rostro con ternura.

Se miraron a los ojos con una sonrisa triste y resignada.

Hasta que escucharon crujir la puerta de la habitación, lo que provocó que se separaran inmediatamente como habían aprendido a hacer desde que mantenían una relación clandestina hacía ya varios meses.

—¿Aún estás aquí, Inés? Anda, vete a casa, que es tarde —le dijo Marcela con el tono que usaba habitualmente con Pepa, José o cualquiera que ella considerara un empleado, es decir, firme pero con condescendencia.

—Sí, me voy —contestó ella mientras cogía su bolso, acostumbrada—. Si necesitáis algo… —dijo antes de salir, aunque su mirada se dirigió únicamente a Bruno.

Le dieron las gracias, madre e hijo al unísono, mientras negaban con un gesto de la cabeza. Inés entonces se despidió y salió de la habitación sigilosamente, con todo el respeto que la situación merecía.

—Esta chica es una joya… Tan trabajadora… Aunque no creo que se case nunca, demasiado…, no sé…, ¿buena?, ¿servicial? —comentó Marcela cuando se quedaron solos mientras se dejaba caer en la única butaca de la habitación.

Su hijo sintió cómo le invadía la ira al escuchar las palabras despectivas de su madre hacia la mujer de la que se había enamorado. Odiaba que ni siquiera la considerara una posibilidad para él, alguien digno de querer, sino solo una muy buena

empleada, como si el hecho de serlo la incapacitara para sentir o vivir y mucho menos para formar parte de una relación a su lado. Bruno la quería, más de lo que había querido nunca a nadie, pero, si era completamente sincero consigo mismo, no tenía ni idea de cómo iba a encajar en su vida.

—¿Estás bien? —le preguntó Marcela, extrañada por su silencio—. Pareces enfadado.

—No, solo cansado —contestó él con desgana. Lo último que le apetecía era tener una discusión con su madre.

—Lo imagino —dijo, pero no había ni un ápice de comprensión o ternura en su voz—. ¿Has hablado con tu hermana?

—Sí, está de camino.

—Me parece una falta de respeto que no haya querido quedarse en casa —comentó con desagrado Marcela—, que una hija prefiera irse a un hotel después de no ver a su madre en cuatro años es una vergüenza.

Bruno, tras escuchar las continuas quejas de su madre sobre Candela, ya no pudo más.

—Lo que es una vergüenza es que una madre abandone a su hija y se niegue a verla ni una sola vez en casi cinco años.

—Ella tampoco ha venido —se defendió con el ceño fruncido.

—Tú la echaste —respondió Bruno, harto de tener una y mil veces aquella conversación, tanto con Marcela como con su hermana, aunque desde puntos de vista distintos. Y él siempre en el medio de todos los enfrentamientos.

—Solo velé por su futuro, nada más. ¿Acaso crees que tenía algún sentido que anduviera con aquel chico sin oficio ni beneficio? Seguro

que ya no se acuerda ni de su nombre. En el fondo le hice un favor, aunque sea tan egoísta que no sepa agradecérmelo.

Bruno estuvo a punto de rebatirle sus palabras, pero se sintió agotado, además, cada una de sus explicaciones rebotaban contra la burbuja en la que vivía su madre llena de reproches y sin una pizca de autocrítica.

—Voy a por un café, ¿quieres algo? —preguntó solo por salir de allí y respirar una atmósfera menos viciada que la que envolvía a Marcela.

—No, gracias.

Solo cuando estuvo en el pasillo, Bruno se sintió tranquilo de nuevo.

Candela dejó su equipaje en la habitación 207 del hotel Trafalgar. Respiró aliviada al cerrar la puerta y alejarse de la mirada inquisitiva del recepcionista que, aunque intentara disimular tras una careta de fingida amabilidad, le había preguntado si se alojaba con su marido y, al contestarle que no, hasta dudó entre darle la habitación o no.

—¿Qué hace una joven sola en un hotel de Madrid? —le preguntó el hombre sin dignarse a darle la llave, jugando con ella en la mano como si Candela tuviera que pasar algún tipo de prueba para entrar en el establecimiento.

Había olvidado lo diferentes que eran las cosas entre Londres y España. Sí, Franco había muerto, la modernidad parecía estar a la vuelta de la esquina, pero estaba claro que aún no lo suficientemente cerca por muchas elecciones que se celebraran al día siguiente.

—Vengo a visitar a mi familia porque mi abuelo se está muriendo —le contestó de malas formas para zanjar la conversación.

Pero el recepcionista no se dio por vencido en su afán por defender una supuesta moralidad preconcebida.

—Solo le advierto de que aquí no se permiten hombres…

—¡Por favor! —exclamó Candela, indignándose—. ¡Le estoy diciendo que va a fallecer un familiar y me trata de esta manera! ¿Puede llamar al encargado? Quiero poner una queja sobre usted y el trato que me está dispensando.

Solo después de su amenaza, el recepcionista pareció amedrentado y en silencio le tendió la llave con el ceño fruncido. Candela se la arrebató de las manos.

—Gracias —le espetó con desdén antes de coger su maleta y dirigirse al interior.

Por eso se acababa de sentar en la cama y había soltado un suspiro de alivio que, sin embargo, le duró muy poco. Era consciente de que esta había sido la parte fácil, lo complicado venía ahora, es decir, ir al hospital, reencontrarse con su familia y, sobre todo, despedirse de su abuelo.

Inés entró en el portal de Cardenal Cisneros y solo escuchar la risa de la pequeña Luz en su casa la hizo respirar aliviada. Ya había cumplido los cuatro años y se había convertido en el centro de la vida de los Herrera Aguirre. Vivaz, alegre y, sobre todo, muy querida, transformó las rutinas, las vivencias y los recuerdos de aquel trío que no se creía la suerte que habían tenido cuando nadie la esperaba.

Nada más abrir la puerta del apartamento, la niña se abalanzó sobre su hermana para decirle muy seria:

—Seguro que tú lo sabes porque papá y mamá no se enteran.

Inés miró a sus padres extrañada mientras ellos intentaban ocultar una sonrisa.

—Mañana son las elecciones, ¿verdad? —preguntó Luz.

La recién llegada asintió, intrigada, dejó su bolso y se quitó los zapatos.

—Y es el momento de votar —insistió la pequeña.

Inés volvió a asentir, deseosa de saber a dónde quería ir a parar.

—¡Pues es que entonces hay que llevar una pelota!

José, Isabel e Inés se miraron un segundo y después rompieron a reír con complicidad, mientras la niña los observaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados para dejar bien claro que todo aquello no le gustaba nada.

—¡No sé por qué os reís!

—Explícaselo tú porque a nosotros no nos hace caso —le pidió su madre mientras le servía un plato de sopa en el que era su sitio en la mesa del pequeño comedor.

—Anda, ven.

Cogió a su hermana de la mano y le dijo que se sentara a su lado. Después, pidió permiso a su padre con un gesto para utilizar el periódico que estaba sobre la mesa y este accedió acercándoselo. Con el bolígrafo que José había utilizado para el crucigrama, escribió las palabras «votar» y «botar».

—Mira, las dos se leen igual, pero significan cosas muy diferentes. «Votar» con «v» es lo que vamos a hacer mañana por primera vez en muchísimos años y se trata de meter un papelito con un nombre

en una urna y así elegir quién mandará en España los próximos años. Y «botar» con «b» es botar la pelota, que es lo que tú querías hacer.

—Pues mi amiga Gloria no tiene ni idea, me lo dijo ella —se defendió la niña, algo avergonzada.

—No pasa nada, le sacas de su error cuando la veas, ¿de acuerdo?

—¿Y no podrías venir tú a explicárselo? Nunca me hace caso y tú eres muy buena profesora.

Nada más pronunciar esas inocentes palabras, se hizo un incómodo silencio entre los adultos de la habitación. Inés no tuvo más remedio que dejar los estudios cuando nació su hermana, para ayudar en casa y para trabajar, otra vez a jornada completa, porque necesitaban más ingresos y no había suficientes manos útiles que pudieran encargarse del día a día. Pero vivía aquel abandono como un fracaso y la culpabilidad en los ojos de sus padres por haberla puesto en esa situación de renuncia no ayudaba con los silencios. Ella se consolaba diciendo que la vida era así cuando la nostalgia la atacaba por las noches, algunos sueños se cumplían y otros no, y esta vez Inés no tuvo más remedio que renunciar al suyo.

—Seguro que tú también podrás explicárselo —dijo para destensar el ambiente—. Pero tendrá que ser el jueves porque mañana no hay clase.

—¿Podré ir contigo a «votar» con «v»? —Luz la miró con cara de súplica.

—Iremos todos juntos —interrumpió José, al mismo tiempo que dedicaba una mirada a su familia, orgulloso de poder decir aquello, aunque con cierto miedo a lo que pudiera ocurrir después.

Eran muchos años de silencios y secretos y, aunque el dictador había muerto hacía dos, se respiraba aún una prudencia indefinida ante aquella modernidad, aquella nueva democracia, porque temían que no durara y todo volviera a ser como había sido durante la larga dictadura del caudillo, algo entendible, ya que el Gobierno era prácticamente el mismo que antes de su muerte y de las pocas cosas que habían variado era que España se había convertido en una monarquía. Los rostros eran prácticamente los mismos y por lo tanto la prudencia también.

—Todo irá bien —le dijo Isabel, consciente de lo que su marido estaba pensando.

—Lo sé —contestó él, para aparentar una seguridad que no tenía claro si era completamente real.

Candela cerró la puerta de la habitación del hotel con un nudo en el estómago que no se deshizo con el golpe, sino que no hizo más que aumentar a cada paso en aquel pasillo solitario. Se había cambiado de ropa, el vestido que traía era muy corto, muy colorido, demasiado para su ciudad y sobre todo para ir al hospital. Aunque en Londres la minifalda fuera de lo más común, se sentía más expuesta allí. Además, ya había comprobado que las botas altas, que en la ciudad inglesa eran casi imprescindibles por el tiempo cambiante, en Madrid resultaban asfixiantes aquel mes de junio. El calor ya apretaba en la ciudad. O quizá fuera ella la que no podía respirar.

Al bajar a la recepción del hotel, procuró ocultarse del hombre que la había atendido antes y lo logró gracias a que estaba con una pareja recién llegada, a la que seguro que no ponía tantas pegas.

Salió a la calle y miró a su alrededor en busca de un taxi. Solo tuvo que esperar unos cinco minutos, enseguida levantó la mano para captar la atención de uno que pasaba por aquella calle con la luz verde.

—Al Hospital de la Paz —dijo al conductor nada más sentarse.

Este se puso en marcha. En la radio no había otro tema que las elecciones del día siguiente. Comentaban los puntos a favor y en contra de los candidatos: Adolfo Suárez, Felipe González, Manuel Fraga y Santiago Carrillo.

—Mira que ahora los rojos puedan ser presidentes del Gobierno… —comentó el taxista con la intención de entablar conversación.

Pero Candela permaneció en silencio, incómoda. Miró por la ventana para dejar claro que no quería hablar de política ni de nada más y le vino a la cabeza su padre. Se preguntó qué habría pensado el día que el Partido Comunista fue legalizado, si se habría alegrado, si lo habría celebrado allá donde estuviera o si aquellas ideas de su juventud ya estarían olvidadas. Y como siempre le ocurría cuando Manuel le invadía el pensamiento, lo siguiente que pensó fue que quizá estaba muerto. Ya no sentía la angustia del principio cuando lo recordaba, después de tantos años había conseguido adormecer los sentimientos; de hecho, tenía tantas ausencias que llorar en Londres que la más antigua desapareció.

Observó por la ventanilla mientras avanzaban a través de aquella ciudad que parecía haber despertado del letargo de una dictadura y que tímidamente asomaba la cabeza. Carteles relacionados con las elecciones llenaban las paredes de su ciudad de un color inusitado y ponían de manifiesto que las cosas iban a cambiar, que quizá no llegaba la revolución así de pronto, pero sí la libertad. Quiso forzarse

a sí misma a pensar en esto, pero apenas lo consiguió unos segundos. Candela suspiró resignada, con la mirada fija en cada uno de los hombres con los que se cruzaban en el trayecto. Los que se detenían en los semáforos, los que conducían las motos que circulaban a su alrededor, los que trabajaban en las calles de la ciudad… y en ellos lo buscaba a él, a David. Cuatro años eran muchos años y muchas vidas. Había tenido otros hombres, pero ninguno se quedó el tiempo suficiente como para dejar huella, porque ella no lo permitió, porque el recuerdo de la última vez que vio al chico medio italiano a la salida de la cárcel aún perduraba en su retina y en su piel. Era consciente de que lo más probable fuera que se hubiera marchado al Mediterráneo, a cumplir su sueño, y que jamás volvería a verlo, pero pisar las mismas aceras que una vez recorrieron juntos la llenaba de ansiedad, de esperanza y de recuerdos.

—Hemos llegado —le anunció el taxista minutos después en la puerta del hospital.

Candela abrió su bolso y le pagó lo que pedía. Después salió del vehículo y se dirigió al interior del edificio con el corazón latiéndole con fuerza. Anochecía y no había dicho ni siquiera a Bruno a qué hora llegaba su vuelo, así que no sabía con quién podría coincidir en la habitación de don Emilio. Lo que sí sabía era dónde encontrarlo, porque su hermano le había dado todas las indicaciones, es decir, la planta, el número de habitación…

Después de preguntar a un par de enfermeras cómo llegar hasta allí, logró situarse delante de la puerta, pero no abrió, no fue capaz, le temblaba todo el cuerpo. Cogió aire una y otra vez. Había llegado el momento, y no iba a ser fácil. Intentó tranquilizarse sin

conseguirlo. No podía quedarse allí eternamente, así que con angustia o sin ella debía dar el paso. Presionó la manilla y al otro lado se encontró una habitación prácticamente a oscuras, con solo una luz iluminando la zona de la cama y un sofá donde una persona miraba una revista.

—¡Pepa! —exclamó Candela con una sonrisa al darse cuenta de que era la criada quien estaba con su abuelo.

—¡Candela! —contestó ella mientras se ponía de pie y caminaba hacia la recién llegada para abrazarla—. Está muy cambiada, guapísima, toda una mujer—le dijo mientras la observaba con una sonrisa orgullosa.

Ella le devolvió el abrazo con un inmenso cariño, pero enseguida la mirada de ambas se ensombreció al observar al enfermo en la cama.

—No parece él… —susurró Candela con la voz quebrada, aún aferrada a la mujer.

—Es cierto —asintió Pepa con pena.

La recién llegada se acercó a la cama y observó al hombre convertido en una sombra esquelética de su abuelo. No lo reconocía, era como estar delante de otra persona y, sin embargo, sabía que debía hacerse a la idea de que don Emilio se ocultaba en él y era todo lo que le quedaba de sus recuerdos. Observó sus manos y con suavidad y algo de miedo estrechó una de ellas, inerte. Estaba frío, con la piel seca, nudoso el tacto, y Candela se estremeció con la barbilla temblorosa. Sin embargo, decidió no soltarlo.

—Les dejo solos un momento —indicó la criada al ver que la chica se emocionaba.

—Gracias —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Pepa salió de la habitación discretamente. Una vez que estuvieron solos, Candela se acercó más a su abuelo y susurró:

—Abuelo, soy yo… Candela, tu nieta.

Don Emilio pareció moverse inquieto en la cama, pero ni siquiera abrió los ojos. Sin embargo, su mano se aferró a la de su nieta y tiró muy levemente de ella para que se acercara. O quizá era solo lo que Candela quería creer.

Se agachó para colocarse muy próxima al rostro de su abuelo.

—¿Qué ocurre? Soy yo, abuelo, he vuelto para verte. Sé que he tardado mucho, pero…

El hombre apretó su mano más fuerte y susurró algo que ella no pudo escuchar. Se acercó aún más y el enfermo repitió:

—Manuel…

Candela sintió que el estómago le daba un vuelco. El corazón se le rompió al darse cuenta de que su abuelo dedicaba sus últimos pensamientos a su padre, al que, estaba segura, había añorado como nadie, aunque nunca se hubiera desahogado con ninguno de ellos. Al fin y al cabo, era su hijo.

—Manuel… —volvió a rogar con un hilo de voz apenas perceptible.

Su nieta lo besó en la frente con ternura e impotencia y se sintió aliviada cuando don Emilio cerró los ojos y se quedó dormido de nuevo.

—Pero ¿por qué tienes que pasar por la tienda de juguetes si hoy es festivo? —le preguntó Marcela a Bruno a la mañana siguiente, mientras este se tomaba un café rápido sin sentarse a la gran mesa del comedor.

—Lo sé, pero olvidé terminar unos albaranes que tienen que estar mañana a primera hora, va a ser solo un segundo —contestó el chico con evasivas antes de besar a su madre en la frente y salir a toda velocidad para evitar más preguntas.

Cuando iba a atravesar la puerta se encontró con Pepa, que llegaba del hospital con el rostro cansado y cabizbaja. Habían acordado que ella pasaría las noches junto a don Emilio, después descansaría unas horas en casa por la mañana y empezaría su trabajo más tarde.

—¿Cómo está el abuelo? —le preguntó el chico al verla.

—Igual —comentó Pepa, encogiéndose de hombros.

Bruno asintió en silencio, apesadumbrado.

—Candela ha estado conmigo toda la noche —le informó Pepa con un hilo de voz, porque sabía el impacto que sus palabras iban a tener en la familia.

—Así que ya ha llegado —susurró el chico con una sonrisa.

Marcela, en el comedor, fingió no haber escuchado nada, aunque sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Sin embargo, no dijo una sola palabra, dio un sorbo a su café y se sumergió en las voces de la radio que comentaban la esperada jornada electoral que estaba a punto de comenzar en todo el país.

—¿Te hacen trabajar hoy? —preguntó Isabel con el ceño fruncido mientras intentaba que Luz se tomara el desayuno.

—Mamá… No me gusta la leche… —se quejó la niña.

—Solo un poquito, que es muy buena para ti, para que crezcas fuerte —insistía su madre—, y bébete rápido el zumo de naranja,

que se le van las vitaminas.

—Volveré para la hora de comer. Solo tengo que recoger un poco, que ayer fui al hospital a ver a don Emilio y no tuve tiempo y no quiero que mañana se encuentre Bruno todo hecho un desastre —se excusó Inés mientras les daba un beso en la frente a su hermana y a su madre.

Isabel recogió su taza para llevarla a la cocina y, en cuanto salió de la habitación, Inés cogió el tazón de leche de su hermana y le dio un gran sorbo para que así le quedara menos para terminar. Luz aplaudió en silencio encantada y disimuló en cuanto su madre volvió con ellas.

—¡Hasta luego! —les dijo Inés, y guiñó un ojo a su hermana pequeña.

—¡Muy bien, ya casi no te queda nada de leche! —exclamó contenta Isabel al darse cuenta de que el vaso estaba medio vacío.

Luz e Inés intercambiaron una sonrisa de complicidad antes de que esta cerrara la puerta.

Candela abrió los ojos y un fuerte dolor de espalda le hizo esbozar una mueca silenciosa. Tenía la sensación de no haber descansado nada desde que llegó del hospital hacía unas cuatro horas. La luz de la mañana entraba con fuerza a través de las cortinas del hotel. Se recolocó la almohada en la cabeza para intentar recuperar el sueño, pero estaba inquieta y no lograba encontrar una postura. Después de dar varias vueltas, se convenció de que ya no volvería a dormirse.

Ver a su abuelo, y sobre todo en aquel estado, había sido un duro golpe. Candela sintió el peso de todos los años sin hablarse, de las

Navidades en casa de amigos, de todos esos recuerdos que había perdido por cabezonería, por rencor. Su abuelo sí había intentado ponerse en contacto con ella, todo lo contrario que su madre, pero solo había accedido a breves conversaciones por teléfono, incómodas, frías, en las que se decían poco precisamente para no decir demasiado. Y ahora se arrepentía. Al fin y al cabo, él no hizo más que intentar ayudarla, poner el dinero para sacar a David de la cárcel y apoyar a su madre en su decisión de que se marchara a Londres. Sin él, su apoyo económico y sus contactos jamás habría tenido la oportunidad de trabajar en Hamleys, la tienda de juguetes más grande que había visto nunca y la más importante de Inglaterra, ni de labrarse una vida en la ciudad.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras se giraba en la cama para dar la espalda al sol que entraba inoportuno por la ventana.

Pronto todo terminaría, pronto su abuelo fallecería y la tienda de juguetes sería para su hermano y para ella, a falta de saber nada de su padre. Candela se preguntó qué quería hacer, si estaba dispuesta a abandonar Londres e instalarse en Madrid de nuevo para ocuparse del negocio familiar o si aún no estaba preparada para dejar de esconderse. Se preguntó si eso era lo que quería, dónde viviría, porque se negaba a compartir techo con Marcela y su traición, su orgullo y su abandono. Se buscaría algo, quizá Bruno la ayudara…

Podría dejarle el negocio a su hermano y quedarse en Londres, decir adiós definitivamente a una vida que ya no estaba segura de que le perteneciera. Ahora tenía un horario cómodo, compartía piso y disfrutaba de la noche de Londres en Camden o el Soho, lugares aún a años luz de lo que se podía encontrar en Madrid, estaba

segura. Pero inmediatamente venía a su mente el recuerdo de ella misma, de pequeña, mientras observaba la tienda de juguetes y le contaba a Inés que algún día aquello sería suyo.

Suspiró angustiada. Su mente vagó por todos los momentos que había compartido con su antigua amiga, los de su infancia y también los últimos, aquella terrible discusión, su traición. Con el tiempo, la rabia se había matizado, entendía que aquel hombre cuervo la hubiera manipulado siendo una niña, al fin y al cabo, también lo hizo con ella provocando todo lo que ocurrió después con Londres y con David…, pero lo que no lograba perdonar eran los años de silencio, el que no se lo hubiera contado nunca y la hubiese escuchado sufrir por su padre sin confesarle la verdad.

Jamás había hablado con Bruno de ella, ni siquiera durante los años que vivieron juntos en Londres, no sabía si continuaba trabajando en la tienda de juguetes o si habría acabado sus estudios y estaría rodeada de un montón de niños en algún colegio convertida en la maestra que siempre había soñado. De alguna manera, Inés se había erigido en uno más de los temas tabú de su pasado y la había relegado a un rincón oscuro de su mente al que no se permitía acceder.

Candela se incorporó en la cama, harta de dar vueltas sobre el duro colchón. El estómago le rugió con fuerza porque la noche anterior no había cenado y ya era bien entrada la mañana. Decidió secarse las lágrimas, ducharse y salir a comer algo antes de volver al hospital junto a su abuelo.

Inés no tuvo ni que sacar la llave para abrir la puerta de la tienda de juguetes, porque Bruno la interceptó desde dentro, cogió su mano y dejó el cartel de CERRADO bien visible al exterior.

—Me moría de ganas de verte —le susurró mientras la besaba en el cuello, exactamente en el lugar que a ella más le gustaba.

Bruno la condujo entre caricias hasta el despacho en el primer piso, donde la sentó sobre la mesa, levantó su falda y comenzó a recorrerla al mismo tiempo que Inés jadeaba sin palabras y con infinito deseo.

Cuando minutos después lo sintió dentro de ella, se abrazó a él con intensidad mientras se miraban a los ojos en esa conexión inexplicable y arrolladora que sentían.

—Te quiero —le susurró el chico sin ningún tipo de reparo.

—Te quiero —le contestó ella sin apenas voz.

Así eran sus encuentros, intensos, breves, desesperados y al mismo tiempo sinceros y tiernos. Todo había comenzado después de que Bruno se instalara de nuevo en Madrid, hacía ya unos ocho meses, casi un año.

El chico volvía a casa para escapar de su compromiso con Pilar, que se había roto de la peor manera. Lo había llevado demasiado lejos, había hecho daño a aquella chica con quien se suponía que iba a compartir su futuro, pero a medida que se acercaba la fecha de la boda Bruno dejó de dormir, dejó de comer, y ni siquiera podía mirarla. Una noche que no tuvo nada de especial, por fin fue capaz de decirle que no quería continuar con ella, que no quería casarse y que volvía a Madrid. Pilar por supuesto no se lo tomó bien, lloró, gritó, rompió todo lo que encontró a su paso en aquel piso que Bruno compartía con Candela y después se sumió en un derrotado

silencio. Solo la intervención de su hermana logró que la situación se calmara. Llevó a Pilar a casa de sus padres y aconsejó a Bruno que volviera a la tienda de juguetes de la familia y pusiera distancia con la situación.

Él obedeció, se plantó en Madrid y, en cuanto vio a Inés entrar por la puerta de la tienda el primer día que trabajaron juntos, lo supo, tuvo claro que había vuelto por ella y que no se marcharía nunca de su lado. El resto fue cuestión de tiempo, miradas y sonrisas de soslayo hasta que llegó el primer beso una noche antes de cerrar y con él todo lo demás.

Se vistieron entre risas para después abrazarse con calma.

—¿Cómo estás? —le preguntó Inés refiriéndose a su abuelo.

El chico se encogió de hombros, resignado.

—Supongo que solo trato de hacerme a la idea —dijo mientras se sentaba en la mesa junto a ella.

Ambos eran conscientes de que dentro de poco él o su hermana, o quizá los dos, ocuparían aquel despacho y empezarían una época nueva en la tienda de juguetes y en sus vidas.

—¿Qué voy a hacer con todo esto? —se preguntó Bruno—. El abuelo apenas me dejaba acercarme aquí, al despacho y a la parte de gestión de la empresa, ahora sospecho que para que no me diera cuenta de su deterioro…

—Probablemente él fuera más consciente que nosotros de lo que le ocurría.

—Y el orgullo no le dejó pedir ayuda.

Inés asintió con lástima.

—Podrás con ello. Tienes experiencia de Londres y has vivido toda tu vida entre estas paredes, lo lograrás.

Bruno no le contestó, cogió su mano y comenzó a jugar con los dedos de Inés entre los suyos.

—Candela ha vuelto —dijo entonces con una mueca prudente. Sabía lo que aquello podía implicar para Inés.

La chica sintió que el corazón se le detenía un segundo. Se soltó de Bruno y se puso de pie, nerviosa.

—Seguirá odiándome por lo de tu padre.

Cuando comenzaron a tener una relación clandestina, pero íntima en todos los sentidos, Inés había sido completamente sincera con él y le había contado lo ocurrido siendo niña con el hombre cuervo y su silencio posterior. Se negaba a que le ocurriera con él lo mismo que con Candela, había aprendido de sus errores y prefirió presentarse con toda su verdad imperfecta y culpable.

—Volveréis a ser amigas —afirmó Bruno con seguridad.

Inés lo miró con una ceja levantada.

—Lo dudo mucho.

El chico la atrajo hacia él y la abrazó de nuevo.

—¿Cuándo vais a acercaros a votar? —le preguntó para cambiar de tema mientras se sumergía en el olor de su pelo y de su cuerpo.

—A mediodía.

—¿Podría ir con vosotros?

—Claro —le contestó ella—, estate atento al momento en que salgamos de casa y bajas de la tuya, así el encuentro parecerá casual. Yo misma te invitaré a venir.

Bruno asintió, aunque los dos se miraron con la carga de las mentiras que tenían que contar a todo el mundo para justificar que estaban juntos.

Candela abrió la puerta de la habitación de su abuelo con cautela. Sabía que no se iba a encontrar a Pepa al otro lado, estaría Bruno o, si tenía mala suerte, su madre. Respiró profundamente para tranquilizarse y, después de avisar con un par de golpes, presionó la manilla y entró.

No se había equivocado, Marcela permanecía junto a la ventana y entonces se volvió para verla. Estaba muy distinta a la última vez que estuvieron juntas, había recuperado de alguna manera la fuerza que ostentaba cuando era niña, su dureza. Estaba más delgada, más arrugas surcaban su rostro igual de enjuto que siempre, pero su mirada era fría de nuevo, sin rastro de vulnerabilidad.

—Candela… —dijo con firmeza.

No había nostalgia en sus ojos, ni arrepentimiento, ni siquiera un leve resto de debilidad o ternura. Era la madre que movía los hilos de su infancia y que terminó de un plumazo con su adolescencia cuatro años atrás.

—Hola, mamá —dijo seria mientras entraba en la habitación y cerraba la puerta tras ella.

Ninguna de las dos hizo amago de acercarse a la otra, ajenas a las muestras de afecto desde siempre. Candela, incómoda, se dirigió sin embargo a la cama y besó a su abuelo en la frente. Notó al acercarse que su respiración era débil y su rostro se había tornado todavía más anguloso.

—¿Ha pasado el médico? Le veo peor que ayer por la noche —comentó con el ceño fruncido.

—Es cuestión de horas, Candela… —le contestó su madre, aséptica.

Su hija le dedicó un mohín de reproche por su actitud, pero no le contestó.

—Estoy aquí, abuelo —le susurró a don Emilio mientras acercaba la silla a la cama.

El hombre no abrió siquiera los ojos, pero en sus labios volvió a dibujarse una palabra:

—Manuel.

Madre e hija se miraron. Marcela puso los ojos en blanco, como si la sola mención del nombre del que todavía era su marido le revolviera el estómago de alguna manera.

—Voy a tomar un café —dijo mientras cogía su bolso y salía de la habitación, enfadada.

En cuanto se quedó sola con don Emilio, se aferró a su mano y preguntó sin mucha esperanza:

—¿Qué ocurre, abuelo? Hace más de diez años que no vemos a mi padre, a tu hijo. Supongo que querrías despedirte de él, ¿verdad? —le preguntó, frustrada por no poder ayudarlo.

—Manuel… —volvió a susurrar el hombre con cada vez menos fuerza.

—Lo siento, abuelo, pero no sé dónde está y no tengo idea de cómo encontrarlo. Nunca volvió.

Don Emilio escuchaba las voces a su alrededor como si fueran una melodía lejana, reconfortante pero que no conseguía identificar. En su mente solo aparecía una persona, su hijo, solo Manuel llenaba todo su pensamiento cuando este no se le escurría como brisa. Recordaba el día en que lo recogió por primera vez de casa de su

padre tras la muerte de su mujer, todo el tiempo que pasaron juntos en la tienda de juguetes, su boda, el nacimiento de Bruno, cómo Candela corría por los pasillos del local… Y su ausencia, Emilio notaba su ausencia en aquel lugar desconocido y solo deseaba poder verle por última vez. Pero se moría, su tiempo terminaba y él, en la nebulosa incierta en la que se despertaba y en la que se sumergía constantemente, era consciente de que el secreto que había mantenido durante años sobre su propio hijo iba a ser el causante de que ni siquiera pudiera despedirse de él. La verdad sería sepultada a su lado en la tumba de la culpabilidad porque, por mucho que intentara juntar las palabras, su mente y su voz se negaban a hablar. Solo esperaba que Dios le perdonara, que su familia consiguiera también mirar con indulgencia la decisión que una vez tuvo que tomar y de la que ahora se arrepentía. Él ya estaba pagando su penitencia, porque iba a morir sin despedirse de su hijo y sin verle por última vez ni pedirle perdón. Siempre creyó que habría tiempo. Se equivocó. Esa sería su condena.

—¡Bruno! —gritó Luz mientras se deshacía de la mano de su madre y corría hacia el chico que descendía las escaleras en aquel momento, como había acordado con Inés.

—¡Pequeña! —dijo alzándola en brazos y colocándola en su cintura.

—Vamos a «votar» con «v» —le explicó.

La familia Herrera Aguirre observaba en la puerta del apartamento aquella escena entre contrariados y contentos por ver la estrecha

relación que les unía. Inés sentía el corazón a punto de explotarle de un amor tan grande que le impedía dejar de sonreír.

—Yo también me dirigía hacia allí.

Todos debían ir al mismo colegio electoral por la ubicación del edificio, como bien sabían los dos jóvenes, así que Inés le dijo, intentando sonar natural:

—Ven con nosotros, si quieres.

Isabel miró a su hija muy sorprendida por el ofrecimiento, tan impropio de ella, pero sonrió, amable.

—¿Les importa? —preguntó Bruno mientras clavaba su mirada en José, que no parecía estar muy convencido.

Finalmente, el hombre se encogió de hombros.

—Supongo que esto es la democracia, ¿no? El piso del señor y el del portero, juntos en la misma mesa.

Bruno sonrió y le dio la razón.

—No sé si será la misma mesa, pero al menos no haré el camino solo —comentó el chico.

—¿Cómo está don Emilio? —preguntó Isabel mientras salían del edificio.

Bruno dejó a Luz en el suelo, aunque la pequeña no se soltó ni un momento de su mano, y los puso al corriente de las pocas novedades que tenía.

Inés depositó el voto en la urna con ayuda de Luz, que estaba emocionada con aquellos trámites nuevos, no solo para ella, sino para casi todos. También su padre lo hizo, aunque su madre tuvo que ir a otra mesa para ejercer por tener un apellido diferente.

En el pasillo se encontró toda la familia de nuevo con el rostro encendido por la emoción, cautelosos, nerviosos, pero convencidos de lo que hacían y del momento trascendente que estaban viviendo.

—Hija, te esperamos abajo, ¿vas a avisar a Bruno? —preguntó su madre con una mirada cómplice que Inés quiso evitar.

Era muy difícil ocultarle algo a Isabel, tenía la sensación de que podía leer dentro de ella. Así que miró hacia otro lado cuando contestó:

—De acuerdo. —Y se fue precipitadamente.

Isabel la observó mientras se alejaba por el pasillo. Quería que su hija encontrara lo que ella encontró en José, que fundara su propia familia, que fuera feliz, pero si lo hacía junto a Bruno aquello no le traería más que problemas y quebraderos de cabeza. Temió por ella y por su futuro y rezó para que fuera prudente y lista.

—¿Qué ocurre? —preguntó José al verla tan ensimismada.

—Nada, vamos —contestó Isabel, pero se juró a sí misma que, de todas formas, cuando aquella historia explotara de la manera que fuera, ella estaría al lado de su hija y de aquel torpe modo compensaría la culpabilidad que arrastraba porque Inés no hubiese podido estudiar.

Al otro lado del pasillo, Inés por fin se topó con Bruno, que salía de la clase guardando su documento de identidad en la cartera de cuero marrón.

—Mis padres han bajado ya —le explicó.

—Creo que volver con vosotros despertaría demasiadas sospechas —le susurró Bruno mientras le rozaba la mano sutilmente al caminar.

—Estoy segura de que mi madre lo sabe. —Inés arrugó la nariz—. No sé cómo lo hace, pero siempre lo sabe todo.

—La mía se daría cuenta el día de nuestra boda —comentó con una carcajada sarcástica.

Sin embargo, al mencionar esa ceremonia, esa posibilidad de futuro que tan difícil veían para ellos, sus rostros se ensombrecieron.

—¿Vas a ver a tu abuelo? —preguntó Inés para cambiar de tema.

—Sí —contestó Bruno.

Se miraron a los ojos con pesadumbre porque ambos sabían que el momento que tanto temían era solo cuestión de tiempo.

—Manuel… —susurró don Emilio por última vez, sin nadie que lo oyera.

Los médicos les pidieron que salieran de la habitación para comprobar las constantes vitales del enfermo. Segundos antes, una de las máquinas había comenzado a pitar y Candela había salido al pasillo a pedir ayuda, angustiada.

Ella, junto a su madre, esperaban cabizbajas a que alguien saliera de la habitación para decirles algo, aunque tenían muy claro que aquel era el final, un pellizco en el estómago se lo decía.

—Hay que avisar a Bruno —susurró Marcela sin mostrar ningún sentimiento.

La chica no llegó a contestar, porque un médico salió del cuarto y las miró cariacontecido:

—Lo siento mucho.

Candela se echó a llorar y corrió para coger la mano de su abuelo por última vez.

Lejos de allí, Manuel miraba emocionado en las noticias de la televisión cómo los españoles votaban por primera vez después de la dictadura de toda una vida. De repente, sintió que el estómago se le encogía, como un golpe seco de angustia en mitad de su cuerpo, algo que le dejó sin aliento por unos segundos. Pero se recuperó y se dijo a sí mismo que solo había sido la impresión por lo que veía. Nada más.

14

La iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel era testigo de la llegada de los asistentes al funeral de don Emilio González de la Fuente. La entrada estaba atestada de hombres y mujeres en trajes y vestidos oscuros discretos y apropiados para la ocasión. El féretro aguardaba en el coche fúnebre repleto de flores a que los que iban a portarlo se acercaran, llegado el momento. La familia, de un luto riguroso, incluida Candela a pesar de sus iniciales reticencias por considerarlo anticuado y pomposo, esperaba en la puerta mientras atendían a todos los que se les acercaban a darles el pésame.

Bruno aquella mañana se había presentado en casa de José con una petición sobre la que, a pesar de haberle creado un problema con Marcela, no pensaba claudicar.

—Para nosotros sería un honor que nos ayudara a llevar el féretro de mi abuelo hasta el altar. Sé que él lo habría querido así —le dijo el chico a un estupefacto portero que no salía de su asombro—. Por Marisa —terminó de explicar buscando su complicidad.

Solo entonces José comprendió el motivo de aquel inesperado favor. Bruno era conocedor de la historia de amor entre don Emilio y su madre, quizá se lo contara el propio don Emilio antes de fallecer, no lo sabía, pero pensaba estar a la altura de aquel encargo y así honrar el secreto que ambos compartieron.

—Por supuesto —contestó solemnemente, al mismo tiempo que colocaba su mano sobre el hombro de aquel chico y apretaba ligeramente en muestra de apoyo.

Tras ese momento, Bruno e Inés intercambiaron una mirada cargada de significado desde la distancia del salón comedor del pequeño apartamento.

—Mira que empeñarte en que el portero lleve el féretro de tu abuelo… —volvió a quejarse Marcela en un susurro despectivo incluso en la puerta de la iglesia.

—Déjalo —le pidió Bruno cortante para no mantener una conversación como aquella frente a todos los asistentes, porque sabía que, si lo hacía, no lograría mantener las formas.

Marcela no añadió nada más en aras de evitar un conflicto y atendió a una mujer engalanada de collares que se acercó a darle el pésame. Sin embargo, Candela aprovechó para acercarse a su hermano con curiosidad. Le agarró del brazo y lo apartó un poco de la gente, también para que su madre no pudiera escucharlos, antes de preguntar:

—¿Sabes? Tiene un poco de razón, aunque nunca se lo diré a ella, pero ¿por qué José?

Bruno le dedicó una sonrisa, la besó en la frente y le contestó:

—Cuando acabe el funeral te lo cuento todo, ¿de acuerdo?

Dicho esto, se alejó de ella para reunirse con dos hombres, amigos de su abuelo, un antiguo militar, creía que se llamaba Carlos, ya jubilado, pero con muy buen porte aún y bastante afectado, y otro comerciante que relacionaban con la tienda de juguetes, pero de quien no lograban recordar el nombre. Y, por supuesto, José.

Candela deslizó su mirada por las acompañantes de este último. Distinguió a Isabel, que parecía aún más joven que cuando se marchó, y a su lado vio a Inés. El estómago le dio un vuelco. Recordaba con viveza cada una de las palabras que le había dicho en su último encuentro y en parte las lamentaba, pero también sentía el dolor de la traición de la que había sido su mejor amiga.

Por un segundo, sus ojos se encontraron en la distancia y ambas se quedaron paralizadas, como sorprendidas en un momento arrancado del tiempo y amargo como pocos. Y sin embargo no apartaron la vista hasta que un trabajador de la funeraria abrió el coche para que los elegidos portaran el ataúd hasta el altar de la iglesia.

Llegado ese momento, el silencio se hizo entre los asistentes. Un solemne pasillo se abrió poco a poco hasta la puerta principal para que accediera el ataúd con los portadores. Tras él, se colocó la familia. Candela avanzaba junto a su madre en un peregrinaje hasta el altar duro, difícil, pero muy respetuoso.

El órgano comenzó a dibujar una melodía triste y sumergió a todos en un profundo recogimiento. Candela no quería llorar, se había prometido no hacerlo delante de tantos desconocidos, pero no pudo remediar que las lágrimas recorrieran su rostro según se acercaba al altar y la conciencia de que jamás volvería a ver a su abuelo se tatuaba en su futuro a cada paso. Observó a su madre, a su lado, pero a cierta distancia de ella, cómo se llevaba un pañuelo blanco inmaculado a la comisura de los ojos en un gesto sutil, elegante. Casi sintió lástima, casi, porque no supo si esas lágrimas eran reales o simplemente el gesto que requería la situación.

Los cuatro hombres colocaron el ataúd a los pies del altar y Bruno fue a sentarse entre Candela y su madre mientras el resto buscaba un lugar entre sus allegados en los bancos de más atrás. Los hermanos se miraron con el peso de los recuerdos, pero también con la complicidad de un porvenir que les atañía a ambos, que los asustaba y los unía al mismo tiempo. Bruno le estrechó la mano y Candela le respondió apoyando la cabeza sobre su hombro mientras el sacerdote comenzaba la ceremonia.

José fue a sentarse con su familia a la espera de que terminara la misa para volver a cargar el ataúd hasta el coche fúnebre y después al cementerio. Nunca estaría lo suficientemente agradecido al nieto de don Emilio por haberle dado la oportunidad de estar allí, de devolverle de alguna manera el gesto a su madre, como si fuera una respuesta, una aprobación, un guiño a ese amor que nunca les contaron pero que ojalá lo hubieran hecho.

Isabel lo miró con ternura sentado a su lado y él esbozó una leve sonrisa apesadumbrada.

Inés, sin embargo, no podía apartar la vista de Candela y Bruno en primera fila. Se emocionó al pensar en su dolor, en la pérdida del cabeza de familia que tanto les iba a afectar, pero también en los momentos que atesoraba ella misma, desde niña, con don Emilio. Siempre la había tratado con tanto cariño, la había ayudado cuando necesitó trabajar, había dado una vida a su familia y, sobre todo, había querido a su *amama* en una de esas historias de amor que ella siempre había ansiado vivir y que de alguna manera tenía junto a Bruno.

Pero Candela había vuelto y sin duda aquello cambiaría muchas cosas, no solo en la dinámica familiar, sino también en la tienda de juguetes. Lo más probable era que tuvieran que volver a trabajar juntas. Temía el momento en que se encontraran cara a cara, no en la distancia como hacía unos minutos, amparadas por el gentío, sino directamente y en soledad. No sabía qué le diría, cómo reaccionaría, si seguiría enfadada con ella o si habría olvidado lo ocurrido. Lo dudaba.

—Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá —dijo el sacerdote mientras todos se ponían en pie.

Al salir del cementerio de la Almudena tiempo más tarde, Bruno cogió a su hermana del brazo para consolarla una vez terminado el entierro de su abuelo. Pocos eran los que habían asistido a esa parte del sepelio. Incluso Marcela se había marchado a casa alegando un cansancio irrefrenable y repentino. Pero los hermanos habían querido permanecer allí, se resistían a decirle adiós a don Emilio, o quizá a dar por comenzada una vida que no sabían cómo iban a manejar.

—Anda, Candela, quédate esta noche en casa a dormir, deja ese hotel y ven con nosotros, al menos por hoy —le rogó Bruno mientras la abrazaba e intentaba consolar unas lágrimas que no parecían dispuestas a detenerse.

—No creo que mamá quiera eso. —Negó con la cabeza, borrándoselas enérgicamente con la mano.

—A mamá le ha sentado fatal que te hayas quedado en un hotel, querrá que vengas —le aseguró su hermano mientras le acariciaba el pelo.

—¡Que no le sienta mal nada de lo que yo haga! —se quejó la chica.

—Sea como sea, Candela, aunque solo accedas por esta noche, quédate hoy, quiero tenerte cerca, no tengo ganas de estar solo en casa.

Los ojos de Bruno la miraban suplicantes y acuosos.

La convivencia con él en Londres había logrado acercarles mucho más de lo que lo estuvieron en la infancia. Se convirtieron en amigos y cómplices. Fuera de la a veces exigente mirada de su abuelo y del frío control de su madre, su relación se había convertido en inquebrantable.

—De acuerdo —accedió Candela.

Él sonrió y la llevó rodeada por los hombros hasta la parte exterior del cementerio donde había aparcado el coche.

Inés esperaba ansiosa a que la puerta del portal se abriera en cualquier momento. Había cogido un trapo y el producto que usaba su padre para limpiar la barandilla de la escalera con la intención de utilizarlo como su excusa para estar allí, atenta a la llegada de Bruno después del cementerio. Luz también había querido ir con ella, jugaba con unas piezas de Exin Castillos que el propio Bruno le había regalado uno de tantos sábados por la tarde que pasaba en la tienda de juguetes, tal y como la propia Inés había hecho de niña.

—Creo que eso ya lo has limpiado —le dijo la pequeña con el ceño fruncido, extrañada de que su hermana pasara el trapo una y otra vez por el mismo lugar.

—Es verdad —dijo Inés haciéndose la despistada mientras cambiaba de sitio y no perdía la puerta de vista.

—Y eso también —señaló Luz de nuevo y cada vez más atónita.

—¡Uy, qué tonta! —exclamó su hermana con disimulo.

Pero no tuvo que fingir más, Bruno abrió en ese momento la puerta e Inés se dirigió hacia él en un impulso por abrazarle que tuvo que reprimir. Necesitaba saber si estaba bien después del entierro, con el corazón encogido por no poder acompañarle, por no poder darle la mano delante de todos. Pero se detuvo en cuanto se dio cuenta de que el chico no venía solo, Candela lo acompañaba.

—Hola, Inés —dijo Bruno con una mueca con la que parecía querer disculparse por no haberla avisado a tiempo.

—Hola —susurró la chica.

Candela e Inés se miraron intensamente, con la boca seca y los recuerdos bien vibrantes aún en el fondo de sus retinas. El silencio no podía ser más incómodo, hasta que Luz les salvó con su espontaneidad al correr hasta Bruno y aferrarse a su cuello.

—Inés ha limpiado tres veces en el mismo sitio —le dijo mientras se llevaba un dedo a la sien, dando a entender que su hermana estaba un poco loca.

Bruno soltó una carcajada y miró a la chica con ternura porque se había puesto terriblemente colorada.

—¿Y esta señorita quién es? —intervino por primera vez Candela, dirigiéndose a la niña con una sonrisa.

—Soy Luz —contestó muy sonriente.

—Mi hermana —le aclaró Inés, y todos fueron muy conscientes de que era la primera vez que se hablaban, aunque fuera de forma casi indirecta.

Candela asintió en silencio, pero no pudo añadir nada porque la niña ya la había cogido de la mano y la arrastraba hasta el lugar donde había colocado su Exin Castillos para mostrarle la construcción que había hecho.

—Mira —le decía Luz emocionada mientras le explicaba cada detalle de cada torre.

—Es impresionante —respondía asintiendo Candela.

Inés, aprovechando que las dos estaban en cuclillas y de espaldas, se acercó disimuladamente a Bruno y le acarició la espalda sutilmente, a lo que él respondió con una mueca apesadumbrada de sus labios.

Candela se levantó, se volvió y miró a su hermano.

—Deberíamos subir —dijo, incómoda.

—Claro —reaccionó Bruno, y se separó de Inés, aún más.

—Encantada de haberte conocido —dijo Candela dirigiéndose a Luz.

—Me gusta tu pelo —apuntó la pequeña como respuesta.

Inés y Candela no se dirigieron la palabra ni siquiera para despedirse. Los hermanos subieron las escaleras e Inés se metió en casa con una sensación agridulce en la boca del estómago.

Aquella noche, después de una tensa cena en la que Marcela miraba a su hija cargada de reproches, a pesar de que Candela intentó hablar de Londres y de su trabajo allí con cierta normalidad, los

hermanos se reunieron en la habitación de ella, que seguía exactamente igual que cuando la dejó más de cuatro años atrás.

—Creí que ya la habría convertido en un vestidor o algo similar —comentó Candela mientras se encendía un cigarro y le tendía otro a su hermano, que rechazó.

Estaban sentados junto a la ventana abierta y una ligera brisa muy agradable refrescaba los pies desnudos de Candela al mismo tiempo que movía levemente el cabello de su hermano sobre la frente. Los dos, en pijama, se miraban bajo la luz de una luna luminosa y fría.

—Tienes muy mal concepto de mamá —comentó Bruno.

—El único que puedo tener. —Se encogió de hombros—. Yo no soy la hija que ella querría y ella sin duda tampoco es la madre que a mí me hubiese gustado que fuera.

—A mí me parece que está muy sola, en cierta forma me da pena, tan aferrada a sus creencias, sin abrir la mente para nada…

—Todos estamos solos, además, estoy segura de que si el enfrentamiento hubiese sido contigo pensarías distinto —susurró Candela mientras daba varios golpecitos a su cigarro para que la ceniza cayera en el cenicero.

Bruno observó a su hermana pequeña y la encontró distinta, triste, desencantada, como si no tuviera veintidós años, sino que estuviera ya al cabo de la vida, decepcionada y desilusionada.

—¿Crees que con ese chico te hubiese ido bien? —preguntó con curiosidad.

Nunca habían hablado de él, se había convertido en un tema tabú desde un principio, no solo con su madre, sino también con su hermano. Su necesidad de olvidar había ido más allá de sí misma

porque ni siquiera lo había mencionado a ninguna de las personas que había conocido en aquellos cuatro años en Londres. Ni una sola vez pronunció su nombre y apenas se permitió pensar en él por pura supervivencia.

—No lo sé, éramos muy diferentes —analizó Candela con perspectiva—, pero me hubiese gustado descubrirlo por mí misma y no verme obligada a dejar radicalmente una relación que acababa de empezar.

Bruno asintió y se puso en el lugar de su hermana, como si tuviera que abandonar a Inés por obligación y marcharse lejos, si se viera abocado a borrarla de su vida. Sintió que le faltaba el aire. Era inimaginable.

—¿Qué era eso que me querías contar del abuelo? —preguntó entonces Candela al recordar su conversación frustrada en el funeral.

Bruno sonrió antes de comenzar a hablar.

—¿Recuerdas a Marisa, la abuela de Inés?

Candela asintió, intrigada.

—Fue el gran amor del abuelo —explicó él con una media sonrisa nostálgica.

La chica abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¡No me digas!

Bruno asintió.

—Lo pasó terriblemente mal tras su muerte, si no hubiera sido por Inés no sé qué habría sido de la tienda de juguetes, porque se descuidó, desatendió el negocio y siempre estaba solo… Menos mal que el tiempo pasó y poco a poco se recuperó.

Candela no quiso hacer ningún comentario sobre su amiga, pero frunció el ceño al intentar recordar algún detalle que pudiera traerle a la memoria aquella relación clandestina.

—Ahora que lo pienso… ¡Los vi una noche cuando éramos pequeños! Se abrazaron en el portal… Pero al día siguiente lo comenté y tanto Inés como Marisa lo negaron y disimularon como si estuviera medio loca.

—Inés no lo supo hasta que ella murió.

—Pues tenías que ver con qué ímpetu lo negaba la mujer —exclamó Candela riendo—, para que me callara nos invitó a churros con chocolate y aquello se convirtió en una tradición que repetíamos todas las Navidades cuando venía a verlos.

Candela se sumió en los recuerdos bajo la atenta mirada de su hermano, que parecía querer decir algo, pero no se atrevía a hacerlo.

—Venga, dilo —lo animó ella.

—¿Vas a perdonarla algún día? A Inés.

—¿Te ha contado lo que hizo?

Bruno asintió y quiso defenderla.

—Era solo una niña…

—No durante todos los años posteriores en los que guardó silencio.

—Tenía miedo de tu reacción.

—Hacía bien en tenerlo —dijo Candela con dureza mientras perdía la mirada en la ventana, más allá de aquel cuarto, en el cielo de Madrid, despejado y oscuro.

Bruno no quiso insistir y ella simplemente cambió de tema.

—¿Qué crees que nos esperará mañana con el testamento?

El chico se encogió de hombros.

—El abuelo nunca delegó mucho en mí ni me contó apenas nada, así que no sé qué decirte.

Candela aplastó un cigarro que había dejado mal apagado en el cenicero.

—No sé si voy a quedarme —confesó con un hilo de voz, pero sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

—Lo sé —contestó su hermano mientras jugaba con el cordón de la cintura de su pijama.

Después, el silencio y la incertidumbre de una nueva vida.

A la mañana siguiente, Inés apremió a su hermana para que terminara de vestirse porque se les echaba el tiempo encima, como cada día.

—Llegarás tarde al colegio —le dijo enfadada mientras recogía las cosas a su alrededor y convertía a Luz en una isla inmóvil frente a su taza de leche.

—¿Vas a llevarme hoy tú?

—Vamos las dos —explicó Isabel, que le tendió su bolsa de tela para el recreo con un pequeño bocadillo de mortadela en su interior.

Luz terminó su desayuno contenta, se lavó los dientes a toda velocidad y salió de casa de la mano de su hermana y de su madre camino del colegio, que estaba muy cerca.

—¿Cuándo crees que abrirán de nuevo la tienda de juguetes? —le preguntó Isabel a su hija mientras caminaban a buen ritmo para no llegar tarde.

—No lo sé, espero que pronto. Hoy tenían una reunión con el notario para hablar de la herencia y de la situación legal del negocio —le explicó Inés.

—Yo quiero ir a la juguetería otra vez y quiero un Cinexin —dijo Luz mirando a su hermana.

—Tú siempre lo quieres todo, pero no puede ser —le regañó Inés casi sin aliento por la carrera.

—Seguro que Bruno me lo da.

La pequeña le sacó la lengua.

—Muy bien se porta ese chico con esta familia, ¿no? —comentó Isabel mirando a su hija mayor con intención. Pero esta no se dio por aludida.

—Sí, es verdad —dijo simplemente para después desviar el tema y apremiar a su hermana a la puerta del colegio—. ¡Venga, corre!

La pequeña besó a su madre y a su hermana en la mejilla y corrió hacia el interior del edificio, donde se unió a un par de niñas que la estaban esperando.

—¿Va todo bien, hija? —preguntó Isabel mientras volvían camino de la casa a un ritmo mucho más calmado.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —preguntó ella, extrañada.

—No lo sé, te veo… preocupada, diferente.

—Es por la tienda, espero que todo vaya bien en la reunión y podamos regresar al trabajo cuanto antes.

Isabel asintió sin quitar ojo de su hija, por si podía atisbar en ella alguna señal de la que tirar, pero, como siempre había sido, Inés se guardaba sus miedos, sus ideas y también sus amores, si es que existían, para sí misma. En eso se parecía bastante más a su padre de lo que ambos estaban dispuestos a admitir.

Don Emilio no hizo testamento, por lo que el abogado les dijo que, a falta de saber la localización de Manuel o, mejor dicho, después de haberlo dado por desaparecido tras más de diez años de ausencia, el negocio y todos los bienes del abuelo pasaban directamente a sus nietos, Candela y Bruno.

Lo que ninguno esperaba era que, junto a la tienda de juguetes y la casa, tal y como les explicó el notario, habían heredado una gran cantidad de deudas pertenecientes al negocio, que no pasaba por su mejor momento en los últimos años.

—El señor don Emilio González de la Fuente adquirió muchas deudas con diferentes proveedores. Además, tiene dos créditos con el banco, uno por la obra que contrató para reformar el despacho y que está casi pagado y otro para subvencionar la estancia de sus dos nietos, ustedes —dijo el hombre señalándoles a ellos—, en Londres durante muchos años.

Los hermanos se miraron asombrados, porque ninguno tenía la más mínima idea de que su etapa en la capital inglesa estuviera suponiendo tanto peso para la economía de su abuelo y por ende de toda la familia. El sueldo que ganaban en Hamleys apenas daba para pagar una parte de los gastos de la casa que compartieron en la ciudad y es que además ambos recibían periódicamente un dinero que les permitía llevar una vida holgada y de acuerdo con lo que estaban acostumbrados y que ahora descubrían que su abuelo no se podía permitir.

—Yo no soy nadie para tomar decisiones por ustedes, pero, si de mí dependiera, dejaría la vida en Londres e intentaría reflotar el negocio que tanto quería su abuelo, porque, si no lo hacen, caerá en

manos de acreedores y lo perderán. La otra solución sería venderlo y empezar de nuevo aquí, allí o donde decidan.

Bruno, solo de pensar en la posibilidad de deshacerse del negocio que había pertenecido a don Emilio y también a su padre y que soñaba para él desde niño, sintió que un sudor frío le recorría la espalda.

—Esa no es una opción —dijo nervioso mientras miraba a su hermana y al notario alternativamente.

Candela no añadió nada, agachó la mirada, porque de pronto veía que su vida en Londres, donde había permanecido escondida durante tantos años, se había esfumado de un golpe de realidad. Ya no valía seguir allí, ya no podían permitírselo, y si lo hacía no sería con las facilidades que había tenido hasta aquel momento, sino con una situación económica mucho más ajustada.

Tras salir del notario, los hermanos permanecieron en silencio durante mucho tiempo, cada uno sumido en sus propias cavilaciones mientras avanzaban por las calles de Madrid. Decidieron sentarse en una terraza de la plaza Santa Ana a tomar una cerveza y digerir las noticias que les había dado aquel desconocido y que sin duda ninguno de los dos esperaba.

—Me mandó a Londres para sacarme de aquí y alejarme de David a pesar de que no tenía el dinero suficiente. Todo esto es en parte culpa mía —se lamentó Candela.

—No te culpes, yo estuve más tiempo allí que tú, tengo la misma responsabilidad o incluso más.

Candela se colocó las gafas de sol porque los ojos se le habían llenado de lágrimas, ya totalmente consciente de que su vía de escape había desaparecido, que su vida en Londres se había

convertido en un recuerdo. Tendría que quedarse en aquella ciudad y vivir lo que otros habían pensado para ella y olvidarse de aquellos cuatro años en los que todo había sido distinto, como si hubiese podido mirar por un agujero y observarse a sí misma en otra vida, otra vida y otra Candela, que en el fondo nunca existieron.

Pero ahora no podía dejar a Bruno en la estacada y obligarle a vender cuando sabía que aquella tienda de juguetes era lo único que había deseado hacer en la vida, él mismo se lo había dicho muchas veces. Sería como traicionar a su abuelo, a su padre e incluso a la pequeña niña dentro de sí misma que miraba alrededor y pensaba que todo aquello algún día sería suyo. Se preguntó qué había sido de ella, porque parecía estar muy lejos de quien se convirtió en Londres o incluso de quien era en aquel momento.

En la televisión encendida del interior del local, el ya presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, hablaba a cámara sobre algo que Candela no acertaba a escuchar. Los españoles habían decidido por primera vez en décadas quién estaría a cargo del país y del futuro y Candela sentía que ese derecho a ella se le había negado.

—Yo no quiero vender —dijo Bruno, casi aterrorizado por lo que un posible enfrentamiento con ella podría suponer para los dos.

Su hermana, consciente de que la decisión era suya y de lo importante que todo aquello era para él, y también para ella, aunque se negara a admitirlo, lo miró con ternura y sonrió en una mueca triste como nunca.

—No venderemos —le dijo, tendiéndole la mano.

Bruno se la estrechó emocionado y suspiró con alivio. A partir de aquel momento, estarían juntos en lo que viniera.

15

—No puedo más —se quejó Bruno mientras se recostaba sobre el respaldo de la silla que perteneció a su abuelo en el despacho de la tienda de juguetes.

Candela y él llevaban varios días, y prácticamente todas las horas de cada uno de ellos, comprobando las cuentas, revisando albaranes y pagos, mirando una por una aquellas carpetas y archivadores que su abuelo guardaba religiosamente y a las que nunca les había dejado acceder. Si lograban detectar los fallos que cometió don Emilio y solventaban los retrasos, ahora que la estancia de Candela en Londres ya no suponía un gasto, tenían la esperanza de reflotar el negocio.

Mientras Inés se encargaba de la tienda y de atender al público, ellos trataban de ponerse al día y luchar por el legado familiar. Habían llamado a los proveedores y llegado a un acuerdo, hablado con el banco y pedido una prórroga, y poco a poco fijaron objetivos con los que solucionar lo que había quedado pendiente.

—Tendremos que aumentar las ventas de alguna manera si queremos pagar los créditos del abuelo —resopló Candela mientras apagaba el enésimo cigarro que se había encendido durante aquellas largas horas.

—¿Estás pensando en algo? —le preguntó Bruno, intrigado.

—Bueno, tú y yo hemos visto cómo se hacen las cosas en Hamleys, podíamos intentar algo así aquí.

—Contratar a alguien disfrazado para que anime a los niños a entrar… —sugirió Bruno.

—Celebrar los sábados de magia, por ejemplo… —colaboró Candela, motivada.

La lluvia de ideas se vio interrumpida porque Inés llamó a la puerta en aquel momento. Traía una bandeja con café, leche, dos tazas, azúcar y unas pastas, que ella misma había preparado cuidadosamente en la pequeña cocina que don Emilio instaló junto al despacho.

—Gracias —le dijo Bruno sin apartar sus ojos de ella.

Candela no añadió nada, incómoda por la presencia de la chica. Bruno quiso hacerla partícipe de su búsqueda de soluciones, porque era consciente de todo lo que se esforzaba Inés por una convivencia agradable en la tienda y lo poco que colaboraba su hermana.

—Podríamos dejar que jugaran con el Tente una tarde, o que probaran algún otro juego como los Clicks de Famobil, que se venden muy bien, o los Geyperman. Y después dar un descuento a los participantes si quieren comprar el juguete… —sugirió el chico—. Buscamos ideas para dinamizar la tienda —le explicó a Inés—, aquí no se suele hacer, pero, en Londres, donde trabajábamos, era muy habitual.

—Se podrían hacer también manualidades, por ejemplo, con los recortables de ropa que tenemos a la venta… —sugirió la recién llegada.

—Me gusta la idea, y el muñeco nuevo ese, el Nenuco, también se podría hacer alguna tarde de presentación, enseñar los

complementos, etc. —El chico asintió y miró a su hermana, que permanecía impertérrita mientras se servía el café que Inés había traído.

El silencio en Candela comenzó a ser incómodo. Inés y Bruno intercambiaron una mirada impotente, pero resignada.

—Vuelvo abajo —les dijo Inés.

Cuando los hermanos se quedaron solos de nuevo, Bruno frunció el ceño.

—Podrías ser un poco más amable con ella, ha tenido una buena idea —se quejó.

—No entiendo por qué tiene que opinar de algo que solo nos incumbe a nosotros —respondió enfadada—, siempre está en medio de esta familia, como si formara parte de ella, pero ¿sabes qué? ¡Que no forma parte! ¡Es una empleada!

—A veces te pareces demasiado a mamá… —le dijo Bruno, dolido, aunque no pudiera explicar el motivo a su hermana sin revelar su relación con Inés.

Candela cogió con rabia un papel de la mesa y se lo tiró a Bruno como cuando eran niños. El chico se quejó y se lo devolvió. Solo aquel familiar gesto consiguió disolver la tensión entre ellos y sustituirla por una carcajada divertida.

Inés cerró la puerta de la tienda de juguetes tras una larga jornada igual de incómoda, de distante y de triste que las anteriores desde la incorporación de su antigua amiga al negocio. Candela llegaba cada mañana, con Bruno o sola, y tenía suerte si le daba los buenos días con algo más que un gesto leve con la cabeza. Sin apenas mirarla,

subía las escaleras al despacho para enfrentarse una vez más a aquella tediosa parte del negocio que intentaba levantar, como le explicaba Bruno siempre que disfrutaban de un pequeño momento para hablar a solas.

—Quizá debería dejar el trabajo y buscarme otra cosa —se quejó Inés una tarde de finales de julio mientras volvía a casa con Bruno, harta de los desmanes y las malas caras de su hermana.

—No digas eso… —le pidió él, y le rozó la mano con aparente descuido, como hacía siempre que caminaban el uno al lado del otro por las concurridas calles de Madrid en el inicio del verano.

—Pero es que la situación es muy incómoda, ella no me habla, yo me siento horrible cada día y creo que sería mucho más sencillo para todos si cogierais a otra persona. Algo encontraré, supongo que una carta de recomendación no me negaríais… —comentó triste, pero completamente sincera.

—Terminará cediendo, conozco a mi hermana y es pura cabezonería. Ha pasado mucho tiempo y ella tampoco es que se haya comportado siempre como una santa contigo… —se quejó Bruno, también cansado del ambiente en el trabajo.

—Sí, pero la dueña del negocio ahora es ella.

—Y yo —le recordó el chico, dándole un ligero golpe en el hombro mientras caminaban—, y este jefe quiere tenerte allí cada día.

Inés le sonrió con ternura. Caminaban por la calle del Pez en el barrio de Malasaña y Bruno miró a un lado y a otro para asegurarse de que apenas transitaba gente. Agarró a Inés de la mano y la condujo hasta un portal algo retranqueado en la calle, donde la besó apasionadamente como deseaba desde que habían salido de la tienda.

—Nos van a detener por escándalo público —le susurró ella, aunque había una sonrisa en sus labios.

Bruno resopló con fuerza consciente de que cualquiera podía verlos y se separó de ella a regañadientes. Volvieron a la calle como si nada hubiera ocurrido, aunque en sus miradas y en esa ligera lejanía entre ambos estaba escrita toda su historia.

Candela tiró los papeles sobre la mesa con desgana y desespero. Estaba harta de números, de cargos, de pagos, de créditos… Miró su reloj de pulsera y se preguntó qué estaría haciendo en Londres a aquella misma hora en aquella otra vida que hacía apenas dos meses era la real y que ahora parecía nada más que un sueño que tuvo una vez y que se había desvanecido. Eran las diez de la noche, así que seguramente se estaría bebiendo unas pintas en algún pub del Soho o bailando en un local en Camden. Y sin embargo en Madrid estaba sola, sin cenar, sin cerveza, por supuesto, con la cabeza abotargada y harta de devanarse los sesos para sacar aquel negocio del hoyo en el que el pobre de su abuelo lo había metido por intentar ayudarla precisamente a ella. La tarea se había convertido en algo personal, algo que ocupaba todos sus días y sus noches, todos los minutos de su tiempo, quizá también para evitar pensar en otras posibilidades perdidas. El caballito de madera de su bisabuelo la observaba desde la mesa casi desafiante, o eso pensaba ella, como si fuera el guardián de un pasado que aún no había decidido si Candela estaría a la altura. Ni ella misma lo sabía.

Estiró los brazos porque el dolor de espalda tras horas allí sentada era muy acusado. Cogió un cigarro y fue a encenderlo, pero al

mechero se le había terminado el gas y apenas daba una mínima chispa insuficiente. Rebuscó entre los papeles sobre la mesa y después comenzó a abrir cajones con la esperanza de dar con unas cerillas que le sirvieran. Pero no encontró nada. Sin embargo, se dio cuenta de que el cajón de su derecha, el último, parecía atascado. Tiró con fuerza de él y por fin consiguió abrirlo.

Dentro se encontraban las cartas que Marisa y su abuelo se habían escrito durante todos aquellos años. Bruno le había hablado de ellas, aunque ninguno de los dos se había parado a leerlas, quizá por pena, o por pudor, no lo sabía… El caso es que ya no soportaba ver más números, así que comenzó a ojearlas con una mezcla de ternura y nostalgia que le empañó los ojos.

Se traslucía en ellas tanto cariño, tantos sueños por compartir… Le hicieron especial gracia los pasajes en los que su abuelo la mencionaba a ella cuando era una niña y aquellas que hablaban de Inés.

Enero, 1963

> Tu nieta Inés es lista, mira todo con esos ojos enormes y desliza su mano por cada uno de los juguetes como si se tratara de tesoros, de sueños perdidos. Hay un deje de ilusión frustrada tras esa mirada indecisa de quien sabe que lo que le rodea no le pertenece y nunca lo hará.
>
> No se parece en nada a Candela, siempre tan sonriente, tan extrema, tan niña en todo, tan caprichosa a veces y tan dulce otras. Y sin embargo verlas juntas me hace sentir como si el pasado, nuestro pasado, el tuyo y el mío, Marisa, se hubiese recuperado. Tu nieta y mi nieta, y de alguna manera nuestras nietas. ¿No lo crees?

Candela recordó su amistad, las tardes compartidas, los juegos y los buenos momentos. Era consciente de que se comportaba de forma excesivamente dura con ella, de que no se lo estaba poniendo fácil teniendo en cuenta además que ahora era su jefa, que su puesto de trabajo en parte dependía de ella y que estaban obligadas a verse cada día durante muchas horas. Había pensado en pedirle que se fuera, era cierto, pero le parecía demasiado cruel hasta para ella, además de que Bruno no se lo permitiría. No entendía qué magnetismo ejercía su antigua amiga con los hombres de su familia que siempre intentaban protegerla, primero su abuelo y ahora su hermano. Doña perfecta parecía encajar en la familia González de la Fuente mejor que ella misma.

Comenzó a pasar las cartas una detrás de otra. Eran incontables misivas tanto de su abuelo como de Marisa y se le hacía complicado escuchar sus voces sin sentir una punzada de melancolía aún dolorosa. La muerte de su abuelo estaba muy reciente y lo echaba mucho de menos. A cada rato se detenía preguntándose qué habría hecho él en tal o cual ocasión.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y fue a cerrar el cajón como si así pudiera cerrar también el pasado, pero entonces algo llamó la atención de Candela en una de las cartas. En el reverso estaba escrito un número de teléfono. Pero no llevaba ningún nombre, ni un solo dato más. Comenzó a leer la carta con la que estaba y, a medida que aquellas letras desfilaban por su mirada, el pulso se le disparó. No podía ser cierto, allí Marisa decía que era el teléfono de «el pequeño». Un extraño presentimiento le revolvió el estómago.

> Lo está pasando mal, la soledad no es fácil y echa de menos todo lo que ya no puede tener. Pide mantener el contacto, solo eso, poder decirles dónde

está y saber cómo están ellos. Es consciente de su culpa y de que en cierta forma esta es la condena que tiene que pagar por su imprudencia, pero los necesita. Es un ruego, Emilio.

Marisa a continuación contaba que le había apuntado el número de teléfono en el reverso, que esperaba que su conflicto tuviese solución, aunque fuera con el tiempo…

Candela buscó inmediatamente la respuesta escrita de su abuelo y leyó con el corazón latiéndole con fuerza.

Tengo que proteger a mi familia, eso le he dicho. No creas que no se me ha roto el corazón, porque probablemente la conversación que hemos tenido haya sido la más difícil de toda mi vida, la más dolorosa, pero… es mejor así, tengo que velar por todos ellos.

No volveremos a hablar, no volveré a permitir que les ponga en peligro. Algún día, si todo cambia… volverá.

—No puede ser… —susurró Candela con la voz entrecortada.

Quiso encenderse un cigarro, pero recordó que se había quedado sin cerillas.

—¡Mierda! —exclamó mientras colocaba de todas formas el cigarro en la comisura de sus labios.

Se repetía una y otra vez que estaba segura de que hablaban de su padre, que «el pequeño» era Manuel, que no solo no estaba muerto, sino que había intentado ponerse en contacto con ellos y que había sido su abuelo quien no se lo había permitido para protegerlos. El corazón le latía tan fuerte que tuvo que llevarse la mano al pecho en un gesto preocupado. Cogió el papel entre sus manos y miró aquella sucesión de números ante ella como si estuvieran en clave, como si no pudiera leerlos. El teléfono

permanecía en la mesa a su lado, acusador, esperando una decisión que no estaba preparada para tomar.

Candela llevó su mano temblorosa al aparato. Varios papeles se cayeron de la mesa al cogerlo por su torpeza. Con dificultad, marcó en la ruleta los números que aparecían en el papel, incluido el prefijo internacional que no estaba segura de a qué país pertenecía. Mientras esperaba a que alguien respondiera al otro lado, sintió que se quedaba sin aire, que respiraba con dificultad y los ojos se le llenaban de lágrimas de angustia.

—*Allô?* —dijo al otro lado una voz masculina.

Candela no pudo hablar, las palabras se le agotaron en la garganta, se asustó y colgó el teléfono con brusquedad. Se cubrió el rostro con las manos para tratar de serenarse. No estaba segura de si la voz al otro lado del teléfono podía ser la de su padre, hacía casi veinte años que no la escuchaba y la última vez que lo hizo tenía ocho años, apenas la recordaba. Debería llamar otra vez y preguntar, se dijo, pero era como si su cuerpo no fuera capaz de reaccionar, aterrorizado.

Miró alrededor y sintió que las paredes se le precipitaban encima, que no podía respirar, necesitaba salir de allí, necesitaba beber algo, necesitaba fumar, gritar, huir. Cogió su bolso y salió del despacho a toda velocidad con el firme propósito de evadirse y no volver a pensar en aquella tontería que seguro que no le llevaba a ningún sitio.

Pero cuando se encontraba a mitad de escalera hacia la tienda, se dio cuenta de que había tirado el papel con el número de teléfono de cualquier manera sobre la mesa. Aún le quedaba algo de cordura que le hizo volver sobre sus pasos, localizarlo, doblarlo con cuidado

y guardárselo en la cartera como lo más preciado que tenía en aquel momento, por si algún día reunía el valor de volver a marcarlo.

Tras la cena, Inés miraba en el periódico la sección de clasificados donde se publicaban las ofertas de empleo. Había varias interesantes, una en unos grandes almacenes, en la sección de perfumería y otra en una tienda de ultramarinos. *A priori* no eran temas que dominara, pero sí tenía mucha experiencia de cara al público y estaba segura de poder aprender si le daban la oportunidad. Así se libraría de la hostilidad de Candela todos los días en la tienda de juguetes.

Luz ya estaba dormida en la cama que compartían en el salón, José escuchaba un partido de fútbol en el dormitorio e Isabel terminaba de hacer algo en la cocina.

—¿Qué haces, hija? —preguntó en un susurro al aparecer en el salón y verla mirar el periódico.

Inés le dio la vuelta para que su madre se fijara en lo que buscaba. Isabel abrió mucho los ojos, sorprendida, y se sentó junto a su hija en la complicidad de la noche.

—¿No estás bien en la tienda de juguetes? —susurró preocupada.

—Con Candela… —dijo Inés con el ceño fruncido—. Desde que ha vuelto la situación es tensa y estoy incómoda.

—¿Qué os pasó, hija? Erais tan amigas… —se lamentó su madre.

Inés se debatía entre contarle lo que hizo o callarse una vez más y dejarla al margen de su vida. Pero tenía aquello como una losa que sentía que la alejaba de su madre, que se interponía entre ambas y necesitaba su consejo y también su abrazo. Por fin, después de

muchos años, se armó de valor y se lo contó todo. Isabel escuchó sorprendida y, cuando su hija hubo terminado, le cogió de la mano llena de comprensión.

—Mi niña… —dijo con tristeza—. Aquella muñeca rota…

Inés asintió con lágrimas en los ojos. Se sentía más ligera después de haber hablado, pero se avergonzaba por haberse comportado de la manera en que lo hizo.

—Eras una niña —la justificó Isabel—, ese hombre del demonio te manipuló a su antojo y después callaste por miedo. Muchos habríamos hecho lo mismo.

Ambas mujeres se abrazaron en la noche.

—Pero Candela no me lo va a perdonar nunca.

—Cuando ha pasado tanto tiempo, eso empieza a hablar peor de ella que de ti —dijo su madre algo enfadada—, debería recapacitar.

—No confío en que lo haga. Tienes que ver cómo se comporta conmigo. Por eso estoy buscando otro trabajo. Bruno no quiere que me vaya y a mí me encanta trabajar en la tienda de juguetes, pero creo que es lo mejor —le explicó Inés, agobiada.

—Espera un poco, hazme caso y, si las cosas siguen igual después del verano, yo seré la primera que te diga que te marches. Pero vamos a tener algo de paciencia, ¿de acuerdo? Candela ha pasado por mucho con lo de la muerte de don Emilio y la vuelta de Londres, quizá esté pagando contigo lo que en realidad debería cargarle al mundo.

—Ojalá —susurró Inés con el periódico todavía en su mano y muy poca esperanza.

Candela se dejó caer en uno de los sofás de polipiel que decoraban el M&M, un bar en el que había acabado con un grupo de chicos y chicas, entre ellos Enrique, con el que había coincidido en un local que frecuentaban hacía años. Se habían puesto al día, él tenía novia y se había licenciado, pero se alegraba de volver a verla. Candela también se alegró y se rieron mucho al recordar el numerito ante las monjas que le valió la expulsión.

—¡No sabéis la que lio! —les explicó a sus amigos, que se reían a carcajadas y acogieron a Candela con mucho gusto aquella noche.

Parecían buenos chicos y finalmente la habían invitado a aquel local, de lo más interesante de Madrid, según decían ellos. Aceptó enseguida, era mejor opción que beber sola.

Ahora, sentada en aquel sofá, con todos bailando, bebiendo y divirtiéndose a su alrededor, se preguntó si había sido una buena idea. Observó a las personas que tenía más cerca mientras se bebía la enésima cerveza de la noche y se encendió un nuevo cigarro ajena a la conversación de los amigos de Enrique y del propio chico. Estaba cansada, pero no quería irse a casa porque sabía que todo lo que estaba empeñada en ahogar en alcohol volvería con fuerzas redobladas y además con su madre y su hermano como testigos. Quizá si aún estuviera alojada en el hotel donde se quedó nada más llegar a Madrid se habría marchado antes, pero en la casa de Cardenal Cisneros le esperaba la mirada crítica de su madre, la cama con dosel de su infancia y el despacho cerrado de su padre y su abuelo que nadie se había atrevido a tocar aún, preservado como un mausoleo.

Levantó la cabeza, agobiada. Tenía mucho calor y las cervezas empezaban a pesar en su mirada. Estaba mareada por el alcohol y

por todo lo que se había encontrado aquella noche, y sentía que si no se distraía se pondría a gritar como una loca o a reír o a llorar o cualquier cosa que le permitiera extirpar de dentro de su estómago esa angustia y esa rabia que se le había instalado con aquel número de teléfono.

Y entonces lo vio. Estaba detrás de la barra de madera del local y servía una bebida a un grupo de chicos con los que también conversaba. El humo del ambiente convertía la visión en algo fantasmagórico y no podía ser menos adecuado, él era un fantasma del pasado que se erguía frente a ella para transformarlo todo. David sonreía y trabajaba, trabajaba y hablaba a un lado y otro de su dominio ajeno a la mirada de la chica del sofá.

Hasta que se fijó en ella. La botella de vodka se quedó clavada en su mano mientras él la observaba, mientras se preguntaba, igual que ella, si aquello era posible o era una más de las tantísimas veces que se la había imaginado para después darse cuenta de que era otra mujer. Decidió comprobarlo. Le susurró algo al oído al otro chico detrás de la barra y fue a salir para acercarse a ella sin apartar su mirada.

Candela sintió que el estómago se le reducía a un puñado de recuerdos, que no podría soportar hablar con él, tenerle delante después de tanto tiempo y tantas huidas. Aquella noche no. Se puso de pie a toda velocidad y sin despedirse se dirigió a la salida asustada.

David intentaba localizarla sin éxito en el sofá donde creía haberla visto, entre la gente que bailaba, en todas y cada una de las mujeres del local.

Pero Candela ya estaba fuera. Giró la esquina y solo entonces se detuvo a respirar angustiada como si alguien la persiguiera. De repente sintió que una náusea le golpeaba el cuerpo como una ola y se volcó sobre sí misma con violencia. Vomitó en el suelo de la calle, bajo las miradas de asco de quienes pasaban a su lado, todo lo que no había podido soportar aquella noche.

A la mañana siguiente, Inés vio llegar a Candela a la tienda algo tarde, ojerosa, pálida y con un rictus aún más desencajado de lo normal.

—Buenos días —susurró la recién llegada sin apenas mirarla.

Su caminar era tan torpe e impreciso que al pasar tiró unas cajas de Tente que estaban apiladas en la entrada.

—¡Mierda! —exclamó Candela sorprendiendo a Inés, que enseguida se acercó a ayudarla.

—Tranquila, ya lo hago yo —le dijo.

Candela se tambaleó un poco mientras de todas formas hacía el esfuerzo de agacharse, y fue la propia Inés la que la tuvo que sujetar del brazo para que no cayera.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupada.

En el momento en el que Candela sintió su contacto, se desembarazó de ella con brusquedad.

—¡Perfectamente! ¿Es que no has visto nunca a nadie de resaca? —le preguntó con un grito que dejó a Inés sorprendida y algo ofendida.

Hasta la propia Candela se dio cuenta de que se había excedido, agachó la cabeza y susurró casi imperceptiblemente:

—Perdona.

Después dejó la caja que tenía en la mano y se marchó escaleras arriba.

Inés colocó también en su sitio la que ella había recogido y miró a Candela con la nostalgia prendida en los ojos, con esa sensación de incredulidad que convertía a dos amigas desde la infancia en desconocidas.

Apesadumbrada, volvió tras el mostrador con cada vez más seguridad de que la opción de trabajar en otro sitio estaba más cerca.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Bruno, enfadado después de que Candela se quejara una y otra vez de absolutamente todo lo que ocurría a su alrededor con y sin sentido.

—¡Nada! ¿Qué me tiene que pasar? —preguntó ella a la defensiva mientras se encendía otro cigarro.

Bruno resopló e hizo un gesto con la mano para espantar el humo al mismo tiempo que se dirigía a la ventana y abría.

—Llevas una mañana insoportable —volvió a quejarse mientras regresaba a su asiento—. ¿Te ocurre algo? Has fumado tanto que este despacho parece ya un bar a las dos de la mañana.

Candela barajó la posibilidad de contarle todo, de descargar sus dudas, sus ausencias y sus miedos en su hermano mayor. Pensó en compartir con él ese número de teléfono que le quemaba en la cartera, pero también el haber visto de nuevo a David, el haber borrado de un plumazo todos los años en los que se empeñó día y noche en no pensar en él. Era sencillo, solo tenía que pronunciarlo

en alto y Bruno se encargaría de todo, él llamaría, él descubriría si su abuelo les había mentido durante años o si aquel hombre que había contestado al teléfono era su padre o simplemente un desconocido. Pero había algo dentro de ella que no le permitía hacerlo, que necesitaba asegurarse primero, y sin embargo no tenía claro si lo estaba protegiendo o si era una forma egoísta de saber la verdad y no compartirla con nadie.

—Perdona, es que apenas he dormido —se quejó como explicación mientras se masajeaba las sienes por culpa de su terrible dolor de cabeza.

—Si no hubieras llegado a las horas que llegaste… —le reprendió con una media sonrisa su hermano.

—Me has visto llegar más tarde y en peores condiciones cuando estábamos en Londres —le respondió Candela, extrañada.

—Sí, pero esto no es Londres, estamos en España y aquí que una mujer vuelva borracha y sola de madrugada es cuando menos peligroso.

—Pues ya va siendo hora de que en esta nueva España se modernicen un poco y podamos llegar a casa borrachas sin que nadie nos juzgue o nos ataque —resopló.

—Y has venido tú a conseguirlo —se burló Bruno.

—Por supuesto —contestó Candela con una sonrisa socarrona.

El chico no pudo evitar soltar una carcajada mientras negaba con la cabeza, dándola por imposible.

Aquella tarde, Inés llegó a casa con una sensación rara en el estómago. Creyó que era el momento de su menstruación, así que

nada más entrar en el apartamento se metió en el baño dispuesta a comprobarlo. Pero cuando lo hizo no encontró nada, absolutamente nada que diera a entender que aquellas molestias se correspondieran con la regla.

Salió del baño y abrió su bolso donde, en la cartera, guardaba un pequeño calendario de bolsillo de la Virgen de la Almudena que le habían dado de propaganda en la farmacia. Allí tenía apuntadas las fechas de su menstruación con un diminuto y discreto punto rojo sobre el número correspondiente.

Localizó el que correspondía al mes de julio y comprobó que hacía ya más de dos semanas que debería haberla tenido. La mano comenzó a temblarle cuando se dio cuenta de lo que aquello significaba, o al menos de lo que podía significar. Sus encuentros con Bruno, la mayoría pasionales e improvisados, no habían contado con más protección que las cuentas que ella había hecho. La píldora que algunas chicas tomaban no se vendía abiertamente y no conocía a nadie que pudiera proporcionársela. Había calculado los días en los que tenía más posibilidades de quedarse embarazada durante su ciclo y había evitado tener relaciones con él. O eso creía, porque era muy probable que sus cuentas hubiesen salido mal por algún motivo, al fin y al cabo, su cuerpo no era algo matemático.

Sintió ganas de echarse a llorar, pero tuvo que contenerse porque sabía que en cualquier momento algún miembro de la familia entraría por la puerta y no podía ni quería dar explicaciones sobre algo que no era capaz siquiera de imaginarse. Tenía que estar segura. Era muy probable que simplemente fuera un retraso, se dijo, o quizá había contado mal, podía ser también.

—¡Inés! —Luz irrumpió en el apartamento con un cuaderno en la mano—. Necesito tu ayuda, que la hermana Carmen me tiene manía.

—No digas eso, Luz, tienes que tratar con respeto a tus profesoras —la reprendió su madre, que entraba detrás cargada con la compra.

Inés fue a ayudarla con el peso y se sintió aliviada con todo el revoloteo de voces a su alrededor. Así no tenía que pensar, así todo era más sencillo.

Aquella noche, a pesar de la resaca, Candela volvió a quedarse sola en el despacho. Lo había buscado, había querido permanecer allí más tiempo a pesar de que no se encontraba bien, de que necesitaba dormir y de que su cabeza iba a mil por hora, por no mencionar que estaba a punto de quedarse sin tabaco una vez más. Pero debía hacerlo, quería hacerlo, lo necesitaba.

Cogió su bolso y de la cartera extrajo el papel con el número de teléfono. No lo pensó, simplemente lo marcó en el aparato y esperó a que diera tono. Sintió el estómago revuelto, las manos sudorosas y un punzante dolor de cabeza que se acrecentaba con cada uno de los pitidos.

—*Allô?* —volvió a decir el hombre al otro lado.

Era la misma voz, estaba segura. Pero esta vez Candela no colgó, se mantuvo al aparato una eternidad, pero no fue capaz de hablar, no consiguió reunir en sus labios ni una sola palabra mientras el hombre al otro lado insistía.

—*Allô?* —dijo de nuevo, algo extrañado.

Después se hizo un vacío cargado de tensiones y Candela se preguntó por qué aquel hombre, aquel desconocido, no colgaba el teléfono ante su silencio. Y entonces el hombre dijo con voz temblorosa:

—Papá, ¿eres tú?

Candela colgó el teléfono, esta vez sí, con la seguridad más absoluta de que esa voz era la de su padre.

16

—Inés, ¿por qué me evitas? Es que no lo entiendo…, has cambiado.

Un Bruno agobiado y nervioso la esperaba a la salida del apartamento, en el portal del edificio, antes de ir a trabajar aquella mañana.

Inés llevaba unas semanas, tal y como él decía, tratando de no quedarse a solas con Bruno. Cada día que pasaba era más evidente que lo que en un primer momento fueron sospechas se había convertido en una certeza. Se había quedado embarazada, no se trataba de solo un retraso y por esta razón toda su vida estaba a punto de saltar por los aires. Se sentía en la cuenta atrás de una broma macabra de la que no tenía escapatoria.

No podía ir al médico porque, si le confirmaba que efectivamente esperaba un bebé y no estaba casada ni había novio oficial, no se sentía con fuerzas para soportar las miradas acusadoras, los comentarios por lo bajo que la convertirían a ojos de todos en una cualquiera. Y sin embargo era también incapaz de contárselo a Bruno, al fin y al cabo, no eran pareja oficial, aunque estaba segura de que él sentía algo por ella, nunca habían hablado de futuro, ambos creían que no lo había para ellos siendo quienes eran. Ella, la

hija del portero, y él, dueño de un próspero negocio en la arteria principal de la capital.

Inés lo esquivó con torpeza mientras se dirigía a la puerta.

—No ha habido tiempo, Bruno, tenemos que preparar la tarde de magia y hay mucho que organizar, muchos detalles… —se excusó sin convencerse ni a sí misma.

Bruno se interpuso en su camino, colocándose delante de la puerta y cubriendo la salida con su cuerpo.

—Sabes que no es eso, Inés, ¿qué te ocurre? —le preguntó, con los ojos ansiosos y la voz firme.

Inés estuvo a punto de contarle lo que le ocurría, lo miró a los ojos un segundo y pensó que nada malo podría pasarle mientras la observara de aquella manera. Pero un segundo después llegó el miedo, temía demasiado su reacción, que él la rechazara después de enterarse, que incluso pudiera acusarla de querer «cazarle» como había escuchado mil veces de otras chicas en su situación. Solo pensar en su desprecio se le hacía insoportable. Prefería renunciar a él antes que otorgarle la oportunidad de abandonarla.

—Necesito tiempo, Bruno, tengo que pensar, esto que estamos haciendo no está bien… —dijo sin ser capaz tan siquiera de aguantar su mirada.

Bruno, tras escuchar sus excusas, aún entendía menos la forma en que se comportaba. La actitud de Inés hacia él había cambiado radicalmente de un día para otro y se estaba volviendo loco, se pasaba horas repasando cada una de sus palabras, cada una de sus acciones, todo lo que de una manera u otra pudiera haberla hecho daño. Y no conseguía encontrar el motivo de su cambio. Lo único que se le ocurría era que se hubiera hartado de mantener su

relación en secreto, que no confiara en sus sentimientos o en lo que había entre ellos y pensara que solo quería manipularla.

—Inés, pero yo te quiero —le dijo con una mezcla de desconcierto y ruego.

La chica sintió que todos sus muros se tambaleaban al observar sus labios ansiosos, casi desesperados y aquellas palabras que deseaba más que nada en el mundo. Pero no podía, ya no, todo era diferente ahora.

—Lo siento —dijo en un susurro al mismo tiempo que lo apartaba de su camino y salía a la calle.

El abrasador aire de agosto en la ciudad le llenó los pulmones, aunque en ningún caso sintió alivio.

Candela observaba al grupo de magos que habían contratado para aquella tarde mientras preparaban el espacio de la juguetería. Habían retirado parte del mobiliario, así como algunas cajas, y habían colocado sillas pequeñas para niños en mitad del local frente a un espacio más grande, donde los actores desplegaron un baúl lleno de disfraces, una caja para hacer desaparecer a algún voluntario y un montón de utensilios de los que desconocía la utilidad. Para fomentar las ventas habían dispuesto por toda la tienda los juegos, recortables, disfraces y cualquier juguete que tuviera mínimamente que ver con la magia para después dar un descuento a quienes compraran aquella tarde.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Bruno con la mirada fija en el despliegue a su alrededor.

Candela se encogió de hombros, indecisa.

—No lo sé, eso espero.

Y es que necesitaban aumentar las ventas para pagar las deudas que su abuelo había contraído, porque agosto se esperaba como un mes bastante flojo con todos huyendo de Madrid a la playa.

—Perdonad, ¿puedo preguntaros algo? —se acercó Inés con nerviosismo.

Los hermanos se miraron curiosos.

—¿Qué ocurre, Inés? —preguntó Bruno, intentando que su voz sonara lo más tranquila posible cuando en realidad le temblaba como a un niño subido a la tarima en mitad de una clase.

—Quería saber si podría traer esta tarde a Luz, creo que le gustaría mucho el espectáculo de magia.

—Por supuesto —contestó Bruno sin esperar a que su hermana tuviera siquiera la oportunidad de oponerse—, así será como cuando erais pequeñas y no hacíais más que dar vueltas por aquí. Ni yo venía tanto —dijo a las dos con una sonrisa.

Por un instante, tanto Inés como Candela intercambiaron una mirada llena de nostalgia. Los juegos, los sueños por cumplir, corretear por entre los juguetes cada sábado por la tarde, con las voces de su padre y su abuelo como una melodía lejana pero reconfortante. Inés también sonrió, pero el peso de su distanciamiento hizo que enseguida se pusieran serias de nuevo y se perdiera esa conexión con todo lo que una vez vivieron juntas.

La hija del portero volvió a su puesto y Bruno ayudó a los actores a colocar una especie de telón en mitad del local para la función.

Candela, por su parte, subió al despacho y cerró la puerta. Estaba nerviosa por lo de aquella tarde, eso era indudable, pero mucho más por la llamada casi diaria que realizaba a su padre cuando el local

estaba cerrado. La primera vez que se atrevió a pronunciar su nombre, hacía poco más de una semana, se echó a llorar como una niña. Manuel intentó consolarla como pudo, pero la conversación se volvió caótica, inconexa y tierna al mismo tiempo.

Después vinieron los reproches y las malas noticias.

—Lo siento, papá, pero el abuelo falleció hace un mes —le anunció Candela cuando su padre comenzó a preguntar por la familia.

Al otro lado del teléfono, esta vez fue Manuel quien se quebró por completo. La muerte de Marisa cuatro años atrás había sido dura, la había vivido a destiempo y la había sentido como la ruptura de una de las últimas conexiones que le unían a su pasado. Solo gracias a la amabilidad de Dolores y Eusebio, que le habían hecho llegar la noticia, se enteró en Burdeos de lo ocurrido, y ni siquiera pudo acercarse al funeral.

Y ahora su padre. Otra pérdida más que no había podido vivir, otra despedida que le habían arrebatado.

Candela se desarmaba al escuchar a su padre llorar sin consuelo.

Pero ellos estaban vivos y se habían encontrado por fin, tenían que aferrarse a eso, fue lo único capaz de decirle.

—¿Vas a volver? —le había preguntado también en muchas ocasiones.

—Hay quien comenta que se va a aprobar una amnistía… —contestaba él sin mucha esperanza, harto de creer y de perder.

—Iré yo a verte —sentenciaba Candela con ansiedad, porque aquella distancia era cada vez más insoportable.

—Pronto, Candela, pronto. —Él la retenía aún con el miedo metido en el cuerpo de que cualquier contacto con su hija pudiera ocasionar

problemas a su familia.

Manuel esperaba esas conversaciones con ilusión y ansiedad, pero en cuanto colgaba el teléfono de su pequeño apartamento en Burdeos sentía la culpabilidad y el nerviosismo de quien ha vivido demasiado tiempo bajo vigilancia y no se fía de esa supuesta libertad que pregonaban en televisión y en los periódicos. Democracia sí, se decía, pero allí estaban los mismos haciendo lo mismo y hasta que no hubiera una ley de amnistía, una garantía que le permitiera volver sin poner en peligro ni a él ni a su familia, no pensaba arriesgarse.

Al menos ahora tenían aquellas conversaciones, se decían los dos.

La tarde de la magia en la tienda de juguetes, Luz entró en el local con la boca abierta y sin perderse ni un solo detalle de la decoración ni de todo lo que allí habían desplegado.

—Siéntate en primera fila —le dijo Candela al verla mientras la acompañaba hasta una de las sillas junto a los magos—, eres nuestra invitada más importante y aquí podrás ver bien el espectáculo.

Inés cruzó una mirada con Candela desde la distancia y con un gesto de los labios le susurró en silencio un «gracias» que la chica correspondió con una sonrisa algo cohibida. No sabía por qué, pero entre ellas parecían estar suavizándose las aristas, como si el muro de acero que Candela creó lleno de rencor y orgullo se estuviera resquebrajando poquito a poquito, a base de pequeños gestos y miradas. Al menos eso esperaba, al menos eso deseaba.

Efectivamente, la tarde fue todo un éxito. A pesar de que agosto era un mal mes en cuanto a ventas, el local se llenó y todos los asistentes salieron con un disfraz o unos recortables, e incluso terminaron con las existencias del Magia Borrás.

Cuando los actores se marcharon, también felices del resultado, y pudieron cerrar la tienda, Luz estaba exultante.

—Pero ¿habéis visto cómo ha cortado a la chica en dos pedazos? ¿Y cómo ha desaparecido? —les preguntaba a Candela, Inés y Bruno, muy nerviosa—. ¡De mayor quiero ser maga!

—Ven, que tengo un regalo para ti —le dijo Candela a la pequeña.

—No hace falta, de verdad —intervino Inés, abrumada.

—Claro que sí —le contestó su antigua amiga, y ella no supo decir que no.

Luz se aferró a la mano que le ofrecía Candela y ambas se dirigieron hacia el almacén y dejaron a Bruno e Inés solos y muy incómodos.

—Al menos hemos podido recogerlo todo rápido —dijo ella por llenar el silencio entre ambos.

Bruno asintió, pero fue incapaz de hacer como Inés y llenar los huecos de palabras insulsas.

—Me gustaría hablar contigo —le dijo mientras le cogía de la mano—, a solas.

Inés negó con la cabeza, agobiada. Sin embargo, su cuerpo demoró el soltarse de él durante unos segundos, como si su propia piel intentara hablar por ella misma, como si sus manos entrelazadas no entendieran que se les estuviera privando de aquel contacto que era su vida.

—¡Mira, Inés! —gritó Luz mientras salía del almacén con un gorro en forma de cono plagado de estrellas, lo que provocó que, ahora sí, se soltaran inmediatamente—. ¡Tengo un gorro de mago!

—Pero… —Inés fue a quejarse a Candela, pero esta negó con la cabeza, quitándole importancia.

—Este gorro está pensado para ella, no encajaría así de bien en nadie más, estoy segura —dijo mientras guiñaba un ojo a la niña.

—¿Les has dado las gracias?

—¡Gracias! —dijo la pequeña para después abrazar a Candela, que le devolvió el abrazo, emocionada.

—Venga, vamos para casa, que ya es casi la hora de cenar —le pidió Inés, cogiéndola protectora por los hombros.

—Os acompaño —dijo Bruno—. ¿Vienes, Candela?

—No, tranquilo, id vosotros. Ya cierro yo.

Apenas media hora después de haberles visto marchar, Candela ya estaba frente al teléfono y marcaba el número que ya se sabía de memoria.

—Hola, pequeña —le dijo su padre un tono después.

—Hola, papá —contestó ella con la sonrisa más amplia de la que fue capaz.

—¿Cómo ha ido la tarde de magia? —preguntó él, intrigado.

Candela le contó todo y también le habló de Luz, de Inés y por primera vez le confesó que fue ella la que le había delatado aquella vez y toda la enemistad que vino después. Creía que él le entendería, que estaría de acuerdo con su enfado. Al fin y al cabo,

Manuel había sido el gran perjudicado por su traición, pero se equivocó.

—¿Cómo iba a contártelo? Pobre niña… —se lamentó su padre.

—Pero era mi amiga, debería habérmelo dicho. —Ella defendió su postura.

—Hija, ¿le has contado tú alguna de nuestras conversaciones a tu hermano o a tu madre?

Candela se quedó en silencio, porque no lo había hecho, en parte porque no sabía cómo hacerlo, pero también porque el silencio le permitía disfrutar de aquello para ella sola, como un pequeño premio en el día a día cuando apenas tenía nada más, cuando hacía semanas que no se atrevía a pasar por la calle donde trabajaba David, cuando lo buscaba en cada esquina, cuando se sentía tan sola que dolía.

—No es tan sencillo confesar algo como eso, cuando ocurrió era una niña y supongo que hasta años después no sería completamente consciente de su culpabilidad y para entonces ya era tarde y sabía que tú reaccionarías exactamente de la forma en que lo has hecho.

Candela asintió a regañadientes al darse cuenta de que probablemente su padre tuviera razón, quizá había sido demasiado dura, al menos ahora, que habían pasado ya cuatro años desde que se enteró de todo.

—¿Has pensado en hablar con Bruno? Tengo muchas ganas de escuchar su voz —le dijo su padre desde el otro lado de la línea—. Ya sé que necesitas tu tiempo y no quiero presionarte, pero…

—Lo haré, de verdad. Es solo que no sé cómo plantearlo… Y para mamá va a ser terrible.

—¿Cómo está tu madre? —le interrumpió Manuel con frialdad.

—Igual —resopló Candela—. Igual de insoportable, digo…

Su padre esbozó una sonrisa, pero también reprendió levemente a su hija.

—Siempre ha sido una mujer muy dura. —Intentó quitarle importancia—. ¿Ha rehecho su vida? —se atrevió a preguntar por primera vez.

Candela se dio cuenta, cuando se lo escuchó decir en alto, de que cualquiera de los dos podría haber empezado una relación después de tantos años, que su padre podría tener a alguien.

—Que yo sepa, no —dijo, para después indagar ella—. ¿Y tú?

—No —contestó él algo serio.

—No pasaría nada si…

—Lo sé, tranquila. Ha habido alguna mujer, pero nada que haya durado.

—Siento que hayas estado solo, papá —susurró Candela, y pensó que quizá hubiese preferido saber que él había tenido a alguien que le diera la mano en la ausencia que al menos ella pudo compartir con su familia.

—No te preocupes, hija, no ha estado tan mal. —Manuel sonrió, enternecido—. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien?

Candela sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas solo de pensar en él.

—Lo tuve, pero me obligaron a decirle adiós.

—¿Por qué? —preguntó extrañado Manuel.

No tenía ganas de explicarle toda la historia y no hizo falta, porque fue su padre quien simplemente dijo lo que ella llevaba días pensando:

—Búscalo.

Era bastante tarde aquella infernal noche de bochorno. Bruno daba vueltas en la cama con el pijama empapado en sudor y una especie de pesadilla en su mente despierta. Sabía lo que quería hacer, pero necesitaba que no hubiera testigos, que todos durmieran antes de levantarse, y la espera estaba siendo un infierno.

Por fin, a las doce de la noche, estuvo seguro de que Pepa estaría ya en su habitación escuchando la radio y su madre estaría metida en la cama con algún libro o incluso dormida. Dejó su dormitorio en silencio y, procurando no hacer el más mínimo ruido, se acercó al despacho que una vez fue de su abuelo y que nadie había tocado aún. Sabía lo que buscaba. Fue al armario inferior de la biblioteca y de allí extrajo un par de tomos de una enciclopedia para después fijarse en un pequeño hueco en la pared, donde una caja fuerte le esperaba cerrada con llave. Giró la rueda metálica marcando los números que su abuelo le había hecho memorizar hacía años. La puerta se abrió y de ella extrajo un pequeño joyero granate bastante antiguo. Después de faltar su padre, don Emilio le había contado aquello una noche con mucho misterio.

—Si un día yo falto, aquí están las joyas, ¿de acuerdo?

No había muchas, algún gemelo de oro, un reloj de muñeca que funcionaba a cuerda y también lo que ahora iba a buscar, porque no tenía duda de que estaría allí. Lo encontró sin ninguna dificultad. Se trataba del anillo que su abuelo le había comprado a Marisa cuando eran jóvenes y que Inés le había devuelto tras su muerte, tal y como ella misma le había contado.

Lo miró con una sonrisa. Era un ópalo, le dijo Inés, tenía una forma ovalada y estaba rodeado de otras piedras más pequeñas de color rosa. Era sencillo, de diseño antiguo, seguramente no muy caro, pero sí elegante y sobre todo lleno de un significado que lo convertía en único. Bruno tenía muy claro que en cuanto pudiera le pediría a Inés que se casara con él y que aquel era el único anillo con el que podía hacerlo.

Con una sonrisa satisfecha, se lo metió en el bolsillo, guardó todo lo demás y se dirigió a su habitación mientras en su cabeza rumiaba una y otra vez cómo y dónde se lo pediría.

Candela estaba agotada tras la conversación con su padre y de darle cien vueltas después a todos los detalles de esta, como le ocurría siempre. Cerró la puerta de la tienda con llave deseosa de llegar a casa, encenderse un cigarro junto a la ventana y pensar en ese «búscalo» que él le había dicho y que le había hecho estremecer de posibilidades.

Pero entonces una voz a su espalda la dejó sin aliento.

—No te haces una idea de la cantidad de veces que vine a ver si estabas después de nuestra última conversación.

Candela se giró hacia la voz y se encontró con la sonrisa de David justo delante de ella. Sus ojos oscuros que resplandecían, su pelo algo más corto, su ropa algo más moderna y una sonrisa que era la de siempre convirtieron el «búscalo» en una especie de conjuro mágico al que él parecía haber respondido.

—Hola, David —fue lo único capaz de decir.

—Hola, Candela —contestó él con una sonrisa.

Y después, como si lo hubieran hablado, como si fuera lo que hacían cada noche, caminaron mientras se acostumbraban a la sensación de tenerse al otro lado de las miradas. Al principio, ninguno de los dos fue capaz de decir mucho, solo intercambiaron sonrisas y miradas azoradas como dos adolescentes primerizos. Pero por fin, cuando ya les entraba la risa por lo ridículo de la situación, David se atrevió a preguntar.

—¿Dónde has estado?

—He vivido en Londres durante cuatro años.

El chico dibujó en su rostro una expresión de cierta admiración.

—Así que lo hiciste, conseguiste tu sueño… —dijo, y recordó lo que ella le había contado una vez, que eso era precisamente lo que veía en su futuro.

—Supongo que sí —le contestó ella algo desconcertada, porque en ningún momento sintió aquella especie de exilio como un sueño, sino más bien como algo a lo que había tenido que aferrarse—. ¿Fuiste al Mediterráneo?

David desvió la mirada mientras negaba con la cabeza.

—Preferí quedarme aquí —dijo, y clavó sus ojos en ella.

Candela deseó que hubiese terminado la frase con un «por si volvías», pero quién era ella para exigirle nada cuando fue quien se subió a un avión y puso miles de kilómetros de distancia.

—Y trabajas en ese bar que está de moda… —terminó la explicación ella.

David asintió sin mucho entusiasmo.

Llegaron al Café Central en la plaza del Ángel y encontraron una mesa un poco apartada, donde pidieron dos cervezas y un par de tapas para compartir.

—Estás distinto —dijo Candela después de templar los nervios con el alcohol.

—Espero que eso sea algo bueno —contestó riendo él.

—No sé, te veo más… ¿adulto?

—Supongo que los dos hemos crecido —dijo con cierta nostalgia.

Volvieron a encontrarse en aquellas miradas, en la intensidad de los ojos clavados en el otro. Aún mantenían las distancias, pero exultantes de sonrisas.

Inés se encerró en el baño ahogando el llanto en el silencio de aquella noche como cualquier otra. Estaba agobiada, tenía un miedo atroz a lo que ocurriría cuando todo saliera a la luz, cuando tuviera que dar explicaciones, cuando se encontrara con un hijo fuera del matrimonio en una España mucho menos moderna de lo que todos querían creer. Temía la mirada de decepción de sus padres, igual o peor que aquella que le dedicaron cuando tuvo que confesarles que debía dejar los estudios porque no había conseguido aprobar ni una sola de las asignaturas.

Tendría que marcharse de aquella casa, no sabía a dónde, porque no soportaría ver cada día a Bruno, convivir con su indiferencia, con un hijo, su hijo, que crecería tan cerca de un padre que querría mantenerlo en secreto, y eso en el mejor de los casos, porque también podría acusarla de haberse quedado embarazada de otro hombre.

Se levantó el camisón para observar la pequeña curva que había comenzado a dibujarse en su vientre. Calculaba que ya estaba de casi tres meses. O puede que solo fueran imaginaciones suyas, no

sabía si era pronto para que se le notara, no sabía nada de embarazos y de niños, solo lo que aprendió de cuidar a Luz, pero intuía que no iba a ser suficiente.

Se sentó en la taza del váter, angustiada. Se sintió la peor madre del mundo y aún ni siquiera lo era. Se sintió sola y un fracaso, una vez más.

David y Candela salieron del local mucho tiempo después, cuando los camareros ya barrían a su alrededor y el bar se había ido vaciando de clientes uno tras otro. Soplaba una ligera brisa que ambos agradecieron al salir.

—Al final se ha hecho tarde —comentó Candela otra vez, incómoda con aquel silencio.

Le contó sobre su vida en Londres, sobre el trabajo, la muerte de su abuelo y cómo ahora se encargaba junto a su hermano de llevar la tienda de juguetes. Él le habló de todos los trabajos que había tenido, que su sueño no había cambiado, pero que las circunstancias de su vida no le permitían en aquel momento pensar en arriesgarse tanto. Candela se preguntó cuáles serían esas circunstancias, pero no se atrevió a indagar más porque estaba claro que él no estaba dispuesto a mencionarlas. David solo habló de que no tenía trato con sus padres desde lo que ocurrió cuatro años atrás y Candela no quiso insistir.

—Sí, es bastante tarde. —Y lo que para ella era una forma de llenar el silencio, para David debía de ser más importante, porque se le veía algo apurado al mirar el reloj.

—Te espera alguien, ¿verdad?

El chico la observó con cierta culpabilidad, como si el hecho de no haberlo mencionado en toda la noche le pusiera en una posición incómoda.

—Sí.

Candela asintió y sonrió comprensiva para intentar disimular su decepción.

—Perdona por haberte retrasado.

—No te preocupes, si he sido yo el que ha ido a buscarte —le respondió.

—Eso es cierto —sonrió.

Se quedaron unos segundos en silencio hasta que ella, presa de la curiosidad, preguntó:

—¿Quién es?

David cogió aire, como si le costara mucho ser sincero.

—Mi mujer se llama Kate, es inglesa, trabajamos juntos en el bar donde nos vimos tú y yo aquella noche.

Candela intentó disimular el golpe y su ingenuidad mientras trataba de encenderse un cigarro que difuminara en humo la decepción. Estaba casado, se decía, y a pesar de lo ridículo que era se sintió terriblemente triste.

—Tenemos un hijo, Lucas. Tiene cuatro años.

Aquello ya fue la herida de bala en mitad de las costillas, la ausencia de aire y la pérdida de estabilidad que ella intentó capear con una calada.

—Pasad algún día por la tienda de juguetes —dijo, ridícula.

David no supo qué contestar a aquella invitación sin sentido, pero tampoco Candela le dio la oportunidad de hacerlo, porque se

despidió apresuradamente alegando que acababa de ver pasar un taxi y tenía que madrugar al día siguiente, aunque era domingo.

No se acercó a darle un beso, solo levantó la mano para llamar al vehículo y en cuanto lo tuvo delante se subió en él para huir. Candela desapareció en las calles de Madrid con ganas de llorar y la sensación de ser una ilusa, precisamente por tenerlas.

Bruno se pasó los días siguientes tratando de encontrar la manera de quedarse a solas con Inés, y ella la forma de evitarlo a toda costa, en un perseguirse y evitarse tan extraño en ellos, que antes se buscaban en cada esquina, que hasta resultaba torpe. Hasta que una tarde, después de cerrar, él la alcanzó en la calle y la cogió del brazo.

—Tenemos que hablar —dijo algo enfurruñado.

—No, por favor —le pidió ella.

—Sé lo que te ocurre —sentenció él, cosa que dejó a Inés con los ojos abiertos como platos.

—No puede ser… —susurró a punto de derrumbarse.

—Sé que crees que no me importas lo suficiente como para estar contigo o para contarle al mundo que te quiero. Pero te equivocas, quiero casarme contigo, quiero que todos lo sepan y me da exactamente igual lo que digan.

Bruno hablaba rápido, acelerado, como si temiera que aquella fuera su única oportunidad de decirlo, de expresar todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella y con ella. Y si tenía que ser en mitad de la Gran Vía, delante del teatro Rialto con la película *Tigres de papel* en cartelera, así sería. Quizá el romanticismo quedara

supeditado a la urgencia, pero Inés llevaba demasiado tiempo huyendo de él como para arriesgarse a seguir mintiendo.

—Bruno, no… no sabes nada —contestó Inés con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos.

Sí, él acababa de pronunciar lo que siempre había deseado, lo que esperaba que sucediera algún día aunque siempre se reprendía por soñar con ello. Y sin embargo ahora todo era distinto, quererse ya no era lo más importante, él ignoraba todo lo que ocurría y ella no sabía cómo decírselo.

—Pero ¿no me quieres, Inés? Creí que… —comenzó a decir Bruno, confundido y con el corazón a punto de detenerse.

—Estoy embarazada —le soltó por fin, sin avisos, sin sonrisas, y en cuanto lo dijo supo que no soportaría su respuesta y salió corriendo en dirección contraria mientras un anonadado Bruno se quedaba helado en una tórrida tarde de agosto.

Aquella noche, Candela habló con su padre, pero por primera vez los silencios se hicieron pesados, algo tensos, porque ella seguía sin hablar con su familia y él no quería presionarla, pero necesitaba también a Bruno. Además, el hecho de que David no hubiese aparecido ninguna de las noches siguientes a su encuentro al cerrar la tienda la estaba volviendo loca. Quería verle, necesitaba tenerle con ella de nuevo, pero era consciente de todo lo que se movía entre sus vidas y también de que la situación de él no era precisamente sencilla.

Nunca había tenido muchos prejuicios a la hora de conseguir algo por encima de quien hiciera falta, pero esta vez le costaba, le daba

miedo, no quería romper una familia ni ser la causante de los problemas para él, pero al mismo tiempo se repetía que también merecía ser feliz. Durante aquella noche en la que hablaron, fue más consciente que nunca de que para ella nada había cambiado, ni uno solo de sus sentimientos hacia él había menguado desde la última vez que se vieron. Sin embargo, ahora había una gran diferencia, una mujer y un hijo.

Candela salió a la calle ausente, mirando al cielo. El bochorno de los últimos días estaba a punto de explotar en una tormenta. La humedad se olía en el ambiente, el cielo estaba completamente gris y ya comenzaban a escucharse unos truenos lejanos que amenazaban a los transeúntes. Las primeras gotas cayeron antes de que se decidiera a salir y en apenas un segundo la lluvia arremetía con fuerza.

Entonces lo vio. Al otro lado de la calle, y la miraba, inmóvil bajo la tormenta de verano que hacía que todos corrieran a su alrededor. David cruzó la carretera y se acercó a ella. Se miraron a los ojos, sin palabras. Candela, que aún tenía las llaves de la tienda en las manos, abrió y los dos se refugiaron de la lluvia en el interior.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó ella con la voz temblorosa, y él supo exactamente a qué se refería.

—No lo sé —contestó David.

No hizo falta más, Candela se echó a sus brazos y él la besó con toda la intensidad y la angustia de quienes no habían olvidado ni un segundo de su pasado.

Inés no había podido dormir ni cinco minutos en toda la noche. Las palabras de Bruno aún repiqueteaban en su cabeza igual que la fuerte lluvia que martilleaba los cristales en aquel momento. Todos dormían, pero ella daba vueltas en la cama llena de ansiedad. No sabía qué hacer, no sabía con quién hablar, ni cuál era el siguiente paso tras la conversación con Bruno. Las cartas estaban sobre la mesa y las había repartido ella y ahora se sentía más perdida que nunca.

Unos leves golpes en la puerta la sorprendieron a esas horas. Inés se levantó y fue a abrir tras ponerse la bata para cubrir su sencillo camisón.

Bruno estaba en el rellano y caminaba de un lado a otro, nervioso.

—No es justo que te hayas marchado de esa manera —le dijo con el ceño fruncido—, ni siquiera me has dejado reaccionar.

Se sentó en la escalera con la cabeza gacha. Inés, apurada porque alguien pudiera oírlos, cerró la puerta del apartamento y fue a sentarse junto a él, como en una frontera entre sus dos mundos.

—No quería que me rechazaras —susurró mientras jugaba con el camisón entre sus manos.

—Siempre piensas mal de mí —se quejó él.

—No es eso, pero… —se defendió ella sin saber cómo.

—Toma —le dijo mientras le tendía el anillo de Marisa que había comprado Emilio.

—¿Y esto? —preguntó, sorprendida.

Bruno se puso de pie sin poder permanecer sentado ni quieto.

—Iba a pedirte que te casaras conmigo, antes de saber que estabas embarazada.

Inés asintió, plenamente consciente de que sus peores pesadillas se estaban haciendo realidad. Ahora que él sabía su estado, la rechazaba, exactamente como ella había previsto.

Bruno se dio cuenta de cómo habían sonado sus palabras. Se puso en cuclillas delante de Inés, que había roto a llorar en un silencio desesperado.

—No te preocupes, me iré, no tendrás que hacerte cargo de nada… —decía entre hipidos con el anillo aferrado en el interior de sus manos.

—Inés…

—De verdad, lo entiendo, yo no soy para ti, esto es un inconveniente y…

—¿Puedes callar un momento? —le pidió él.

Inés levantó la mirada hasta clavarla en la de él, en su rostro, ahora muy cerca.

—Me quiero casar contigo. Busqué ese anillo entre las cosas del abuelo porque creo que no había ninguno mejor y por supuesto que seré el padre de ese niño —sentenció él mientras le cogía el rostro entre las manos.

Inés no conseguía reaccionar.

—¿Me has escuchado? —le preguntó de nuevo.

—¿De verdad? —se atrevió a preguntar.

Bruno soltó una carcajada y la abrazó con fuerza mientras le decía:

—Por supuesto, es lo único que quiero.

—¿Porque estoy embarazada? —insistió en su desconfianza.

—Tenía decidido pedírtelo antes de saberlo y saberlo no me ha cambiado ni un poco la opinión.

Inés, entre sollozos de puro alivio, respondió a su abrazo y dejó que él le pusiera el anillo de *amama* Marisa en el dedo. Se besaron por fin.

—Tu madre me va a odiar —dijo Inés.

Bruno soltó una carcajada cómplice y asintió.

—Es lo más probable.

Volvieron a aferrarse el uno al otro en aquel rellano que una vez también fue testigo del abrazo de sus abuelos.

17

—Tienes que decírselo ya, por favor —le rogó su padre aquella noche.

Septiembre avanzaba sin que se dieran cuenta y con él las voces que pedían la amnistía, algo que parecía posible por primera vez en muchas vidas. Decían que el final de aquel exilio estaba a punto de materializarse y, aunque ninguno de los dos, ni Candela ni su padre, quería hacerse demasiadas ilusiones, acostumbrados a perder y resignarse ante una historia que normalmente les era adversa, cada vez eran más las voces, tanto en el país como provenientes del extranjero, que se alzaban para exigírselo al Gobierno democrático.

—Tienen que saber tanto tu madre como tu hermano que, si se aprueba la amnistía, cogeré mi coche y volveré de Burdeos inmediatamente —le dijo Manuel, bastante nervioso.

—Sí, papá, lo sé, lo voy a hacer —asentía Candela con la cabeza entre las manos, porque hasta ahora había sido incapaz de encontrar el momento adecuado, primero para contarles la verdad, y segundo para confesar que llevaba un mes sabiéndola—, es solo que estoy intentando encontrar la situación para…

—¡No la hay! —levantó la voz su padre, dejándoles sorprendidos a los dos—, perdona, no quería… —se disculpó enseguida.

—Tranquilo —le dijo algo enfadada, y no quiso seguir hablando—, tengo que dejarte, mañana te llamo.

Candela colgó sin esperar la reacción de su padre y se encendió un cigarro, agobiada. Aquella misma noche lo diría, se enfrentaría a su hermano y su madre y lo contaría todo, estaba decidida. Pero es que esa misma frase la había pronunciado en su cabeza un millón de veces y, a medida que había pasado el tiempo, por una cosa o por otra, el silencio se había hecho cada vez más y más grande y ya no sabía cómo enfrentarlos a la verdad.

Y eso siempre la llevaba de nuevo a pensar en Inés. Si para ella resultaba difícil hablar de Manuel, y se trataba de una buena noticia, no se imaginaba lo difícil que había tenido que ser para Inés, sobre todo porque su revelación era además muy negativa y suponía una confesión nada favorable para ella misma.

Todo se le acumulaba en las últimas semanas. Su padre, Inés, la tienda y, por supuesto, David, con quien había comenzado una relación clandestina a espaldas de su mujer y de su hijo, y de todo el mundo, en realidad, porque tampoco se la había mencionado a su hermano por miedo a explotar esa burbuja en la que se habían escondido los dos amantes y que, mientras se quedara ahí, funcionaba.

Candela llenó sus pulmones del humo del tabaco mientras sentía que la vida a su alrededor se había convertido en una mentira de la que no tenía ni idea de cómo salir.

—¿Sabes lo que van a pensar? —le dijo Inés, nerviosa, a punto de entrar de la mano con Bruno en casa de sus padres aquella noche

tras el trabajo.

Llevaban esperando y planeando ese momento casi un mes y por fin se habían decidido, apremiados también por los cuatro meses de embarazo que ya empezaban a ser difíciles de ocultar, sobre todo en la convivencia en casa de Inés. Juntos habían ido al médico, que confirmó que esperaba un bebé para finales de febrero, principios de marzo y les había asegurado que todo iba bien. No se libraron de las miradas de sutil desaprobación del doctor y de alguna enfermera al darse cuenta de que ese niño o niña había sido concebido fuera del matrimonio, pero al menos se enfrentaban a aquello juntos y sin duda eso lo hacía mucho más sencillo.

—¿Qué van a pensar? —preguntó Bruno aludiendo a la pregunta que ella le había hecho.

—Que te casas conmigo porque estoy embarazada…

—Y es cierto —bromeó él, ganándose así un golpe en el brazo por parte de su novia.

—Hablo en serio, para ti es muy fácil, puedes dejar embarazadas a mil mujeres y nadie te miraría mal, yo sin embargo ya soy juzgada simplemente por no estar casada contigo…

—Aún —le interrumpió él.

—Aún —se corrigió ella—, pero no es justo.

—Mira, Inés, nos tiene que dar igual lo que piensen, ellos y cualquiera. Nos van a juzgar continuamente por todo, porque no estamos casados, porque vamos a tener un hijo, porque tú eres la hija del portero y mi familia tiene dinero… Nos juzgarán por cada uno de los detalles de nuestra relación y de nuestra futura vida juntos. Pero tenemos que estar fuertes y seguros frente a las

críticas, vengan de quienes vengan, nosotros sabemos la verdad y eso es lo que importa —sentenció Bruno.

—Qué bien hablas cuando quieres —se rio Inés, en el fondo encantada.

El chico puso los ojos en blanco y después la miró interrogante.

—¿Preparada?

Ella esbozó una mueca de terror, pero asintió, sacó la llave y abrió la puerta del apartamento que compartía con su familia y que de repente se le hacía ajeno y hostil en lugar de un refugio cálido como siempre había sido.

—Ay, Inés, qué bien que has llegado, ¿puedes cortarle la carne a Luz, que dice que está dura? —le preguntó su madre sin mirarla mientras recogía la mesa.

—¡Bruno! —exclamó la niña, encantada de verlo.

Pero precisamente ese hecho hizo que tanto José como Isabel se quedaran inmóviles y se pararan a observar a los dos jóvenes de la mano. Los padres de Inés se mostraron desconcertados y a la defensiva.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó José mientras se ponía de pie con el ceño fruncido.

—Papá, tenemos que hablar con vosotros —dijo Inés con un hilo de voz.

—Inés… —susurró Isabel, intuyendo por dónde podía ir su hija.

—Verán —comenzó Bruno, más nervioso de lo que creía que estaría ahora que tenía frente a sí a sus, ojalá, futuros suegros, o al menos abuelos de su hijo—, queremos decirles que estamos juntos, vamos a casarnos y a tener un hijo.

Lo dijo tan de golpe que Isabel tuvo que sentarse en la silla que tenía más cercana, impresionada. Luz miraba a unos y otros sin entender qué ocurría, pero consciente de que si no se mantenía en silencio la echarían de allí como siempre hacían para hablar de cosas de adultos en las que no le permitían participar.

—¿Dice la verdad? —preguntó José a su hija.

Inés asintió, temerosa.

Su padre no dijo nada. Retiró la silla de su camino con brusquedad y se encerró en el dormitorio después de dar un portazo que dejó muy claro lo que aquella noticia le había parecido. Bruno e Inés se miraron, conscientes de que las cosas iban a ser complicadas, incluso más de lo que habían imaginado.

—Pero, Inés… —se lamentó Isabel mientras negaba con la cabeza, decepcionada.

Su hija se acercó a ella.

—Mamá, de verdad, todo está bien, vamos a casarnos y tendremos un hijo, es una buena noticia, de verdad —intentó convencerla, pero sin atreverse a siquiera tocarla.

Isabel, disgustada, miró a Bruno e intentó descubrir en él sus verdaderas intenciones, como si con un vistazo pudiera leer en su interior.

—Por eso se casa contigo, ¿verdad? —preguntó Isabel.

—¿Cómo? —dijo su hija a la defensiva.

—Se casa contigo por el embarazo —repitió su madre, algo más insegura.

Inés dio un golpe en la mesa.

—¡Claro, alguien como él solo puede casarse conmigo porque me ha dejado embarazada, ¿verdad?! ¡Siempre me habéis

menospreciado, nunca habéis confiado en que me convirtiera en algo más que la hija del portero! ¡No fue por mí por lo que tuve que dejar los estudios! ¡Vosotros pensaréis lo que queráis, pero al menos él me ve! —gritó antes de salir ofendida del apartamento.

El silencio se hizo inmenso en cuanto la puerta del apartamento golpeó el quicio tal y como José había hecho minutos antes. Isabel agachó la cabeza, disgustada. Luz estaba a punto de echarse a llorar y ni siquiera tenía muy claro por qué, solo que ver a su hermana de aquella manera no le gustaba lo más mínimo.

—Señora, la quiero de verdad, quiero casarme con ella, esté embarazada o no —le aseguró Bruno antes de ir detrás de su novia, a la que jamás había visto reaccionar con tanta fuerza.

Isabel no supo retenerlo, ni siquiera supo qué decir, porque estaba igual de sorprendida que él y dolida por las palabras de su hija, que lamentablemente encerraban la verdad. Inés jamás levantaba la voz, jamás discutía, era fácil de llevar, tranquila y colaboradora desde niña, y aquella reacción le dio que pensar y la llenó de culpabilidad.

—¿Qué pasa, mamá? —se atrevió Luz a preguntar con un hilo de voz mientras pensaba que, por esta vez, igual lo mejor hubiese sido que le hubiesen obligado a marcharse.

—Nada, hija, termínate la carne —le dijo Isabel antes de salir hacia la cocina con lágrimas en los ojos.

Candela abrió mucho los ojos, sorprendida al entrar en el portal y encontrarse a Bruno y a Inés abrazados.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó, anonadada.

—No, por favor… —susurró Inés, incapaz de enfrentarse a otro rechazo después del de su familia.

—Candela, no es el momento —la reprendió su hermano con tono severo, incluso antes de que hablara.

—Pero bueno, ¿por qué me habláis así? Si no he dicho nada… —se defendió Candela.

—Porque sé lo que vas a decir —se envalentonó de repente Inés, que parecía haber roto el muro que la tenía bloqueada desde hacía años, harta de la situación que, por lo visto, no había hecho más que empezar—. Vas a decir que me meto en tu familia como siempre había querido, que he manipulado a tu hermano, que se casa conmigo porque estoy embarazada… ¡Estoy harta de ti y de tener que agachar la cabeza por una cosa que ocurrió hace quince años! ¡Estoy harta de que no me perdones algo que hice siendo niña! ¡Harta de que tú te creas el adalid de la moralidad cuando, como amiga, has dejado bastante que desear en muchos momentos de mi vida en los que estuve siempre sola!

Dicho esto, Inés se marchó a la calle, empujando a Candela con el hombro al pasar seguida de Bruno, que miró a su hermana en silencio antes de desaparecer junto a su novia.

Demasiada información, se dijo la propia Candela mientras, parada en mitad del portal, intentaba asumir todo lo que había escuchado de boca de su antigua amiga. Que Bruno e Inés estaban juntos, que iban a tener un hijo, que se iban a casar… Pasado el primer impacto, buscó dentro de sí misma algún resquicio de rabia o de reproche a las palabras de Inés, pero no consiguió encontrarlo. Simplemente sonrió al darse cuenta de que se iba a convertir en tía y de que Inés

iba a formar parte de su familia. Le gustaba esta nueva faceta guerrera de ella, le recordaba a sí misma, pensó con una sonrisa

Subió las escaleras, contenta, dispuesta a hablar con su hermano aquella misma noche de todo lo de Manuel y por supuesto darle la enhorabuena como se merecía.

Inés volvió bien entrada la noche a casa de sus padres con la intención de evitar encontrarse con ellos después de la discusión que habían tenido y de cómo se había comportado. No se arrepentía, había dicho la verdad, había levantado la voz por primera vez en su vida y, a pesar del enfado y el apuro del momento, le había sentado muy bien. Se sentía orgullosa, como una nueva Inés dispuesta a todo por defenderse a sí misma y a la familia que iba a formar.

Pero, cuando abrió la puerta, se sorprendió al ver que la esperaban sentados a la mesa del comedor.

—¿Y Luz? —preguntó en un susurro al darse cuenta de que la cama que compartían en el salón estaba sin deshacer.

—Hoy duerme en nuestro dormitorio —le aclaró su madre.

—¿Puedes sentarte, por favor? —le pidió José con tono severo.

Inés tomó asiento junto a ellos como respuesta.

—Tu madre y yo hemos estado hablando desde que te fuiste —dijo su padre— y queremos darte la oportunidad de no tener que aceptar este matrimonio si no quieres…

Inés fue a interrumpirle, pero Isabel le pidió con un gesto de la mano que los escuchara antes de hablar, así que se quedó callada.

—Hemos ahorrado algún dinero en los últimos años, no es mucho, pero sí lo suficiente para empezar en otro lugar. Y queremos

ofrecértelo. Si no quieres casarte y lo haces por miedo a lo que vendrá, si estás dispuesta a tener a ese hijo sola, somos conscientes de que el único modo de hacerlo será dejar esta casa y vamos a ayudarte en todo.

—Incluso nos mudaremos a otro lugar contigo, si lo necesitas. Somos una familia y no pensamos dejarte en la estacada de la misma manera que tú nunca lo has hecho con nosotros —le dijo Isabel, añadiendo la ternura que quizá a su marido le había faltado.

A Inés se le llenaron los ojos de lágrimas al ver que sus padres lo darían todo por ella, que incluso se mudarían y dejarían aquella vida atrás por la que tanto habían luchado. Suspiró con fuerza y les tranquilizó.

—No sabéis cuánto significa esto para mí —dijo con la voz rota—, pero no es necesario. Bruno me quiere y yo a él y de verdad que no nos casamos por el embarazo.

En ese momento, Inés sacó el anillo de Marisa del bolsillo y se lo colocó en el dedo anular. José e Isabel se miraron, conscientes de todo lo que ese gesto representaba.

—Entonces ¿estás contenta? —preguntó Isabel, aún temerosa.

Inés asintió emocionada y abrió los brazos para recibir el abrazo de su madre. José disimuló la emoción al ver el anillo de su propia madre en el dedo de su hija, se encendió un cigarro y simplemente sonrió.

Bruno, después de dejar a Inés en la puerta de la casa de sus padres, entró sigilosamente en la suya. Cerró la puerta procurando hacer el mínimo ruido posible y sin encender la luz.

—¿De dónde vienes? —dijo una voz de mujer, autoritaria.

El chico se llevó un susto de muerte que le hizo incluso colocarse la mano en el pecho. Candela ahogó una carcajada al encender la luz y ver que su hermano estaba pálido y le gritaba en silencio si estaba loca.

Se acercó a él, lo agarró del brazo y se lo llevó a su habitación. Cerró la puerta con cuidado y, una vez estuvieron dentro, se abrazó a su cuello.

—Enhorabuena —le susurró emocionada al oído.

Bruno, que en un primer momento no había sabido cómo reaccionar, sintió cómo su cuerpo se relajaba por el cariño de su hermana. Se separaron y él sonrió, esperanzado.

—¿De verdad te parece bien?

—Claro —le dijo Candela.

—Lo digo por Inés… —La miró con los ojos entornados.

—Bastante bronca me ha echado ella misma —dijo resoplando.

—Te la mereces.

—Lo sé —asintió Candela—. No se lo has dicho todavía a mamá, ¿verdad? No he oído suficientes gritos y suspiros decepcionados en casa.

Bruno fue a sentarse en la cama, un poco derrotado mientras negaba con la cabeza.

—No, y desde luego no va a ser hoy y probablemente mañana, tampoco. Los padres de Inés no han reaccionado demasiado bien y se suponía que eran la parte fácil de todo esto. Estoy agotado de intentar hacerle sentir mejor durante horas.

Candela fue a sentarse a su lado.

—Lo siento, creía que con ellos sería fácil.

—Y yo, pero no se fían, creen que me caso con ella porque la he dejado embarazada.

Candela lo miró con suspicacia.

—¿Es así?

—Por supuesto que no —se defendió Bruno.

Su hermana asintió, más relajada.

—¿Y cuándo ha ocurrido todo esto?

—No lo sé, siempre ha habido algo especial entre nosotros, desde niños. Ya cuando estaba con Pilar hubo algún beso… —dijo con cierta vergüenza.

—Vaya con la monja —se rio Candela, refiriéndose a Inés.

—No la llames así. —Su hermano frunció el ceño.

—Perdona, es que no es el concepto que tenía de ella… Y no lo digo como algo negativo, sino todo lo contrario. Me alegro de que haya decidido arriesgarse contigo y que haya mostrado la fuerza que ha probado hoy.

—Es que durante mucho tiempo has estado mirándote solo a ti misma y te olvidaste un poco de mirar a los demás.

Candela iba a contestar a la defensiva, pero recapacitó y asumió que en parte tenía razón. No se dio cuenta de nada de lo que ocurría en la vida de su abuelo y aún no se había marchado a Londres cuando lo de Marisa, tampoco de los sentimientos de su amiga, ni de su hermano… Entonces pensó que había llegado el momento de ser sincera con él y hablarle de su padre por fin.

—Bruno, hay algo que tengo que contarte —susurró.

—Mira, si no es importante, mejor mañana, porque estoy agotado —dijo sin darse cuenta de que Candela hablaba en serio.

El chico se levantó y se dirigió a la puerta, pero antes miró a su hermana.

—¿Es importante?

—No, tranquilo, descansa, puede esperar a mañana.

—Menos mal, porque de verdad que no puedo más —resopló, ya con la manilla entre los dedos.

—¡Bruno! —Candela lo detuvo.

Su hermano se giró.

—¿Te das cuenta de que va a haber alguien llamándote papá dentro de poco?

Bruno resopló con miedo, pero también sonrió, lleno de ilusión.

La mañana había sido mucho más tranquila en la casa de los Herrera Aguirre. Desde la conversación que mantuvieron los tres la noche anterior, se había creado entre ellos una corriente de complicidad y de cariño que Inés creía impensable unas horas antes. Habían dormido poco, pero aquello les permitió conversar mucho. Les tranquilizó al decirles que había visitado a un médico y que todo iba bien. Se mostraron ilusionados con la posibilidad de convertirse en abuelos y en el fondo los dos creían que Bruno era un buen chico. Isabel hasta quiso sacar las cajas con la ropita de Luz que aún guardaba, y lo habría hecho en mitad de la noche si no la hubiesen detenido entre José y su hija.

Inés se fue a trabajar al día siguiente con una sensación de ligereza que estuvo encantada de compartir con Bruno en cuanto pasó a buscarla a primera hora de la mañana. José hasta le había pedido que se sentara con él a tomar el café, cosa a la que accedió

a pesar de haber desayunado ya en su casa. Era su manera de dar su aprobación y Bruno se hubiese tomado todos los cafés que hubiesen hecho falta.

Inés sonreía al pensar en lo ocurrido mientras ascendía las escaleras que conducían al despacho de la tienda de juguetes con el correo en la mano. Bruno se levantó para ayudarla nada más verla y de paso abrazarla.

—¿Y Candela? —preguntó la chica, algo incómoda mientras miraba detrás de él.

—Ha salido a hacer unas gestiones en el banco —le dijo para después darle un beso.

—¿Te dijo algo ayer?

Inés también había dado muchas vueltas a cómo le había hablado a la hermana de Bruno. No se arrepentía y había sido completamente sincera, pero ahora temía las consecuencias de aquel alarde de personalidad que había tenido.

—Está muy contenta por nosotros. Creo que se está ablandando, para mí que en Navidad ya habréis vuelto a ser amigas.

Inés lo miró con una ceja levantada.

—Eso será si yo quiero… —bromeó.

Bruno se rio.

—Mira quién se hace ahora la digna… —le dijo mientras la agarraba por la cintura.

Inés lo golpeó con las cartas con coquetería. Después se puso de puntillas y lo besó en los labios. La campanilla de la puerta les interrumpió y la chica tuvo que bajar a toda prisa para atender a los nuevos clientes.

Cuando se quedó solo, Bruno se sentó a la mesa dispuesto a abrir la correspondencia, mayormente facturas, que Inés le había traído. Empezó por la de Telefónica y casi se le cae de las manos cuando vio la cantidad de dinero que tenían que pagar del último mes. Se fijó más en los detalles que venían en el papel, solo quería entender cómo había ocurrido aquello. Observó que la cantidad más alta había sido por llamadas al extranjero, pero tampoco se especificaba mucho más en la factura. Se imaginó a su hermana llamando a Londres, quizá con la intención de contactar con algún novio del que no le había hablado. Era la única explicación que encontraba a aquel gasto, porque desde luego él no lo había hecho e Inés solía llegar y marcharse con él, así que no tenía sentido sospechar de ella. Debería tener una seria conversación con su hermana en cuanto llegara.

Candela mordió el labio de David mientras lo rodeaba con sus brazos en aquella cama que habían convertido en un oasis para su relación. Después, se colocó a horcajadas sobre él, quería sentirle dentro de ella, realizar por fin todas las fantasías que llevaba esperando la última semana desde la última vez que se vieron.

—Creo que me voy a volver loco —susurró David mientras le acariciaba las caderas y seguía el vaivén de sus movimientos acompasados.

Habían encontrado una pensión limpia y muy discreta en la calle Desengaño, cerca de ambos trabajos, donde acudían siempre que tenían un rato libre. La señal era una llamada de un solo tono al trabajo de cada uno y después se veían allí media hora más tarde, si

podían. El dueño era un hombre mayor que no hacía preguntas ni quería saber nada más allá de cobrar y seguir con su vida. Pagaban en efectivo y siempre reservaban la misma habitación, la del último piso, una buhardilla muy humilde pero limpia, con los techos inclinados y un pequeño baño incorporado. Un modesto refugio testigo de todos sus encuentros, de sus dudas, sus conversaciones y de aquel amor que ya crecía sin límites.

Candela incrementó el ritmo de sus movimientos. La cama, antigua, comenzó a chirriar con unos escandalosos ruidos y ambos tuvieron que aguantar la risa al mismo tiempo que perdían la noción de quiénes eran y dónde estaban.

Al terminar, Candela se tumbó junto a David, exhausta.

—Nos van a echar de la pensión —rio mientras intentaba recuperar el aliento.

El chico sonrió. Se abrazó a ella, incapaz de mantenerse alejado ni un solo segundo de aquella piel que tanto había echado de menos.

—Tengo que volver a la tienda —le susurró Candela mientras le besaba en el pelo en aquellos segundos arrancados a la rutina.

El chico se quejó con un mohín mientras se aferraba a ella con más fuerza.

—No es suficiente… Necesito más —dijo mientras la besaba—, apenas nos vemos una hora de vez en cuando…

—No soy yo la que tiene responsabilidades —contestó Candela algo molesta, desembarazándose ahora de su abrazo.

Como cada vez que el tema de la mujer y el hijo de David salía a colación, el ambiente se enrareció, las palabras tiernas se convirtieron en afiladas y ambos tuvieron que hacer un esfuerzo por controlar la rabia que todo aquello les producía.

—Ojalá no te hubieras marchado —se quejó enfadado mientras comenzaba a vestirse, igual que hacía ella al otro lado de la cama.

Candela lo miró con rabia.

—Ojalá no hubieses sido un crío y hubieses conducido como una persona normal aquella noche. No habríamos tenido el accidente y por supuesto el Cuervo no habría vuelto a aparecer en nuestras vidas.

David apoyó la cabeza entre las manos, consciente de su culpabilidad. Siempre terminaban de la misma manera, con reproches, llenos de furia por lo que no habían hecho bien, desesperados por haber seguido con su vida cuando esta otra parecía estar esperándoles sin que lo supieran.

—No quiero discutir… —susurró el chico, agotado.

—Yo tampoco —contestó ella, aún más tensa.

Cada uno estaba sentado a un lado de la cama, de espaldas el uno del otro, lejanos de repente cuando hacía apenas unos minutos no había ni un milímetro entre ellos.

—Candela… —dijo él mientras se daba la vuelta y reculaba primero.

Ella escuchó el tono suave que utilizaba David cuando estaba afectado y comenzó a ablandarse. Al fin y al cabo, no era culpa de ninguno de los dos haber intentado sobrevivir a los recuerdos aferrándose a una vida que creían que era la única para ellos. Se quedó quieta, pero aún no se giró para mirarle.

—Te quiero, aunque sea a destiempo —le dijo él con derrota en su voz.

Candela entonces sonrió de medio lado y finalmente se levantó para acercarse a él y sentarse en sus rodillas.

—Yo también te quiero, aunque sea a destiempo.

Se besaron con toda la intensidad que sufrían a cada instante, como si vivieran su relación en pasado y en presente a un mismo tiempo, como si no estuvieran seguros de tener futuro.

—¡¿Se puede saber a quién narices has llamado a Londres?!

Bruno no esperó ni a saludar a su hermana cuando esta entró en el despacho.

—¿A Londres? ¿Qué estás diciendo? Yo no he llamado a Londres a nadie. ¡Y no me chilles! —respondió Candela de malas formas, y cerró la puerta del despacho de un golpe.

—¿Y esto?

Bruno le tendió la factura del teléfono con rabia y se cruzó de brazos para esperar su reacción y una respuesta convincente.

—Mierda… —susurró Candela al darse cuenta de que había llegado el momento de contar la verdad y que no empezaba nada bien.

El mes anterior había conseguido interceptar aquella factura antes de que su hermano la viera y pagarla de su propio dinero, pero con los encuentros con David había perdido la sensatez, la razón y la perspicacia y se había olvidado por completo de aquel papel.

—Siéntate, Bruno, tenemos que hablar —le pidió Candela con seriedad.

Su hermano le hizo caso, pero sin relajarse un segundo. Aquella no era la reacción que esperaba de ella y no estaba seguro de si ese hecho lo tranquilizaba o era aún peor.

—Por favor, no te enfades conmigo, es que no sabía cómo contártelo y…

—Candela, me estás asustando —le dijo Bruno, ya frente a frente.

—Esas llamadas son para hablar con papá —soltó de golpe, porque no tenía ni idea de cómo hacerlo de otra manera.

—No tiene gracia… —susurró Bruno con la voz rota.

—No es una broma. Descubrí un teléfono entre las cosas del abuelo y llamé por primera vez hará cosa de un mes. La primera vez que escuché su voz colgué inmediatamente presa del pánico…

Mientras Candela le relataba cómo habían sido sus conversaciones, Bruno tuvo que ponerse de pie, caminar por la habitación e intentar contener esa mezcla de rabia y emoción que lo invadía.

—Quiere hablar contigo, lo ha querido desde el principio… —le aclaró Candela con las manos temblorosas y muy avergonzada—, supongo que al principio no sabía cómo decírtelo, después lo quise solo para mí y, yo qué sé, luego con lo de Inés…

—No te atrevas a echarle la culpa a ella —dijo con rabia.

—Por supuesto que no, Bruno, soy yo la única culpable y ni siquiera sé muy bien cómo justificarme. Por favor, perdóname —le rogó mientras se levantaba y se acercaba a él con lágrimas en los ojos.

Bruno se alejó de ella, enfadado.

—Quiero hablar con él ahora —dijo con la voz rota.

—Por supuesto —contestó, para después ir a por su bolso y sacar de él el papel donde tenía guardado el número desde el primer día —. ¿Quieres que llame a Inés?

Este asintió, agobiado, mientras caminaba de un lado a otro como un animal dentro de una jaula que ni siquiera sabía que existía hasta la confesión de su hermana. Candela salió corriendo, bajó las escaleras de dos en dos y se colocó frente a Inés, que la miraba alucinada por su comportamiento.

—Sube, por favor, Bruno te necesita.

Inés no lo pensó dos veces. Dejó a Candela a cargo de la tienda y desapareció escaleras arriba, preocupada.

—¿Estás seguro de que quieres que me vaya? —preguntó Inés a Bruno antes de cerrar la puerta.

—Sí, necesito hacerlo solo —contestó él más tranquilo.

Inés esbozó una sonrisa y asintió. Intercambiaron una mirada de cariño y la chica salió de la habitación y bajó a la tienda, donde Candela despedía a unos clientes que se marchaban con un Madelman.

Bruno había hablado sin parar de la traición de su hermana, de que no entendía cómo le había ocultado aquello, pero también de cómo su abuelo había sido capaz de tomar la decisión por toda la familia privándoles de la verdad. Era injusto, era cruel y no estaba seguro de si iba a poder perdonar la memoria de don Emilio, que se había visto distorsionada.

—Intenta entenderle —le pidió Inés—, quería protegeros. Estoy segura de que tú habrías hecho lo mismo.

Bruno negó con la cabeza con una seguridad en sí mismo que en el fondo tenía algunas grietas. Porque sabía que había que ponerse en su situación y no tuvo que ser fácil tampoco para su abuelo

renunciar a su propio hijo, con lo unidos que estaban desde siempre, a pesar de sus diferentes opiniones políticas.

Poco a poco consiguió tranquilizarse, y fue entonces cuando pidió a Inés que lo dejara solo y ella bajó a la primera planta donde estaba Candela.

Cuando se quedaron a solas, la tensión se hizo palpable entre las dos chicas. Pero, por primera vez desde hacía mucho, Inés no agachó la cabeza, sino que miró a la que fue su amiga frente a frente.

—¿Crees que me perdonará? —se atrevió Candela a preguntarle, preocupada por lo que le había ocultado a Bruno.

Inés se encogió de hombros.

—Él es bastante mejor persona que tú —contestó con malicia—, supongo que en poco tiempo se le habrá olvidado.

Candela torció el gesto, pero aceptó la estocada que le había lanzado.

Inés regresó al mostrador, dispuesta a seguir colocando unos recortables que habían llegado nuevos y dar por terminada su conversación. Candela, sin embargo, se acercó a ella, sigilosa, sin saber cómo romper aquella barrera que las había separado durante tanto tiempo y que ella misma había construido piedra a piedra.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras llevaba su mirada hasta el vientre de Inés.

—Bien —se limitó a contestar, dispuesta a hacerla sufrir un poco más.

—Me alegro mucho por los dos, ¿sabes?

—Gracias —dijo seria, pero algo menos seca.

—He sido una imbécil —resopló Candela, y se apoyó sobre el mostrador como aquella niña espontánea que una vez fue.

Inés tenía la mano sobre la encimera de cristal y vio cómo su antigua amiga llevaba su dedo hasta su mano para dibujarle una «A» en la piel como hacían cuando eran unas niñas. Aquel gesto que tantos recuerdos le trajo a Inés también consiguió que sonriera.

—Yo también me porté mal —susurró algo nerviosa.

Por fin se miraron sin rencor, sorprendidas ellas mismas del camino que habían recorrido hasta llegar allí y de lo bien que les hacía sentir olvidarse del pasado.

—Voy a ser tía —exclamó con ilusión.

—Estoy asustada… —susurró Inés, sincera.

Candela alargó la mano y la colocó sobre la de Inés.

—No estarás sola. Tienes a Bruno… y también a mí.

—¿Me lo prometes? —preguntó con la voz temblorosa.

Su amiga, muy emocionada, asintió completamente segura. Inés salió de detrás del mostrador y ambas se unieron en un torpe abrazo que volvió a unirlas después de tantos años.

Bruno, Inés y Candela se sentaron a tomar algo en una terraza junto a la tienda cuando terminaron la jornada para comentar la conversación con Manuel y limar asperezas entre los dos hermanos.

—Me ha contado que ha trabajado en una tienda de electrodomésticos, pero que echa mucho de menos la juguetería —le explicó a Candela.

—Lo sé. Si hubiera amnistía… —comentó ella, soñadora.

—Todo apunta a que la habrá —intervino Inés para darles ánimos.

—Podremos estar los tres en la tienda, como siempre debió ser —dijo Bruno, para después mirar a su novia—. Además, cuando nazca el bebé tendrás que dejar de trabajar, nos vendrá bien un poco de ayuda extra.

Candela e Inés se miraron con el ceño fruncido.

—¿Y eso por qué? —preguntó la primera.

—Bueno, no tiene mucho sentido que sigas en la tienda, ¿no? ¿Quién cuidará del bebé?

—Al principio, yo, desde luego, y tú también, pero después podrá ayudarme mi madre… —se enfadó Inés—. No quiero dejar de trabajar, quiero tener mi propio dinero —sentenció, muy segura de lo que decía.

—Bien dicho —la apoyó Candela.

—No sé si prefería cuando estabais enfadadas… —bromeó Bruno —. Si quieres trabajar, trabajarás, si quieres estudiar, estudiarás, podrás hacer exactamente lo que quieras hacer —le dijo a Inés con solemnidad—, que estamos casi en los ochenta y en una democracia.

Inés y Bruno se acercaron cómplices y se besaron ante la atenta mirada de Candela, que resopló en broma.

—Por favor, que estamos en la vía pública…

Los tres rieron.

A la mañana siguiente, Candela y Bruno, que habían planeado el momento durante buena parte de la noche, se colocaron frente a Marcela en el desayuno. La mujer los miró con la tostada en la mano, sorprendida de su actitud.

—Mamá, tenemos que contarte algo.

—¡Qué dramáticos sois! —exclamó la mujer con desgana—. ¿Qué ocurre?

Los hermanos se miraron, asintieron y comenzaron a narrarle todo lo que sabían de Manuel, de lo ocurrido, de lo que les ocultó el abuelo y de las intenciones de su todavía marido de volver a casa en el caso de que existiera una amnistía. A medida que hablaban, el tono de piel de Marcela variaba de un pálido preocupante, al saber la noticia, a un rojo lleno de ira al asimilarla.

Cuando terminaron, la mujer continuaba en silencio, con la servilleta aferrada a una mano y la otra fuertemente sujeta al mantel.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó Bruno, preocupado.

Marcela se levantó del asiento y miró a sus dos hijos. Después, con toda la firmeza y la rabia que fue capaz de reunir, sentenció:

—Si ese hombre vuelve a poner los pies en esta casa, yo me iré de aquí.

—¿A dónde? —preguntó Candela, sorprendida.

—A Toledo, con mi hermana, o al fin del mundo si hace falta, pero desde luego ese hombre no vuelve a cruzarse conmigo en esta ciudad ni en ninguna otra. No hay suficiente espacio en este mundo para él y para mí.

Dicho esto, salió de la habitación y los dos hermanos se miraron con cara de circunstancias.

—No ha ido mal del todo —ironizó Bruno, al mismo tiempo que se sentaba en una de las sillas.

—Podrías contarle ahora lo de Inés y ya arrancamos la tirita de una sola vez —bromeó Candela en un susurro.

—Muy graciosa —le dijo Bruno, tirándole la servilleta que tenía más a mano.

Manuel, sentado frente al televisor, escuchaba las noticias en francés que hablaban sobre la probable ley de amnistía que se debatía en España. Sonrió esperanzado por volver a vivir la vida que le correspondía, con sus hijos y la tienda de juguetes y con ese nieto o nieta que Bruno le había contado que estaba en camino. Bebió un pequeño sorbo de la copa de vino tinto que se había servido minutos antes y susurró para sí mismo, satisfecho:

—Por una nueva generación. Por volver.

18

Inés se asomó a la puerta de la tienda, cansada de esperar todo el día a que entrara algún cliente. Aquel 6 de octubre, los comercios de la Gran Vía veían alterada su cotidianeidad porque estaba a punto de transitar por su calle la manifestación a favor de la amnistía y nadie quería perderse la ocasión de, al menos, verla. Ella estaba sola en el local porque tanto Candela como Bruno no habían querido faltar a la misma, como tantos otros. Por delante de Inés, asistentes agitaban sus pancartas con gritos a la libertad.

Se habían hecho algunas concesiones por parte del Gobierno de Adolfo Suárez a favor de la convivencia, pero había muchas voces que exigían la amnistía total, aún quedaban innumerables presos en las cárceles que habían sido franquistas y, por supuesto, personas como Manuel en el exilio que no se atrevían a volver a su propio país por miedo a sufrir las represalias. Habían visto y vivido demasiadas traiciones y torturas en el pasado como para fiarse sin más. Eso decía el padre de Bruno y, como él, muchos otros.

La cabeza de la manifestación se acercaba y con ella crecían el tumulto, los gritos y también la esperanza. Se respiraba la sensación de que aquello era un clamor histórico y que, con la presión social, tanto en Madrid como en otras ciudades incluso del extranjero, no se podía ignorar.

Inés se llevó la mano a su incipiente barriga en un gesto de ternura. A medida que ese bebé crecía dentro de ella, era más consciente del alivio que suponía que naciera en democracia, que no viviera nada de lo que habían tenido que vivir sus padres y abuelos o incluso ellos mismos, una generación a medio camino entre el pasado y el futuro. Crecería como un niño o una niña libre.

Levantó la mirada cuando se acercaron a la entrada y vio a Candela y a Bruno, que la saludaban desde el interior de la manifestación. Les devolvió el saludo con la mano y con una sonrisa orgullosa.

Pero entonces, algo más alejado, quieto, con un cigarro en la mano y una mirada ceñuda, casi ausente, una figura llamó su atención porque su actitud desentonaba con todos los que estaban a su alrededor. El hombre miraba hacia la tienda, a través de las personas que se manifestaban, con insistencia, y a Inés un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de quién era el dueño de esos ojos incendiados. Todos los recuerdos de su infancia volvieron a ella de golpe, el miedo, el dolor, aquellas manos apretando su brazo de niña, su muñeca destrozada. Era él, el Cuervo, y no la observaba exactamente a ella, era como si mirara más allá, a la tienda de juguetes, a lo que le unía a él con el local.

—Otra vez no —susurró angustiada y llena de terror.

Instintivamente, se llevó de nuevo la mano a su estómago y entró en la tienda para protegerse de ese hombre y de todos los recuerdos.

Candela y Bruno chocaron sus cervezas con ímpetu para celebrar la manifestación y aquella sensación de euforia que hablaba de que iba a ser posible abrazar de nuevo a su padre.

—¿Te imaginas cómo tiene que ser volver después de tantos años viviendo fuera? —comentó Bruno con la mirada perdida.

—Imagino que para él será aún más surrealista que para nosotros. Al fin y al cabo, cuando se fue éramos solo unos niños.

Su hermano asintió, conmovido.

—Mamá se irá —dijo después de darle otro sorbo a la bebida—, a cabezota no le gana nadie… Bueno, quizá tú, pero nadie más —bromeó mientras le sacaba la lengua, burlona, gesto que ella correspondió de igual manera.

—Parece que no podemos estar a la vez con los dos, si recuperamos a uno perderemos a la otra… Es como una mala broma del destino —se quejó Candela mientras se encendía un cigarro.

—Entiendo a mamá, creo que el hecho de que el abuelo nos mintiera a nosotros desde su punto de vista tiene un pase, porque intentaba protegernos, etcétera, pero que lo hiciera con ella, como si fuera un miembro de segunda de la familia y que, sobre todo, su marido no la contactara directamente, me parece que lo siente como una doble traición.

—Lo sé, pero creí que al menos una pequeñísima parte de ella se alegraría de que no estuviera, ya sabes…, en alguna cuneta como tantos otros —comentó en un susurro.

—Pero entonces se habría convertido en la viuda, y eso tiene un prestigio para su forma de pensar. Ahora solo es la mujer engañada —dijo Bruno, explicando su visión.

Candela asintió mientras paseaba su mirada distraída a su alrededor, a todas aquellas personas, muchas con pancartas porque habían participado en la manifestación junto a ellos, que ahora celebraban en las terrazas de los bares sobre todo el haber perdido el miedo.

Una imagen que no se esperaba le cortó el ánimo. Unas mesas más allá, David estaba sentado junto a una mujer y un niño al que acababa de cortar un trozo de tortilla de patata para que lo comiera con el tenedor con mayor facilidad.

—¿Estás bien, Candela? —preguntó Bruno al darse cuenta de que su hermana se había quedado completamente pálida.

—Sí, perdona —disimuló ella mientras se encendía otro cigarro con mano temblorosa—, ¿cuándo le vais a contar a mamá lo vuestro? —preguntó para desviar su propia atención de aquella estampa familiar que le rompía por dentro.

—Creo que mañana mismo —comenzó a hablar Bruno, sin mucho entusiasmo—, espero que el hecho de que vaya a tener un nieto le haga olvidar todo lo demás.

Pero Candela ya no lo escuchaba, era incapaz, estaba atada a la imagen de David con su familia como una herida abierta. Kate era una mujer rubia, pequeña, sonriente y con bastantes pecas sobre la nariz. Llevaba los ojos muy maquillados y las uñas pintadas de un rojo atrevido. El pequeño Lucas había heredado el pelo moreno de su padre, pero la sonrisa no era suya, la sonrisa tenía que ser de ella, porque era más abierta, menos atormentada. David, al lado de su mujer y su hijo, parecía feliz. Se acostaba con ella, pero disfrutaba con su familia. Candela tuvo que reprimir las ganas de llorar con un sorbo a su cerveza y una sonrisa fingida a lo que fuera

que Bruno le estaba contando. Se dijo a sí misma que era una ilusa, solo una ingenua esperaría que él se doliera de su ausencia, que sufriera a cada rato como en una mala película, y sin embargo la soledad se hizo casi insoportable.

No podía seguir con aquella imagen frente a ella. Se lo había imaginado muchas veces, pero verlo en la realidad era muy distinto. Sabía que David entraba a trabajar a las nueve de la noche, así que quizá pudiera pasar por la pensión un tiempo antes. Se lo diría, le diría que se había terminado, que él tenía una familia estupenda que se iba a romper y que no estaba dispuesta a llevar ese peso sobre sus hombros, de hacer daño a ese niño que comía tortilla y daba parte de su pan a las palomas que estaban a su alrededor. No era ella la que estaba engañando, se decía, pero de alguna manera no quería ser esa parte de una ecuación tan complicada.

—¿Te importa si nos vamos? —le preguntó a su hermano con la necesidad de salir de allí cuanto antes.

—Claro —dijo Bruno mirando el reloj—. Además, quiero pasar a recoger a Inés.

Abandonaron su mesa, que en apenas unos segundos ya estaba ocupada por otras personas, un fluir de vidas que se entrelazaban en los bares de la ciudad.

—Te aseguro que lo he visto, Bruno —le insistió Inés, angustiada mientras caminaban de vuelta a casa.

—Si te creo, ese hombre lleva rondando la tienda y nuestra casa desde hace diez años, ya te conté todo lo que tuvimos que hacer cuando Candela se fue a Londres.

Inés conocía la historia y cada vez que la recordaba se le ponían los pelos de punta.

—¿Sabes algo de él ahora? ¿Sigue en la policía?

—No lo sé y no me importa —le contestó él—. Mientras no se meta en nuestras vidas, como si quiere montar guardia todos los segundos de su aburrida existencia vacía.

—¿Y si vuelve tu padre? —preguntó preocupada Inés.

Bruno se detuvo en mitad de la calle y contestó muy serio:

—Como ese hombre se atreva a acercarse a mi padre después de tantos años, te juro que será lo último que haga.

Inés disimuló una pequeña risa que le salió en la comisura de los labios.

—¿Te ríes? —preguntó Bruno algo molesto.

—Es que cuando usas el estilo vaquero del oeste me hace un poquito de gracia —le contestó ella, melosa, mientras lo abrazaba.

Bruno le devolvió el abrazo encantado.

—¿Estás preparada para lo que viene esta noche?

—¿Y si lo posponemos? —preguntó con cara de exagerado miedo —. Yo puedo seguir huyendo en la escalera cuando la vea, y como nunca se acerca por la tienda…

—Como sigamos posponiéndolo mi madre va a pensar que te ha dejado embarazada el cartero.

Inés hizo una mueca de asco y ambos estallaron en una carcajada al pensar en el pobre hombre que tenía casi ochenta años y que aún recorría las calles adyacentes a la suya.

—Está bien, tenemos que decírselo, porque en algún momento tendremos que pensar en la boda —suspiró Inés.

—Hablaré con don Pablo, el cura que me bautizó y con quien hice la comunión, si yo se lo pido no creo que se niegue a casarnos, a pesar de haber pecado mucho —dijo con una mueca de burla.

—A mí me preocupa más tu madre que el cura —resopló Inés.

Bruno asintió, dándole completamente la razón.

Candela esperaba sentada en el borde de la cama de la pensión a que David apareciera como casi cada tarde. Pero aquella vez era distinta. Normalmente, mientras estaba allí se lo imaginaba acelerando el paso para verla, ansioso, proyectando a su vez cómo se besarían, cómo se desnudarían. Siempre que pensaba en él sentía el tacto de su piel en las yemas de sus dedos, su olor a loción y colonia algo clásica, sus manos rugosas, su pelo revuelto y la sensación de tenerlo dentro de ella que le quitaba la razón y la sensación de realidad.

Pero un regusto agrio, doloroso, se había colado en sus pensamientos después de la estampa de la que había sido testigo por casualidad.

En aquel momento escuchó llamar a la puerta, tres veces, tal y como hacían siempre, su código secreto, secreto como todo lo que les concernía. Cogió aire porque le temblaban las piernas y fue a abrir. David estaba sonriente en el pasillo, deseoso de ella.

—Me moría de ganas de verte —le dijo mientras se aferraba a su cintura y la arrastraba al interior de la habitación sumidos en un apasionado beso.

La puerta se cerró de golpe y, aunque al principio inevitablemente se dejó llevar por él y por sus ganas de sentirle, el sonido la

despertó de su sueño y se apartó levemente de David.

—¿Estás bien? —preguntó el chico, extrañado.

Candela no respondió inmediatamente, fue a sentarse en la cama ante la desconcertada mirada de David.

—Hoy te he visto con tu familia —le dijo ella directamente.

Él sintió que los hombros le pesaban toneladas, que la vida le agotaba inmensamente.

—Lo siento —susurró mientras se sentaba junto a ella—. Pero yo te quiero.

El chico cogió la mano de Candela, que se estremeció solo con sentir su contacto.

—Eso lo sé. —Se giró para mirarlo con lágrimas en los ojos—. Pero no me gusta ser la persona en la que me convierte esta relación, no quiero ser la que rompa esa imagen que he visto hace unas horas, yo sé mejor que nadie lo que es vivir con un padre ausente.

—Mi matrimonio no es perfecto. —David frunció el ceño, a la defensiva—. Que tú hayas visto un segundo de este no significa que el resto del tiempo sea así o que cualquiera de las cosas que te he dicho alguna vez sean mentira.

—Lo sé, pero… —exclamó ocultando su rostro entre las manos.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó David, cada vez más serio.

—No quiero seguir con esto —susurró ella, temblorosa.

Él se puso de pie, nervioso, incluso algo enfadado.

—Yo tampoco quiero esto, Candela, pero ¿qué opción tengo? No puedo darte lo que quieres tan rápido como lo quieres. El divorcio no está aprobado y yo…

Candela se levantó para situarse frente a él.

—Lo sé, no es eso, no te estoy pidiendo que la dejes, sino todo lo contrario, que no lo hagas, que es dentro de esa familia donde tienes que estar, que soy yo la que sobro —aseguró mientras las lágrimas ya resbalaban por su rostro.

—Pero Candela… —comenzó a decir él con la voz rota.

—Lo siento —susurró ella, y no pudo soportar más sus ojos tristes, decepcionados, porque solo quería besarlos, colgarse de su cuello y olvidar lo que quedaba fuera de esas cuatro paredes y que siempre había sido tan cruel con los dos. Pero no podía, ya no.

Lo miró un segundo más, después cogió su bolso y salió de allí lo más rápido que pudo.

Marcela permanecía atenta a la televisión cuando vio entrar a Bruno acompañado de la hija del portero.

—¿Hijo? ¿Ocurre algo? ¿Están bien tus padres? —preguntó dirigiéndose extrañada a Inés.

—Sí, gracias —contestó ella con un hilo de voz.

—Mamá, tenemos algo que decirte —le cortó Bruno mientras cogía la mano de la chica.

Marcela abrió mucho los ojos al ver el gesto.

—Hijo, pero ¿qué estás haciendo?

—Mamá, Inés y yo nos queremos, estamos juntos y vamos a casarnos.

Inés se dio cuenta de que no había mencionado su embarazo, así que le dio un golpecito en el brazo que a él le hizo reaccionar.

—Ah, ¡y vamos a tener un bebé!

Marcela miraba a su hijo como si hablara un idioma que ella no era capaz de entender. El silencio se prolongaba demasiado e Inés y Bruno se miraron desconcertados ante el mutismo.

—¿Estás bien, mamá? —insistió él.

—Es una broma, ¿verdad? —preguntó su madre sin sonreír—. Tiene que ser una broma.

—No, estamos enamorados, no es ninguna broma. Y vamos a tener un hijo.

Marcela se puso de pie en la habitación y todo estalló por los aires. Comenzó a chillar y a perder los papeles como pocas veces en su vida.

—¡Te has vuelto loco! ¡Has dejado embarazada a la hija del portero! ¡Y tú eres una fresca que solo quiere nuestro dinero!

—¡Mamá! —Bruno le llamó la atención.

—¡Primero lo de tu padre y ahora esto! ¿Para esta vida es para lo que queríais la democracia? ¿Para meter un papelito en una urna y dejar embarazada a una cualquiera como si fuera de tu clase, como nosotros?

—¡Mamá, ya basta! —volvió a reprenderle el chico.

—¡Pepa! ¡Pepa!

La criada apareció en el salón, asustada por los gritos.

—Haz mis maletas inmediatamente, me voy a Toledo con Mercedes, esta ya no es mi casa, este ya no es mi mundo.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Bruno, sorprendido.

—¡Hazlo! —le gritó a Pepa.

—Por supuesto —dijo ella, y desapareció inmediatamente.

Bruno se acercó a su madre para intentar tranquilizarla.

—Venga, mamá, no es para tanto, los tiempos están cambiando y no pasa nada. Vas a ser abuela, ¿no te hace ilusión? —Intentó ablandarla.

—Ese bastardo no es mi nieto y a ti no te reconozco como hijo. Con lo buena niña que era Pilar y te vas con esa, que no sirve más que para limpiar. Mañana me iré de esta casa y de esta familia que ya no es la mía.

Dicho esto, abandonó el salón para encerrarse en su dormitorio.

—¿Estás bien? —le preguntó Inés a Bruno mientras se acercaba preocupada a él.

El chico se sentó en el sofá, aturdido.

—Sabía que iría mal, pero creí que lo del nieto la haría rectificar…

—Lo sé —dijo Inés aferrándose a su mano.

—Si no quiere a mi hijo, tampoco tendrá nada de mí —sentenció, lleno de rabia.

—Dale tiempo… —Intentó calmarlo.

—No soy yo quien sale perdiendo con esto —contestó él enfadado.

Inés asintió y ambos se quedaron en silencio.

Al cabo de una semana, la Ley de Amnistía fue aprobada y ese mismo día Marcela cogió sus maletas, ya completamente preparadas desde hacía días, y salió de casa con la única ayuda de Pepa.

—Qué equivocada estás —le dijo Candela cruzada de brazos mientras la veía ponerse su chaqueta y coger su bolso.

Bruno ni siquiera había querido quedarse a presenciar el momento. No habían cruzado palabra desde su rechazo y se negaba

a acercarse a ella después de haber vuelto la espalda a su futuro hijo.

—Vas a perder a Bruno —le advirtió desde la distancia.

—Bruno ya está perdido —le contestó muy segura su madre. Después miró a su hija con superioridad, a esa ropa cada vez más *hippy* que llevaba, a ese horror, según su madre, sin estilo ni elegancia que elegían los jóvenes—. Igual que tú.

Candela ni siquiera se inmutó ante el rechazo de su madre porque estaba más que acostumbrada a sus desplantes, a su obsesión por mantenerse en un pasado que se diluía entre los dedos en aquella España ansiosa de modernidad.

José, como portero del edificio, habría sido el encargado de ayudarle a bajar el equipaje hasta el taxi, pero aquel día se negó. Alegó tener una cita médica que nadie puso en duda y desapareció toda la mañana para no tener que ayudarla después del desprecio a su propia hija. Hasta él tenía un límite, y se llamaba Inés.

Candela se asomó a la ventana para ver subir a su madre a aquel taxi que la llevaría a la estación camino de la casa de su infancia en Toledo. Un reducto del pasado junto a su hermana Mercedes, tan aferrada a él como ella.

Cuando el coche se hubo marchado, Candela cerró la cortina, fue a abrir a Pepa, con la que cruzó una mirada resignada, y comenzó a prepararse para ir a la tienda de juguetes. La vida siguió adelante.

Bruno desayunaba en casa de Inés, escondido de la partida de su madre igual que los demás. Intentaba disimular su decepción

mientras jugaba con la pequeña Luz a bañar a un Nenuco en una bañera imaginaria.

—¿Más café? —le preguntó Isabel con cara de circunstancias.

—Sí, por favor —contestó Bruno mientras le acercaba la taza y le agradecía el gesto, que iba mucho más allá de un simple desayuno.

Los padres de Inés en un principio se mostraron muy desconfiados con él, pero poco a poco lo habían aceptado como a uno más de la familia, sobre todo al enterarse de la actitud de Marcela y el rechazo a Inés.

—El bebé tiene frío, vamos a secarlo —dijo Luz mientras le pasaba un trapo por el cuerpo, ayudado por el chico.

Inés salió en aquel momento del cuarto de baño.

—Bruno. —Luz lo miró—. ¿Quién es Manuel?

Inés y el chico se miraron sorprendidos por aquella pregunta.

—Manuel es mi padre —contestó él, pensando que quizá los había oído mencionarlo en alguna conversación ahora que estaba preparando su inminente vuelta.

—¿Va a venir pronto? —volvió a interesarse la niña.

—¿Por qué preguntas eso? —Inés se acercó, cada vez más nerviosa.

Solo entonces se fijó en la muñeca entre sus manos y sintió que el corazón se le detenía, porque ella no tenía un Nenuco.

—¿Quién te ha regalado eso? ¿Le has dado tú esa muñeca, Bruno?

El chico negó con la cabeza, desconcertado.

—¿Quién te la ha dado? —preguntó levantando la voz y arrancándole la muñeca de las manos.

A Luz comenzó a temblarle la barbilla y contestó con un hilo de voz mientras agachaba la cabeza:

—Un señor en la calle me la dio y solo tenía que preguntar sobre Manuel, nada más.

Inés sintió que le fallaban las piernas y tiró la muñeca con rabia al suelo.

—¡¿Es que no nos va a dejar nunca en paz?!

Isabel intervino y abrazó a su hija pequeña, que se había puesto a llorar.

—Ese hombre no es bueno, ¿de acuerdo? Si se acerca a ti una próxima vez, tienes que salir corriendo y venir a contárnoslo. Y la muñeca mejor la llevamos a la iglesia, que seguro que algún niño la quiere.

—¿Mi muñeca? —exclamó Luz, horrorizada.

—Esta tarde te traeré otra nueva —le prometió Bruno para consolarla.

La niña se quedó más tranquila mientras Isabel la llevaba a la calle camino del colegio.

Cuando se quedaron solos, Bruno abrazó a Inés, preocupado.

—Tienes que averiguar algo de él, no quiero que Luz viva lo mismo que yo —le rogó angustiada.

—Es por la Ley de Amnistía, querrá saldar viejas deudas con mi padre —susurró Bruno, preocupado.

—Tenemos que hacer algo —dijo la chica.

—Tú estate tranquila, intentaré enterarme de qué ha sido de él, ¿de acuerdo?

Inés asintió, aunque la visión de aquella muñeca rota de su infancia la llenó de angustia.

Candela sonrió satisfecha al observar las cuentas del mes anterior. El comienzo del curso había sido estupendo para la tienda de juguetes. Además, las diferentes iniciativas celebradas los sábados situaron el local entre los más concurridos de la Gran Vía. Poco a poco, las deudas descendían al igual que la tensión con la que su hermano y ella habían vivido los últimos tiempos.

Se recostó en la silla del despacho y miró el teléfono con el que tantas conversaciones había tenido con su padre. Ya estaba todo planeado, apenas quedaba una semana para su vuelta y tanto ella como Bruno contaban las horas para abrazarle, para tenerle cerca de nuevo y convertirse en la familia que siempre debieron ser. Era la sensación de sentirse niña de nuevo la que la embargaba. Pero al mismo tiempo tenía miedo de que algo hubiera cambiado, de que no supieran reconocerse por la ausencia y las vivencias ajenas.

Estaba ilusionada como nunca y sin embargo una sombra lo emborronaba todo. Porque hacía más de una semana que no había visto a David, que no sabía nada de él y todas sus convicciones se tambaleaban con el paso de los días. Creyó que a medida que avanzara el tiempo se le haría más sencillo renunciar a él y a esa vida a medias en la que se había sumergido con avidez, pero estaba equivocada, cada vez era más difícil, cada vez añoraba más tenerle cerca, sentir su piel, su olor, hablar hasta que no tuvieran palabras y enredarse el uno en el otro.

—Candela, ¿estás bien? —le preguntó Inés desde la puerta del despacho al llevarle las cartas y darse cuenta de que prácticamente se había echado a llorar.

Ella intentó recomponerse, pero fue incapaz de fingir al encontrarse aquellos ojos negros que la miraban preocupados. Sintió

que se desmoronaba, que no lograba contenerse, que un sollozo ahogaba su garganta sin remedio.

Inés fue a su lado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó sin atreverse a tocarla, aunque hubiera deseado llevar sus manos hasta su pelo y acariciarla como hacía con Luz, como si fuera una pequeña niña con problemas pequeños a la que había que consolar.

—No sé si puedo hablar contigo de él —susurró al recordar las diferentes discusiones que habían tenido sobre David en el pasado.

Inés se dio cuenta enseguida de lo que aquello significaba.

—¿David? —preguntó muy sorprendida.

Candela asintió con un nudo en la garganta.

—Nos volvimos a encontrar a mi vuelta y hemos estado juntos durante dos meses, pero está casado y tiene un hijo y nada tiene sentido —se lamentó.

Inés esta vez no se contuvo cuando Candela se tapó la cara con las manos, aliviada de poder desahogarse por primera vez en lugar de tener que esconder todos sus sentimientos tras las noches de insomnio y los innumerables cigarros con la mirada perdida.

—Pero ¿tú le quieres? —preguntó Inés mientras se apoyaba en la mesa para intentar que su amiga la mirara a los ojos.

Candela asintió, angustiada.

—Le he dejado, es lo correcto —dijo para convencerse.

—Lo correcto ¿para quién?

—Para todos. Yo sé lo que es vivir sin un padre…

Inés frunció el ceño ante el comentario y preguntó:

—¿Él te quiere?

Volvió a asentir en silencio como respuesta.

—Quizá llegue el divorcio algún día —intentó animarla Inés.

—¿A España? Mucho tendrían que cambiar las cosas…

—Bueno, tu padre vuelve después de casi quince años, quizá no sea tan descabellado soñar, ¿no? —dijo con una media sonrisa—. Además, que se separen no significa que ese niño vaya a quedarse sin padre, eso solo depende de David.

Candela la miró algo más tranquila y entonces recordó a la niña de las trenzas largas, la de los ojos negros que ahora la miraban preocupados, y se alegró mucho de haberla recuperado.

—He sido tan imbécil… —susurró mientras la cogía de la mano.

—Bastante —se rio Inés.

Candela sonrió también, aunque con el dolor prendido en los labios.

—Sea lo que sea lo que decidas, Bruno, tu futuro sobrino o sobrina y yo estaremos aquí para apoyarte.

Apretaron las manos entrelazadas con fuerza sin dejar de mirarse a los ojos.

—He estado preguntando sobre el Cuervo a Carlos, el que fue amigo de mi abuelo —le explicó Bruno a Inés aquella tarde mientras recogían la tienda de juguetes antes de cerrar—. Por lo visto, lo echaron del cuerpo hace unos cuatro años. Acusaciones falsas sobre detenidos, abuso del alcohol y malas relaciones con la mayoría de sus compañeros. Primero lo relegaron a provincias, pero aquello tampoco funcionó y decidieron echarlo por la puerta de atrás y sin honores, por supuesto.

—Vaya joya —resopló Inés mientras colocaba en una caja todas las pistolas de plástico, así como los sombreros de vaquero que habían quedado fuera de lugar.

—Desde hace un tiempo nadie sabe nada de él, solo me han comentado que es inestable, que tiene un problema muy serio con el alcohol y que desde luego no le quieren de vuelta en el cuerpo con o sin amnistía.

—Entonces, todo se reduce a tu padre, ¿verdad?

Bruno asintió preocupado y dejó dos cajas de Nancy sobre las demás.

—Eso parece. Tengo la sensación de que se ha convertido en algún tipo de cruzada personal.

—¿Una venganza? —preguntó Inés.

—Supongo…

—Espero que esto no se nos vaya de las manos —resopló nerviosa.

—Ya verás como no. Al fin y al cabo, ¿qué puede hacernos?

Inés no supo qué contestar y el silencio se llenó de pensamientos negados, de ideas terribles que ambos quisieron sepultar bajo los juegos a su alrededor.

—¿Cerramos nosotros? —preguntó Bruno antes de apagar las luces en la entrada.

—No, está Candela arriba, apaga la luz, pero ya cierra ella, eso me ha dicho.

—De acuerdo.

Al salir de la tienda tras seguir las instrucciones de su hermana, Bruno cogió del brazo a Inés con ternura.

—¿Y si te quedas esta noche en mi casa? Mi madre ya se ha marchado y dudo mucho que a Candela le importe.

Inés le miró con el ceño fruncido.

—¿Toda la noche? No sé si a mis padres les gustaría la idea… —dijo pensativa.

—Ya, tienen miedo de que te deje embarazada, ¿verdad? —bromeó Bruno.

Inés se rio.

—No sé, ahora que todo va bien con ellos no quiero que vuelvan a cogerte manía.

—Piénsalo, a mí me encantaría. Dentro de poco estará mi padre y ya quizá te parezcamos demasiados —dijo con una sonrisa.

—Una comuna *hippy* de esas de las que hablan en la tele… —Inés soltó una carcajada.

—Mientras no me hagáis bailar como a Camilo Sesto en *Jesucristo Superstar* —dijo refiriéndose al musical que tanto éxito había tenido en la ciudad mientras hacía movimientos espasmódicos.

Inés soltó una carcajada y negó con la cabeza, como si el chico no tuviera remedio.

Candela cerró la tienda una hora más tarde, cuando ya había anochecido. Había mantenido una breve conversación con su padre para ultimar el día de su llegada y así pedir a Pepa que acondicionara su habitación y preparara una comida para recibirle.

Estaba sumida en sus pensamientos cuando escuchó una voz familiar a su espalda, ya en la acera.

—Hola.

Sonrió al reconocerlo y se giró sin disimular una sonrisa por cuánto lo había echado de menos.

—Lo siento, es que no lo soportaba más —le dijo David mientras se encogía de hombros, culpable.

—Yo tampoco —le contestó Candela.

Fueron sus propios cuerpos los que decidieron por ellos. Se acercaron el uno al otro y se dieron un inmenso abrazo lleno de todo lo que se habían guardado hasta aquel momento.

—Tu mujer estará encantada con este bonito reencuentro.

Ambos miraron al hombre que profería aquella amenaza y se encontraron con la helada sonrisa del Cuervo. Estaba más delgado, con la barba canosa de varios días y el aspecto descuidado de quien solo piensa en una cosa y no es precisamente en sí mismo con cordura. David instintivamente se colocó entre Candela y aquel hombre, del que recibió innumerables golpes el tiempo que estuvo encerrado.

—¿Sois conscientes de que el adulterio es delito? —preguntó mientras se fumaba un cigarro con bocanadas profundas y agrias que apestaban a alcohol.

—No te atrevas. —David se acercó a él, amenazante.

El Cuervo se echó hacia atrás tambaleándose levemente, pero no borró aquella desagradable sonrisa de su rostro.

—¿Cuándo vuelve tu padre, niña? Dímelo y este pequeño pecado quedará aquí —preguntó a Candela ignorando a David.

—¡Déjale en paz, déjanos en paz! —rogó ella, nerviosa.

El Cuervo no contestó, apagó el cigarro con fuerza en el suelo y se marchó con el paso seguro de quien tiene un objetivo y un plan y

poco le importan las súplicas ni los sentimientos de otros tras haberlo perdido prácticamente todo.

19

Manuel se aferró al volante mientras conducía porque, a medida que se acercaba a Madrid, su añorado Madrid, las manos comenzaban a temblarle y los ojos se le llenaban de lágrimas. Habían sido casi quince años sin que le permitieran pisar aquella ciudad que le había visto nacer, vivir y sufrir y que había añorado todos y cada uno de los días alejado de ella.

También albergaba recuerdos terribles relacionados con aquel lugar, pero pesaban más los buenos y sobre todo la esperanza de reencontrarse con sus hijos después de tantos años. Por encima de cada incertidumbre estaba esa ilusión de estrecharlos entre sus brazos, de ver cómo habían crecido, de saber si les reconocería ahora que eran adultos a pesar de haber cerrado por última vez la puerta de su casa cuando solo eran unos niños.

Entró por la N-1 hasta la plaza de Castilla. Observaba sorprendido las calles de la ciudad. La sentía mucho más moderna que cuando la dejó, con aquella luz dorada del atardecer eterno de otoño, con la temperatura templada y mucho más colorida que en el año 1963. Mientras bajaba por el paseo de la Castellana, pensó en lo cerca que estaba de la tienda de juguetes y sintió la tentación de acercarse primero allí y enfrentarse con su pasado en soledad. Pero no tenía llaves y además había quedado con sus hijos en que iría

directamente a Cardenal Cisneros, donde lo estarían esperando tal y como acordaron en la llamada que les hizo nada más cruzar la frontera.

Después de varios semáforos en rojo y de poner en práctica una paciencia que no tenía, giró por José Abascal para después hacerlo de nuevo a la izquierda y entrar en Cardenal Cisneros. Solo con ver el nombre de la calle los ojos se le llenaron de lágrimas. Creyó que no sería capaz de llegar, que tendría que detener el vehículo para tomar aliento en algún momento del camino, pero el coche avanzó por él hasta llegar al portal que tan bien conocía. Había prometido hacer sonar la bocina para anunciar su llegada y así lo hizo.

Se apeó del coche con el estómago encogido y miró al portal de la que había sido su casa. Desde fuera no había cambiado nada, como si hubiese hecho un viaje en el tiempo en el que el único que había envejecido fuera él mismo. De pie frente al edificio, sobre todo pensó en su padre, en todos los pequeños momentos que habían compartido juntos tras aquellas paredes y en cuánto iba a echarlo de menos en el instante que las cruzara.

Trató de controlar la emoción y fue camino del maletero para sacar su equipaje. Sin embargo, no tuvo tiempo de hacerlo, porque la puerta del portal se abrió de golpe. Candela apareció jadeante, como si hubiera bajado las escaleras a todo correr, igual que cuando era niña y aparecía en la entrada para recibirlo. Estaba preciosa, muy moderna, muy alta, con el cabello rubio, algo más oscuro que entonces pero tan indomable como lo recordaba. Solo encontró en sus ojos a la niña que dejó en aquella mujer que lloraba sin el valor para acercarse a él.

—Hija… —susurró Manuel y alzó los brazos temblorosos para recibirla.

Candela perdió el miedo inicial y lo abrazó con fuerza, sollozando en su oído, mientras él derramaba todas las lágrimas que había atesorado en aquel exilio forzoso.

Bruno apareció entonces en la puerta de la mano de una chica morena, de cabello largo y brillante, y su hijo también lo miraba emocionado. Se podía adivinar el embarazo de la mujer bajo su vestido, mucho más clásico que el de Candela, y estaba radiante. Manuel descubrió a Bruno convertido en hombre, tan parecido a él que casi asustaba, y se aferró a su abrazo con fuerza, mientras le daba pequeños golpes en la espalda con la palma de la mano.

—Bruno —susurró, y le cogió la cara entre las manos, impresionado.

—Papá —contestó él con la voz rota.

Manuel atrajo de nuevo a Candela hacia él y la sumó a aquel abrazo y a aquel momento que, no tenía ninguna duda, era el mejor de toda su vida.

Aquella tarde de domingo de finales de octubre se reunieron en casa de los González de la Fuente para una comida como las de antes. Pepa había renunciado a su día libre para preparar junto a Isabel el reencuentro, testigo mudo desde hacía décadas de lo importante que aquello era para la familia. Bruno no dudó ni un momento en invitar a José, Isabel y la pequeña Luz, que al fin y al cabo se iban a convertir pronto en parte de la familia.

—¡Qué casa más grande! —exclamó la niña mientras observaba el piso tan distinto del suyo.

En la mesa del comedor disfrutaron durante horas mientras escuchaban a Manuel hablar de Burdeos, de su trabajo como vendedor de electrodomésticos y de cómo se había pasado los días soñando con poder volver.

—Hasta conseguí engañar a uno de los quiosqueros de la ciudad para que me trajera una vez a la semana periódicos, revistas o todo lo que pudiera de España.

—Ha tenido que ser difícil —comentó José al imaginarse a sí mismo en aquella situación y recordar los primeros tiempos de su vida en Madrid al mudarse desde Bilbao, lo que añoraba su ciudad y todo lo que dejó atrás. Al menos él lo había tenido más sencillo, con una familia que lo apoyaba y que siempre estuvo a su lado. No imaginaba la soledad que había tenido que soportar aquel hombre al que tanto le brillaban los ojos rodeado de las personas que más quería.

Candela observaba a su padre completamente arrobada. Se sentía de nuevo aquella niña que esperaba en la puerta del despacho, que se sentaba en su regazo, que lo admiraba por encima de todas las cosas. Había envejecido, un exilio de casi quince años era demasiado para cualquiera. Su cabeza clareaba, las arrugas surcaban su rostro y estaba visiblemente más delgado, pero detrás de todo eso se encontraba él mismo, era como estar con aquel hombre tierno y comprometido, soñador y problemático que creyó haber perdido para siempre.

—¿Para cuándo es, Inés? —le preguntó Manuel por el embarazo.

—Para finales de febrero o principios de marzo —contestaron Bruno y ella al unísono.

—¿Y dónde vais a vivir? —se interesó.

—Aún no lo sabemos. —Bruno torció el gesto mientras miraba a la chica.

—Esta casa es muy grande para mí solo —dijo Manuel encogiéndose de hombros—. Me instalaré en el cuarto del abuelo y vosotros podréis quedaros en el dormitorio grande.

La ausencia de Marcela sobrevoló la conversación por un momento, pero ninguno quiso darle presencia mencionando siquiera su nombre.

—No sé si es demasiado… —intervino José—. Quizá algo más modesto para empezar…

—Vosotros pensadlo —le dijo a la pareja—. Yo estaría encantado, y prometo no molestar. Además, así estarías cerca de tus padres.

Isabel parecía encantada con la idea y asentía sin apartar la mirada de Inés, que tuvo que admitir para sí misma que la propuesta solucionaría muchos de sus problemas cuando naciera el niño y sobre todo cuando ella decidiera volver al trabajo.

—¡Un brindis! —exclamó Candela mientras levantaba su copa de champán con la clara intención de relajar el ambiente.

Todos la imitaron.

—Por los nuevos comienzos.

—Por volver —añadió Manuel.

—Por volver —contestaron.

Al día siguiente, Manuel acompañó a sus hijos hasta la tienda de juguetes. Inés decidió acudir un poco más tarde y así darles la oportunidad de vivir ese momento en soledad, a pesar de que Bruno había insistido en que los acompañara.

El camino fue lo más parecido a un peregrinaje, un avanzar por las calles de Madrid que Manuel apenas había tocado desde su reciente llegada, con nuevos y viejos ojos al mismo tiempo. Recordar el antes y el después de cada rincón, de cada plaza, sumirse en el aspecto de los transeúntes, tan distinto a cuando se marchó, porque, a pesar de que en Burdeos los colores y la moda *hippy* ya habían llegado con fuerza, verlos en su ciudad, en la España gris y contenida que él recordaba, se asemejaba a una explosión para los sentidos que lo llenaba de vértigo y esperanza.

El recorrido no era largo, pero estaba tan ansioso por llegar que aceleraba el paso sin querer. Bruno y Candela se daban perfecta cuenta, pero solo se miraban con ternura y entendían a ese hombre que de repente sentía que volvía a tenerlo todo.

Cuando por fin llegaron al número cincuenta de Gran Vía, Manuel se detuvo frente al escaparate lleno de juguetes, mucho más modernos que cuando él se fue, y sintió que había llegado por fin a casa. Sin duda, ese era su lugar, igual que había sido el de su padre. Candela abrió la puerta de cristal con la llave y una sonrisa y, decidido, Manuel entró.

—Está igual, pero diferente —dijo mientras caminaba por los pasillos entre Cinexin, Nancys y Juegos reunidos.

—Arriba está el despacho que mandó construir el abuelo —le explicó Bruno.

—El que le metió en tantas deudas, entre otras cosas —asintió Manuel, al que ya le habían explicado todo lo ocurrido los años anteriores.

Después de comprobar cada rincón de la tienda y escuchar las explicaciones que le daban sus hijos, se cruzó de brazos ante ellos y sonrió.

—Habéis hecho un gran trabajo —dijo orgulloso.

Candela y Bruno se miraron y exhalaron un suspiro como si se hubieran quitado un peso de encima, el peso de la ausencia, de hacerse tantas preguntas sobre si sus decisiones serían aprobadas por su padre, sobre si estaría de acuerdo con los cambios o las iniciativas que habían tomado. Ninguno era consciente de la importancia que había tenido para ellos, hasta que ocurrió y ambos respiraron aliviados y satisfechos.

—No es seguro, David —le dijo Candela por teléfono desde el despacho a última hora de aquel día tan emocionante para todos.

Bruno se había llevado a su padre a casa porque estaba completamente exhausto después de tantas emociones. Inés estaba cerrando la tienda y ella decidió hacer la llamada que tenía pendiente.

—Lo sé, pero tengo muchas ganas de verte —se quejó el chico en un susurro—. ¿Te ha vuelto a molestar? ¿Has vuelto a verlo?

—No, ni rastro. —Candela negó con la cabeza mientras se encendía un cigarro—. Pero supongo que en algún momento aparecerá, ni siquiera le mencioné nada a Bruno, no quería preocuparle.

—Hiciste bien, no hay que alarmar a nadie, pero sí mantener los ojos bien abiertos.

—Sí, por eso he insistido en que mi hermano le acompañara a casa, que ya nos encargábamos nosotras de cerrar. Es mejor que no ande por ahí solo, al menos los primeros días.

—Ten cuidado, Candela, por favor —le pidió David, angustiado—, vuelve con Inés y si ves cualquier cosa rara llamas a la policía, a mí al bar o a alguien de tu familia, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Tú también estate atento —dijo ella.

Se despidieron y David colgó el teléfono justo cuando en la planta de abajo se oyó un fuerte golpe que a Candela le sorprendió. Espero un segundo, pero no escuchó nada. Se levantó y fue hacia la puerta mientras preguntaba.

—¿Inés?

Inés caminaba hacia atrás en la tienda de juguetes al mismo tiempo que el Cuervo avanzaba hacia ella con una sonrisa de pura satisfacción. Había ido a cerrar minutos antes, pero cuando llegó a la puerta de cristal el hombre se lo impidió, colocó su pie como tope y le mostró la pistola para hacerla reaccionar. No tuvo que decir nada más. Inés reculó, asustada. Tenía claro que el Cuervo dispararía sin dudarlo, que no era una mera amenaza, que no tendría ningún reparo en atacarla a ella o a quien hiciera falta para cumplir su objetivo, fuera cual fuera.

—Cierra —le ordenó, seco.

Inés pasó a su lado temblando como una hoja en una tormenta y él le cogió del brazo con fuerza.

—Nada de trucos o gritos o ese bebé no verá la luz —le amenazó en un susurro al oído.

Ella intentó aguantar las lágrimas y asintió aterrorizada mientras se dirigía a la puerta y cerraba por dentro.

—Vamos a un lugar más tranquilo —ordenó para que avanzara delante de él camino del despacho.

Inés sentía más miedo que nunca antes en su vida. El tener a su bebé le ponía sobre aviso, le hacía valorar su existencia con una responsabilidad nueva, porque sabía que su prioridad sería salvarlo a él por encima de todo y, si para ello tenía que acatar todas y cada una de las normas de ese hombre, lo haría.

Ascendió las escaleras temblando, intentaba no caerse mientras sentía la pistola en su espalda y el olor a alcohol rancio en el cuello. Enseguida llegó al piso superior y abrió la puerta del despacho sin llamar.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Candela nada más verla.

Se fijó en su rostro demudado y se quedó desconcertada por un segundo.

—¿Qué ocurre?

El Cuervo apareció detrás de Inés, que tras un empujón se colocó en la pared del fondo de la habitación. Candela no tenía palabras, no tenía voz. Miraba la pistola que las apuntaba, los ojos encendidos del hombre, el sudor en su frente y su pelo ralo y despeinado con ese olor tan desagradable que también descubrió en él cuando se encontraron la última vez.

—Las dos amigas, la hija y la traidora —dijo él con una sonrisa socarrona.

Inés y Candela se miraron y la segunda avanzó con rapidez para colocarse al lado de la primera. Se dieron la mano con fuerza, como cuando eran niñas, como cuando estaban asustadas por los fantasmas, solo que ahora esos fantasmas eran muy reales, iban armados y podían acabar con cualquiera de las dos solo con apretar el gatillo de su arma.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? —se atrevió a preguntar Candela.

—Sabes bien lo que quiero —le contestó.

—A Manuel —susurró Inés, temblorosa.

—Eso es, pequeña traidora, quiero al culpable de todo, a quien me ha convertido en este que soy.

—No está aquí —le dijo Candela.

—¿Crees que no lo sé? —se rio él—. No iba a intentar entrar mientras hubiera dos hombres en el local. Era mejor esperar a que os quedarais solas y así utilizar su punto débil para que volviera.

—No puedo localizarlo —mintió Candela.

—Embustera, sabes que sí puedes.

—Aún no ha vuelto. —Siguió mintiendo en un vano intento por presentar batalla, por no rendirse, aunque fuera una posición tremendamente estúpida.

Inés apretó su mano para pedirle que parara, que aquel hombre tenía un arma y que no estaba dispuesta a hacerse la heroína.

—¿Crees que no llevo todo el día observando la tienda? Días, mejor dicho, semanas incluso —exclamó más enfadado—. Llámalo ahora mismo y dile que venga.

—No —se plantó Candela, pero no le salió la voz tan dura como habría imaginado, sino casi como un rugido asustado y tenso.

El Cuervo se movió rápido en la habitación. Fue hacia ellas, agarró a Inés del brazo y la separó de su amiga para ponerle la pistola en su tripa.

—¿Crees que a estas alturas me quedan escrúpulos? —le preguntó a Candela.

—Por favor… —rogó Inés a su amiga, llorando.

Esta vez asintió, se rindió aterrorizada porque al hijo de Bruno pudiera ocurrirle algo por su culpa. Se acercó al teléfono. Sabía que su padre estaba en casa y odiaba tener que hacer aquello.

—Y nada de trucos o ella morirá —dijo apretando más la pistola y provocando un grito de dolor de Inés.

—¿Diga? —Se escuchó a Manuel al otro lado del teléfono.

—Papá… —empezó a decir Candela con la voz rota.

—Quince años para volver a escuchar la voz del hijo de puta de Melchor —dijo el Cuervo con inmensa rabia mientras se acercaba al auricular que ella colocó entre ambos.

Manuel se quedó callado unos segundos, paralizado mientras trataba de asumir lo que estaba ocurriendo. Era la voz de sus pesadillas, la que aparecía en sus peores momentos, el culpable de su acusación, de su tortura y de su exilio. Ignacio López. El Cuervo.

—¿Qué quieres? —preguntó después con la voz firme, aferrado al cable retorcido del teléfono.

—Tengo aquí a dos preciosidades que sufrirán lo indecible a no ser que vengas a saldar las deudas que tenemos desde hace años.

—Candela, ¿estás bien? —quiso asegurarse su padre, angustiado —. ¿Inés?

—Sí —contestó, pero el Cuervo la interrumpió con un grito que estremeció a todos.

—¡Cállate!

—¿Dónde estáis? ¿Qué está pasando? ¿Está Inés contigo?

—Estoy aquí —contestó la aludida, llorando.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar Manuel, derrotado.

—Ven a tu querida tienda de juguetes. Y nada de policía o te encontrarás un par de cadáveres entre las Nancys.

El Cuervo colgó el teléfono sin dar más explicaciones e indicó a las dos chicas que se situaran en la pared donde estaban antes, alejadas de la puerta de entrada al despacho.

Media hora más tarde, Manuel llegó a la tienda de juguetes. Había barajado todas las posibilidades, avisar a Bruno, llamar a la policía, no acudir…, pero sabía que poco podía hacer si las tenía a ellas. Debía enfrentarse con aquel hombre y terminar de una vez por todas con lo que empezó quince años atrás. El Cuervo no quería a las chicas, lo quería a él, y estaba dispuesto a encontrarse con su destino, fuera el que fuera.

Comprobó que tenía en el bolsillo derecho de su pantalón el cuchillo que había cogido en la cocina en un despiste de Pepa antes de salir a hurtadillas de su casa. Inspiró con fuerza. Se sentía a punto de enfrentarse a una batalla con la que nunca había lidiado y que en realidad jamás había estado igualada. Tenía las de perder, pero también habría ganado si sacaba a aquellas dos chicas de allí.

Golpeó el cristal de la tienda. Los transeúntes nocturnos caminaban arriba y abajo en la acera ajenos a lo que acontecía dentro de aquel local. Manuel deseó apelar a ellos, quiso gritar pidiendo ayuda, pero se jugaba demasiado, había tres personas en

aquella tienda que le importaban más que él mismo y no estaba dispuesto a perder a ninguna de ellas.

Candela bajó las escaleras tal y como le había pedido el hombre. Inés, sin embargo, tuvo que quedarse junto a él, descender solo unos peldaños bien pegada a su captor y convertirse así en la rehén perfecta, dos por uno, como decía él.

En cuanto la chica vio a su padre en la entrada, sintió que todo su valor y todas sus fuerzas se desmoronaban.

—Papá —susurró nada más abrir con la voz rota.

—Hija —dijo él, y la abrazó un segundo intentando mantener la compostura.

—¡Adentro! —gritó el Cuervo para detener la escena.

Ambos obedecieron y accedieron al local para ir escaleras arriba, al despacho, donde el Cuervo había vuelto a entrar y apuntaba a Inés, ahora con la pistola en la sien.

—Déjalas marchar, esto es entre tú y yo —rogó Manuel una vez que estuvieron arriba.

El Cuervo le miró con una sonrisa condescendiente mientras empujaba a Inés hacia Candela, que la recibió con un abrazo protector.

—¿Y quién me asegura que no vayan a llamar a la policía?

—¿Quién te asegura que no lo haya hecho yo? —le retó Manuel mientras se colocaba entre el Cuervo y las chicas.

—Me lo asegura el hecho de que tengo a tu hija y a tu futuro nieto al otro lado del cañón de mi pistola.

Manuel tragó saliva sabiéndose en completa desventaja.

—Ponte de rodillas —le ordenó el Cuervo.

—No, papá —susurró Candela angustiada mientras le cogía del brazo para evitarlo.

—¡Que te pongas de rodillas! —volvió a gritar él.

Candela lo soltó, asustada, y Manuel obedeció sin apartar los ojos de su verdugo.

—No delante de ellas —volvió a pedir, y pensó en todos y cada uno de los hombres que habían estado en esa misma posición, en una habitación llena de manchas de sangre, en una celda, en una cuneta o en el muro de un cementerio mientras esperaban el estridente sonido de la pistola y la bala que terminaría con su vida.

El Cuervo miró a los ojos a su víctima y, solo después de pensarlo mucho, asintió.

—Quedaos fuera —les ordenó a las dos chicas.

—No voy a marcharme —sollozaba Candela.

—Inés, llévatela, por favor —le pidió Manuel con la voz rota al escuchar el llanto desconsolado de su hija.

Inés asintió imperceptiblemente y arrastró del brazo a su amiga hacia la salida. Pero al pasar al lado de su padre, esta corrió a agacharse delante de él, a abrazarlo y a aferrarse a su cuerpo, desesperada.

—Candela, vete, por favor —le rogó emocionado.

—No —lloraba ella.

Pero el Cuervo se cansó de la escena, la cogió del pelo y tiró de ella.

—¡Lárgate! —le dijo mientras la arrojaba donde Inés.

La chica la abrazó y salieron de allí aferradas la una a la otra.

Solo entonces, aprovechando la distracción del Cuervo, Manuel se incorporó levemente y sacó el cuchillo que tenía escondido para

abalanzarse contra él. El hombre se sorprendió en un primer momento, pero reaccionó rápido, haciendo valer sus años de experiencia en la policía, y apartó de un manotazo el arma blanca. Manuel no se amedrentó, se acercó al Cuervo y forcejeó con él. La pistola se disparó hacia la pared al mismo tiempo que ambos caían al suelo volcando el escritorio y todo lo que había sobre él, incluido el caballito de madera con el que había comenzado todo.

Las dos chicas gritaron abajo al escuchar el estruendo y se abrazaron asustadas.

Manuel y el Cuervo lucharon por alcanzar su arma con la desesperación de ganar o perder en cuestión de un segundo.

—¡No vayas, Candela! —le pidió Inés cuando se dio cuenta de que su amiga se separaba de ella. Pero esta no hizo el más mínimo caso y subió las escaleras de dos en dos, desesperada por saber si su padre se encontraba bien.

Manuel por fin alcanzó el cuchillo que se le había caído de las manos en el forcejeo y lo clavó en el cuerpo de su enemigo, que se estremeció de dolor, pero conservó la suficiente calma para arrancarlo de su estómago y clavarlo en la pierna de Manuel, herida con herida, sangre con sangre…

En ese momento, Candela entró en el despacho con la determinación que da la pérdida. Apenas fueron unos segundos, pero en ese mínimo lapso vio la muerte en los ojos de su padre. Corrió hasta el arma que yacía en el suelo y, con manos temblorosas, se giró hacia el Cuervo. Candela disparó. Una vez, dos… Un grito desgarrador recorrió su cuerpo en una pura agonía de miedo. Siguió apretando el gatillo vacío enajenada por el terror y con

los ojos cerrados, a pesar de que ya no había balas, de que ya no tenía sentido.

Manuel intentó levantarse para ayudar a su hija, fuera de sí, pero la herida infligida por el Cuervo era profunda y soltó un grito de dolor. Solo ese alarido consiguió que Candela reaccionara y dejara caer el arma entre sollozos.

Inés entró en la habitación y vio a su amiga de aquella manera. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

—Ya está, Candela, ya está —le dijo.

Candela asintió y abrió los ojos de nuevo.

—Hija… —susurró su padre con apenas fuerzas desde el suelo.

Ella corrió hacia él y se arrodilló a su lado, llorando desconsolada.

—Estás herido —dijo Candela sin saber qué hacer con la sangre entre las manos.

Inés reaccionó y se acercó al teléfono para llamar a emergencias.

—¡Necesitamos una ambulancia! —dijo al teléfono con las manos temblorosas y la voz entrecortada.

Cuando terminó de dar los datos a su interlocutor, le dijo a su amiga que iba a esperarles en la puerta y esta asintió agobiada. Inés procuró no mirar al cuervo, inerte en un reguero de sangre y vísceras, y salió de la habitación temblorosa y asustada.

—Hija —susurró Manuel cuando se quedaron solos, con una leve sonrisa mientras intentaba acariciarle el rostro en vano.

—No hables, papá, todo va a salir bien, te lo prometo, va a venir la ambulancia y te pondrás bien —decía sin parar para tranquilizarlo a él y a sí misma.

Manuel hizo lo que Candela le decía, se aferró a su mano e intentó conservar el conocimiento, mientras el dolor era cada vez más fuerte

y el miedo se dibujaba entre sus manos entrelazadas.

—¡Ya están aquí! —se escuchó gritar a Inés desde abajo.

Padre e hija se miraron con una leve sonrisa llena de lágrimas, miedo y esperanza.

Epílogo

Ocho meses después

El llanto incesante de un bebé se escuchó en el hogar de los González de la Fuente en plena madrugada. Se había convertido en una casa de locos en los últimos meses, llena de gente, repleta de familia y ganas de olvidar el dolor del pasado, pero también rebosante de ilusión… y mucho sueño.

Candela se dio la vuelta en la cama de su habitación y alargó la mano para coger los tapones que reposaban en la mesilla. Aquella noche tenía que descansar, llevaba ya tantas madrugadas ayudando a su hermano y a Inés con su hija que estaba exhausta. Codirigir la tienda de juguetes y vivir con toda su familia se había convertido en lo mejor que le había ocurrido, pero también en lo más agotador. Ojalá pudiera ella también avanzar con su vida y mudarse junto a David como tenían pensado hacer en poco tiempo.

Suspiró con tranquilidad cuando escuchó una puerta abrirse en el otro extremo de la vivienda. Seguramente sería Inés, o quizá su hermano Bruno, que se acercaban a la habitación del bebé para atenderlo. Se colocó los tapones, suspiró deseando recuperar el sueño perdido y en apenas unos segundos se quedó dormida.

En el pasillo, Inés avanzaba con torpeza hacia el llanto de su pequeña. Se golpeó en una de las esquinas del zócalo de la que ahora era su casa, pero a la que aún le costaba acostumbrarse. Llevaba viviendo con los González de la Fuente desde poco tiempo después del enfrentamiento entre Manuel y el Cuervo, y era feliz. Pero tenía tanto sueño… Trabajar de nuevo en la tienda de juguetes había sido en cierta forma una liberación, estaba encantada de volver a ser ella misma durante unas horas y no únicamente la madre de aquella pequeña que reclamaba atención constantemente. Pero estaba agotada.

—Tranquila, ya voy yo —le interrumpió una voz a su espalda.

—No hace falta, de verdad —dijo con un hilo de voz en la enésima madrugada que permanecía despierta.

—De verdad, quiero hacerlo yo.

—No puede tener hambre, ha comido hace menos de veinte minutos, creía que ya no se despertaría… —se lamentó.

—Tranquila, yo me encargo. Será que no puede dormir, que necesita compañía.

Inés asintió y volvió sobre sus pasos hasta la habitación, donde Bruno intentaba a duras penas abrir los ojos.

—Estoy despierto… —dijo con voz pastosa.

—Tranquilo, va tu padre —susurró Inés mientras se metía en la cama junto a Bruno y se acomodaba entre sus brazos.

Él la besó en la frente mientras la abrazaba y en apenas unos segundos los dos estaban dormidos.

Fuera, Manuel avanzaba acompañado de su bastón y un dolor en la pierna que no le abandonaba desde la fatídica noche en la que se enfrentó con el Cuervo. Poco precio era ese con tal de sobrevivir y

disfrutar de la vida que tenía en aquel momento. Habían sido meses de operaciones y rehabilitación, pero siempre con un objetivo, con la ilusión de ver a su nieta, de sentirse de nuevo parte de su propia familia.

Abrió la puerta de la habitación del bebé, la que perteneció a Bruno cuando era niño, ahora pintada de rosa y llena de lazos y peluches.

—Ya estoy aquí —susurró mientras se acercaba a la cuna y miraba a la pequeña, que tenía los ojos abiertos y alzaba los bracitos pidiendo que la cogieran.

Nada más ver a su abuelo, logró calmarse un poco. Manuel dejó su bastón apoyado en la cuna y la sacó de allí, la estrechó entre sus brazos y juntos, muy despacio y con infinito cuidado, se sentaron en la mecedora junto a la ventana.

—Ay, Manuela, que no dejas dormir a tus padres… —dijo con una sonrisa y una mueca de dolor al sentarse que ignoró, absorto en su pequeña nieta—. Y ¿sabes qué? Haces bien. Tú has venido a este mundo a que te escuchen, que yo lo sé.

Con un ademán lento, sacó del bolsillo de la bata el caballito de madera que le talló su abuelo Vicente y lo colocó entre las pequeñas manitas de su nieta, la que le alegraba la vida, la que le había devuelto la ilusión por el futuro, la que le hizo superar cada punzada de dolor que el Cuervo le había provocado.

—Mi Manuela —le susurró al mismo tiempo que le daba un suave beso en su pequeña cabeza y aspiraba ese olor dulzón que tienen los bebés y que era simplemente perfecto.

Y así, entre balanceo y silencio, abuelo y nieta, arrullados por el amor de una madrugada cualquiera, se entregaron al sueño.

Agradecimientos

Esta novela es un regalo que me hizo Ana María Caballero y todo su equipo de Ediciones B. Dar vida a Candela y a Inés ha sido un sueño y, por eso, infinitas gracias.

Por supuesto, quiero darle las gracias a Isabel Martí de IMC, porque ella sabe guiarme, sabe tranquilizarme y me siento muy segura a su lado en este camino de la literatura.

A Kenia y Chris por aquella primera oportunidad, por las risas y lo que aún nos une.

A cada una de las librerías que han apostado por mis novelas, que las han vendido y recomendado. Sin vosotros, los libreros, los escritores no seríamos nada.

A quienes asisten a las presentaciones, los que me dejan un comentario en redes sociales y participan en mis talleres. ¡Qué bonita comunidad se crea en torno a la lectura!

A mis alumnas de los cursos de novela que mantienen mis sentidos despiertos y me recuerdan la ilusión del proceso que a veces se diluye en esto de publicar. Nunca dejéis de escribir.

A mis chicas de «Pendientes y varios», porque habéis sido todo un descubrimiento del que ya no quiero prescindir. Por muchos talleres y conversaciones.

Al club de lectura que modero en La Desafinada, por la fidelidad, las risas y por la paciencia cuando os hago salir de vuestra zona de confort.

A Sara, porque siempre está a mi lado y confía en mí cuando ni yo misma lo hago.

A mi madre, mi hermano, mi cuñada y mis sobrinos, por emocionarse conmigo y apoyarme.

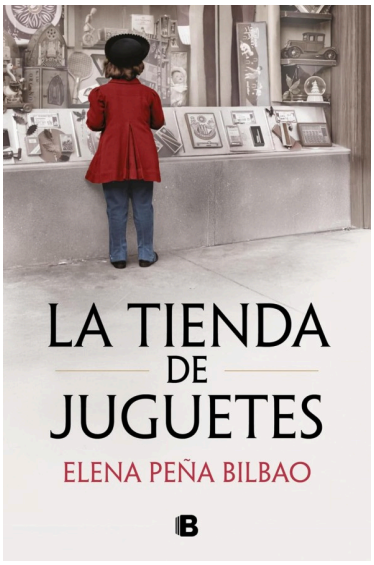
A Joseba, por acompañarme en el camino, no siempre fácil.

A Begotxu, mi pequeña artista, lo mejor de mi vida, que me enseña cosas cada día y con quien disfruto de los grandes y los pequeños planes. Nunca dejes de soñar, de bailar, ni de jugar.

A mi *aita*, porque ojalá hubiese podido ver todo esto, porque este libro, más que ningún otro, es para él.

A los lectores que eligen mis novelas. Mil gracias. Siempre.

Dos niñas. Dos mundos opuestos. Una amistad que desafiará el paso del tiempo.



Madrid, 1963. Frente al escaparate de la juguetería más emblemática de la Gran Vía, Inés sueña con adentrarse en ese lugar que despierta la ilusión de los niños y la nostalgia de los adultos. Pero, sobre todo, anhela abrazar una muñeca como la de su vecina Candela, nieta del dueño de la tienda. Sin embargo, la pequeña Inés sabe que ese mundo no le pertenece; ella no es. más que la hija de los porteros.

Cuando sus caminos se crucen, nacerá entre ambas una relación tan inesperada como inquebrantable. Una amistad que encontrará refugio en esa tienda de juguetes a lo largo de varias décadas, en las que deberán enfrentarse a secretos familiares, amores difíciles y a las tensiones de un país marcado por la represión y las injusticias.

Porque hay sitios donde uno sabe que siempre puede volver, y sueños que, como los juguetes de la infancia, nunca dejan de acompañarnos.

Con una narración emotiva, Elena Peña Bilbao traza una maravillosa novela sobre la amistad, la memoria y la nostalgia. Porque todos guardamos un lugar donde la infancia permanece intacta. Y, a veces, basta con regresar a él para recordar quiénes fuimos.

Elena Peña Bilbao nació en Bilbao en 1981. Estudió Historia del arte, pero su vocación siempre ha sido la escritura. Desde niña ha participado en diferentes revistas literarias con poemas y relatos. Ha trabajado como guionista de series de ficción y es profesora de escritura creativa.

En 2021 debutó en el mundo editorial con una trilogía juvenil titulada Las Revueltas, un año más tarde escribió *Si el agua nos lleva*, su primera novela para adultos y, poco después, vio la luz *Todo cambió ese verano*. En 2025 publicó *Lo que calla tu mirada* de la mano de Ediciones B. Ahora regresa a las librerías con *La tienda de juguetes*, una novela llena de nostalgia y emoción que supone un paso más en su carrera literaria.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Elena Peña Bilbao
Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Sophie Güet
Fotografía de portada: Gettyimages © DreamMedia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8541-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La tienda de juguetes

Prólogo

- Primera parte. Madrid
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda parte. Madrid

- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Tercera parte. Madrid

- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Elena Peña Bilbao

Créditos